LA VÍCTIMA PERFECTA



TRIFÓN ABAD

TRIFÓN ABAD

La víctima perfecta

Grijalbo

A mi madre, por todo

Bruma

Cuando Gonzalo salió del entrenamiento, pensaba en la última jugada. Miraba al suelo y trataba de poner un pie justo detrás del otro, creando una línea invisible, que en su mente se asemejaba a un rastro recto de babosa. Tuvo que detenerse en seco cuando la estridencia de un claxon le sacudió cada músculo del cuerpo, sacándole de sus cavilaciones. Cruzó el paso de cebra y volvió a la idea central, que se deshizo rápidamente en múltiples variaciones. Tenía claro que esa estrategia de penalti córner se podía resolver de manera más inteligente con un simple retoque. Siguió caminando y se detuvo un instante para recoger un trozo de metal del suelo. Una arandela vieja. Le pareció haber visto otra cosa, no sabía muy bien qué. Se deshizo de ella por encima de una verja. Fue perdiendo de nuevo la conciencia del entorno que le rodeaba, como solía sucederle cuando caminaba durante un rato, y se dirigió hacia el polígono de La Paz. Su padre le había dicho en varias ocasiones que tratara de evitar ese barrio. No es que fuera tan peligroso como en épocas anteriores, pero continuaba siendo un lugar frecuentado por drogadictos y gorrillas, poco recomendable para que un chico anduviera solo. De vez en cuando aún aparecían en la televisión planos fijos de aquellos portales acompañando las voces sensacionalistas de los reporteros que narraban sucesos

relacionados con la inseguridad. Casi anochecía. Gonzalo anduvo frente a los bloques de viviendas, por aceras resquebrajadas y llenas de basura, cruzándose con personas a las que miró, pero no vio. Es una zona por cuya avenida principal los yonquis revolotean a menudo tratando de abordar a algún despistado al que le repiqueteen las monedas en el bolsillo, pero en realidad supone poco riesgo más, pensaba, de fondo, como quien tiene una aplicación en segundo plano. «Nada que no pueda solventarse con una buena huida a la carrera o incluso con un golpe del *stick*». Su mente continuaba dando vueltas a la táctica. En el último partido habían tenido ocasión de empatar con un penalti córner y habían desperdiciado la oportunidad. Él había visto el fallo desde la portería. Y cuando veía un fallo, automáticamente su cerebro buscaba soluciones. Alcanzó una de las calles secundarias que desembocaban en la avenida principal, ensimismado en sus pasos, en el ritmo constante de sus zapatillas golpeando contra el suelo. El atajo le permitiría llegar antes a la parada de autobús. Gonzalo entró en una tienda de alimentación. Compró una lata de refresco. Pagó, la abrió allí mismo y bebió varios tragos delante del dependiente asiático hasta casi vaciarla. El líquido frío deslizándose por la garganta. Se dejó un último trago para después. Siguió su camino cuando algo le llamó la atención. Alzó la vista. Era la iluminación. La tarde se deshacía y las pocas bombillas operativas de la zona parpadearon hasta ofrecer una especie de niebla amarillenta. La luz sorprendió a algunos yonquis, que se movieron descoordinados entre murmullos de protesta en busca de un nuevo escondite. La oscuridad oculta mejor la vergüenza. Gonzalo se paró junto al gran contenedor amarillo, para dar el último trago largo y reciclar la lata. Un coche se

detuvo al otro lado. No se percató. Unos pasos cerca. Una especie de susurro corto y nervioso bajo el claroscuro de dos farolas averiadas. No le dio tiempo a girarse. El pinchazo en el hombro llegó rápido y, después, una sensación de ardor. Le pusieron un trapo en la boca y un cuerpo fuerte le empujó, por el hueco abierto entre dos contenedores, hasta el interior del vehículo. El calor se extendió rápidamente del hombro al omoplato y le recorrió la espalda hasta robarle la consciencia. Sus fuerzas se disolvieron como un grito se desvanece en el aire. Al cerrarse la puerta, vio unos ojos vacíos en un portal. Unos ojos que observaban sin ver, como mirando desde otro mundo. Desde ese mundo donde todo es bruma.

1

Leyes en piedra

Día 1

El subinspector Gustavo Suances avanzaba lentamente entre el tráfico. A veces pasaba hasta un minuto detenido. Estiró las piernas todo lo que pudo, intentando dar elasticidad a su entumecida espalda. Había pasado una noche terrible. Hacía dos meses del pinzamiento lumbar que lo había mantenido de baja durante una semana, pero pese a las sesiones de fisioterapia y al reposo relativo, la sensación de hormigueo no le dejaba en paz. Con frecuencia, un dolor intenso le atacaba en mitad de la noche y ya no volvía a conciliar el sueño. En la oscuridad de la madrugada los pensamientos se disparan como balas, y su situación personal era un cargador interminable. Desvió la mirada hacia el carril de al lado y vio a un tipo expulsando el humo de un cigarro, con el codo apoyado sobre la ventanilla bajada. Llevaba una camisa de flores, el pelo sucio y unas gafas de sol redondas. Tuvo que reprimir el primer impulso de bajar la suya y pedirle que le lanzara uno. Le diría «perdona, tío, me he dejado el tabaco en casa y estoy que me fumo vivo, ¿me pasas uno?», y casi seguro que el otro empatizaría con él

y se lo daría a través de los huecos, divertido, porque entre colegas de vicio hay situaciones que solo se entienden si se han sufrido en las propias carnes. Pero no tuvo tiempo de volver a planteárselo, porque el coche del hippy le adelantó y avanzó y avanzó, como por arte de magia, unos doscientos metros. Pensó que era mejor que la tentación se hubiera esfumado, aunque seguramente no habría caído, porque hacía casi cuatro meses que había dejado de fumar y estaba convencido de que esta sería la definitiva. El neumólogo había sido claro: «Si sigues por este camino, vas a tener una vejez de mierda». Al recordar la conversación respiró hondo y, antes de hinchar los pulmones del todo, estalló en un ataque de tos tan intenso que agradeció que el coche estuviera detenido.

Casi media hora después llegó a la comisaría. El ambiente estaba bastante más animado de lo habitual. No es que fuera un avispero, pero sí había cierto movimiento en las oficinas. Desde que la nueva inspectora jefa había aterrizado, la cosa se había ido poniendo cada día más seria. Algunos compañeros le saludaron. El olor a café de cápsula le atrajo, pero llegaba tarde a la cita con su superior y no quería retrasarse más. Llamó con los nudillos y abrió la puerta sin esperar una respuesta. La luz de la mañana se colaba a través de las cortinas desgastadas. Águeda de Bustos estaba sentada en mitad de la gran mesa de madera y le dirigió una mirada penetrante, como la de un ave rapaz, a la que Suances aún no se había acostumbrado. Frente a ella, encontró a Cristian Romero, el otro subinspector de la comisaría. Era un armario de dos puertas, tan ancho que parecía que unos jíbaros le hubieran reducido la cabeza rapada antes de colocarla sobre aquellos musculosos hombros. La relación entre ambos no era la mejor, menos aún desde que el puesto de inspector

había quedado libre unos meses atrás y ambos aspiraban a ocuparlo. Romero ojeaba el informe que tenía ante él, con las cejas fruncidas; lo que a Suances le parecía un aire de superioridad intelectual. Si bien su fama de ser un meticuloso analista había quedado justificada en múltiples ocasiones, transmitía una arrogancia que había generado fricciones con algunos compañeros, en especial con Suances. Ambos habían trabajado juntos años atrás en una investigación, y Romero había acusado a su compañero de ser poco riguroso a la hora de manipular ciertas pruebas. En la comisaría, las opiniones eran controvertidas y no había un posicionamiento general claro a favor de uno u otro.

—Suances, llegas tarde —empezó a hablar la inspectora jefa. Su voz grave resonó en la estancia.

—He pillado tráfico, inspectora jefa. —Al abrir la boca, sintió un pinchazo sobre la rabadilla.

—Cuando hay una reunión con más compañeros, hay que salir con antelación y adelantarse a los contratiempos. La puntualidad es una cuestión de respeto —dijo De Bustos.

—Sí, inspectora jefa. Lo tendré en cuenta.

Romero soltó un bufido y, de inmediato, señaló con el dedo una línea del texto de su informe.

—¿Algo que decir, Romero? —preguntó la superior.

—No, inspectora jefa. Es por una cosa que he leído en el informe.

—Llamadme solo jefa, que se me hace muy largo.

Suances tomó asiento y se relamió, sonriendo con ironía entre dientes.

—Bueno, tenemos un caso serio aquí. Se trata de una desaparición. He pensado que debes llevarlo tú.

Suances levantó una ceja sorprendido.

—¿Yo? ¿Por algo en especial?

—Porque Romero está enredado con el caso del piso franco que tenemos en seguimiento, y he visto en tu historial que llevaste un secuestro cuando estabas destinado en Huesca.

—¿Secuestro? Había entendido desaparición.

—Ya, pero los pocos indicios que tenemos nos hacen pensar en un secuestro. Y eres el único que tiene experiencia en la materia, y demostraste tu valía. Tu superior dejó de manifiesto, literalmente, tu «buen instinto y extraordinaria capacidad para seguir pistas».

—Me honra lo que dice, inspectora —apuntó Suances.

—Con todo el respeto, jefa —intervino Romero—, el oficial Carrizo también participó en otro caso de secuestro y he trabajado con él en varias ocasiones. El asunto del tráfico de drogas está bastante encarrilado, creo que podría hacer un buen equipo con él si…

De Bustos levantó una mano y se hizo el silencio de inmediato.

—No pongo en duda que puedas ser útil, Romero. Pero esto no es la asamblea de una comunidad de vecinos. —Dirigiéndose a Suances, siguió—: Necesito que te concentres en este nuevo caso. La vida de un menor está en juego.

—¿Un menor?

—Sí, tiene once años. Aunque es bastante peculiar.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, al parecer es un niño con un coeficiente intelectual muy por encima de la media —dijo la inspectora jefa, deslizando una carpeta con el dosier hacia Suances—, no tenemos prácticamente pistas ni información sobre el caso.

Suances abrió la carpeta y miró la foto del chico. Gonzalo Quintero Sierra. El pelo le caía cruzándole la frente, los ojos grandes y negros miraban a la cámara con desdén y los labios apretados indicaban que no estaba muy conforme con que le fotografiaran. Imaginó al fotógrafo pidiéndole una sonrisa, en vano. Mientras ojeaba la poca información, De Bustos le iba exponiendo el contenido de los folios. De pronto, alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo.

Una mujer asomó la cabeza.

—Hola, inspectora jefa —dijo la recién llegada.

—Inspectora Alarcón, estos son los subinspectores Suances y Romero. Al parecer se llevan a matar, nada nuevo bajo el sol… Como sabe, el puesto de inspector está libre en esta comisaría.

Ambos saludaron a la policía, de la que ya habían oído hablar con anterioridad.

—La inspectora Alarcón pertenece a la Unidad de Homicidios y Secuestros de Valencia —siguió De Bustos—, y ha venido específicamente para ayudarnos en este caso.

—Espero poder aportar algo de luz —dijo la mujer, ofreciendo una sonrisa conciliadora ante la tensión que flotaba en el aire.

—Suances será quien la acompañe en este caso, inspectora —prosiguió De Bustos—, por lo que…

—Jefa —intervino Romero—, con permiso, ¿puedo saber qué hago aquí si no voy a formar parte de la investigación?

—Romero, una comisaría es un ser vivo, en el que los agentes actúan como células. Cada una tiene su función, pero la prioridad es apoyar al conjunto. La solidaridad y el compañerismo deben primar. Así se funciona bajo mi mando. Todas las células ayudan al

organismo, a menos que sean cancerígenas. —De Bustos resaltó la última palabra y volvió a suavizar el tono—. Nunca se sabe cuándo un compañero va a necesitar la ayuda de otro. Ustedes son los dos subinspectores de esta comisaría y es fundamental que participen en esta reunión con pleno interés, sin importar a quién se le ha asignado el caso. ¿Queda claro?

—Absolutamente, señora.

Romero dirigió una mirada a Suances buscando algún gesto de burla en su rostro, pero no lo encontró.

—Por favor, inspectora Alarcón, ¿puede recordarnos la información que tenemos hasta el momento?

—Por supuesto —respondió Alarcón.

Sus gestos rezumaban seguridad y profesionalidad. Sin duda, el entorno de trabajo en el que solía moverse no guardaba relación alguna con el ritmo relajado al que estaban acostumbrados en Murcia. Suances percibió de inmediato que este caso supondría un punto de inflexión en la forma de trabajar de la comisaría. Las cosas iban a cambiar.

La inspectora abrió una carpeta llena de documentos. Aunque en la primera página también aparecía la fotografía del chico, a Suances le sorprendió que el número de anotaciones en los folios fuera visiblemente superior. La mujer les dirigió una mirada penetrante y comenzó a hablar.

—Tenemos un caso de secuestro. Se registró como desaparición, pero contamos con suficientes pruebas para pensar que se trata de un rapto. La víctima es un menor de once años. Su madre denunció su desaparición anoche.

Suances comenzó a tomar notas mientras Romero se dedicaba únicamente a estudiar la fotografía de Gonzalo.

—Según la madre —continuó Alarcón—, el chico volvía de entrenar al hockey caminando desde el club deportivo hasta una parada de autobús cercana al último rastro que tenemos de él…

A la inspectora la interrumpieron unos golpes en la puerta. Un agente se asomó y dijo:

—Jefa, tenemos nueva información sobre el piso franco.

Al instante, De Bustos hizo un gesto con la cabeza a Romero, que se levantó de su silla.

—Gracias, jefa.

—En cuanto tengamos el informe completo, te pasaremos una copia, por si necesitamos tu ayuda.

—De acuerdo, jefa. Encantado, inspectora.

Las dos mujeres se despidieron de él, pero Suances y Romero apenas intercambiaron una breve mirada.

Cuando la puerta se cerró, Suances continuó centrado en el caso, como si no hubiera sucedido nada.

—¿Caminando solo? Parece muy joven… ¿No les preocupaba a sus padres que pudiera ocurrirle algo?

Al soltar la última palabra y volver a inspirar sintió un leve ahogo. Supo de inmediato que le venía un ataque de tos salvaje, como una locomotora que llegara a través de un túnel. Se levantó de la silla y se giró de espaldas a la mesa, orientándose hacia una esquina. Sacó el paquete de pañuelos de papel y tosió con violencia sobre uno de ellos. Las dos mujeres se observaban con los ojos muy abiertos. Pasaron unos cuarenta segundos y Suances se sentó de nuevo a la mesa, con el rostro enrojecido.

—Esa tos hay que hacérsela ver, Suances…

—Sí, jefa, estoy en ello.

—Bueno, sigamos —dijo De Bustos, mirando el informe—: la madre dice que el chico a veces volvía del entrenamiento solo… Según dio a entender, tiene una inteligencia superior a lo habitual y siempre ha sido bastante autosuficiente. Los padres están divorciados.

Al escuchar la palabra «divorcio», Suances sintió que el corazón se le aceleraba. Tuvo que respirar profundo para calmar la taquicardia incipiente, aun a riesgo de volver a sufrir otro ataque de tos, que, por fortuna, no se produjo.

—De todos modos —dijo Alarcón—, ir caminando de noche por ahí… Los padres pueden tener cierta responsabilidad.

—El padre está de viaje de trabajo en Alemania. Aún tardará unos días en llegar, porque hay huelga de pilotos allí.

—Eso no descarta en absoluto que tenga alguna relación… —acertó a decir Suances.

—No adelantemos acontecimientos —dijo De Bustos—. Aunque en un porcentaje muy elevado se acaba demostrando que los padres, o algún otro familiar directo, están relacionados con los delitos sobre menores, tampoco se trata de una ley tallada en piedra.

—Creo que es interesante aportar la perspectiva de un experto en psicología infantil —anunció Alarcón—, por eso he pedido a la doctora Luisa Pazos que nos ayude. Está llegando a Murcia. Pronto podremos contar con ella.

—Excelente, nos vendrá bien.

—¿Y qué tenemos sobre el lugar de los hechos, inspectora jefa? —preguntó Alarcón.

—Según parece, alguna parte del barrio de La Fama no está del todo cubierta con el circuito de cámaras de seguridad del Ayuntamiento. Ya sabéis, por temas políticos…

—Interesa más grabar el centro —completó Suances, frotando los dedos pulgar e índice—, donde se mueve el turismo.

—Bien, sea como sea, el caso es que la avenida donde creemos que sucedieron los hechos tiene un punto ciego de unos cuatrocientos metros. Hay dos cámaras en las rotondas de entrada y de salida a esa vía, pero no está registrada la zona central. Como refleja el informe, tenemos un único testigo: una mujer fumaba asomada a la ventana y vio un coche grande, seguramente un modelo SUV. Según ella, el vehículo frenó, alguien salió y metió a otra persona en el interior. Dice que oyó un grito muy corto.

—Posiblemente le taparon la boca… —dijo Alarcón.

—Tiene casi setenta años, pero asegura tener una vista de águila.

—No sé yo… —dijo Suances.

—Pues parece que sí, porque la mujer describió a una persona con un chándal rojo y verde, con líneas amarillas, y esos son los colores reglamentarios del equipo de hockey Winders, que es donde competía Gonzalo… Y también dijo que vio un palo largo.

—¿El *stick* de hockey? —completó Alarcón.

—Serían demasiadas casualidades para que no se tratara de Gonzalo —concluyó De Bustos.

Suances observó la fotocopia del mapa de la zona y dibujó una trayectoria con el dedo.

—El recorrido tiene sentido. El chico caminó por esta vía —dijo trazando una línea imaginaria desde el lugar donde entrenaban los Winders— y atajó por estas calles, a través del polígono, para llegar

a la parada de autobús. Hay que tener huevos para meterse por ahí, también te digo… —Dejó de hablar un segundo y añadió—: Perdón.

—No pasa nada —dijo De Bustos.

—¿Llegó a ver la señora algún detalle del coche? —preguntó Alarcón.

—No, solo dijo que era un coche grande y oscuro —respondió la jefa—. Dice que tiró el cigarro y llamó a la Policía Local de inmediato.

—Un coche oscuro y grande. Sin matrícula. Vamos bien… —observó Suances con ironía.

—Según me han informado, la avenida principal es una vía bastante transitada, aunque ahora en sentido norte solo pueden circular taxis y autobuses. La calle donde supuestamente sucedió el hecho es perpendicular a la avenida grande, y no tiene tanto movimiento. ¿Es correcto, Suances?

—Sí, inspectora jefa. Es correcto. Es una calle secundaria, que atraviesa varios bloques de viviendas de protección oficial —confirmó Suances—. Aun así, tiene su riesgo raptar a alguien ahí… No parece que haya sido un trabajo hecho por profesionales.

De Bustos levantó la mirada.

—Bueno —dijo—, creo que con esto ya hay por dónde empezar…

—Sí. —La respuesta salió al mismo tiempo de los labios de Suances y Alarcón. Se miraron un segundo, la mujer sonrió buscando complicidad, pero Suances volvió a clavar los ojos en el mapa.

—En cuanto al entorno de Gonzalo —siguió De Bustos—, tendríamos tres focos: la familia, el equipo de hockey y el colegio. Está en último año de primaria.

—Si es un criajo…

—Al parecer, es más criajo por fuera que por dentro —dijo la inspectora jefa aportando un tono misterioso a su observación—. En la casa familiar ahora viven la madre y su novio, además de Estela, que es la hermana. Tiene diecisiete años. Gonzalo es adoptado.

—Joder, este caso lo tiene todo… —dijo Suances.

De Bustos asintió mientras seguía hablando:

—También forma parte de la familia la mujer que ayuda en casa. Se llama Marion.

—¿Es interna?

—No duerme con ellos, pero pasa allí casi todo el día. Desde que Estela era muy pequeña.

—Puede ser una fuente de información interesante —apuntó Alarcón.

—Después tenemos el equipo de hockey —siguió De Bustos—, tendréis que acercaros por allí por si alguien vio algo extraño. Tened en cuenta que, según la madre, Gonzalo es un niño muy solitario. —De Bustos hizo una pausa larga y añadió—: Hizo hincapié en eso.

—¿Algún tipo de trastorno, Asperger o autismo? —preguntó la mujer.

—Es posible, pero nunca le han diagnosticado nada, solo una inteligencia inusual. Un coeficiente intelectual de 168 —dijo la jefa tajante—. Cualquier cambio en su comportamiento, algo extraño en los últimos días, algún miedo, alguna preocupación especial…, cada detalle puede ser importante por insustancial que parezca.

—Tal vez el chico haya dejado alguna pista, una nota, un mensaje en su móvil… —observó Suances.

—Hablando del móvil, no se ha podido rastrear y los padres no tenían las habituales aplicaciones espejo de control, para saber qué hace su hijo con el dispositivo.

—No olvidemos revisar las redes sociales del chico —dijo Alarcón —. A veces, los jóvenes dejan pistas ahí.

—No usaba ninguna —cortó De Bustos—. Ni TikTok, ni Instagram, ni nada de eso…

La inspectora jefa miró su reloj. Los otros dos también lo hicieron, como si en la esfera, que a Suances le pareció enorme y tosca en aquella delgada muñeca, se escondiera nueva información sobre el caso. La mujer echó atrás la silla con un estruendo desagradable y los dos agentes la imitaron.

—Tengo una reunión. El resto de la información está en el dosier. Usad tu coche, subinspector.

—Claro —dijo Suances.

—Este caso tiene prioridad absoluta.

—¿Por el hecho de ser un menor? —preguntó el agente.

—Son órdenes de arriba —sentenció la inspectora jefa—, la madre es una empresaria con bastante peso en la región. Quiere impedir a toda costa que el caso salte a los medios.

—¿Cuánto piden de rescate? —preguntó Alarcón.

—De momento, no hay noticias. Habrá que esperar.

Los tres se miraron fugazmente. De Bustos hizo un mohín, abrió la puerta y les señaló la salida. Alarcón le cedió el paso al hombre, Suances se adelantó y sintió que una lluvia de miradas se clavaba sobre ellos. Pensó que el imbécil de Romero se había ido de la lengua. Y que, seguramente, habría soltado más mentiras que certezas.

2

Pájaros contra el cristal

Día 1

La vivienda familiar se encontraba en La Arboleja, una pedanía aislada del centro urbano, pero comunicada con este gracias al extenso malecón que antaño protegía la ciudad de Murcia de las crecidas del río Segura. A través de un camino largo se accedía a la finca, rodeada de campos de limoneros esperando con ansias el calor de la primavera para inundar el entorno con su aroma a azahar. Aunque la temperatura de aquel diciembre ya comenzaba a descender, el sudor salpicaba de manchas la camisa blanca de Suances, creando un efecto similar al de los agujeros donde pescan los esquimales en mitad del impoluto albor del hielo.

—Debe de ser aquí —dijo Suances.

Conforme se aproximaban a la vivienda, apreciaban con mayor detalle la opulencia de su construcción. Se trataba de una mansión de dos plantas, que se intuía rodeada por un extenso jardín, aunque unas vallas opacas de metal impedían contemplar el interior de la finca. La casa era de estilo moderno, definida por líneas rectas,

grandes ventanales y una fachada de piedra. Se bajaron del coche y llamaron al telefonillo.

—¿Diga? —respondió una voz.

—Buenos días, somos inspectores de policía, venimos a…

Antes de que Suances terminara la frase, oyeron el chasquido del auricular y de inmediato la puerta comenzó a deslizarse con suavidad. Prácticamente en silencio. Cuando echaron un vistazo al interior se miraron compartiendo el mismo gesto. La suntuosidad de la vivienda impresionaba. Las aguas de la enorme piscina reflejaban la luz del sol y, rodeadas de aquel silencio, transmitían una idea de soledad y vacío. Los pájaros que bebían y comían los insectos ahogados en las aguas claras salieron volando a su paso. Alrededor, mesas, sillas y tumbonas de madera descansaban bajo una pérgola enorme. El césped, tan verde que rozaba la artificialidad, se extendía salpicado de esbeltas palmeras, parterres de diversos coloridos y una fuente que representaba tres caballitos de mar, por los que brotaban chorros de agua que alteraban la quietud sonora del entorno. En breve comprobarían que aquella atmósfera relajada del exterior contrastaba con la inquietud que reinaba en el interior de aquella enorme casa.

Un sendero de cantos rodados llevaba hasta la puerta de entrada, que ya estaba abierta. Tras ella, vieron a Virginia, la madre de Gonzalo, quien los recibió en el amplio vestíbulo de entrada. La gran altura de la mujer pilló a Alarcón por sorpresa.

—Buenos días. Pasen —les dijo.

Estrecharon la mano que les tendía; era larga y grande.

—Soy la inspectora Alarcón. Él es el subinspector Suances.

—Lamentamos mucho lo que está pasando —dijo él.

La madre asintió con la cabeza, sin decir nada. No era necesario; su rostro reflejaba una mezcla de nerviosismo y desesperación. Sus ojos evidenciaban agotamiento, muestra inequívoca de que la noche anterior se le había hecho eterna. La noche en que se había perdido su hijo. Avanzaban por el pasillo cuando, desde una de las habitaciones, hizo aparición un hombre aún más alto. No parecía especialmente fornido, pero tenía una complexión robusta. Se presentó directamente como la pareja de Virginia. Se llamaba Sergio. Su expresión era fría, como el ambiente que reinaba en la vivienda. Suances esperaba que de un momento a otro corriera a su encuentro una mascota, un perro marrón, de gran tamaño y babeante, pero, para su sorpresa, no había rastro de animales en aquel hogar. «La perfección que nos vende la publicidad no existe», pensó. Ya en el salón, la pareja ocupó el sofá y los inspectores pidieron permiso para sentarse frente a ellos en unas aparatosas sillas de madera oscura, manteniendo una distancia considerable. Rechazaron la invitación a un café, aunque Suances se quedó con las ganas.

—Tienen ustedes una casa preciosa —dijo el subinspector, buscando suavizar la tensión del ambiente.

La mujer ni siquiera se esforzó en ofrecer una sonrisa.

—Muchas gracias —dijo. Sergio echó un brazo por la espalda de Virginia, le dio un ligero apretón en el hombro y después lo retiró.

Un par de segundos más tarde, Alarcón sacó la grabadora, la puso en marcha y Suances fue directo al grano.

—Señora Sierra, necesitamos recabar toda la información posible sobre su hijo. Es importante que se encuentre usted con ánimo y

buena predisposición. Cualquier detalle puede ser fundamental para obtener información sobre el paradero de Gonzalo. ¿Lo entiende?

—Sí, estoy bien. Hay que actuar cuanto antes.

—¿Tiene usted algún temor en concreto? —intervino Alarcón.

La mujer se quedó mirando a la inspectora con los ojos fijos y los labios tan apretados que una parte de ellos se tornó blanquecina.

—Prefiero no pensar en ello —respondió tajante.

—Lo que mi compañera ha querido decir, señora Sierra, es si tiene alguna idea de dónde puede hallarse Gonzalo.

La mujer parecía no poder respirar bien, las palabras se le atragantaban.

—No…, no tengo ni la más remota idea. Es la primera vez en toda su vida que se retrasa tanto…

—¿Cuándo se dieron cuenta de que algo no iba bien?

—Bueno, yo… —la mujer se apretó las rodillas en lo que pareció un esfuerzo para no romper en lágrimas— yo estaba en el trabajo. Fue Marion, mi asistenta, quien comenzó a preocuparse. Me llamó con insistencia, pero yo estaba conectada a una conferencia internacional y no presté atención al teléfono.

—Sin embargo, fue usted quien llamó a la policía…

—Sí, vamos, nosotros —dijo Virginia, señalando a su novio con el pulgar—. Cuando al fin terminé la reunión, llamé a Marion de camino a casa. Eran las once y media de la noche… Gonzalo nunca había llegado más tarde de las diez.

—¿Y usted cuándo tuvo noticia, señor…?

—Roca, me llamo Sergio Roca. Yo estaba tomando unas cervezas con unos amigos, había estado jugando al pádel. Vine a casa en cuanto me llamó Virginia.

—¿Condujo usted?

—¿Perdone?

—Sí —insistió Suances—, ha dicho que estaba bebiendo unas cervezas y que vino enseguida.

El hombre mantuvo silencio durante unos segundos, agarró la mano de su pareja y la apretó.

—¿Usted no sabe que existe la cerveza sin alcohol?

—Ah, sí, claro. Es solo que me sonó a otro tipo de cerveza…, no sé por qué… No importa.

—¿Está la señora Marion aquí ahora?

—No, le he dado el día libre. Ha quedado muy afectada y yo necesito estar tranquila. Ella es… —la mujer agitó la mano en el aire, como si espantara una mosca—, bueno… ella está siempre por todos lados.

—Comprendo —dijo Alarcón, sonriendo y mirando sus notas—, ¿tiene también una hija mayor?

—Así es. Se llama Estela.

—¿Está en casa?

—Está en su habitación, pero no quiere ver a nadie.

—Bueno, tal vez necesitemos hablar con… —dijo Suances.

—Pero también podemos hacerlo en otro momento —cortó Alarcón—. ¿Qué edad tiene?

—Diecisiete. Los cumplió en el mes de…

De pronto se oyó un impacto tremendo, tanto que la inspectora incluso se levantó de la silla y se puso en guardia instintivamente. Los cuatro miraron sobresaltados hacia el enorme ventanal que daba al jardín y vieron un pájaro de cierto tamaño revoloteando frente al cristal. El ave trató de levantar el vuelo en varias ocasiones, sin

éxito, hasta que al fin logró elevarse por encima de la valla de la casa agitando las alas torpemente. Se quedaron contemplando la hazaña como si asistieran a una escena de un documental.

—A veces nos encontramos algunos muertos —dijo el novio—, el ventanal es tan alto que se refleja el cielo, y se confunden. Se chocan.

En ese instante sonó el timbre y se hizo un silencio en el salón. Sergio y Virginia cruzaron la mirada.

—Debe de ser Jacobo —dijo Virginia.

—Yo voy —dijo Sergio, levantándose y encaminándose hacia el pasillo.

—Es nuestro abogado… —aclaró Virginia dirigiéndose a los agentes—; vamos…, el abogado de la familia, Jacobo Navarro. Lleva asesorándonos desde que mi padre comenzó a prosperar con la empresa.

Alarcón anotó en su libreta el nombre del abogado. Sergio volvió al salón y tras él apareció un hombre de unos sesenta años, con el pelo blanco, gafas de pasta y una barba entrada en canas perfectamente perfilada. Tenía una piel curtida y bronceada. Portaba un maletín de cuero marrón y vestía un traje oscuro de corte impecable. La camisa, desnuda de corbata, llevaba los dos primeros botones desabrochados y proporcionaba un look descuidado y cercano, al tiempo que transmitía seguridad y confianza.

—Buenas tardes —saludó el abogado.

Los demás le devolvieron el saludo. Navarro dejó el maletín en el suelo, junto a la mesa, y después se acercó directamente hacia Virginia, se puso en cuclillas y la tomó de la mano.

—¿Cómo estás?

—Mal, Jacobo… —dijo la mujer, sollozando—, no hemos tenido noticias aún.

El abogado le apretó suavemente la mano y miró a los inspectores con una expresión grave.

—He venido en cuanto he podido —dijo, levantándose con calma, y en dirección a los policías añadió—: ¿Tienen novedades?

—Aún estamos recopilando información —respondió Alarcón.

—Entiendo. Permítanme decir que la familia está dispuesta a colaborar en todo lo necesario —dijo Navarro, con tono firme—. Yo mismo me encargaré de que tengan acceso a cualquier documento o detalle que pueda ser útil en la investigación.

—Se lo agradecemos, señor Navarro —intervino Suances, observándolo con atención.

El abogado asintió y tomó asiento junto a Virginia, adoptando una actitud serena pero alerta. Aunque su presencia añadía una capa de formalidad, su cercanía con la familia era evidente.

Sergio se pasó la mano por la nuca, inquieto, y tomó asiento en una de las sillas que rodeaban la enorme mesa negra.

—Jacobo, gracias por venir —murmuró.

—No hay nada que agradecer. Ahora lo importante es encontrar a Gonzalo —repuso el abogado.

Virginia suspiró y se apoyó en el respaldo del sofá, con los ojos brillantes de angustia.

—Bien… —dijo Alarcón—, sigamos. Aprovechemos para recapitular: usted adoptó a Gonzalo con su marido, del que está divorciada.

—Así es.

—Bien, y ¿cuánto hace que no están juntos?

—Desde hace unos cuatro años.

—Desde que Gonzalo tenía siete…

—Sí, redondeando, sí.

—Bien, ¿ustedes saben algo de los padres biológicos de Gonzalo?

—Sí, bueno…, sabemos que la mujer falleció en el parto. No tenía familiares directos, ni abuelos, ni tíos, ni hermanos…, al menos eso nos dijeron. Al parecer la madre biológica tenía una vida, en fin…, poco edificante.

—Entiendo. Y ni rastro del padre biológico, claro.

—No, nunca hemos sabido nada al respecto. Los servicios sociales y la Fiscalía de Menores se encargaron de Gonzalo y lo trasladaron a un centro de acogida —siguió explicando Virginia—. Cuando tenía casi un año, lo adoptó una pareja. Estuvo con ellos un par de años, pero aquello no fue bien.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, según los informes, el hombre comenzó a beber demasiado y a veces la tomaba con la madre… y también con el niño.

—Sentimos oír eso… —dijo Alarcón.

—Sí… las evaluaciones psicológicas no indicaron traumas visibles, pero está claro que le afectó de alguna manera. No es un chico muy sociable, le gusta concentrarse en sus cosas y no da problemas, pero… tiene sus dificultades.

—Y si ustedes podían tener hijos… —intervino Suances—, ¿por qué adoptaron?

—Bueno, esa es una pregunta muy personal, yo no creo que…

—Es una pregunta que forma parte de una investigación por la desaparición, forzosa o voluntaria, de un menor —dijo Alarcón—. Y

debe contestarla.

—Tranquila, cariño —dijo Sergio, cogiendo a su pareja de la mano. Virginia se zafó del gesto cariñoso.

—Yo tuve un tumor y me dijeron que no volvería a quedarme embarazada.

Se quedaron las dos mirándose.

—¿A qué se dedica usted, Virginia? —atacó de pronto Alarcón, dejando a la mujer desconcertada.

—Soy gerente de una empresa familiar.

—¿En qué sector?

—Materiales de construcción.

—¿Cómo se llama?

—Almoratrix.

—Un nombre muy moderno.

—Sí, lo cambiamos hace poco —dijo Sergio.

—Ya veo, ¿y funciona bien la empresa?

—Sí, razonablemente bien. Mejor que nunca, de hecho —dijo la mujer—. Hace tres años logramos entrar en el ranking de las cien empresas con mayor facturación de la región.

—Es para estar orgullosa —observó Alarcón.

—Le dieron el premio a empresaria del año —dijo Sergio.

Suances percibió cómo florecía el orgullo de Virginia, quien por momentos parecía alejarse del drama cuando hablaba de su éxito profesional, ese mismo que la mantenía prácticamente absorta y casi siempre alejada de su entorno familiar.

—¿La empresa es suya? Quiero decir, ¿la fundó usted?

—No, era de mi padre —dijo la mujer.

—¿Y su padre todavía trabaja en ella?

—¿Mi padre? No, murió hace años.

—Vaya…, lo siento. Estarían muy unidos. ¿Y a qué se dedica usted, Sergio?

Alarcón llevaba el peso de la conversación. No daba tregua a la pareja.

—También trabajo en Almoratrix. Soy el jefe de contabilidad.

—Vaya, ¿así que se conocieron trabajando juntos?

—Así es, Sergio era el gestor de confianza de mi padre —dijo Virginia.

—¿Y qué hay de su madre? La abuela…

—Murió hace unos veinte años. Cáncer.

—¿Y su padre ya no volvió a casarse?

—No —dijo Virginia—; él…, bueno, estaba casado con su empresa.

—Ya veo. La empresa familiar es muy importante para todos —dijo Alarcón—. Entonces ¿no tienen Gonzalo y Estela ningún abuelo o abuela vivos?

—No, solamente nos tienen a nosotros. Vamos, y a su padre… —dijo la mujer.

—Sí, hablaremos de su exmarido más tarde… ¿Tiene usted algún hermano o hermana?

—Sí, una hermana, aunque…

—Perdonen —intervino Sergio—, ¿esto es necesario? No creo que estas preguntas sirvan para…

—No, está bien, cariño —dijo ella—, no importa.

—Siga, por favor.

—Joana se fue de casa hace unos quince años. Cuando murió mi madre quedó muy afectada. La tenía muy consentida. Estuvo ingresada en un psiquiátrico y ya nunca fue la misma…

—Perdone, ¿cuántos años tienen usted y su hermana? —intervino Suances.

—Yo tengo cuarenta y tres —dijo Virginia.

—¿Y usted, Sergio?

—Treinta y seis —dijo él.

—Pues parece mayor —apuntó Suances.

Navarro intervino con naturalidad antes de que el comentario quedara demasiado tiempo flotando en el aire.

—La preocupación nos envejece a todos, agente —dijo con un tono bajo, casi reflexivo—. Últimamente, los que estamos aquí hemos dormido menos de lo que deberíamos.

Virginia le dirigió una mirada agradecida. Navarro mantuvo la suya en Suances por un instante. El policía asintió. Con ese gesto parecía admitir la habilidad del abogado para evitar que se alterara la fragilidad del momento.

—En cuanto a su hermana —siguió Alarcón—, ¿es mayor o menor que usted?

—Tendrá treinta y nueve ahora. Si es que sigue viva…

—¿Cómo?

—Es una forma de hablar —dijo la mujer apresuradamente—. Joana nunca ha llevado una vida muy ordenada. En fin, desde que se fue no volvimos a saber nada de ella, excepto una vez por Navidad, que se dejó caer en casa de mi padre con uno de sus novios aleatorios. Llegó sin avisar, con una botella de vino barato. Se emborracharon y acabaron insultándonos a todos. Discutimos, una vez más…, y desde entonces no hemos vuelto a saber de ella.

—¿Cuándo fue esto?

—Hace… —Virginia hizo memoria— unos ocho años. Fue justo el año que habíamos adoptado a Gonzalo.

—¿Sabe si el niño tiene algún tipo de relación con ella?

—No, estoy segura de que no. Él no la ha visto nunca.

—¿Y Estela?

La mujer se rio entre dientes.

—Ellas sí se conocen, pero no lo creo…, no tienen nada que ver.

—¿Y por qué discutieron?

—¿Aquella Navidad? Cosas de familia.

—Por favor, sea más concreta.

Virginia se llevó las manos al rostro, apretándose los ojos con fuerza.

—Se lo puede imaginar. Joana representa todo lo que mi padre siempre ha evitado.

—Ha estado envuelta en grupos un poco extraños… —añadió Sergio.

—¿Usted ha llegado a conocerla?

—No, yo nunca… —dijo Sergio.

—Pues entonces guarde silencio hasta que se le pregunte —le dijo Alarcón, y volviendo a Virginia añadió—: ¿A qué se refiere su novio? ¿Sectas?

—No, no exactamente. Estuvo una temporada viviendo en Christiania, la comunidad de Dinamarca para hippies, ¿ha oído hablar de ella?

—Vagamente —dijo Alarcón.

—Yo no —dijo Suances—, cuénteme.

—Es una especie de pueblo autogobernado que está en Copenhague. Fue un símbolo de la contracultura y el anarquismo en

los setenta, pero ahora es un nido de conspiranoicos y fumetas. La última vez que vino a vernos vivía allí, pero no sé si seguirá en Christiania.

—Entiendo, ¿y cree que su hermana sería capaz de hacerle algo a Gonzalo?

—Pues no creo, la verdad —dijo Virginia—, pero no sabría decirle…

El hilo de voz se rompió. Los agentes dejaron unos segundos para que la mujer se recompusiera.

—Dígame, señora Sierra, ¿tiene alguna manera de contactar con ella?

—Sí, tengo… tengo su teléfono anotado en algún sitio. Aunque no sé si seguirá conservando el mismo…

—¿No lo tiene guardado en el móvil?

—No —dijo la mujer tajante.

—Bien, pues búsquelo cuando pueda.

—Claro.

Alarcón sonrió e hizo una pausa larga antes de hablar de nuevo. Suances sufrió un breve ataque de tos y solicitó un vaso de agua. Sergio fue a la cocina y volvió con vasos para todos y una jarra.

—Señora Sierra, volviendo a la desaparición de Gonzalo, ¿podría describir la ruta que solía tomar su hijo para venir a casa después de entrenar?

—Bueno… —dijo la mujer, con un tono de disculpa—, la verdad es que tenemos un horario familiar un poco desastroso. César tiene la custodia de Gonzalo, así que duerme en su casa. Tiene entrenamiento de hockey los lunes y los miércoles. Su padre lo recoge directamente los lunes en el club, al terminar, pero los

miércoles imparte clase por la tarde en la universidad, así que Gonzalo camina desde el recinto deportivo hasta una parada de autobús que lo trae directamente aquí. Sale de la puerta del Hospital Reina Sofía. Después, César viene y lo recoge cuando termina de trabajar en el campus.

—Pero esta semana César está fuera…

—Sí, por eso yo fui a recogerlo el lunes —intervino Sergio, mirando a Suances—, pero ayer… no pude ir. Así que le pedí que volviera andando y cogiera el autobús.

—¿Por qué no pudo ir?

—Tenía un partido de pádel importante. Juego un torneo.

—¿A nivel profesional? —preguntó Suances, con evidente falso interés.

—No, pero dedicamos mucho tiempo y no podía dejar a mi pareja de pádel colga…

—¿Era preferible dejar que un niño de once años anduviera solo por ahí? —dijo Suances.

—Él ya había hecho ese trayecto mil veces, todos los miércoles. Ha sido una casualidad que haya sido justo ahora cuando…

La señora Sierra dirigió a Suances una mirada cargada de fuego e hizo un gesto con la mano, interrumpiendo a su novio.

—Ustedes no conocen a Gonzalo —dijo la madre, marcando las palabras—. Es el niño más valiente e independiente del mundo.

—¿Puedo decir algo? —dijo Sergio, levantando la mano como un escolar en mitad de una explicación.

—Claro, hable —dijo Alarcón.

—Cariño, no quisiera sonar despreocupado, pero en realidad esto ya ha pasado antes…

—¡Pero nunca ha estado fuera tanto tiempo! —dijo la mujer con un énfasis que evidenciaba una discusión previa.

—Continúe, por favor —dijo Alarcón, dirigiéndose al hombre.

—A veces se obsesiona con algo y no piensa en nada más… —siguió—, la última vez desapareció durante horas porque quería medir la profundidad de una acequia próxima en diferentes puntos. Otro día se fue solo a la biblioteca, sin avisar. Se pasó toda la tarde anotando cosas en una libreta. Con frecuencia se concentra en una idea y se olvida del mundo.

—Pero Gonzalo no pasaría la noche fuera —intervino el abogado.

—Tal vez se ha alejado y se ha extraviado… —dijo Sergio.

—Estamos rastreando los alrededores de la ciudad y las zonas boscosas. Seguro que lo encontraremos —dijo Alarcón con tono tranquilizador—. ¿Ha mostrado recientemente interés en algún sitio específico?

—No, que yo sepa no… La verdad es que pasa más tiempo con su padre… —Se llevó las manos a la cara y su voz estuvo a punto de ahogarse en un nuevo llanto, que logró calmar—. Sé que a veces se distrae, pero tengo la seguridad de que esta vez algo no va bien. Tienen que encontrarlo…

Los agentes se miraron fugazmente, Alarcón se dirigió a su compañero.

—Sigue tú, por favor. Me gustaría ver la habitación donde se queda su hijo cuando duerme aquí, ¿le importa?

—¿Ahora? —dijo la mujer, limpiándose las lágrimas y estirándose la cara con las manos, como tratando de despejarse—. Sí, claro… Pero, si va a tocar sus cosas, yo preferiría…

La mujer estuvo a punto de romper en un nuevo llanto. Sergio la abrazó y le habló en voz baja, aunque los agentes pudieron comprender a la perfección lo que decía:

—No te preocupes, yo la acompañaré arriba.

Sergio se levantó y la inspectora le siguió. Subieron unas escaleras hasta la planta superior, donde un pasillo se bifurcaba hacia dos habitaciones. De una de ellas procedía música de estilo pop cantada en inglés por una mujer.

—Ahí está Estela, ¿no?

—Sí, creo que no es el mejor momento para hablar con ella…

—De acuerdo. Tenemos tiempo.

El hombre se quedó quieto por unos segundos, como si tratara de comprender el significado de aquella apreciación.

—¿Es aquí?

—Sí, esta es la habitación de Gonzalo.

—Dígame —dijo Alarcón a quemarropa, mientras abría la puerta del cuarto—, ¿qué tal se lleva usted con él?

El hombre arqueó las cejas al recibir la pregunta.

—Bien, bien. Teníamos una relación normal. De alguna manera… Bueno, aún nos estábamos conociendo.

—¿Entraba usted mucho aquí?

—No, jamás —dijo el hombre rápidamente.

—Ya lo imaginaba. Oiga, ¿por qué no vuelve abajo? No me llevaré nada sin decírselo, puede estar tranquilo…

Alarcón le dirigió una sonrisa carente de toda emoción. El hombre dudó un instante.

—Claro, como vea. Si necesita algo…

—Sí, yo les aviso. Descuide.

Cuando el hombre se perdió por el pasillo, Alarcón comenzó a desplazarse por la habitación de Gonzalo. Estaba todo perfectamente ordenado y no había ninguna fotografía, póster o dibujo en las paredes. Era un espacio pequeño pero acogedor. Estaba pintado con tonos de color azul claro. Una ventana doble permitía que la luz de la mañana inundara el espacio, iluminando el escritorio, donde los libros de sexto de primaria y los cuadernos formaban dos conjuntos alineados en una de las esquinas de la mesa. Junto a ellos, se encontraba el ordenador portátil. La mujer se quitó la mochila que llevaba a la espalda, se puso unos guantes y extrajo una bolsa transparente en la que introdujo el dispositivo. Después lo dejó sobre la colcha de la cama. Sobre ella había una estantería repleta de libros y algunos juegos de mesa, varios de ellos envueltos en su plástico, aún por estrenar. Se acercó para examinar los libros, buscando algún título que le llamara la atención, pero encontró una colección de ejemplares que cabría esperar de un niño más maduro: *Los juegos del hambre*, *El juego de Ender*, la colección completa de *El señor de los anillos*… Se dirigió al escritorio despacio. Al otro lado la música de Estela seguía sonando. Abrió los cajones y rebuscó en ellos, no había nada que encajara con la edad de Gonzalo, sino que más bien parecían los utensilios de un pequeño secretario. Bolígrafos, lápices, una caja con clips, un sacapuntas impecable, sin apenas restos de virutas, algunas monedas… De pronto, alguien le habló desde la puerta.

—¿Algo interesante?

Alarcón estaba tan sumida en sus pensamientos que no había sido consciente de que la música se había modulado y apenas era ya perceptible. Una chica esbelta y rubia la observaba y avanzaba hacia

ella. Sin duda, había sacado los genes de la madre, porque pese a que era evidente que estaba sumida de pleno en la adolescencia, su altura parecía desproporcionada.

—Hola, tú debes de ser Estela.

—¿Eres detective?

—En realidad soy policía —dijo Alarcón, sonriendo—, pero sí, investigo la desaparición de tu hermano, si es lo que preguntas…

—Sí, a eso me refería.

—¿Cómo estás?

—Bueno… —dijo la chica, con un tono a mitad de camino entre la resignación y la indiferencia—, espero que aparezca pronto.

—Seguro que daremos con él —dijo Alarcón, sonriendo.

—Se ha escapado, ¿verdad?

—¿Perdona?

—Que si creen que se ha marchado, que está por ahí escondido en algún sitio…

—¿Qué te hace pensar eso?

—Es lo que quiero pensar. A veces se va por ahí y se pasa horas concentrado en cosas que se le pasan por la cabeza. Me acuerdo de un día de verano, cuando se fue en bicicleta hasta un túnel que está a un kilómetro de aquí y lo encontró mi padre dando gritos dentro. Estaba comprobando si el sonido era diferente en distintos puntos…, pero vamos, ya ha ido mi madre esta mañana al túnel, y por allí no está.

—Perdona —dijo la policía—, pero para hablar de esto, es mejor que estemos delante de tus padres…

—De mi madre, querrás decir —dijo Estela, con cara de ofendida —. Porque el imbécil del otro no es mi padre.

—Ya, ya lo sé… Venga, vamos abajo.

Estela descendió las escaleras por delante de Alarcón, con la mirada fija en el suelo. Al llegar al salón, Virginia se sobresaltó:

—Estela, cielo. —Se aproximó a ella para abrazarla y añadió—: ¿Cómo estás? ¿Has dormido algo?

Suances se percató de que la chica evitaba el contacto visual con Sergio, quien observaba el gesto entre las dos mujeres con una mezcla de alivio y preocupación.

—Tomad asiento, por favor —dijo Alarcón.

Sergio se levantó y cedió su hueco a Estela, que se sentó muy próxima a su madre, en el sofá.

—Nos vamos a llevar el ordenador de Gonzalo —dijo la policía—, ¿han hablado ya sobre su exmarido?

—No, estaba esperándote —dijo Suances.

—Bien, es muy importante que hablemos un poco de César. —Y, dirigiéndose solo a ella, prosiguió—: Está usted divorciada, ¿qué tal es la relación de sus hijos con su padre?

La mujer soltó una carcajada corta y desdeñosa.

—Querrá decir con su hijo —dijo Estela.

Alarcón le preguntó a qué se refería y Virginia contestó por la menor.

—César tiene una relación completamente desigual con nuestros hijos. Solo se preocupa por Gonzalo. Tienen una conexión a nivel intelectual…

—Bueno, me vuelvo a mi cuarto —dijo Estela, y salió de la habitación.

—No se siente cómoda hablando de esto…, siempre la han comparado con Gonzalo.

—Gonzalo es superdotado, ¿no es así? —preguntó Suances.

—Bueno, ya no se les llama de ese modo, ahora se les denomina personas con altas capacidades. Pero sí, tiene un coeficiente muy elevado y un talento matemático inusual. Presenta dificultades para expresarse y en las relaciones sociales, pero podríamos decir que es un genio matemático y jugando al ajedrez.

—De acuerdo, continúe.

—Decía que mi exmarido siempre habla de lo talentoso que es Gonzalo y de cuánto disfruta compartiendo cosas con él, pero apenas muestra interés por nuestra hija. La trata con indiferencia, como si no pudiera entenderla ni quisiera hacer el esfuerzo. Estela es más… —Virginia buscó la palabra adecuada— sofisticada. De acuerdo, pero podría intentar conectar con ella, cada uno es como es.

—¿Dónde se encuentra ahora César?

—En Alemania.

—¿Por trabajo?

—Sí, lleva una semana allí. En un congreso de matemáticos. Le llamé anoche, pero no me lo cogía. Pensé en enviarle un mensaje de voz por WhatsApp, pero Sergio me dijo que era más apropiado contactar con él esta mañana. Y así lo he hecho.

—¿Ha hablado con él?

—Sí, he hablado con él. Iba a coger un vuelo hoy mismo, pero ya habrán visto en las noticias la huelga de pilotos que hay en media Europa.

—Sí, lo hemos visto. —Alarcón le entregó una tarjeta con un teléfono—. Ya hablaremos con él, no se preocupe. También

volveremos en otra ocasión para hablar con Estela y con Marion. ¿Qué tal mañana?

—Tengo muchos asuntos que atender en la empresa… —dijo Virginia poniéndose en pie—, es posible que mañana por la mañana tenga que ir a trabajar. Si van a hablar con mi hija, les rogaría que me avisaran, para estar delante durante la entrevista.

—Como quiera, así lo haremos.

Se desplazaron hacia la salida de la vivienda. Suances quedó maravillado por la colección de máscaras africanas que salpicaban la pared del recibidor. Especialmente una de ellas le pareció espeluznante, con los ojos hundidos y oscuros, la boca deformada y unos cuernos rojos, tallados en una filigrana retorcida. Navarro y Sergio los siguieron un par de metros por detrás.

—Gracias por su atención, Virginia —dijo Alarcón—, y envíeme por email el número de teléfono de Marion y el de su hermana; en cuanto pueda, por favor.

—Si lo prefieren —dijo el abogado, mirando a Virginia por un instante antes de volver su atención a Alarcón—, puedo encargarme personalmente de hacerles llegar los contactos. Me aseguraré de que los tengan hoy mismo.

Virginia pareció aliviada por la intervención de Navarro y asintió sin decir nada. Alarcón lo observó antes de aceptar con un leve movimiento de cabeza.

—Bien. Lo esperamos entonces.

—Y si necesitan cualquier otra información legal sobre la familia o sobre Almoratrix, por favor, háganmelo saber —añadió el abogado, extrayendo una tarjeta del bolsillo de su chaqueta—. No duden en llamarme a cualquier hora.

Alarcón tomó la tarjeta.

—Se lo haremos saber —dijo, a modo de despedida.

Una vez que se montaron en el coche, los agentes se quedaron mirándose unos segundos, tratando de ordenar toda la información, cada uno por su lado.

—¿Qué opinas? —se lanzó Suances.

—Creo que hemos avanzado algo: la relación con el exmarido es tensa y en esa casa se respira un aire de lo más asfixiante.

—Demasiada casa para tan poca vida.

Suances arrancó y puso el vehículo en movimiento. La inspectora miró por la ventana y vio cómo Navarro se despedía de la pareja.

—El abogado parece de fiar… —dijo.

—Hombre, tiene que cobrar una pasta con clientes de este nivel, qué menos que estar al quite.

—¿La madre te parece sinceramente preocupada? —le preguntó Alarcón.

—Sí, lo está. Pero parece arrepentida por algo…, ¿no? Me cuadra con el perfil de la típica adicta al trabajo que pasa de sus hijos y que ahora se echa las manos a la cabeza.

—La historia de la hermana también tiene tela…

—La hippy borracha… ¿Desaparece y renuncia a todos los beneficios que puede generar esa empresa familiar? —observó Suances.

—Ya, demasiado simple.

—Se nos abren posibilidades —dijo Suances—, porque el novio es un iceberg. Me ha parecido demasiado tranquilo…

—¿Sabes quién tiene que saber todos los secretos? —preguntó Alarcón.

—La criada —dijeron a la vez.

3

Táctica de presión

Día 1

En el polideportivo, ubicado en las afueras de la ciudad, próximo al polígono de La Paz y que presentaba el aspecto propio de las construcciones de finales de los noventa, se habían citado con el presidente del club y el entrenador de Gonzalo. Un enorme cartel oxidado que rezaba Club Deportivo Municipal les dio la bienvenida a la mole de acero y hormigón de aspecto frío y geométrico. En la fachada se extendía una lona con los escudos de los diferentes equipos que compartían el recinto. Entre ellos, una careta de protección de portero de hockey con alas de fuego y dos *stick*s cruzados a imitación de las tibias de la bandera pirata. El escudo de los Winders. Los dos hombres esperaban a la entrada del recinto. Los vieron cuchichear antes de dirigirse hacia ellos, como recordándose por última vez el mensaje que debían transmitir. El presidente era un hombre robusto, de cabello entrecano y con una expresión severa llena de seguridad. El entrenador, por su parte, se acercó, y Suances se fijó en los movimientos de sus manos dentro de los bolsillos del pantalón, inquietas. En su polo lucían las iniciales

de su nombre y su apellido: R. F. Llevaban el chándal del equipo, tenía los mismos colores que la testigo había descrito. En ese momento, la pista de entrenamiento estaba ocupada por unas patinadoras que sorteaban conos naranjas. Alarcón pensó en lo fácil que parecía patinar cuando veía a otra persona hacerlo, pero ella jamás había sido capaz de mantener el equilibrio más de dos segundos sobre unos zapatos con ruedas. Algo que, pensándolo bien, tampoco había necesitado para nada útil en toda su vida.

—Buenos días, señores.

—Buenos días —saludó el presidente con una voz grave y carente de cordialidad—, soy Matías Castro, el presidente del club. Han hablado conmigo por teléfono.

—Encantado. Y usted debe de ser Roger Federer —dijo Suances señalando con el mentón al más joven.

El hombre se quedó descolocado, con la sonrisa clavada en una mueca.

—Soy Ricardo Freuler, soy el entrenador de Gonzalo —dijo el hombre, con un evidente acento argentino.

Era delgado y con los brazos fibrosos, la barba larga y sin cuidar le cubría gran parte del rostro. Ofrecía una mirada limpia tras los cristales de sus gafas de pasta. A Alarcón le pareció un filósofo que hubiera renunciado a la búsqueda del sentido de la vida para entregarse en cuerpo y alma al nada sencillo ejercicio de golpear una pastilla para introducirla en una portería. De alguna manera, en ambos casos el fin consistía en sobrepasar obstáculos para alcanzar la meta a través de las acciones.

—Bien, ¿podrían enseñarnos las instalaciones mientras charlamos?

El presidente asintió y señaló en dirección a los vestuarios. Era un pasillo angosto, con puertas a ambos lados. Iba abriendo las habitaciones de una en una, en un par de ocasiones necesitó echar mano de un manojo de llaves que se sacaba del bolsillo. Alarcón se asomó a los vestuarios, a los almacenes donde se guardaba el material deportivo y a las oficinas del club, donde reinaba la misma lona que lucía en la entrada. A su lado, una vitrina con media docena de trofeos.

—Señor Freuler, ¿qué puede decirnos de Gonzalo, en general? —dijo de pronto Suances.

—Pues… —el hombre no se sacaba las manos de los bolsillos— que es el portero del equipo. Que el año pasado fue el menos goleado de la liga y fue uno de los culpables de que quedáramos campeones.

—¿Culpable?

—Es una forma de hablar.

—Ya veo, ¿cómo se comporta respecto al grupo?

El hombre dudó, estaba midiendo sus palabras.

—No podría decir que es un crío como la mayoría. Parece bastante claro que tiene algún tipo de trastorno, siempre está metido en sus cosas y a veces parece que no escucha las instrucciones. Pero sí las escucha, aunque está… en otro mundo. Como portero tiene unos reflejos impresionantes. En cuanto a la parte más emocional, no es muy dado a manifestaciones. Más bien al contrario, es un chico bastante reservado…

—¿No tiene amigos en el equipo?

—Sinceramente, yo creo que no. Llevo muchos años en esto y sé que la amistad es uno de los mayores beneficios del deporte de

equipo, pero el caso de Gonzalo es singular. No celebra las victorias ni expresa sus sentimientos con sus compañeros en las derrotas…

—Y aun así viene a jugar… —preguntó Alarcón.

—Sí, y se esfuerza como el que más. Pero él viene, entrena, o juega si hay partido, y se marcha… Yo creo que lo que le gusta en realidad del hockey no es el juego, sino la relación de ese deporte con las matemáticas…

Alarcón estaba deseando salir de nuevo a la intemperie, pues aquella mezcla de sudor atrapado durante años, humedad de las duchas y aroma rancio de los materiales de entrenamiento deteriorados le estaba taladrando las fosas nasales.

—¿Cómo?

—Sí, con la geometría y con el ajedrez… —dijo el argentino—. Vengan, les mostraré algo.

Para desgracia de la inspectora, accedieron a un pequeño cuarto lleno de conos, redes y cajas con pastillas de caucho. El olor le pareció repugnante.

—Una tarde me encontré con esto sobre mi mesa…

Freuler puso en el escritorio unos folios grapados y garabateados con diversos diagramas. Eran líneas dibujadas a mano, que mostraban jugadas de hockey, pero el campo de juego estaba distribuido en cuadrículas blancas y otras sombreadas en gris con lápiz.

—Miren aquí —el entrenador señaló el dibujo creando círculos imaginarios por varias zonas— y también aquí. Donde pone «*fianchetto*», se refiere a que los defensores están distribuidos en diagonales perfectas y corren para bloquear las trayectorias hacia la portería.

—Ese crío es un genio —dijo el presidente, meneando la cabeza—. Un genio.

—Es como si fueran alfiles que protegen las diagonales del tablero en el ajedrez. —Freuler seguía hablando con entusiasmo—. De niño jugué ajedrez en Argentina y las relaciones que establece este pibe son increíbles. Observen esto: es un ataque en triángulo típico del ajedrez, donde tres delanteros se mueven e intercambian posiciones formando una figura geométrica para desorientar a la defensa rival. ¿Lo ven?

—No entendemos mucho de ajedrez… —dijo Alarcón.

—Ni de hockey —añadió Suances—, pero nos fiamos de usted.

Freuler hojeó la libreta, descubriendo otros dibujos sobre el cuadrado de la pista.

—Pues así dejó otras cinco o seis estrategias más: tácticas de presión con enroques, posiciones para dominar el centro del tablero… Como si el objetivo del partido fuera encontrar un jaque mate. Es algo impresionante.

—Que el jaque mate sería como marcar un gol —dijo Alarcón, sintiéndose un poco ridícula al terminar la oración—, por eso ha dicho usted que había sido clave para ganar el campeonato, no solo por sus paradas.

—Eso es —dijo Freuler emocionado—, exacto.

—¿Están seguros de que todo esto es de Gonzalo?

—Miren —siguió el argentino—, yo no soy grafólogo, pero comparando esta letra con la ficha de inscripción… no me cabe duda.

—Además —dijo el presidente—, ese día solo estaban por aquí Gonzalo y otros tres jugadores más, y les aseguro que esos no

serían capaces ni de imaginarse todo esto. Los chavales de once años están más pendientes del tamaño del flequillo o del modelo de sus últimas deportivas.

—¿Lo saben sus compañeros? ¿Se burlan de él por este nivel de… frikismo? —dijo Alarcón.

A Suances le sorprendió el uso de aquel término en boca de su compañera.

—No, esto lo guardamos en absoluto secreto. Viendo lo introvertido que es Gonzalo, no quise exponerle, ponerle en el compromiso de admitir que lo había hecho él. ¿Qué más daba? Estaba claro. En cuanto a las burlas, sí… las recibe, pero no por eso…

—¿Tiene enemigos en el equipo?

—No le negaré que ha sido motivo de burlas por etapas —siguió el entrenador—. Es el típico jugador que nunca se ducha aquí después de los entrenamientos y tampoco lo hace tras los partidos.

—De hecho, una de las normas del club es que todos los jugadores deben ducharse y cambiarse juntos, por el espíritu de equipo —dijo el presidente—, pero desde que le dijo al entrenador que, si no le permitía ducharse en casa, ya no volvía, algunos compañeros protestaron y comenzaron a negarse también a ducharse después de jugar…

—¿Ustedes vieron cómo se burlaban de él y no hicieron nada? —preguntó Alarcón.

—Son alevines —dijo el entrenador, quitando importancia al hecho —. Hay que mediar, pero a veces defenderle puede ser incluso peor. Le respetan mucho porque es una pieza fundamental para el equipo,

aunque en los últimos partidos ha estado más descentrado. Justo en el peor momento…

—¿A qué se refiere?

El presidente intervino, con aires de importancia:

—En dos semanas hay una nueva competición, el campeonato nacional de selecciones autonómicas. El seleccionador nos pidió que le enviáramos a Gonzalo. Es el mejor portero, pero últimamente no ha estado concentrado…

—Yo lo que quería era motivarle —interrumpió Freuler—, le dije que, si no se centraba, pondríamos de titular a Pol, nuestro portero suplente, que este año lo está haciendo también muy bien. Es especialista en penaltis.

—¿Tan importante es ese campeonato?

—Puede serlo —dijo el presidente—. Vienen ojeadores de los principales equipos del país, incluso algún chaval ha terminado como juvenil en Francia o Alemania, y allí el hockey se paga muy bien. En España no es un deporte como el fútbol, pero hay clubes con bastante potencial económico. Además, los deportistas de alto nivel y alto rendimiento tienen reserva de plazas para el acceso a las universidades públicas, esto puede ser importante para una familia sin muchos recursos.

—Como la de Pol —completó el entrenador.

Los dos hombres se miraron, como dudando si contar algo más, y el mayor de ellos tomó la palabra:

—Gonzalo nunca había sido muy competitivo, pero cuando vio amenazada su titularidad, cambió de actitud.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Suances.

—En un entrenamiento, puse a los chicos a practicar un ejercicio de posesión. Pol fue a presionar a Gonzalo por la espalda y este soltó el *stick* hacia atrás, golpeando a Pol en la cara. Le partió un labio y tuvieron que sacarle un diente.

—¿Cómo reaccionó Pol?

—Al principio se enzarzaron, pero intervine rápido, porque un *stick* de madera puede hacer mucho daño. Luego Pol se puso a llorar, por la impotencia, y todos los demás la tomaron con Gonzalo. Le llamaron raro y le dijeron que estaba loco.

—¿Y usted se lo recriminó?

—Vi claramente que había sido un gesto a propósito. Lo mandé a cambiarse al vestuario y se fue a casa sin levantar la cabeza. Durante la semana siguiente no vino a entrenar, así que llamé a los padres de los dos chicos para hablar con ellos.

—¿Quién asistió de la familia de Gonzalo?

—El padre…, César.

—Suele venir bastante a por él, no siempre. La madre vino una vez, a pagar la matrícula en mano, y no he vuelto a verla —dijo el presidente—. Gonzalo siempre acude solo a entrenar y a jugar, desde que comenzó en benjamines… Algo muy cómodo para ellos es que los partidos de la liga se juegan en este polideportivo. Luego, unas veces lo recoge el padre y otras se va solo. Es un crío muy maduro, como ya sabrán.

—¿Y qué pasó con el padre del otro jugador?

—Ah, sí —dijo el entrenador—. Se lio bien gorda, porque el padre de Gonzalo dijo que Pol se metía con él todo el rato y que esa había sido la razón del golpe. Los dos hombres se pusieron a discutir, se

insultaron y no llegaron a las manos de milagro. Fue una situación muy desagradable…

Suances se disculpó y se alejó del grupo para responder a una llamada telefónica.

—¿Esto cuándo pasó?

—Hace un mes, más o menos —dijo el entrenador—. Es verdad que el carácter de Pol es fuerte y que tiene envidia de su compañero, porque teníamos decidido que Gonzalo sería el titular en el nuevo campeonato. Pero yo no había percibido una agresividad fuera de lo normal…

El presidente interrumpió a su trabajador, hablando con solemnidad:

—Se nota que son dos familias que pertenecen a mundos diferentes. La madre de Pol nos dijo que estaba pensando en denunciar al padre del crío, porque el golpe había afectado a otros dientes y tendrían que pagar un tratamiento que sobrepasa la cantidad del seguro que ofrecemos en el club. No sé si sería verdad o querían sacarles el dinero… Entonces, justo después nos dijo que tenía un contacto en un equipo de élite de Barcelona.

—Ellos son de Barcelona y los dos están en el paro —puntualizó el entrenador—. Son gente de pocos recursos, un poco problemáticos… Dijeron que llevan tiempo planteándose volver a Cataluña. Tienen familia allí.

—El caso es que nos propusieron que, si Pol jugaba en el campeonato, dejarían el asunto correr… —dijo el presidente.

—¿Y ustedes qué les dijeron? —preguntó Alarcón.

—A ver, a nosotros en realidad nos da igual que juegue uno u otro. Como club, no ganamos casi nada si fichan a un chaval, solo

prestigio. Pero la verdad es que tener al padre de Pol todos los días aquí dando la matraca con lo del campeonato no ayudaba a que Gonzalo se concentrara. Se veía al chaval más disperso de lo habitual, encajaba goles tontos y parecía desmotivado.

—Muy bien… ¿Ustedes notaron algo raro ayer por la tarde?

—No —dijo Freuler—, lo único diferente fue que llamó la madre para recordarnos que Gonzalo se tenía que volver andando porque no podían ir a recogerlo. Pero cuando se lo dije pareció que él ya lo sabía.

—Bien, muchas gracias. ¿Podrían facilitarnos el contacto de la familia de Pol?

—Por supuesto —dijo el presidente—, voy a buscarlo.

—Les llamaremos si necesitamos algo más.

Alarcón y Suances abandonaron el recinto despacio. El eco de sus pasos sobre el cemento era el único sonido perceptible.

—No creo que los padres de Pol llegaran tan lejos —dijo la inspectora.

—Ni yo, pero también es verdad que la gente está muy volada… —contestó Suances.

—¿Quién ha llamado?

—Era de la central. Marion irá mañana a primera hora a la comisaría para declarar.

—Menos mal, necesito descansar —dijo Alarcón.

Echaron un último vistazo a las pistas deportivas. El sol del mediodía caía como una guadaña y las patinadoras habían desaparecido. Suances sintió una extraña nostalgia al ver aquellas instalaciones vacías, tan a menudo llenas de carcajadas y gritos, pero que se le antojaban ahora silenciosas como un cementerio.

4

Aguilucho

Día 2

Como cada mañana, Suances se encontró con la docena de cajas de zapatos apiladas en una esquina. Gran parte de la mudanza aún estaba sin desembalar y las dos estanterías que había montado el fin de semana anterior persistían vacías, blancas y raquíticas, como esqueletos de animales imaginarios. En esas cajas se escondía una parte de su vida, pedazos de un pasado que se iba desvaneciendo con el paso de las semanas, transformándose en un presente cada vez más real, más palpable, más asumible. Se levantó y, mientras la cafetera bullía, se tomó un antidepresivo con un trago de agua. «Funciona —se decía cada mañana—, está funcionando». Pensó en comer unas tostadas a la fuerza, pese a no tener ni pizca de hambre. Lo rechazó. Cogió una de las cajas de zapatos y la puso sobre la pequeña mesa blanca de la cocina, junto a la taza de café, negro, sin leche ni azúcar. Cafeína directa al cerebro, flirteando en las neuronas con las benzodiacepinas, en una danza armónica y funcional. Abrió la caja y se encontró de bruces con un retrato, una fotografía en blanco y negro de una mujer desconocida. Aquella

mirada robada en una cafetería tanto tiempo atrás, cuando la fotografía era más que un hobby, era una verdadera pasión. Suspiró hondo y se arrepintió de inmediato, evitando la tos. Miró la siguiente: un coche atravesando la calle, dejando tras de sí una estela fantasmal en mitad de la noche. Aquella le quedó bien. Se bebió el café de un sorbo y se dispuso a vestirse de forma apresurada. No quería llegar demasiado tarde a la comisaría.

Cuando llegó, Marion Murriarte estaba sentada a la mesa de interrogatorios, con un café humeante frente a ella. Los ojos se le movían de un lado a otro, a impulsos, dando saltitos como insectos, tras los cristales gruesos de sus gafas marrones. Era un diseño anticuado, a juego con su vestimenta y su tocado. Todo en aquella mujer parecía pertenecer a otra época. Se sobresaltó y dirigió su mirada al enorme espejo rectangular que había ante ella cuando oyó, al otro lado de la puerta, unas toses hondas y cargadas que habría jurado que provenían de las entrañas de una bestia cavernaria. Suances entró encorvado y con un pañuelo en la boca, se puso de espaldas a Marion y lo llevó rápidamente al bolsillo. Odiaba aquella habitación. Un par de años atrás había sufrido una especie de crisis de ansiedad mientras interrogaba a un chaval de dieciocho años que había violado a una niña de trece. En aquella ocasión algo salió de él, vio con total nitidez cómo una parte de su alma, la más honesta y justiciera, salía de su cuerpo y se abalanzaba contra aquel mierda seca y le cogía la cabeza, delgada y huesuda como la de un pollo, para estamparla una y otra vez contra las losas del suelo de la habitación. Vio la sangre salpicando todo, sus manos en forma de garra, el cuerpo arqueado de la tensión. Vio todo eso, pero no estaba sucediendo nada. Entonces una mano se le puso en

el hombro y una voz le habló. Sudaba y tuvo que salir corriendo en busca del aire sucio de la calle, tirando cuanto encontró a su paso, hasta caer desplomado en el rellano de la comisaría. Fue la primera crisis. «El tabaco —le dijeron—, es la falta de oxígeno». Incipiente enfermedad pulmonar obstructiva crónica. El paciente desarrolla tos, que conduce a la aparición de disnea. Eso le dijeron técnicamente, pero él creía que no. Sabía que había algo más. Una ira acumulada durante años de tragar mierda, de accidentes con heridos graves y muertos, de mujeres reventadas por hijos de puta, de enfrentarse a pandillas de navajeros, drogadictos con un saco de trastornos mentales que amenazan a los transeúntes con jeringuillas y atacan a un compañero durante un arresto… «No es el tabaco, joder, no es el puto tabaco». Al menos no solo. Hay una violencia soterrada bajo capas y capas de buena conducta, de ejemplaridad y, por qué no decirlo, también de odio reprimido. Pero allí estaba de nuevo, en la pequeña habitación de paredes amarillas. Recibió la mirada de Alarcón y percibió en ella una energía tranquilizadora. Estaba sentada ya, con los codos apoyados en la mesa.

—Buenos días, perdón por el retraso. ¿Han comenzado?

—No, te estábamos esperando —dijo Alarcón—. Señora Murriarte, este hombre es el subinspector Suances. Como le he dicho, ambos estamos trabajando en la investigación.

—Marion, ¿verdad? —dijo Suances dirigiéndose a la mujer—, la llamaremos así, si no le importa.

—Como deseen, señor.

—Bueno… Fue usted quien echó de menos a Gonzalo, según nos dijo la madre del niño.

—Así es, señor. Él siempre llegaba sobre las nueve y media, alguna vez perdía el autobús, se retrasaba y se le hacían cerca de las diez, pero cuando el reloj se aproximaba a las once, ya supe que algo no iba bien…

Cada vez que la empleada doméstica hablaba, giraba un crucifijo a un lado y a otro. Era un colgante con una pequeña cruz plateada en la que se apreciaba una figura humana, presumiblemente Jesucristo, aunque los relieves de la pieza resultaban imperceptibles. Suances pensó que el roce constante de los dedos había acabado por erosionarlo.

—Y llamó a la señora Virginia…, pero ella estaba trabajando y no se lo pudo coger.

—Sí, ella me llamó ya hacia la medianoche. Me dijo que había estado reunida.

—¿Duda de que sea verdad?

—No, en absoluto, solo digo que eso fue lo que me dijo. La señora trabaja muchísimo.

—Entiendo. ¿Por qué no avisó usted a la policía? —preguntó Suances.

—Ah, no, no. Yo no puedo sobrepasar mis tareas, necesito el permiso de la señora Virginia hasta para levantar un jarroncito si tengo que limpiar debajo. Usted no sabe de su carácter…

El acento limeño de Marion aún centelleaba en el ritmo ágil, en algunos seseos y los diminutivos.

—¿Es muy dura?

—Sí, lo es. Es una mujer moderna, ya sabe. Yo soy de otro tiempo.

—¿Y también es dura con Gonzalo?

La mujer miró a sus interlocutores antes de hablar.

—No sabría decirles. No me parece que sea la mujer más paciente del mundo con él, pero agresiva hacia el niño, eso tampoco. Bueno…, excepto una vez, hará un año, que sí escuché que le gritaba en la habitación.

—¿Y qué le decía?

—Pues cosas sobre la actitud del niño —dijo Marion con tono ambiguo—. Estaba fuera de sí; yo la notaba muy estresada en esa etapa. A ella le provoca mucho dolor que Gonzalo no se relacione bien, pero es que él es un niño reservado… Con mucho mundo interior.

—Ya, ¿podría ser un poco más específica? ¿Escuchó insultos? ¿Menosprecios?

—No, eso es más frecuente en el padrastro, en Sergio. Ella solo le gritaba que no lo entendía, que no sabía qué hacer para ayudarle… Era más por frustración.

—Sergio sí le trata peor, entonces…

—Bueno, hace poco estaban en la parte trasera, en el jardín. Gonzalo estaba tumbado en el césped, seguramente observando algún bichito. Le encanta hacer eso. De niño se pasaba horas mirando bichitos en el jardín, arrastrándose. Entonces, esa vez, el señor Sergio le llamó varias veces para algo… —frunció el ceño, como haciendo memoria—, creo que para que le ayudara a bajar un televisor de un mueble… El niño no le oía, porque estaba entretenido con sus cosas. Yo le veía desde la ventana de la cocina. Entonces Sergio se acercó hasta donde estaba Gonzalo y oí cómo le decía que los niños como él no llegan a nada en la vida, y que si le

pasaba algo a su padre nadie se iba a querer hacer cargo de él. Y que era un inútil.

—¿Cómo diría que es la relación que mantiene usted con Sergio?

—Bueno, al señor Sergio yo no le gusto. Yo le llamo «el aguilucho»; discúlpenme, pero es que va siempre así, acechando. La noche de la desaparición le llamé, aunque —hizo una mueca desagradable—, bah, él nunca coge mis llamadas.

—¿Por qué cree que es eso?

—Bueno, porque él sabe que yo sé cosas…

—¿Cosas sobre él y Gonzalo?

—No, no solo eso… —dijo la mujer, suavizando el gesto y recolocando el trasero en la silla para enderezar el cuerpo—, cosas de la familia, ya saben…

—No, señora. No sabemos —dijo Suances con cierta agresividad —, si lo supiéramos no estaríamos aquí hablando con usted mientras ese niño sigue desaparecido.

La mujer contrajo el rostro y miró a Alarcón, pero solo halló una mirada inquisidora y unos labios apretados.

—Bueno, es un poco largo de contar…

—Tenemos todo el tiempo del mundo, señora Murriarte. Quien quizá no tenga tanto es Gonzalo…

La mujer bebió un trago del vaso de agua que tenía frente a ella y comenzó a hacer girar el crucifijo con ambas manos sobre la camisa negra y holgada.

—Cuando dio a luz a Estela, la hija mayor, la señora Virginia sufrió complicaciones importantes durante el parto, una ruptura uterina con infección que dañó sus órganos reproductivos. Los doctores le

advirtieron que podría tener dificultad para quedarse embarazada de nuevo.

—Ella nos habló de otro tipo de dolencia…

—Ya, bueno, yo creo que ella se avergüenza… ya sabe…

Suances pensó en cuántas veces podría soportar la muletilla de aquella mujer sin saltar sobre ella para zarandearla como a un espantapájaros.

—¿Trabajaba usted entonces ya para Virginia?

—No, yo comencé cuando Estela tenía unos tres años.

—¿Cómo la conoció?

—Yo servía cuidando a un señor muy mayor que murió. El hijo de este hombre trabajaba en la empresa familiar; entonces, Virginia le pidió mis referencias y comencé en la vivienda. No eran tareas muy diferentes: preparar la comida, tener la casa limpia, hacer coladas y salir al parque, en un caso para sentarme en un banco con el viejito, y en el caso de los niños para que jugaran en los columpios.

—Pero no es interna, ¿verdad?

—No, no. Yo paso el día allí, y duermo en mi apartamento.

—¿Dónde lo tiene?

—En el barrio del Infante.

—¿Y cómo va y vuelve a La Arboleja cada día?

—Caminando. En Perú caminaba muchísimo desde chiquita. Aquí siempre estoy encerrada en la casa de la señora y, aunque no paro ni un segundo, las piernas necesitan caminar. Dios nos las dio para eso…

—De acuerdo, continúe —dijo.

—César, el exmarido, no deseaba tener más hijos, pero Virginia sí. Ella estaba convencida de que Estela necesitaba tener un hermano,

así que finalmente iniciaron el proceso para poder adoptar. —La mujer hizo una pausa larga, como si ordenara los recuerdos en la cabeza—. El padre de Virginia era un hombre muy rico y con gran influencia, así que lo aceleró todo y al año siguiente Gonzalo ya estaba en la casa. Pero todavía nadie sabía que era especial…

—¿No le habían diagnosticado ningún tipo de trastorno?

—No, achacaban las dificultades para comunicarse o para mostrarse cariñoso a malas experiencias en el orfanato y en la casa de acogida anterior —dijo la mujer—. Pero yo pienso que sus primeros padres adoptivos le rechazaron porque no sabía relacionarse bien…

—Por favor, señora, cuente los hechos y no haga conjeturas —dijo Suances con firmeza—. Para eso ya estamos nosotros aquí.

Pese a que la calefacción estaba bien regulada en aquel habitáculo, Suances se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla. Alarcón acertó a ver una gran mancha de sudor que cubría parte de la enorme espalda del hombre. La señora Murriarte pidió otro vaso de agua y Alarcón se levantó y fue a por él.

—Gonzalo y yo congeniamos más o menos bien y empecé a prestarle más atención, porque Estela ya era una mujercita. Piensen que se llevan seis años…

—¿Cómo diría que es la relación entre Estela y Gonzalo?

—A rachas, supongo que como todos los hermanos… Hasta el divorcio, claro. —Marion dominaba la oratoria y conforme se iba sintiendo más cómoda iba dotando las oraciones de un tono misterioso o indiferente—. Desde entonces, parecen dos familias distintas. El padre y el hijo por un lado, y la madre y la hija por el otro. Bueno, y el aguilucho, claro. En cuanto a la relación entre los

niños, no tienen nada que ver. Son dos mundos completamente diferentes. Una es superficial y caprichosa, y el otro reservado y reflexivo… Yo creo que Estela tiene muchos celos de Gonzalo, porque, de algún modo, le quitó a su papá… O eso cree ella, al menos.

Gonzalo había expresado su deseo de vivir con César. Ambas partes acordaron un régimen de visitas flexible, de modo que el niño podría visitar la casa materna unos días sueltos entre semana, lo que el juez ratificó como el esquema más adecuado para el bienestar del menor.

—¿Qué le hace pensar eso? ¿Notó algo extraño en la relación entre Estela y Gonzalo?

—Sí. El niño tiene que pasar los miércoles por casa después de entrenar, para que su padre lo recoja —dijo Marion, con un hilo de misterio que irritó a Suances—. Y en las últimas semanas Estela y Gonzalo casi ni se saludaban. De hecho, cuando discutían por algo, ella le recriminaba que era adoptado.

—¿A Gonzalo no se lo habían contado antes?

—No —dijo la mujer meneando el dedo, corto y oscuro, en el aire —, era algo que la señora Virginia tenía clarísimo. Quería esperar hasta que el niño tuviera la suficiente madurez emocional para asumir esa información. Aunque, desde mi punto de vista, ya estaba perfectamente preparado para procesar la verdad.

—¿Discuten mucho Estela y Gonzalo?

—De pequeños más, ahora casi no se hablan. Ella es adolescente, ya sa…

La señora Murriarte calló de pronto, como siendo consciente de que no debía emitir esa palabra, bebió agua y prosiguió:

—En fin, yo comencé a pasar más tiempo con Gonzalo. El niño no fue a la guardería, así que yo le enseñé el alfabeto, los números, todo lo inicial… —dijo Marion con orgullo—. Fue una época hermosa. Pero pronto cambió, maduró muchísimo, y poco a poco se acercó más a su padre. En cuanto descubrió las matemáticas y el ajedrez, se sumergió en un universo nuevo al que yo ya no tenía acceso…

Hizo una pausa y después dijo, con solemnidad:

—Creo que ese niño tiene un don. Es un elegido.

Empezó a dar más y más vueltas al crucifijo.

—¿Usted tiene hijos, señora Murriarte? —preguntó Alarcón.

—No, yo no. Nunca he estado casada. Yo me debo a nuestro señor Jesucristo.

—Ya… —siguió la inspectora—, ¿y cree usted que Gonzalo tendría alguna razón para escaparse? ¿Sabe si tenía algún lugar preferido al que le gustara ir?

—No sé… Yo creo que no se ha escapado, la verdad. Sé que a veces lo ha hecho. Pero ¿tanto tiempo? Adónde va a ir un niño de esa edad, solo…

El rostro de la mujer se contrajo de pronto y la boca se le abrió, convertida en un pozo de angustia.

—¿Y dice que jugaba mucho al ajedrez? —dijo Alarcón rápidamente.

—Sí. —La mujer dejó de sollozar, echó la mano al bolso y sacó un pañuelo de tela—. Aprendió con su papá. Luego, muchas veces jugaba él solito, en el tablero. Pero el curso pasado, cuando venía a la casa de su madre, lo veía que jugaba directamente en un ordenador. La señora siempre llega tarde, así que yo le preparaba un

sándwich o algo ligero y él pasaba las horas mirando la pantalla, con ese juego.

Alarcón anotaba en su libreta palabras grandes que rodeaba con círculos y de las que brotaban nuevas líneas con más información. Su letra era minúscula y apretada.

—¿Qué sucedió para que se divorciaran?

—Ah, eso —dijo Marion, como si estuviera esperando la pregunta para un numerito especial—, el señor César… Bueno, no sé si ya han hablado con él…

—No, aún no. Está en Alemania.

—Pues es un hombre muy atractivo —dijo, y miró a Alarcón, arqueando las cejas—. Así que pueden imaginarse…, en cuanto la situación con Gonzalo comenzó a complicarse, Virginia se concentró más y más en el trabajo. Y César aprovechó y saltó del barco. Encontró a una chiquita de veintipocos años y le pidió el divorcio a la señora.

—Afectaría mucho a Virginia…

—Sí, claro. Y aquí es donde entra el aguilucho…

—Señora, por favor —dijo Alarcón.

—Perdón —dijo la mujer, sacudiendo la palma de la mano—. Ella estaba con la guardia baja y, además, su padre enfermó de gravedad. Entonces Sergio comenzó a consolarla. Él trabaja para la empresa. Es contable…

—Sí, eso lo sabíamos. Son compañeros.

—Claro, él era el brazo derecho del viejo de Virginia. A veces se dejaba caer por casa y, cuando la señora ya se encontraba mejor, él la llevaba al trabajo y la devolvía a casa. Así hasta que un día la señora me dijo que Sergio iba a mudarse al chalet.

—¿Y a usted qué le pareció?

—¡Que olió la plata! Ese no es trigo limpio… No digo que tenga algo que ver con lo de Gonzalo —la mujer se santiguó—, pero sí que es un mal bicho. De hecho, últimamente habían tenido varias broncas porque la empresa no está yendo tan bien como antes.

—¿Usted las ha oído?

—Sí, yo soy como las paredes. Siempre estoy ahí. —La mujer se puso las dos manos en las orejas, como imitando dos antenas parabólicas—. La señora Virginia ganó el premio a la mejor empresaria del año al poco de morir su padre, pero fue para acallar los rumores. La empresa ha bajado muchísimo los ingresos. Parece que Sergio ha estado haciendo movimientos raros porque hay empresas más grandes que quieren comprar Almoratrix…

—¿Y de la hermana qué nos puede decir? —preguntó Alarcón.

Marion puso una mueca de sorpresa.

—Ay, Joana, Joanita… —suspiró soltando una risa burlona—, menuda necia… Le hicieron firmar ese papel y le dieron una patada en el culo.

—¿Qué papel?

—Ah —Marion vaciló un instante—, ¿no saben? Joana y Virginia son como la noche y el día. Una nunca terminó los estudios y enseguida se dio al alcohol y a las malas compañías, mientras que la otra acabó la carrera para llevar las riendas de la empresa familiar. Estaba todo orquestado, porque el padre no aceptaba a Joana, era como una oveja negra. Tuvieron una discusión muy fuerte y acordaron firmar un documento por el que Joana renunciaba a toda la herencia, pero a cambio le hicieron una donación de un millón de euros.

—¿Usted ha visto ese papel?

—No, pero la señora Virginia me lo ha contado todo. Cuando estaba deprimida, tomaba muchas pastillas y no paraba de hablar.

—¿Parecía arrepentida de haberle hecho eso a su hermana?

—¡Al contrario! Al principio, cuando se marchó, la tía Joana llamaba a veces al teléfono fijo de la casa. Pero la señora me ordenó que no le diera partes sobre esas llamadas. Yo creo que Joana es una buena mujer, pero la pobre está algo desequilibrada… Se juntó con un granuja que la desplumó. Tal vez un día busque el perdón de la hermana, pero la señora Virginia tiene un corazón de hielo. Y puede que más que el perdón busque el dinero…

Las palabras de Marion parecían estar envueltas en una mezcla de sentimientos, por un lado, de respeto hacia la persona para la que trabajaba, pero por otro de resentimiento y desconfianza.

—Bien, de acuerdo. Pues, no sé si usted quiere decirnos algo más que pueda resultar de utilidad para el caso.

—Ha sido un rapto.

—¿Disculpe?

—Que lo tiene alguien.

—¿Cómo puede estar tan segura de eso?

—Me lo dicta el corazón, la fuerza de la fe pocas veces engaña al fiel —dijo Marion—. El niño no se ha escapado, es más fuerte de lo que puedan imaginar, pero no aguantará mucho. Tienen que encontrarlo…

5

La Carlanca

Día 2

El edificio, situado relativamente cerca de la zona en la que las cámaras habían registrado la imagen de Gonzalo por última vez, era exactamente igual que todos los que lo rodeaban. Viviendas de protección oficial con fachadas desconchadas y abarrotadas de grafitis, ventanas protegidas con barrotes que ocultaban interiores oscuros y poco espaciosos. En algunos portales se apreciaban pequeños corrillos de mujeres con moños, vestidas de negro, que controlaban desde la distancia al puñado de niños que gritaban y se lanzaban piedras en el parque próximo. Alarcón y Suances cruzaron el portal y subieron hasta el tercer piso. El olor a humedad y tabaco se había ido adhiriendo a las paredes amarillentas durante décadas. El timbre no funcionaba, así que Suances llamó con los nudillos. Una mujer abrió la puerta a los pocos segundos y, al verlos, la entornó.

—¿Susana Peña?

—Sí, ¿qué quieren? ¿Quiénes son?

—Somos inspectores de la policía, señora.

—Ah, eso es en el quinto B. Aquí no hay nada raro, aquí somos honrados.

—No, no —dijo Alarcón, empujando la puerta para que la mujer no la cerrara—, es por la llamada que ha hecho a la policía.

—Pero ahora… —la mujer abrió la puerta por completo y se cruzó un batín raído—, es que tengo la casa sin recoger.

—Será un minuto, de verdad.

—Solo le dije a la chica de la comisaría que vi un coche pararse en mitad de la avenida y a alguna gente discutiendo —dijo, y se llevó un mechón de pelo sucio detrás de la oreja.

—¿Desde dónde la vio?

—Desde la ventana de la cocina. Estaba fumándome un cigarro.

—¿Podríamos asomarnos a esa ventana?

—Si se esperan un minuto, sí.

—Claro.

La mujer cerró la puerta de inmediato, oyeron cómo cuchicheaba algo a otra persona.

—A saber… —dijo Suances.

—Bueno, nosotros vamos a lo que vamos —dijo Alarcón, consultando su teléfono.

Un par de minutos después la puerta volvió a abrirse y la mujer les dio paso. Una joven que no llegaría a la mayoría de edad estaba en mitad del pasillo de la vivienda. Les echó una mirada huidiza y cargada de desconfianza. En un instante, Alarcón comparó a Estela con aquella chica morena. Dos mundos, dos vidas completamente diferentes. En la cocina, recubierta de azulejos antiguos y amarillentos, apenas había espacio para una mesa y dos banquetas. El subinspector se apoyó en la pared frente a la nevera, que sonaba

como un pequeño tractor. Había un ventanuco que daba hacia el parque que acababan de atravesar.

—Los vi allí —dijo la mujer, señalando con el dedo al exterior—, ¿ven los coches pasar?

Por entre las copas de los árboles, en mitad de dos bloques de edificios naranjas, se abría un hueco por donde se apreciaba el tráfico de la avenida principal. En efecto, coincidía con la vía en la que se perdía el rastro de Gonzalo. Cada cierto tiempo pasaba un coche.

—Está un poco lejos… —dijo Suances.

La señora sacó un cigarro y se lo puso en la boca. Suances lo miró y tuvo que asomarse a la ventana para apartar de su cabeza la necesidad de fumar.

—Yo del oído ando fatal —dijo, mientras se ajustaba la bata descolorida sin soltar el mechero de la mano—, porque se me perforó el tímpano de pequeña por una traca. Pero tengo una vista de águila.

—¡Carlanca, *cuidaíco* con lo que cuentas! —chilló una voz femenina desde el parque.

—¡Calla, pijo, y métete en tus cosas! —dijo la mujer asomándose al ventanuco.

—¿Carlanca es usted?

—Sí, ese es el mote de mi familia.

—Y, díganos, ¿qué es lo que vio exactamente? —preguntó Alarcón.

El pequeño espacio se llenó de humo. De algún lugar de la casa, de pronto, llegó un grito.

—Es mi bisnieta, no se preocupen —dijo la señora—. Vi cómo se paraba un coche. Era grande y azul… o negro. Eso no lo sé, porque

estaba ya cayendo la noche. Se bajó una persona con una capucha puesta. —Se aclaró la voz rasposa—. Se acercó al del chándal y se metieron en el coche los dos. Pero vamos, que no me gustó nada el rollo…

—¿El que estaba en la acera iba en chándal, entonces?

—Sí. Era más bajito y llevaba ropa de colores. Verde, amarillo y rojo. Me fijé en eso porque es la bandera de Senegal.

Los policías torcieron el gesto y la Carlanca añadió:

—Es que mi nieta, que es muy lista, se quedó *preñá* de un senegalés. Eso sí, el bebé ha salido ya *criao*… Las cosas como son.

—Entiendo —dijo Alarcón—, y la persona que se bajó del coche ¿cómo era físicamente?

—Pues grande y parecía fuerte.

—¿Un hombre?

—Yo diría que sí…

—¿Llegó a distinguir algún rasgo del rostro? Barba, gafas…

—Qué va —dijo la mujer, dando una calada larga al cigarro—. Aunque tengo buena vista, no llego a tanto. Parecía como un hombre grande. Pero yo solo vi que se bajaba, iba directo al del chándal de colores, le tocaba en el hombro y luego ya se metieron en el coche y arrancaron rápido.

—En este barrio eso que vio ¿no es frecuente?

—Mire —dijo la mujer, con determinación—, aquí pasa de todo a todas horas, pero sabemos perfectamente quiénes son los que hacen cada cosa. Y la gente de aquí no se pone capuchas; cada uno asume las consecuencias de sus actos.

A Suances le sorprendió la vehemencia y contundencia de esa frase, fue como si la Carlanca la tuviera memorizada y la hubiera

soltado de carrerilla.

El murmullo de unos dibujos animados llegaba distante desde una televisión encendida y se mezclaba con el ruido constante de la barriada, que entraba por la ventana. Un ruido de risas y de gritos de niños y de música flamenca brotando en los balcones. Un ruido lleno de vida.

—¡Abuela, el potito! —gritó una voz joven al fondo del piso.

—Ya nos vamos, Susana —dijo Alarcón.

—Perdone, ¿usted le ha contado algo de esto a alguien de algún periódico?

—¿Yo? —dijo la mujer, apretándose el pecho con la mano y echando hacia atrás todo el cuerpo en una torsión digna de una artista circense—, ¿al periódico? ¿De qué? Yo no le he contado nada a ningún periódico.

—Señora, no pasaría nada…

—Que no, que no. Ya está, ya les he contado todo… —dijo la mujer—, que mi nieta no se apaña sola con la cría ni para la comida ni para bañarla. Y yo le digo: entonces *¿pa* qué la tienes?

La señora hablaba mientras salía de la cocina y abría la puerta de la vivienda. Suances se quedó el último, dando pasos cortitos, como si formara parte de una cómica procesión.

—La próxima vez —dijo el agente ya en el descansillo—, en lugar de hablar con la prensa, diríjase a la comisaría de policía antes, porque puede haber sido testigo de un delito.

—Si yo no sabía nada… Uno andaba preguntando por el parque, entonces me llamó una vecina a la que yo se lo había contado. Y, oiga, pues si me dan una propina… —La mujer hablaba por encima

de los gritos de su nieta, que no paraba de reclamar su ayuda—. Estoy segura de que la policía no me hubiera dado nada. ¿A que no?

Los dos policías se quedaron en silencio. Y antes de que pudiera reaccionar, la Carlanca dijo:

—Pues ale, adiós.

Suances y Alarcón se quedaron viendo cómo la puerta se cerraba delante de sus narices.

—¿Qué te parece? —preguntó la inspectora, que ya bajaba las escaleras.

—Que no creo que se lo haya inventado, ¿no? —respondió Suances—. El lugar encaja, las descripciones son posibles…

Se sacó un papel del bolsillo y se lo enseñó a Alarcón. En él se leía, con una caligrafía horrible, escrito a rotulador: «Coloma Periodista» y un número de teléfono.

—Estaba en la puerta de la nevera, con un imán —dijo Suances, adelantándose a la pregunta de Alarcón.

—Habrá que llamarle, pero más que nada para advertirles que no pueden reventarnos la investigación —dijo la mujer.

—Sí, tranquila, yo me encargo —dijo Suances, guardándose en el bolsillo el pósit.

Cuando se encontraban cerca del lugar que les había indicado la bisabuela prematura, alguien les chistó a la espalda. Era un hombre de piel negruzca y colgandera, que se acercaba a pasos cortos y rápidos, medio tambaleándose por los efectos del alcohol barato y del mono de la droga de mala calidad que ya comenzaba a desaparecer de su organismo.

—Yo también vi algo. —Señaló a la ventana donde la mujer que acababan de visitar ya estaba asomada de nuevo, fumando un

cigarro—. ¿Han ido a ver a la Carlanca?

—¿Cómo? —preguntó Suances.

—¡No os creáis nada del yonqui ese! —gritó la Carlanca desde la ventana.

—¡No le estoy contando nada malo! ¡Que te calles ya! —gritó el drogadicto dirigiéndose a la ventana.

Suances se rascó la cabeza y le pidió al hombre que se calmara.

—¿Tienen un euro?

No acertaron a ver ni un solo diente en aquella boca morada.

—No, mira… —comenzó Suances, pero Alarcón le interrumpió dando un paso adelante.

—Toma, anda. —La mujer se sacó varias monedas del bolsillo.

—Yo también vi algo —el hombre miraba las tres monedas de euro que ya brillaban en su mano—, se estaba bebiendo una lata de cerveza. Al que metieron en el coche… estaba bebiendo.

—Vámonos —dijo Suances, dándose la vuelta.

—¿Estás seguro de que era una cerveza? —preguntó Alarcón.

—Sí, una lata azul. Una lata azul. Se cayó al suelo porque le pusieron una funda en la cabeza. Yo estaba en ese portal y lo vi todo. —El gorrilla señaló a uno de los zaguanes próximos al lugar que la Carlanca había indicado, donde había una manta arrugada y una litrona de cerveza—. Yo estaba fumando… mis cosas. Era un chico joven, pasaba por aquí de vez en cuando.

—Vale, ¿y qué viste?

Movió la mano e hizo sonar las monedas.

—Escucha, amigo —arrancó Suances refrenando el tono—, somos agentes de la policía. No nos pidas más dinero; si te meto en el coche y te llevo a la comisaría, nos lo vas a contar todo igual.

—No, espera, toma —dijo Alarcón, dando al hombre un billete de cinco euros—, ¿cómo te llamas?

—Emilio. Emilio.

—Vale, Emilio, ¿qué pasó exactamente?

—Se lo llevaron. Yo estaba en el portal. —Parecía como si, de pronto, el drogadicto hubiera recibido una inspiración divina, y comenzó a hablar de manera clara—: Un coche azul oscuro se paró, bajó una persona grande, parecía fuerte, vestida de negro, y fue directa a por el chico. Le clavó una jeringuilla en el brazo. Una jeringuilla… La vi perfectamente. Y lo metió dentro. No había más coches cerca ni nada, le habían estado siguiendo despacio hasta que llegaron a la altura de los contenedores.

—Llévanos exactamente al sitio donde pasó eso.

—Siguiendo la pista de un yonqui —murmuró Suances—. Vamos, no me jodas.

Siguieron al gorrilla, que caminaba a paso ligero, hasta que llegaron al lugar donde habría sucedido el supuesto secuestro. La barriada de La Fama queda fuera de los planes de limpieza del Ayuntamiento. Todo el mundo sabe dónde residen los camellos gordos y también los que menudean con los adolescentes; tienen localizados los pisos donde se corta y almacena la droga, pero nadie hace nada para evitarlo. La teoría del «si tapas un agujero, la mierda saldrá por otro» sirve como excusa para dejar que el territorio se atenga a sus propias leyes, para que los yonquis se muevan al ritmo sonámbulo de los perros fantasma. A no ser que surja algún delito de sangre, no se interviene. Las instrucciones son claras. Es preferible tener controlado en un mismo espacio a todos los elementos que entrar de vez en cuando a sacudir el avispero. Por la

acera, en dirección hacia ellos, vieron aproximarse a una mujer, todo huesos, con una melena rubia y sucia.

—Joder, esto parece un capítulo de *The Walking Dead* —dijo Suances—, ya verás tú…

—Ella también estaba —dijo Emilio, señalando a la mujer.

—Sí, yo también vi el secuestro —dijo la otra, que llevaba los ojos brillantes y tenía la voz similar al grajeo seco de la urraca.

—Te va a faltar dinero para testigos a este paso… —susurró Suances a Alarcón.

Basura orgánica, restos de papelinas y vidrios rotos permanecen donde caen durante días, incluso semanas, hasta que a dos barrenderos que han jugado mal sus cartas o que han trasladado desde un lugar remoto de la región les toca la china de limpiar las baldosas de La Fama. Resultaba evidente que, en los últimos días, por allí no había pasado ningún operario a retirar la basura de las calles. Entre todos los restos, atrapada entre un contenedor y la acera, vieron una lata de Aquarius.

—Llama a la Científica, que venga a llevarse eso.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Llama. —Y, dirigiéndose a la drogadicta, siguió—: ¿Qué viste tú?

—Yo me pongo siempre ahí arriba y busco huecos para que aparquen —dijo señalando al inicio de la calle—, y vi que un coche hacía tapón.

—Tapón… —repitió Emilio, como masticando aire.

—De verdad, si no saben lo que dicen.

—Joder, Suances, que llames.

El policía se dio la vuelta y caminó alejándose del lugar mientras conectaba con Boix, el jefe de la Científica, y le daba las

coordenadas del lugar donde se encontraban. Alarcón se quedó tratando de aclararse con los dos supuestos testigos, que, cuando terminaron de dar sus explicaciones, se fueron juntos a paso ligero.

—Qué par de tortolitos —dijo Suances, volviendo al lugar—, ¿qué te han contado?

—Puede que hubiera un cómplice.

—¿Cómo?

—Sí, la calle donde parece que sucedió el secuestro es de una dirección, porque en sentido norte solamente pueden circular los autobuses y los taxis. Y la vía por donde van los turismos, al principio de la calle, es de un solo carril.

—No entiendo…

—Que si ese coche entró detrás del SUV negro sospechoso y se paró, provocó un atasco. La mujer dice que simplemente puso los cuatro intermitentes y el conductor se bajó del coche, levantó el capó y fingió que se le había parado por una avería. También iba con capucha negra. Tardó algunos minutos en ponerse en marcha de nuevo, aguantando los pitos de los demás conductores. Por eso pudieron secuestrar al chico sin prisa.

—¿Todo eso te lo han contado Romeo y Julieta?

—Sí, es lo que he sacado en claro.

—¿Y te vas a fiar de lo que te digan dos yonquis?

—Es la única pista real que tenemos —dijo Alarcón, que ya parecía cansada de las bromas de su compañero—. Y yo me fío de dos cosas, Suances: de lo que ven mis ojos y de lo que me cuentan las personas.

6

Mierda de galgo

Día 2

Con escaso entusiasmo, abrió el frigorífico y sacó un bote de pimientos rojos. Lo observó y descubrió una capa mohosa en la superficie del líquido conservante. Desterró la parte verde con una cuchara y vertió el alimento sobre una rodaja de pan de molde. Comprobó que el aroma aún era agradable y consideró esa prueba como irrefutable. Abrió una lata de atún y la volcó sobre los pimientos. Tapó el sándwich, abrió una cerveza y dio cuenta de todo en apenas dos minutos. Comía, pero no degustaba; simplemente se alimentaba, como quien echa gasolina al depósito de su vehículo para que este siga funcionando y no le deje tirado en la cuneta. En cuanto notó que el último trago de cerveza se le acomodaba en el estómago, sintió una necesidad imperiosa de fumar. Se había jurado aparcar el vicio durante una temporada, cuanto más extensa mejor. En su casa habría rebuscado en cuatro o cinco sitios hasta dar con uno de los pitillos de emergencia, de esos que siempre reservaba para los periodos de abstinencia, pero en el nuevo apartamento aún no había tenido tiempo de ubicar escondites secretos, muestra

inequívoca de que no terminaba de acostumbrarse al cambio; de que, en el fondo de su razón, aún sobrevivía la fantasía de una reconciliación con Claudia. Había tratado de dejar de fumar decenas de veces, pero tenía claro que esa sería la definitiva. Necesitaba que lo fuera por imperativo clínico. Se tumbó en el sofá y cerró los ojos, tratando de hallar un respiro antes de volver a la comisaría. El expediente iba creciendo por momentos, pero la investigación no avanzaba. Ninguna de las personas próximas a Gonzalo había aportado información relevante. Mantuvo los ojos cerrados pese a saber perfectamente que no lograría quedarse dormido. El mono de nicotina y la excesiva presión que siempre se imponía a sí mismo mantenían su pensamiento en circulación. Se incorporó, sacó el teléfono y se lo colocó en el abdomen. Entró en el principal medio de comunicación local y se irguió al tiempo que soltaba una blasfemia. El caso ya había saltado a la palestra. Algún cabrón lo había filtrado y el rostro de la madre de Gonzalo aparecía en una fotografía. Leyó el titular, «Desaparecido el hijo de una conocida empresaria murciana», y después recorrió el artículo en diagonal. Entre la extensa biografía de Virginia se deslizaban frases como «todo apunta a un secuestro», «la policía no tiene pistas convincentes sobre las causas de la desaparición» o «se desconoce si se ha reclamado un rescate por el menor». Donde debiera aparecer el nombre de un periodista concreto, se leía «Redacción», el eufemismo habitual usado en los medios para ocultar la identidad de uno o varios periodistas en los casos más delicados. El momento clave ya estaba ahí, delante de sus narices; ahora las cosas iban a empezar a ponerse calientes de verdad. Hasta el momento, Virginia había conseguido mantener el caso alejado de la luz pública, pero el

alarmante titular se replicaba ya por la mayoría de las webs de noticias, incluso a escala nacional. Se puso en pie y se asomó a la ventana. El bajo daba a una calle estrecha. Vio bolsas de basura acumuladas al pie de un contenedor. Buscó en su agenda un contacto y se llevó el móvil a la oreja. La respuesta no se hizo esperar:

—Coño, Suances, ¿cómo vas?

—Qué tal, Coloma, pues aquí andamos. Desde hace un rato bastante peor, la verdad. Oye, ¿quién os ha pasado lo de la desaparición del crío?

—No me digas que lo llevas tú… —Suances imaginó el rostro de Coloma, con esa nariz aguileña y los dientes pequeños y afilados—. Joder, me lo podías haber dicho antes.

—Tío —el policía soltó una sonrisa irónica—, si no han pasado ni tres días.

—El tema nos ha llegado desde más arriba, te juro que no sé quién lo ha filtrado, pero vamos…, que no tiene nada que ver conmigo.

—¿Tienes algo más? Oye, la nueva inspectora es como un rodillo. Échame un cable.

El periodista soltó un bufido corto. Se hizo el silencio al otro lado de la línea durante unos cinco segundos.

—Mañana va a salir la declaración de una vecina —dijo al fin—, asegura que vio algo raro hace ya unos días, así que no sé si las fechas coincidirán.

—Raro, ¿sobre qué?

—Sobre el secuestro…

—¿Me pasarías los datos?

—¿De la vieja? Puf, tendría que pedirlos. El caso no lo estoy llevando yo y…

—Venga, tío, no me jodas. Tú puedes conseguir lo que te propongas. El periódico es tu puto jardín.

Coloma soltó una carcajada corta, consciente de que ese comentario se movía entre la verdad y la adulación.

—¿A cambio de qué? ¿Qué me puedes decir del niño?

Frente a su ventana, Suances veía un triángulo de césped. Un mínimo jardín superviviente en la jungla de asfalto que contenía un solo árbol, torcido y tan seco que se veía impedido incluso para la esencial función de aportar un trozo de sombra.

—Tío, respétate un poco. Del niño, nada.

—Pero algo podrás decirme, coño.

—Macho, estoy pasando una etapa de mierda, de verdad. Mira, no me quiero poner a darte pena, pero tendrías que ver el cuchitril en el que me he tenido que meter…

—Bienvenido al maravilloso mundo de los divorciados. Periodistas y policías, ¿qué mujer en su sano juicio podría compartir la vida con alguien a quien el trabajo le absorbe el alma a diario? Ya te acostumbrarás, hombre, hay vida más allá de la muerte…

—Oye, necesito resolver este caso, tío. Va a haber movimientos en la comisaría y yo ya no estoy para que me devuelvan a patear la calle. Te puedo decir que los padres están divorciados, pero que no parezca que pones el foco en el padre.

—Esa es una información de mierda, y lo sabes. Pero vale. Cuando tengas algo más interesante, me lo pasas, ¿eh?

Vio a una joven delgada y con tatuajes hasta el cuello que paseaba un perro. Un galgo, supuso, o una raza muy parecida. El

animal se colocó junto al tronco pelado y dobló las patas traseras. Un excremento largo y fino cayó sobre la hierba amarillenta.

—Te doy mi palabra. Te pasaré algo, pero me tienes que retener la declaración de la vecina un par de días.

—Uf, eso no te lo puedo prometer. Pero te doy la oportunidad de que me des tu punto de vista y lo metemos sin citarte.

El perro se giró, de forma que ahora Suances le veía el agujero del ano con total claridad. El animal seguía con las patas arqueadas y todo el esquelético cuerpo contraído, aunque parecía haber terminado de evacuar.

—Vale, escribe «fuentes de la policía han indicado a este periódico que han localizado pistas relevantes y la investigación avanza de forma positiva».

—¿Seguro que quieres que escribamos eso? Mira que como se demore el asunto puedes dejar en mal lugar a tus compañeros…

—Preocúpate de las alimañas que tienes alrededor y pásame los putos datos, Coloma, no me jodas, anda…

—¿Sigues conservando el correo de Hotmail?

—Sí.

—Lo tienes ahí en unos minutos. Cuídate y dame un toque si quieres venirte a una fiesta de *singles*. Estoy en un grupo de Telegram que echa fuego.

—Venga, Coloma. Seguimos al habla.

Colgó y vio cómo la chica del galgo se alejaba mirando el móvil. Suances abrió la ventana, sacó el rostro hasta apoyarlo en los barrotes de acero que protegían el cristal y gritó:

—¡Coge la mierda de tu perro, guarra!

La chica se volvió y miró hacia todos lados sin saber de dónde llegaba la voz. Dudó un instante; entonces, sacó una bolsa de plástico del bolsillo del pantalón y se acuclilló para recoger el excremento. Suances sintió una leve sensación de victoria al ver cómo a la chica se le arrugaba el rostro al sobrevenirle una arcada.

7

Mancha

Día 3

De Bustos pinchaba una y otra vez la ensalada César de supermercado con un tenedor de plástico mientras pasaba las páginas del informe. Necesitaba tres o cuatro intentos para conseguir que aquel cubierto atravesara un pedazo de comida, si es que podía llamarse así a tal revoltijo de colores. Con cada intento, la tensión de la inspectora jefa crecía. Suances y Alarcón esperaban sentados frente a ella. El reloj de la sala de reuniones llevaba meses con las pilas casi agotadas y daba la hora de forma errónea y aleatoria. Suances se había quedado mirando el segundero, con un ojo cerrado para ajustar la vista, tratando de discernir si la aguja se encontraba sobre la raya del minuto trece o la del catorce, cuando De Bustos rompió el silencio de pronto, concentrándose por fin en el bol de plástico que tenía delante:

—Vale, entonces habéis comprobado el vídeo y parece que los gorrillas dicen la verdad…

—Así es, jefa —se apresuró a responder Alarcón—, a las nueve y diecisiete se montó un atasco justo en la entrada a la avenida de La

Fama. Las cámaras no alcanzan a grabar el vehículo que hace tapón, aunque sí se ve un monovolumen negro que pasa unos veinte segundos antes.

—Pero podremos buscar en el circuito de cámaras de la ciudad y seguir el rastro de esos dos coches, ¿no?

—Sí, jefa, ya lo hemos hecho…

—¿Y?

—Hablamos con Tráfico. Nos dijeron que han debido de usar algún tipo de producto, una especie de recubrimiento antirreflejo que impide que la matrícula se vea en las grabaciones.

—¿En serio? Es la primera vez que oigo algo así… ¿Qué tipo de recubrimiento es?

—Parece algo avanzado. Refleja la luz de tal manera que distorsiona la imagen. Es como si se camuflara en los píxeles de la grabación.

—Vamos, que no hay matrículas.

—Lamentablemente, no. Lo hicieron bien y dicen que no hay manera de mejorar la imagen. Tengo aquí las grabaciones que nos han enviado desde Tráfico, si quiere…

—No, no. No quiero verlo —dijo la mujer, masticando—, eso sería trabajar el doble, ¿no crees?

Alarcón detuvo el movimiento, que se encaminaba a abrir el portátil que tenía junto a ella.

—Sí, jefa.

—Vale. Suances, ¿me explicas lo de la lata de bebida?

—Claro —dijo el policía recolocándose en la silla—. Boix, de la Científica de Valencia, nos ha confirmado que el material biológico que han encontrado en la lata coincide con las muestras del chico

obtenidas en el chalet familiar. Todo apunta a que los testigos dicen la verdad y que ese fue el lugar en el que secuestraron a Gonzalo.

—Si me permite, jefa —intervino Alarcón—, pensamos que el chico tuvo que comprar la lata de refresco en alguna tienda cercana. Trazamos el itinerario desde el club de entrenamiento hasta el lugar del secuestro y localizamos dos tiendas de alimentación.

—Tiendas de chinos —interrumpió Suances.

De Bustos le clavó una mirada cargada de una emoción que el policía no fue capaz de descifrar. Una mancha de mayonesa bailaba sobre la comisura derecha de los labios de De Bustos cada vez que masticaba.

—Preguntamos en las dos, y en una de ellas, la hija del dueño, que habla perfectamente español, reconoció la fotografía de Gonzalo. Nos dijo que compraba allí una lata de bebida isotónica con frecuencia y, además, nos confirmó el sabor.

—Naranja —puntualizó Suances.

—Vale, ¿nada de matrículas?

—Nada, jefa —siguió el policía—. La Carlanca estaba demasiado lejos…

—¿La Carlanca?

—Sí, es el mote de la primera testigo.

—Ah, vale. Continúa —dijo De Bustos, que seguía comiendo.

—… y los otros dos estaban demasiado colocados, bastante afortunados somos de que nos facilitaran la información del anestésico.

—¿Qué sabemos sobre eso? —dijo la inspectora jefa—, pone en el informe que puede ser propofol.

—Sí, eso nos dicen desde toxicología —respondió Alarcón.

—¿Ese no fue el producto que mató a Michael Jackson? —preguntó De Bustos, terminando el último bocado. La mujer bebió agua y se limpió la boca con la servilleta, pero dejó la mancha blanca intacta sobre los labios, como los intestinos de un insecto suicida al estamparse contra la luna de un coche recién sacado del lavadero.

—Sí, jefa. El propofol actúa muy rápido y funciona ralentizando la actividad de las ondas cerebrales. Durante mucho tiempo ha sido un fármaco habitual como choque para ataques epilépticos, porque te bloquea y te paraliza los músculos. El testigo dice que vio cómo pinchaban al chico y este se desplomaba a los pocos segundos. Es de prescripción controlada. La distribución y venta de este tipo de medicamentos está muy vigilada, para evitar su mal uso. Es posible que el secuestrador trabaje en el entorno médico.

—¿Es posible? —dijo De Bustos.

Se hizo un silencio. Aquel comentario, que parecía contener una información neutral, era en realidad la antesala de una bronca en toda regla.

—Que no tenéis una puta mierda, vamos. Dicho con otras palabras —añadió la inspectora jefa, y, dirigiéndose a Suances, preguntó—: ¿Y tú qué coño miras tan fijamente todo el rato?

—Es que… —Suances dudó— tiene restos de comida en la cara, jefa.

La mujer cogió una servilleta y recorrió todo el rostro con ella, apretándose con tanta fuerza que cuando terminó había rastros de rojeces por todo el cutis.

—¿Y no me lo podías haber dicho antes?

—Sí, jefa, perdón.

—A ver. —Cerró la carpeta del expediente con un golpe seco y cruzó los brazos sobre ella—. Venís aquí y me decís que todo apunta a un secuestro y que vuestras pruebas para defender esa idea son los testimonios de una choni y dos yonquis. Vale, ¿qué sospechosos barajamos?

—Bueno… —Alarcón comenzó a hablar de forma dubitativa—, teniendo en cuenta que la estadística nos indica que, aproximadamente, tres de cada cuatro secuestros de menores llegan del entorno familiar, las principales opciones serían el novio y la hermana de la madre, además de Marion, la sirvienta.

—¿Descartamos al padre y a la madre?

—No parece que el caso apunte a un secuestro parental; aunque la relación entre ellos no sea la mejor, esta posibilidad la hemos descartado totalmente.

—¿Habéis hablado con el padre?

—Llega hoy de Alemania.

De Bustos golpeó con ambas palmas en la mesa, que tembló en toda su longitud.

—¿Me estás diciendo, Suances, que estás descartando al padre de un menor desaparecido sin haberle interrogado?

Los gritos de la superior recorrieron cada esquina de la tercera planta. Suances desvió la mirada hacia el reloj de la pared, que había avanzado un par de minutos dentro de su propio error.

—Jefa, yo…

—Pero ¿vosotros qué par de incompetentes sois? —añadió la mujer, dio un trago al vaso de agua y continuó—: ¿La hermana también está descartada?

Los dos policías se quedaron callados durante un par de segundos, como si fueran dos estudiantes a los que les estuvieran preguntando qué había escrito en el papel que se acaban de pasar bajo la mesa.

—Jefa, en la documentación está el informe de la psicóloga, se entrevistó con la hermana durante más de una hora y determinó que la chica no presenta ningún indicio que la capacite para orquestar un plan como ese.

—¿Tiene novio?

—No, que sepamos —dijo Alarcón.

—Vale, la cuidadora, la peruana. Estuvo aquí, ¿no?

—Sí —respondió Suances—, parece que no tenía una relación de afecto muy íntimo con Gonzalo. Pero tiene algo raro…

—¿Algo? —preguntó De Bustos, cuyo termómetro de impaciencia parecía a punto de reventar—, ¿algo como qué?

—No sabría decirle…

—¿Ahora tiramos de instinto? —dijo burlonamente.

—No, jefa —intervino Alarcón, decidida—, lo que quiere decir Suances es que hay mucha pasta en juego. Marion conoce al detalle los secretos de la familia, nos los estuvo contando aquí. Sabe que la madre tiene mucho dinero, conoce de primera mano la relación con el padre… Además, aunque no tiene familia en España, no sabemos si conserva algún tipo de lazo con su país natal.

—¿Y qué pasa con la tía? ¿Habéis hablado ya con ella?

El silencio volvió a imponerse y De Bustos rompió en una carcajada.

—Pensaba ir esta misma tarde a visitarla —dijo Alarcón, endureciendo el tono.

—Vaya, qué casualidad —respondió la inspectora, aceptando el reto—. Pues tenéis bastante tarea, ¿no? Venga, salid de aquí.

—En cuanto sepamos algo más, le actualizaremos la infor…

—Vale, vale, que sí —dijo De Bustos, abriendo otra carpeta del montón que había estado sobre la mesa durante toda la reunión—. Largaos de una vez.

Fuera de la sala, sus compañeros, que seguían inmersos en sus casos (la inmensa mayoría pequeños procesos sin importancia que acababan saldándose con una sanción administrativa o un juicio sobreseído) les echaron una mirada furtiva. Todos habían sido testigos pasivos del carrusel de broncas que acababan de recibir. En ese momento, ambos sintieron que eran los policías más incompetentes de una comisaría que funcionaba como el reloj roto de la sala de reuniones, como agujas que giraban sin marcar nunca la hora correcta. Se movían en círculos, a trompicones, convencidos de que avanzaban, pero día tras día seguían atrapados en aquel ciclo interminable de denuncias, papeleo y archivos de ordenador que nunca llegaba a su destino.

8

Rusia

Día 3

El Departamento de Informática estaba situado en el pasillo de uno de los pisos intermedios de la comisaría, alejado del bullicio habitual de los despachos. Tras una de las mesas se encontraba Adrián Markhoff, el jefe de departamento, con un portátil abierto ante él. Pese a que solo tenía treinta y cinco años, gozaba de una reputación impecable en el cuerpo y contaba con el respeto de los de arriba. Era de complexión delgada y estatura media, aunque se intuía una anatomía fibrosa bajo el uniforme apretado. Suances y Alarcón se sentaron frente a él.

—La aplicación de ajedrez esconde algo —comenzó diciendo el informático.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Suances.

—Se llama Darkbishop. Es una app que está conectada a un servidor online y dispone de una sala de chat donde los jugadores pueden charlar mientras juegan.

—¿Y hay conversaciones de Gonzalo con otras personas?

—Sí —dijo Markhoff—; bueno, en realidad, con otra persona. En singular. Solamente nos aparece el historial de conversaciones con otro usuario.

Los ojos oscuros y penetrantes del experto, aumentados por unas gafas rectangulares de color verde marino, escondían el brillo de las mentes privilegiadas. Si algo le fallaba, era su forma de comunicar, a menudo demasiado pragmática. En algunos corrillos de la comisaría le conocían con el sobrenombre de IAdrián.

—¿Y qué dicen esas conversaciones? —preguntó Alarcón, torciendo el gesto después de dar un trago largo a la taza de café de máquina que humeaba ante ella.

—En realidad, no lo sabemos aún. Aquí es donde las cosas se complican, porque las conversaciones no se almacenan en el ordenador de forma local. Hemos dado con los servidores y están en Rusia. Por lo que vemos, es una codificación compleja.

—Rusia, joder —se lamentó Suances—. ¿Crees que habrá alguna manera de que podamos recuperar esos chats?

—Todo sistema tiene un punto débil, solo es cuestión de encontrarlo —respondió Markhoff—. Si bien, en este caso estamos bastante perdidos. La encriptación que usan es potente. Ni siquiera estoy seguro de qué protocolo están utilizando. Podríamos intentar romper el cifrado, pero, poniendo a todo mi equipo a trabajar en exclusiva en esto, seguramente nos llevaría días. Tal vez semanas… No imaginas el volumen de trabajo que tenemos. Y además no os puedo garantizar el éxito.

Markhoff tenía fama de no tener demasiada paciencia a la hora de explicar conceptos que él consideraba básicos.

—Pero, entonces… —dijo Suances, masajeándose la frente con las dos manos—, no tenemos una mierda… No podemos ir con esta información a De Bustos.

—Bueno —dijo Markhoff, con un tono que sonó a la defensiva—, sabemos con seguridad que Gonzalo conversó con una persona a través del chat de la aplicación de ajedrez y que ese usuario eliminó los mensajes.

—Pero no tenemos la IP del usuario, claro…

—Obviamente no —respondió Markhoff sin apenas mover los labios—; en una aplicación de mensajería instantánea habitual, cuando un usuario elimina el mensaje de forma individual y afecta a todos los receptores, es posible rastrear el contenido hasta cierto punto. Además, podríamos contar con las autoridades de Gran Bretaña, Estados Unidos… Pero en el caso de Rusia todo se complica bastante.

—Entiendo, bueno… —dijo Suances levantándose—, pues, si descubres algo más, nos lo dices…

—Claro —dijo el informático—, tenemos la sesión de Gonzalo iniciada las veinticuatro horas, con todos los cepos posibles activados.

—Tal vez el secuestrador quiera comunicarse con nosotros por aquí —opinó Alarcón.

—¿No han pedido rescate económico todavía? —preguntó Markhoff.

—No, no han contactado aún por ninguna vía.

—Ojalá lo hagan por esta aplicación —dijo el informático—. Si eso sucede, obtendremos su IP de inmediato y todo el proceso se agilizará mucho. Pero, si ese usuario fantasma no vuelve a usar la

plataforma, es muy posible que nuestro trabajo haya terminado aquí.

Les alivió salir del Departamento de Informática y no encontrarse con miradas recelosas. Todo el mundo sabía que estaban completamente empantanados y que el caso hacía agua por todas partes. No tenían ninguna vía por la que continuar avanzando, más allá de seguir entrevistándose con personas que hubieran pertenecido recientemente al círculo del niño desaparecido. La siguiente parada era el colegio privado Brightful, cuyo director había estado posponiendo el encuentro hasta el día siguiente, alegando responsabilidades inexcusables correspondientes a su cargo en una asociación de colegios privados. Bajaron en silencio, sin mediar más palabras que las necesarias para acordar el lugar al que se desplazaron a tomar el almuerzo. Suances pidió en la barra y Alarcón esperó en una mesa. Parecía sumida en una honda reflexión.

—Bueno, ¿qué te parece? —dijo el hombre al situarse frente a su compañera.

—Que estamos jodidos, Suances.

—Tienes mala cara…

—No, estoy bien, solo que este caso me está quitando demasiadas horas de sueño.

—El cíborg no nos ha facilitado mucha información útil, que digamos.

El comentario hizo a la mujer soltar una carcajada tan sonora que atrajo la mirada de la media docena de personas que salpicaban el bar.

—La verdad es que no…, para decirnos eso no hacía falta habernos citado.

—Es muy cuadriculado. Ahora mismo estará redactando el informe sobre la reunión que acabamos de mantener. Una vez vi que escribía la fecha de inicio de un proceso y el tío anotó hasta los segundos. Es decir, puso: «La declaración comienza a las once horas, cuarenta y dos minutos y siete segundos».

—¡No!

—Te lo juro. Eso sí, es realmente bueno, el cabrón. Tenía treinta años cuando le llamaron para que participara en el programa de predicción de delitos. Rollo como la película aquella de Tom Cruise.

—Qué máquina, el tío…

—Sí, es muy brillante, aunque tiene pinta de psicópata…, ¿a que sí? —Suances le dio un bocado enorme a su bocadillo de jamón serrano con tomate y, sin esperar a engullirlo del todo, añadió—: Tú también tienes fama de que no se te escapa una…

—¿Fama de psicópata, dices? —dijo Alarcón sonriente.

—No, coño. Me refiero a que, cuando supimos que ibas a incorporarte a la investigación, todo el mundo empezó a comentar que fuiste la primera de tu promoción. A años luz del siguiente…

—Bueno, no tanto. Digamos que he sacrificado muchas cosas de mi vida por mi trabajo, sí. —Al decir esto, Alarcón sintió cómo el tobillo le latía, reflejando en su cerebro la imagen mental de un ovillo gris oscuro.

—Se rumorea que igual te quedas… ¿Estás pensando en un traslado?

—No lo sé aún… He tenido un problemilla interno en Valencia —dijo la mujer, echando atrás el cuerpo y apoyándose en el respaldo

de escay— con un superior…

—Un gilipollas envidioso. Conozco yo algunos…

—Más bien un hijo de puta baboso.

—Ah, vale, ya lo pillo.

—Sí. Además, de esos a los que no puedes poner en su sitio porque te lo juegas todo… —dijo la mujer echándose a la boca el último pedazo de su sándwich vegetal.

El móvil de Suances, que estaba boca abajo sobre la mesa, comenzó a vibrar.

—Es la jefa —dijo, dándole la vuelta y mirando la pantalla.

Contestó.

—Hola, inspectora jefa… Sí, estoy con ella aquí.

Suances activó el altavoz y bajó el volumen lo suficiente para que el resto de las personas que había en el local no consiguieran entender la conversación.

—¿Cómo?

—Han dejado una carta, un folio impreso, en el chalet de la familia.

—¿Lo han dejado? ¿Dónde? ¿En el buzón?

—Sí, en el buzón, ¿te sorprende? —dijo De Bustos.

Alarcón aproximó el rostro al teléfono.

—Hola, jefa. Soy Alarcón. ¿Piden rescate?

—Nada de rescate. Solo hay tres palabras escritas: «Quedan seis días».

—Joder —dijo Suances.

—Ha podido ser cualquier persona —dijo Alarcón—, está todo lleno de zumbados, jefa. No podemos darle credibilidad a no ser que tengamos…

—¡Alarcón! —gritó al otro lado De Bustos—, déjate de historias y a ver si nos ponemos las pilas de una puta vez. Llevamos cuatro días con este caso y no hemos avanzado una mierda. ¿Qué os han dicho desde Informática?

—Pues nada, que… están avanzando —dijo Alarcón, recibiendo la mirada interrogativa de su compañero—, pero que aún les queda trabajo. Hay un chat encriptado a través del que Gonzalo intercambió mensajes con alguien, pero no tienen acceso a la información ni a la identidad de la otra persona.

—De acuerdo —dijo De Bustos al otro lado—, tenemos un problema gordo. Como salte a la prensa lo de la amenaza de la carta, vamos a tener esa puta cuenta atrás sobre la cabeza. ¿Lo entendemos?

—Sí, jefa.

—¿Suances? ¿Estás ahí?

—Sí, jefa.

—¿Estamos sobrios?

Suances guardó silencio y escondió los labios, apretándolos con fuerza. Pensó en Romero y su tendencia viperina a sacar los trapos sucios a la menor ocasión. Sus ojos y los de Alarcón se dirigieron de forma instintiva al vaso de cerveza que aún espumeaba sobre la mesa.

—Claro que sí, jefa.

—De acuerdo, pues quiero novedades cuanto antes. ¿Hemos hablado con la tía ya?

—Salgo ahora, jefa —dijo Alarcón.

—Moved el culo de una vez, joder.

La conversación se cortó de golpe y ambos se quedaron mirándose en silencio durante unos segundos. Alarcón le tendió el teléfono y Suances se puso de pie y se lo guardó en un bolsillo.

—Vámonos —dijo Alarcón—, tenemos que hablar con el padre y con el colegio, pero ya. No nos pueden dar más largas.

—¿Quieres que te acompañe a ver a Joana?

—No, me encargo yo. Tú ve a la comisaría a preparar el informe.

Se encaminaron hacia la puerta, pero Suances volvió a la mesa, cogió el vaso de cerveza y volcó en su boca el último trago. Aún fresco. El mejor.

9

Anjali y Kavita

Día 3

Alarcón cogió a la AP7 al salir de la reunión y paró en una gasolinera a comer algo. Llevaba varios días con Suances de acompañante y, aunque el hombre cada vez le caía mejor, se sintió aliviada de poder hacer ese viaje sola, a su ritmo, sin tener que estar demostrando coraje y brillantez mental en cada comentario o ante cada situación nueva. No es que se viese obligada a ello, todos conocían de sobra su valor como policía. Durante su formación en la academia se había ganado el sobrenombre de «la Cejas» por su peculiar manera de encoger el rostro y fruncir el ceño ante las pruebas de máximo rendimiento o cuando cavilaba; en la V que se formaba con la inclinación de la frente podría anidar una familia de águilas perdiceras. Siempre aparecía en las clases completamente vestida de negro, con camisas ceñidas e impecables que resaltaban su buena forma y la musculatura de su espalda. Una mujer casi imperceptible por su discreción y su silencio, pero de una brillantez inusitada. Sus calificaciones habían sido las más altas en la historia de cuantos estudiantes habían pasado por aquella exigente academia de Ávila.

No tenía que demostrar nada a nadie, pero siempre mantenía una tensión interna por probarse a sí misma que podía llegar un paso más allá. Se cogió una coleta y se comió el pincho de tortilla de patata en apenas tres bocados, demasiado cruda para su gusto, sintiendo la mirada de un paisano que no le quitaba el ojo de encima. Se giró hacia él y dio un sorbo al café mientras clavaba en el rostro de aquel pasmarote sus ojos negros, enarcando el entrecejo, también en parte como reacción al líquido que le abrasaba la lengua. El hombre esbozó un gesto similar al que adoptan los ciervos cuando el lobo les aferra el cuello con los colmillos, se dio media vuelta y se puso a parlotear con el primer vecino que encontró al lado. Alarcón no estaba de humor. Demasiados días de secuestro para un niño. Estaba deseando resolver el caso y, aunque tenía la sensación de que la tía de Gonzalo no iba a ser relevante y de que aquella visita sería una pérdida de tiempo, al menos el trayecto hasta Denia le dejaría espacio para conducir y pensar en sus asuntos, algo que últimamente había echado de menos.

El edificio ofrecía un aspecto descuidado y de diseño horrendo, el típico del *boom* de la costa levantina en los años setenta, con evidentes muestras de abandono. Subió hasta el segundo piso por unas escaleras. El yeso amarillento de las paredes se caía a pedazos por la humedad, como la piel muerta de un reptil, y el salitre roía los barrotes de las ventanas. Afinando el oído podía percibirse el murmullo ahogado del mar. En la puerta del apartamento de Joana lucía un collage que un día pretendió representar un paisaje marino, pero el resultado era ahora un dibujo descolorido y agrietado. Alarcón llamó con firmeza. A los pocos segundos se abrió. Los excesos de una existencia nómada y desordenada habían pasado

factura a la expresión de Joana, que aparentaba estar más próxima a los cincuenta años que a los cuarenta.

—Inspectora Alarcón, ¿verdad? —dijo Joana—, la esperaba…

Era alta y, al estrechar su mano, la policía sintió con claridad el contorno de sus huesos. Se apoyaba en el marco de la puerta, pero a la agente le pareció más un gesto derivado del cansancio que de una actitud impostada. Su voz era suave, casi apagada, con un tinte de resignación.

—Así es. —Alarcón miró por ambos lados del cuerpo de Joana para echar un primer vistazo al apartamento—. ¿Le molesta si paso?

La mujer se echó a un lado por un segundo, pero volvió a su lugar, parando en seco a Alarcón.

—Le agradecería que se descalzara. ¿Es posible?

Alarcón sonrió con una mueca de sorpresa.

—Lo siento, pero no me está permitido hacerlo.

—De acuerdo —dijo Joana con voz apenada.

Su mirada mostraba cansancio y tristeza, en contraste con el colorido vestido largo. Los brazaletes tintineaban en cada movimiento de sus brazos y sus pies descalzos presentaban unas uñas pintadas de un color morado que había perdido el brillo tiempo atrás.

El interior del apartamento no estaba tan descuidado como el resto del edificio. Constaba de un salón que compartía espacio con la cocina; en una de las paredes, pintadas de color verde suave, había una puerta cerrada. El lugar estaba lleno de enseres viejos, acumulados durante años o rescatados de algún mercadillo. En la terraza a la que daba el salón colgaba una hamaca deshilachada

junto a una pequeña estantería con libros desordenados y portavelas.

—Por favor, tome asiento —dijo Joana mientras sacudía el cojín de una vieja silla de mimbre, haciendo saltar de él a un gato delgado y gris al suelo—; Emperador, deja espacio a los demás, por favor.

Cuando Joana se volvió hacia ella, Alarcón detectó en su rostro una sonrisa absorta, como si hubiera contemplado algo que no estuviera de verdad en esa habitación. Fue fugaz, pero a Alarcón le pareció un claro signo de desequilibrio. Había pelos de gato flotando por el aire, en la ropa de Joana, en las telas de los sofás…

—Gracias —respondió—. Estamos tratando de recopilar la mayor información posible sobre Gonzalo. Sabemos que no tenían una relación muy estrecha, pero es necesario hablar con todos los familiares y cualquier detalle puede ayudarnos.

—Claro, lo entiendo perfectamente. No se preocupe, ¿puedo ofrecerle un té?

—No, gracias, acabo de comer.

Echó un ojo a la pequeña cocina y descubrió platos sin lavar y algunos restos de comida en la encimera.

Joana suspiró y miró hacia la ventana.

—Se está bien aquí… —dijo, mirando hacia el mar, que se veía a lo lejos, aprisionado entre la amalgama de edificios—, no sé qué puedo decirle. La verdad es que apenas conocía al chico. He vuelto hace poco, en los últimos años no he tenido mucha relación con Virginia. Estoy tratando de reconciliarme con ella, pero parece que no va a ser fácil…

—Usted no llegó a conocer a Gonzalo, por lo que tengo entendido.

—No, vamos… —Joana soltó una risa irónica—, no me han dejado conocerlo. Me han llegado oídas de que es un niño un poco especial… Si no llega a ser porque me dijo usted lo de su desaparición, creo que no me hubiera enterado nunca.

—Tal vez después de esto tenga usted la oportunidad de… —Alarcón usó un tono suave, consciente de que la salud emocional de la persona que tenía delante pendía de un hilo.

—Difícil —dijo Joana, esta vez con una carcajada—, mi hermana tiene un corazón de hielo. No creo que nada se lo derrita a estas alturas. Llevamos demasiado tiempo distanciadas…

—Desde que usted renunció a la herencia familiar, ¿no es así?

—Sí, eso fue una injusticia, en realidad. Me engañaron… Bueno, todo el mundo me ha engañado desde siempre…

Joana echó mano a un bolsito del que sacó los utensilios para liarse un cigarro. Pidió permiso con un gesto y Alarcón le dio a entender que estaba bien.

—¿Quiénes?

—Todo el mundo. Mi hermana —la carcajada amarga de Joana sonó forzada y llena de significados—, ella sabía que yo aceptaría la cantidad porque tenía la cabeza en otro sitio. Bruno me la jugó…

—¿Bruno?

—Sí, mi exnovio. En realidad, nos casamos —Joana volvió a soltar una de aquellas carcajadas cortas y desapacibles que a Alarcón le recordaban al ruido de una rueca de madera— durante aquella etapa viviendo en Christiania, en Dinamarca, ¿sabe lo que es?

—Sí, sí… pero dígame, ¿por qué dice que se la jugó?

—En cuanto nos fundimos el dinero, desapareció. Debí imaginarlo. El dinero se gasta muy deprisa cuando uno huye hacia delante sin

saber adónde va, ¿entiende?

—¿Sabe dónde está ahora?

—No, no tengo ni idea. La última vez que supe de él se había asentado en Chile.

Alarcón esperó unos segundos para volver a encauzar la conversación hacia la vía económica. La única posibilidad de que Joana tuviera algo que ver con el secuestro del niño sería el rencor y su ambición para recuperar lo que era suyo.

—Usted renunció a todo por un millón de euros, es mucho dinero…

—No, de eso nada. Fueron ochocientos mil euros. Tengo el contrato aquí, mire.

Joana se levantó, poseída por el nerviosismo.

Alarcón se puso de pie y la siguió. La agente aprovechó para hacer un estudio visual del apartamento. Las puertas de las dos habitaciones restantes estaban abiertas. En una de ellas había un caballete con pinturas. En el lienzo, apreció un paisaje marino apenas iniciado. En la otra había ropa por el suelo, libros abiertos sobre la cama deshecha, ceniceros en cada esquina… Una precisa representación del caos.

—Mírelo —dijo la mujer, entregándole una carpeta gris llena de papeles—. Aquí está todo firmado, ochocientos veinticinco mil euros…

—Una persona puede vivir hasta el resto de sus días con esa cantidad de dinero… —dijo Alarcón, mirando los documentos.

—Con alguien como Bruno al lado, no. Créame. —La expresión de la mujer pasaba del entusiasmo al abatimiento como si la activaran con un interruptor conectado a su espalda. —Además, estoy yendo a

terapia psicológica desde hace un tiempo. Y no es barata… Me están ayudando a poner las cosas en perspectiva y a entender muchas de mis decisiones…

—Bien, ¿aún tiene dinero? ¿Puede… —Alarcón hizo una pausa para elegir bien las palabras— valerse por sí misma?

Las mujeres volvieron al salón y se sentaron de nuevo en sus puestos iniciales.

—Por suerte, compré esta casa. Era un dúplex. ¡Menos mal que la puse solo a mi nombre! Lo dividimos y el piso de abajo lo alquilo en temporada alta. También colaboro en una Comunidad del Bienestar.

—¿Qué es eso exactamente?

—Es una comunidad de *life coaching*, enseñan a guiarse en el proceso de reconocimiento propio, la autoconfianza, el creer en tus habilidades, brillar con tu propia luz… No me pagan mucho, pero, sumado al alquiler, me da para subsistir.

—Ya, comprendo. ¿Y usted sabe que a su hermana le va muy bien la empresa de su padre?

Joana dejó escapar una risa amarga.

—Claro, ella lo tiene todo… La casa de mi padre, el maldito dinero, una familia perfecta… —Hizo una pausa y añadió—: Bueno, ya no es tan perfecta.

Alarcón captó el tono que serpenteaba entre la envidia y la satisfacción en la voz.

—¿A qué se refiere?

Joana trató de suavizar su argumento encogiéndose de hombros.

—César la engañó y rompieron el matrimonio. Ahora lo de Gonzalo… La vida da un volantazo y te deja en la cuneta en un abrir y cerrar de ojos, ¿no le parece?

La agente sonrió de medio lado, dando espacio al ambiente de confianza que crecía entre ambas, en una clara invitación a que Joana continuara hablando.

—Lo del dinero, bueno… —siguió la mujer—, es cierto que yo elegí mi camino. Pero estoy dispuesta a buscar la manera de anular ese contrato. Fue injusto y lo acepté en un momento de debilidad. Hablaré con el abogado que orquestó el acuerdo. No me quedaré de brazos cruzados.

—¿Anularlo? —preguntó Alarcón con interés—. ¿Cree que tiene opciones para hacerlo?

—No lo sé aún, pero me estoy asesorando. En esa época no estaba en plenas facultades, pero ahora estoy mejor. La terapia ayuda…

Había un tono amargo en aquella voz. Joana jugaba con las pulseras y el gato acudió a su regazo atraído por el sonido metálico. Alarcón cerró su libreta con suavidad, ofreciendo a Joana un paréntesis en el interrogatorio, como si lo próximo que fuera a decir estuviera en la parcela de la confianza, de la complicidad ancestral que late entre dos mujeres.

—Joana, ¿crees que Virginia te culpa por algo? —preguntó Alarcón, cambiando el tratamiento de persona a conciencia.

Joana soltó otra risa seca y acarició al gato con tanta fuerza que dejó surcos con los dedos entre el pelambre mate del animal.

—Por todo. Yo siempre fui la oveja negra…, era la hippy zumbada que lo dejó todo para recorrer el mundo. Sí, me largué. Yo no tenía nada que ver con lo que mi familia representaba ni con la maldita empresa. Elegí vivir con libertad. Mi padre tampoco me aceptaba y ella siempre quiso quedarse con todo. Pero ahora he vuelto…

Las dos mujeres guardaron silencio. Alarcón sabía que la tía de Gonzalo estaba en un punto en el que necesitaba seguir hablando.

—Nunca encajé en aquel mundo pijo y perfecto. —Joana hablaba con un tono de tristeza y rabia contenida—. Virginia siempre fue tan perfecta, inteligente, responsable, obediente… Quiero arreglar las cosas, pero ella no quiere saber nada de mí.

—¿Y qué hay de Estela?

—¿Mi sobrina? —Joana endureció las facciones—, ¿la princesita de la familia? Nunca nos hemos soportado. Es una envidiosa. Estará encantada con todo lo de Gonzalo, seguro. Igual que Sergio, el padrastro…

—¿Sergio? —preguntó Alarcón quitando importancia—. La pareja actual de Virginia…

—Él es el que lo controla todo. La empresa, las cuentas del banco e incluso a Virginia. —Joana se cruzó de brazos—. Yo no confío en él.

—¿Cómo lo sabe?

—Todavía mantengo contactos con personas que siguen de cerca a la empresa —dijo Joana—. Mi hermana no se lo dirá, pero justo antes de que le diera el infarto, mi padre estaba planteándose despedirle de la empresa. No se fiaba de él. No me extrañaría nada que ahora mismo estuviera poniendo en juego el patrimonio de mi hermana. Esa familia está podrida desde hace tiempo…

Alarcón observó a aquella mujer en silencio durante unos segundos. Sin duda, tenía ante ella a una persona mucho más inteligente de lo que parecía a primera vista, una mujer que había vivido mucho y sufrido aún más.

—Joana, ¿hay algo más que consideres importante y quieras compartir conmigo?

La mujer fijó la mirada en el gato y después levantó los ojos y los dirigió hacia los de Alarcón.

—Lo único que puedo decir es que mi familia siempre ha sido un nido de víboras. Son infieles, mi padre ya lo era. Y mis abuelos también. Somos una estirpe de avariciosos, traidores y manipuladores.

La brisa marina se coló por la ventana arrastrando el aroma del incienso residual de los quemadores.

—Si recuerdas algo más, llámame —dijo Alarcón, levantándose.

—Lo haré —dijo Joana, pero su voz sonó poco convincente, como si un secreto se le hubiera quedado agazapado en la punta de la lengua.

La inspectora se dirigió hacia la puerta para salir del apartamento cuando volvió a escuchar la voz de la mujer.

—¿Conoce la parábola del hijo pródigo?

—Sí, claro —dijo Alarcón sin mover la mano del pomo de la puerta.

—¿Sabía que en la India existe también una historia muy parecida que se llama «La enseñanza de Anjali y Kavita»?

La mujer acariciaba al gato mientras hablaba. Por un momento a la inspectora el lugar le pareció un remanso de paz. Ansió tener tiempo por delante y encontrarse sola allí, ordenar aquel jaleo, limpiar los pelos de Emperador. Sentarse con una copa de vino a mirar el mar. El silencio era total. En una de las paredes lucía la imagen de un dios hindú tocando una flauta. Una figura que

transmitía amor y que parecía capaz de acabar con el dolor y con el mal del mundo con su música.

—Anjali regresa arruinada tras malgastar su herencia y descubre que su padre ha muerto. La particularidad es que la leyenda tiene dos finales. En el buen final, su hermana Kavita la perdona y le recuerda que el amor familiar es más valioso que cualquier riqueza. En el malo, Kavita, resentida por el abandono y la muerte de su padre, le niega todo y muestra que algunas traiciones nunca se perdonan.

—Hay que tener valor para volver —dijo Alarcón.

—Antes el dinero me daba igual. Con poco soy feliz —dijo abriendo ambas manos, con una voz que parecía ir apagándose—, pero no llevo bien las injusticias. Además, Virginia es la única hermana que tengo. Es mi familia… y a menudo siento que me han abandonado.

La última imagen que vio la inspectora al cerrar la puerta fueron las cortinas desteñidas y casi transparentes, empujadas por el viento y levitando sobre la cabeza de Joana, envolviéndola como los brazos divinos y sanadores de una diosa o como los venenosos tentáculos de una medusa gigante.

Dos horas después, la impresora cesó su sonido rítmico, cuyo efecto provocaba en Alarcón un estado a mitad de camino entre la histeria y la relajación, tras varios minutos escupiendo documentos con casos pendientes acumulados. La inspectora miró el taco de papeles y los cogió. Estaban calientes. Los dejó sobre la mesa.

Tras varias llamadas infructuosas a Navarro, el abogado de la familia Sierra, Alarcón tuvo que enviarle un correo pidiendo que se pusiera en contacto con ella cuanto antes. También había tratado de localizarle en el despacho, pero la mujer que respondió le dijo que estaba reunido, después de haberla tenido en espera durante un par de minutos. El clásico escaqueo. Bien Navarro quería darle largas, bien la empleada no tenía la más mínima idea de dónde se encontraba su jefe porque ni Dios en el despacho conocía su horario y nadie se atrevía a preguntárselo.

De pronto, el abogado contactó con la inspectora y se mostró sorprendido al conocer las intenciones amenazantes de Joana.

—Esa mujer no parece estar en plenas facultades mentales —aseveró Navarro—, la verdad es que ya parecía algo desequilibrada entonces.

—En ese caso, ¿no cree usted que fue una mezquindad hacerle firmar aquel documento?

—¿Perdone? —dijo Navarro—. Fue al contario. Ella solicitó partir peras con su padre y con su hermana.

—Eso no es lo que dice ella —respondió Alarcón.

—No me extraña. Simplemente, no encajaba en la familia, ni en esta ciudad, ni…

La voz del hombre se entrecortó por un instante, como interrumpido por la falta de cobertura.

—… que encajara en esta sociedad —siguió Navarro—. ¿Sabe usted que se fue a una comuna hippy?

—Sí, lo sé. Me he entrevistado con ella.

—¿Como sospechosa del secuestro de Gonzalo?

—No en esos términos.

—En todo caso, no hay forma de demostrar esa acusación. Ella no contó con un abogado propio. Todo el proceso… —otra vez la interrupción.

—Hola…? ¿Me oye? —dijo Alarcón, contemplando cómo el tráfico se apelotonaba frente a la comisaría porque una furgoneta de reparto trataba de estacionarse en la acera.

—Perdone, es que estoy en un lugar con mala cobertura y la señal va y viene —dijo Navarro—, no trabajo por las tardes.

Alarcón percibió un graznido lejano de aves al otro lado de la línea.

—Ya veo —dijo la mujer—, me decía que Joana no contó con su propio abogado…

—Sí, todo el proceso se hizo en la sede de Almoratrix. Bernardo Sierra, el padre, quería darle medio millón de euros, y Joana le pidió un millón. Fue bastante tenso, porque cambió la cantidad de forma inesperada. Ya habían llegado a un acuerdo verbal previo, así que estimaron una cifra intermedia. La firma se hizo ante notario, claro…

—¿Bernardo Sierra accedió a subir la cantidad?

—Sí, yo mismo le dije que lo hiciera. Lidiar con asuntos de hijos nunca es sencillo…, yo sé de lo que hablo.

—Entonces ¿Joana no se ha puesto en contacto con usted para tratar de revisar aquel contrato?

—No, en absoluto —contestó Navarro—, pero dudo mucho que encuentre un bufete que se atreva a meter mano a ese asunto. En todo caso, si Joana tuviera la capacidad económica para fichar a un letrado tan hábil como para encontrar resquicios en un acuerdo firmado sin coacción hace tantos años, me gustaría vérmelas con él. Me encantan los retos.

—Entiendo… —dijo Alarcón.

—Como le decía, no trabajo por las tardes, solo la he llamado por cortesía al ver su email. Ahora disculpe, pero, si no tiene más preguntas, me necesita mi hijo…

—Claro, claro.

—En todo caso —dijo el hombre, su voz alejándose del dispositivo como si hubiera puesto el manos libres—, la forma más rápida para contactar conmigo es el correo electrónico. Como ve, no atiendo demasiado al móvil…

—De acuerdo. No se preocupe, seguiremos en contacto.

10

Secretos

Día 3

—¿Y ese olor? —dijo Alarcón.

—Viene de afuera —informó Suances—; es el abono que echan a estos campos, que se te mete hasta los huesos. ¿Es que no tenéis huerta en Valencia?

—Sí, pero no huele tan mal.

Era primera hora de la mañana. César había aterrizado de Colonia la noche anterior y se había citado con ellos en una finca campestre. Llevaban unos cinco minutos recorriendo senderos de tierra y el GPS ya les había confundido dos veces.

—Creo que estamos dando vueltas. Ya hemos pasado por aquí.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—¿Por qué no usas Google Maps?

—Me lía, me oriento mucho mejor con este —dijo Alarcón.

—Ya veo, ya…

Los campos secos y marrones se extendían hasta la falda de unos cerros bajos y anaranjados. Los chalets y los caserones salpicaban la zona aleatoriamente, como brotados al azar, sembrados por una

gigante mano descuidada. Algunos presentaban un aspecto elegante y moderno, mientras que otros, los más antiguos, mostraban signos de abandono, con enredaderas trepando por sus paredes agrietadas.

—Llegamos tarde —dijo él.

—Tenía el día libre, no creo que le moleste mucho que nos retrasemos un poco —dijo Alarcón.

—La puntualidad es una cuestión de respeto —respondió Suances, con firmeza impostada.

Suances miraba un documento con todas las declaraciones que habían mantenido hasta la fecha. También les habían facilitado un informe sobre César Quintero, el cual presentaba un borrón oscuro, difícil de pasar por alto. Ambos estaban casi convencidos de que el padre de Gonzalo no guardaba relación directa con la desaparición del chico, pero tal vez aquel paso en falso les daría una pista de la que ir tirando. Evidentemente, la posibilidad de que César hubiera organizado el secuestro de su hijo para herir a su exmujer parecía inverosímil, pero no podía descartarse al cien por cien algún otro posible móvil, como la necesidad de evitar que el chico desvelara secretos que pudieran comprometer a su padre. El resto de las opciones que barajaban se descarrilaban hacia variables mucho más oscuras, que, por el momento, no era necesario siquiera plantear. César llevaba tres días en tierras alemanas cuando desapareció Gonzalo, si bien las pesquisas apuntaban a que el plan de secuestro había sido premeditado con bastante antelación. Sabían perfectamente que en rarísimas ocasiones el secuestro es un tipo de delito que se ejecuta de forma improvisada. En realidad, no tenían demasiadas preguntas que hacer a César. Interrogar a un padre sobre la desaparición de su hijo sin herir sentimientos es una tarea

casi imposible y, mientras leía el informe, Suances se iba mentalizando para la conversación a la que se enfrentaban.

Eran exactamente las 17.17 cuando al fin dieron con la dirección. Aparcaron frente a una parcela oculta por unas vallas de metal que imitaban el color del óxido. Desde afuera, se adivinaba una última planta (tal vez una tercera) abuhardillada, cuya ventana presentaba una gran distancia con la de la planta inferior.

—Aquí hay pasta —dijo ella cerrando el coche.

—En esta familia hay pasta por todos lados… —convino Suances.

En mitad de aquel erial salvaje, el frío de diciembre parecía deshacerse con menos prisa que en la ciudad. Alarcón se subió las solapas de su chaqueta de ante. En la puerta había un timbre. Suances llamó. El silencio era tal que escucharon con nitidez la réplica electrónica desde el interior de la vivienda, como el zumbido de una abeja robótica. A los pocos segundos, el ruido desactivó el cierre de la puerta, invitándolos a pasar. El edificio estaba rodeado por una parcela enorme donde crecía un cuidado césped natural. En cada esquina se elevaban espigadas palmeras datileras. Un balancín, que colgaba de la rama de un imponente árbol, se mecía despacio, empujado por la leve brisa. Suances se imaginó al fantasma de Gonzalo balanceándose en él, observándolos desde un lugar inaccesible. Sintió un escalofrío.

—Buenos días. —La voz procedía de la entrada a la casa.

Ambos desviaron la mirada hacia la voz y dieron con la figura estilizada de César. Era un hombre de cerca de dos metros, con un pelo plateado y reluciente. Vestía unos vaqueros y un polo oscuro que parecían hechos a medida. Suances pensó que una fotografía tomada desde esa posición, en contrapicado, le hubiera servido para

una de aquellas sesiones de moda que realizó durante las prácticas de su curso de fotografía, casi en el Pleistoceno. En la era de las ilusiones y los sueños perdidos.

—¿César? —dijo Alarcón mientras subían los escalones.

—Sí; pasen, por favor —respondió el hombre.

Le estrecharon la mano y le siguieron al interior. En competición con el chalet de su expareja, en cuanto a lujo y buen gusto decorativo, el resultado habría sido un ajustado empate de excelencia. Todo estaba impecablemente ordenado y limpio en aquel espacio moderno y diáfano.

—¿Está usted solo? —preguntó Suances.

—Sí, no hay nadie más.

—¿Y su pareja? —añadió Alarcón.

—¿Qué pareja? —respondió César con una sonrisa forzada.

—Nos dijeron que tenía usted una novia…

—Ah, bueno, ya…, Karla…, bueno, hace ya un tiempo que nos estamos dando un respiro.

El hombre les ofreció una taza de café, que rechazaron.

—¿Qué tal el viaje de vuelta? —comenzó Suances, tomando asiento.

—Cansado, como se pueden imaginar.

—Han pasado tres días desde la desaparición. Esperábamos que adelantara su viaje…

—Créanme, el primero que lamenta la tardanza soy yo —dijo el hombre, frotándose las manos—. La huelga de controladores aéreos ha sido horrible.

—Sin embargo, existían otras opciones. El tren, el autobús…

—Es cierto, pero cada día decían que las negociaciones avanzaban y siempre aseguraban que el problema se resolvería al siguiente. Confié en ello…

—Ya… —dijo Alarcón—, ¿y cómo se encuentra?

—Llevo sin pegar ojo todos estos días —dijo César entrelazando los dedos con tensión.

Lo cierto es que, en la distancia corta, se apreciaba el cutis del hombre más deteriorado, si bien, pese a las ojeras que acumulaban oscuridad bajo sus ojos, la mirada le brillaba con una intensidad inquietante. Alarcón comenzó el interrogatorio.

—Supongo que el compromiso que tenía en Alemania sería importante, ha tardado dos días en volver desde que conoció la noticia.

—Sí, era algo ineludible. No sé qué les habrá contado Virginia, pero llevaba meses preparando esta conferencia y no podía dejar a los organizadores colgados. Asistieron algunos de los expertos internacionales más reconocidos de mi especialidad.

—¿Que es…?

—Es un congreso internacional de matemática aplicada…, no creo que sepan.

—Por favor, responda. ¿Cuál es su especialidad?

—Mis ponencias tratan principalmente sobre álgebra computacional y criptografía moderna.

—Entiendo. ¿Su conferencia se emitió en *streaming*?

—¿Disculpe? —titubeó el hombre.

—Sí, me refiero a si pudo seguirse online.

—Ya sé lo que significa —dijo César, incómodo—, pero no entiendo la pertinencia de estas preguntas.

—Son preguntas protocolarias —contestó Alarcón sonriente—, no se preocupe. Responda, por favor.

—No lo sé, creo que no.

—De acuerdo, ¿dónde se alojó?

—No entiendo…

Suances y su compañera no habían establecido previamente el grado de dureza del interrogatorio, pero sin duda a César le pilló por sorpresa la agresividad y la eficacia del planteamiento. Si lo que pretendía era importunar a César, la inspectora lo estaba logrando.

—Sí —dijo ella—, en un hotel, en un Airbnb, un apartamento facilitado por la Universidad de Colonia…

—Bueno, yo tengo algunos amigos en la ciudad. He ido varias veces en los últimos años a esa ciudad.

—Sí, lo sabemos, hemos consultado la frecuencia de sus viajes. ¿Quién le recibió allí en esta ocasión?

—Una colega de investigación, la doctora Birgit Schulze.

—Comprendo —dijo Alarcón, escribiendo por primera vez en la libreta que mantenía abierta sobre las rodillas desde el principio.

—Perdonen —dijo César, dirigiéndose a Suances—, ¿tienen alguna pista sobre el paradero de Gonzalo?

—Bueno… —respondió Suances, buscando la mirada de su compañera, sin éxito—, estamos avanzando en algunas direcciones, pero todavía es pronto. No sé si está al corriente de la carta que ha llegado al buzón del domicilio familiar…

—Sí, me lo ha contado Virginia. Es… —el hombre sacudió la cabeza— es terrible.

—¿Ha recibido alguna llamada, algún email o algún tipo de contacto que le haya parecido sospechoso o fuera de lugar?

—No, nada.

—Verá, lo habitual en estos casos es que los secuestradores pidan un rescate. Estamos esperando a que llegue esa comunicación, pero no se produce —dijo Alarcón.

—¿Y qué quieren que les diga yo? —respondió César, que parecía decidido a tomar las riendas de la conversación—. Son ustedes quienes investigan…

Alarcón y Suances guardaron silencio. Después la mujer sonrió de medio lado y habló:

—Solo le trasladamos nuestra sorpresa ante ese hecho, porque no es algo usual, relájese. ¿Cómo es su relación con Gonzalo?

—Nos llevamos muy bien, la verdad —dijo el hombre—, es un niño maravilloso. Tenemos muchos aspectos en común.

—Como por ejemplo…

—Pues somos tranquilos, reflexivos… Muchas personas creen que es mi hijo biológico cuando nos ven por primera vez. —La voz de César pareció entrecortarse por la emoción.

—Tranquilo —dijo Suances—, será una visita rápida. Pero es imprescindible que…

—Claro, claro. Lo entiendo. Ojalá pueda ayudar en algo.

—Usted tiene la custodia del chico, ¿no es así?

—Sí, Virginia me la cedió para evitar que nuestras diferencias pudieran acarrear nuevos problemas…

—¿De qué tipo? —dijo Alarcón.

—Pues… —comenzó a decir el hombre—, ella y su novio están siempre muy concentrados en la empresa y no le hacen demasiado caso. Tampoco es que se lleve muy bien con Estela…, vamos, ni bien

ni mal. Simplemente, no se llevan. Así que, como comprenderán, no le apetece demasiado pasar tiempo con ellos.

—¿Y usted qué opina de eso? —dijo Suances.

—A mí me parece bien, porque tampoco me gusta su estilo de vida.

—¿Tampoco el de su hija? —preguntó Alarcón.

—¿Estela…? Bueno —dijo César, como haciendo un esfuerzo por reprimir y no soltar lo primero que iba a salir por su boca—, es muy superficial. Le gustan cosas que no entiendo o que, simplemente, me dan igual. Taylor Swift, las *boy bands*, la saga *Crepúsculo*… No digo que sea una mala hija, saca buenas notas y es educada, pero tras el divorcio comenzamos a distanciarnos cada vez más. Ella me culpa directamente de la ruptura de la familia, supongo que su madre habrá estado malmetiendo día y noche con esa idea, claro… Así que…, bueno. Hay poco que hacer. Seguro que cuando pase el tiempo tendremos ocasión de retomar la relación. Pero, de momento, entre el trabajo y Gonzalo ya tengo bastantes cosas de las que ocuparme…

—Bueno, entiendo que su hija pueda resultarle una carga —observó Suances—, pero, antes que nada, es su responsabilidad.

—Ella eligió libremente quedarse con su madre, y Gonzalo conmigo… Miren, he tratado muchos años con adolescentes, en mis tiempos de profesor de instituto, y cuando no conectas con ellos, es difícil que «la chispa» aparezca. Es duro porque es mi hija, pero es así… ¿Ustedes tienen hijos?

Los dos agentes se quedaron en silencio ante aquel tipo, que ahora les clavaba una mirada inquisitiva propia de un actor hollywoodiense.

—Eso no es de su incumbencia —dijo Alarcón, de forma tajante.

—Sin embargo —añadió Suances—, sí apareció esa «chispa» de la que habla entre usted y una adolescente en el año 2005, ¿no es así?

—¿Perdone? —dijo César, contrayendo el rostro.

—Ese año una alumna le acusó de abusar de ella, ¿lo recuerda?

—Eso fue hace mucho tiempo —se defendió César— y quedé libre sin cargos. Ya me juzgaron por aquello y les puedo asegurar que no fue nada agradable. No merezco que me juzguen dos veces por la misma causa.

—Estamos tratando de saber quién se ha llevado a Gonzalo, señor Quintero. No le estamos juzgando… —intervino Alarcón—, ¿ha vuelto a tener contacto con aquella chica, la que le acusó? Ahora tendrá… más de treinta años.

—Por supuesto que no —respondió el hombre airado—. Ni siquiera recuerdo su nombre. ¿Es preciso que les diga que si siguen por ahí debo llamar a mi abogado?

César se levantó de golpe y se dirigió hacia la ventana, como si necesitara escapar de la presión que se acumulaba en el ambiente. Suances se acomodó en la silla, inclinándose ligeramente hacia delante, con el ceño fruncido.

—Señor Quintero, es solo una pregunta —dijo—. Siéntese y tranquilícese, por favor.

El hombre obedeció y hundió el rostro en sus manos, grandes como ramas.

—Cuéntenos —siguió Alarcón—, ¿qué le pasó con Pep Cugat, el padre de Pol?

—Ah, lo del hockey… Menudo animal, ¿han hablado con él?

Ambos fueron conscientes de que el hombre, por primera vez, parecía sentir que tomaba el control de la conversación. Sin duda, se trataba de una persona acostumbrada al protagonismo.

—Sí —intervino Suances—, hemos hablado con todas las personas del círculo de Gonzalo. No tenía amigos íntimos, así que nos ha sido sencillo.

—Con todas las que se han mostrado accesibles, claro. Nos faltaba usted —puntualizó Alarcón—, cuénteme lo que pasó con Cugat. Nos pareció un hombre bastante cabal.

—¿Cabal? —César se echó a reír—. Al final aquello quedó en nada, Gonzalo simplemente se defendió de ese macarra. El típico matón. Fui a hablar con el entrenador y con el padre del chico, y el ambiente se tensó un poco, pero mi hijo pasó página enseguida, así que yo lo dejé correr…

—No sé si sabe que, ahora, Pol será el portero titular de la selección en el torneo nacional.

—Bueno… eso será si no aparece Gonzalo antes de que comience la competición —contestó César—, lo cual es su trabajo, por cierto. Ustedes están aquí acusándome de cosas que pasaron hace un siglo e interrogándome sobre aspectos superficiales cuando mi hijo está en manos de vaya usted a saber quién…

—Tranquilícese, señor Quintero. Ya estamos terminando —dijo Suances—. ¿Ha notado algo especial o distinto en la actitud de Gonzalo recientemente?

—No sé, nada… He pensado mucho en ello durante estos días; yo no…

Un móvil comenzó a vibrar. Hubo unos instantes de desconcierto hasta que se dieron cuenta de que era el teléfono de César, que

estaba apoyado en una mesita.

—Perdonen —dijo el hombre, mirando la pantalla—, tengo que cogerlo.

Cuando se quedaron solos, los agentes intercambiaron una mirada larga. La voz del hombre llegaba desde algún lugar próximo.

—¿Te has fijado en su cuello? —dijo ella.

—¿Cómo? —respondió Suances.

—El cuello, fíjate.

César entró de nuevo, con un vaso de agua en la mano, disculpándose. Suances recorrió el cuello del hombre sin demasiado disimulo.

—¿Algo relevante? —volvió al ataque Alarcón.

—No, bueno… —titubeó el hombre, dejando el vaso en la mesita, a su alcance—, es por un asunto de trabajo en la universidad. Soy tutor de bastantes alumnos este año y con todo esto…, en fin, estoy algo descentrado.

—Bien, continuando con el asunto de Gonzalo, hemos sabido que recientemente su hermana Estela le contó que era adoptado.

César sacudió la cabeza mirando al suelo.

—Esta niña, de verdad… —bufó—. A esto es a lo que me refería antes, siempre va buscándole las cosquillas.

—¿Llegó a hablar usted con Gonzalo sobre eso?

—Sí, tuvimos una conversación sobre cómo se sentía. Justo fue hace un par de semanas. Él es un niño muy inteligente, tanto emocional como intelectualmente, ya habrán visto sus expedientes. Me reconoció que algo se imaginaba y que no le había afectado, aunque yo… —Al hombre pareció hacérsele un nudo en la garganta,

bebió del vaso de agua—. Yo noté que sí estaba dolido. Conmigo por…

César rompió a llorar. A Suances le impactó contemplar cómo aquel hombre casi perfecto estaba viendo su vida desmoronarse ante sus pies de un día para otro. César sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó. Unos segundos después se recompuso.

—Estaba dolido conmigo por no habérselo dicho antes… Virginia decía que debíamos esperar un poco más, aunque yo creo que estaba más que preparado.

—Eso mismo fue lo que nos dijo Marion, la mujer que trabaja en la casa —observó Alarcón, buscando algún tipo de reacción significativa en el hombre, la cual no se produjo—. ¿Cree que puede haberle afectado hasta el punto de haberse querido distanciarse de forma voluntaria?

—¿Cómo? —respondió el hombre—. He visto en la prensa que ustedes ya barajan el secuestro como causa de su desaparición…

—Bueno, no crea todo lo que cuentan los medios, señor Quintero —dijo Suances.

—Pero tiene que ser un secuestro, él no tiene manera de valerse por sí mismo tantos días.

A Alarcón la voz del padre le sonaba cada vez más creíble. Percibió el pavor en su gestualidad. Un silencio tenso cayó sobre la sala, solo interrumpido por el sonido del segundero procedente de un reloj.

—¿Usted le dio dinero en metálico en algún momento o tenía acceso a alguna cuenta de ahorros? —siguió la agente.

—No, no, qué va… no hay nada de eso —respondió César.

—Señor Quintero —dijo Suances, echando su enorme cuerpo hacia delante—, ¿sospecha de alguien? ¿Alguna pista concreta que

podamos seguir?

—Yo… —El hombre se rascó la pierna con una mano—. No me gustaría señalar a nadie de forma injusta, pero Virginia tiene una hermana que está un poco… descentrada.

—Sí, Joana, ya hemos hablado con ella. ¿Y qué opinión tiene sobre Marion?

—Bueno, Marion lleva con nosotros desde que Estela era una cría. No creo que haya tenido nada que ver, la verdad…

El hombre ahora movía las manos y se las frotaba sin parar, gestos que no pasaron inadvertidos para los agentes.

—¿Se encuentra usted bien?

—Estoy bastante cansado.

—¿Se ha dado un golpe? —siguió Alarcón.

—¿Cómo dice? —dijo César, levantando la mirada como fruto del muelle de un resorte.

—Sí, es que lleva usted un moratón justo aquí… —Alarcón se señaló debajo de la oreja.

—No, no es nada. Miren, yo… necesito descansar.

—Claro, claro —dijo Alarcón—, ya estamos casi terminando. ¿Gonzalo dónde duerme?

—La casa tiene varias habitaciones, a veces se quedaba en una, otras en otra…

—¿Siempre tiene todas las camas preparadas para que elija a su antojo? —preguntó Suances.

—No todas, le he dicho que en algunas.

—Nos gustaría ver las habitaciones. ¿Tiene algún inconveniente?

—No…, no hay problema —dijo César, aunque sus palabras sonaron reticentes.

Con un gesto algo brusco, el hombre se levantó y señaló hacia la escalera.

—Están arriba —dijo.

Los tres comenzaron a subir los escalones, los agentes siguiéndole muy de cerca. Al llegar al pasillo, el hombre se detuvo frente a una puerta entreabierta.

—Últimamente se quedaba aquí —dijo César en voz baja, como si estuviera haciendo un enorme esfuerzo por seguir hablando.

Alarcón asintió y empujó con suavidad la puerta. La cama estaba hecha, las sábanas tensas y dobladas con precisión matemática. Todo parecía encontrarse en su sitio, tan ordenado como un escenario teatral. «Demasiado perfecto para una habitación de un niño», pensó Suances, pero quizá no para ese niño.

—¿Siempre la mantiene así de ordenada? —preguntó con tono neutro.

—Sí, siempre lo tiene todo en su lugar. Ya sabrán que es un niño muy metódico. —Frotándose las manos nerviosamente, César añadió —: No sé qué esperan encontrar aquí.

—No esperamos nada, señor Quintero —dijo Alarcón, saliendo del cuarto—, ¿sabe? Los niños de la edad de Gonzalo siempre eligen las partes más altas. Les encantan las camas superiores de las literas, hacer casas en los árboles, trepar muros… ¿Nunca subía a la buhardilla?

—No es un sitio que suela frecuentar, la verdad.

—¿Podríamos verla?

—Claro —dijo el hombre.

A Suances le pareció percibir en la voz de César una predisposición diferente a la que había venido ofreciendo durante

todo el interrogatorio. Subieron las dos docenas de escalones hasta llegar a la tercera planta. Un aroma a pintura rezumaba en el ambiente. Solo había una puerta, que César Quintero abrió sin dudar. Las paredes de la habitación, amplia y luminosa, estaban pintadas de azul suave.

—Bonito color —apreció Alarcón, entrando en el cuarto.

La cama enorme, situada en el centro de la estancia, estaba hecha, pero de manera descuidada, en claro contraste con la pulcritud obsesiva de la habitación de la planta inferior. Junto a ella se alzaban dos grandes estanterías a modo de biblioteca, llenas de libros sobre matemáticas y ajedrez.

—¿También le gusta a usted el ajedrez?

—Sí, me encanta. Es otro de los puntos en común que tengo con Gonzalo.

—¿Es mejor que usted?

El hombre se permitió soltar una risita arrogante.

—No, aún le queda mucho por practicar, pero se esfuerza.

El balcón ofrecía unas vistas impresionantes del entorno secano. Quintero se cruzó de brazos, esperando a que los dos agentes inspeccionaran el lugar. Alarcón miró por un rato los volúmenes y escogió el libro que le pareció más antiguo. Se trataba de un libro en alemán que tenía por título *Ich Teste*. Del interior se cayó un pedazo de papel y Alarcón se arrodilló para recogerlo, con lentitud. Por su parte, Suances abrió uno de los armarios y recorrió con la vista la colección de trajes que abarcaban prácticamente toda la escala cromática desde el azul hasta el negro. Alarcón se puso de pie y se quedó mirando el trozo de papel marrón.

—Hay algo escrito aquí, a mano. ¿Es su letra?

César Quintero se aproximó hasta donde se encontraba Alarcón.

—Sí, es mi letra —reconoció sin entusiasmo.

—¿Puede traducir lo que pone?

—*Das notwendige Opfer für das perfekte Ende*, significa «El sacrificio es necesario para un final perfecto».

—Vaya, pronuncia usted muy bien el alemán.

—Gracias, sí. Es un idioma que me gusta. Lo estudié de joven y aún lo práctico.

—¿Y a qué se refiere esa frase?

—Bueno, en el ajedrez los sacrificios no siempre son meras pérdidas. Pueden ser movimientos calculados, porque al renunciar a una pieza en el momento preciso se puede allanar el camino hacia la victoria.

—Hacia el final perfecto.

—Eso es —dijo Quintero, llevándose las manos a los bolsillos—. Oigan, esta habitación no tiene mucho más. Pueden seguir mirando, pero…

—Ya veo —dijo Alarcón, de pronto—, ¿y el sótano?

—¿El sótano? —repitió Quintero, fingiendo desconcierto.

—Sí, desde fuera me ha parecido ver una ventilación baja, al nivel del suelo. Es un sótano, ¿no?

El hombre guardó silencio por unos segundos.

—Bueno, en realidad es un pequeño cuarto donde guardo cosas mías, sobre todo trastos viejos… No tiene demasiado interés.

Suances se aproximó al hombre, que parecía inquieto.

—Señor Quintero —dijo el policía—, si se opone haremos guardia día y noche, además vendremos pronto con una orden de registro. Es solo cuestión de tiempo.

—Yo… —César dio un par de pasos laterales, evitando la cercanía física. Suances y Alarcón se pusieron en guardia, por si surgía un movimiento inesperado.

—Bien, síganme —dijo de pronto el hombre.

Bajaron las escaleras hasta alcanzar la primera planta. César abría camino y les hizo un gesto cuando llegaron a la cocina. Junto a la nevera había una puerta con una cerradura. El hombre movió una banqueta con sumo cuidado, se subió a ella y alcanzó la parte superior de los armarios de almacenaje, donde había una llave escondida. Bajó y limpió con una bayeta la superficie del asiento. Después se dirigió a la puerta, giró la llave y abrió. Los agentes acertaron a ver el inicio de unas escaleras que conducían a una planta inferior.

—Después de usted, por favor —dijo Alarcón.

—Quiero que sepan que Gonzalo nunca ha estado aquí —dijo el hombre, incómodo—. No sabe nada de esto, yo solo…

—Baje de inmediato, por favor —dijo Suances, que mantenía una mano sobre la pistola oculta bajo la chaqueta.

César pulsó un interruptor y una luz rojiza iluminó los escalones del fondo. Descendieron y se encontraron con una habitación de tamaño considerable, dominada en la parte central por una enorme cama con anclajes en sus extremos. En una de las paredes había una estantería metálica con esposas, fustas, látigos, máscaras de cuero y otros artefactos fetichistas. Todo aparecía perfectamente limpio y ordenado. El catálogo era de lo más diverso. En otro de los muros, se extendía una cruz de San Andrés en madera, con varias argollas metálicas. Junto a ella, otros artefactos que Suances no fue capaz de identificar.

—Trastos viejos… —murmuró Suances, cogiendo un látigo y haciéndolo restallar en el aire.

—Esto es para uso personal —dijo César—. Les juro que yo no…

—Hombre, personal, personal… —dijo Suances, devolviendo el látigo a su lugar—, a alguien más necesitará, digo yo…

—Bueno, usted ya me entiende…

—Bien, es suficiente. Subamos ya —dijo Alarcón.

De vuelta en la cocina, César volvió a cerrar la puerta y se echó la llave al bolsillo. Los tres se dirigieron a la salida de la vivienda, sin emitir una palabra.

—Bien, muchas gracias, señor Quintero. Estaremos en contacto —dijo Alarcón, a modo de despedida.

—De acuerdo —respondió César—. Si descubren algo, no duden en informarme, por favor.

—Descuide, lo haremos —dijo Suances.

La puerta del chalet se cerró a sus espaldas y los agentes bajaron las escaleras del porche sin decir palabra. Subieron al coche. Una vez dentro, permanecieron en silencio durante unos segundos. Alarcón arrancó el motor y, antes de poner la marcha, se llevó las manos a la cara. Suances estalló en una carcajada seca y repentina.

—¿Pero qué coño ha sido eso? —dijo Alarcón, contagiándose de la risa de su compañero.

La mujer levantó la cara y se giró hacia Suances, con los ojos y la boca totalmente abiertos.

Ambos siguieron riendo mientras el coche se alejaba de la finca, hasta que las carcajadas de Suances se fueron transformando en un feroz ataque de tos.

Aislado

La mente de Gonzalo despertó antes que su cuerpo, convertido en un ovillo que ahora se deshacía lentamente. Percibió cómo sus músculos retomaban, poco a poco, su posición natural al estirarse sobre el colchón. Una rigidez desconocida dominaba sus articulaciones. Las sentía acartonadas. Pese al entumecimiento y la rigidez, movió los dedos primero y después el resto de las extremidades. El control motor permanecía intacto. Parpadeó varias veces hasta que se le aclaró la visión. Tenía la cabeza pesada, como si dentro hubiera un enorme bloque de hielo que se fuera derritiendo con extrema lentitud. Despacio, su fluidez mental fue adquiriendo ritmo. Las palabras comenzaron a formarse en su cerebro, como pedazos de un rompecabezas que iban encajando uno en otro, pero cuyo dibujo no alcanzaba a visualizar. Se sentó en la cama, con el cuerpo tembloroso. Al tomar conciencia de su nueva situación, le invadió una sensación horrible. Era pánico. Los primeros lamentos le vinieron a la garganta y se llevó las dos manos a la boca para contener un grito ahogado, como si no quisiera delatarse, como si necesitara esconderle a quien estuviera ahí fuera que ya estaba despierto. Respiró hondo. Su mente trabajó como siempre lo hacía cuando estaba asustado: observando, analizando, diseccionando cada detalle de la situación. Como si la realidad estuviera dividida en

miles de cuadrículas y tuviera que escanear cada una de ellas. Vestía aún el chándal del club. No había ni rastro de su *stick* ni de la mochila de entrenamiento. Dentro llevaba el móvil. Estaba completamente aislado.

Se quedó quieto durante casi cinco minutos, contemplando el espacio alrededor. La estancia presentaba cuatro paredes. Los techos altos. Los muros acolchados con un material similar al de los parques infantiles. Ocupando cada uno de los muros se ordenaba un elemento: la cama donde se encontraba; una mesa y una silla; una zona de aseo, y la puerta, de color verde. Una rendija bajo esta. Apenas un centímetro, pero suficiente para percibir que al otro lado había luz. ¿Natural o artificial? ¿Tal vez un pasillo? ¿Otra habitación? Aguzó el oído, pero no oyó cuerpos moverse, ni pasos, ni voces, ni un murmullo de tráfico lejano. Solo un silencio de sepulcro. El váter y la ducha estaban integrados en el cuarto, sin divisiones, sin cortinas, sin privacidad. Su mente se puso en marcha de nuevo. «¿Quién ha preparado esto? ¿Qué querrán de mí?». En el centro de la habitación se extendía una alfombra redonda de color negro. Se puso en pie, dispuesto a estudiar el entorno. La levantó, buscando tal vez una trampilla, una pista en aquella suerte de *escape-room* diabólica, pero solo encontró más losas marrones. Abrió el grifo del lavabo y la ducha, y comprobó que ambos contaban con agua fría y caliente. También la cisterna funcionaba bien. En una esquinera había una esponja, botes de jabón y champú, y otros productos de acogida. También un cepillo de dientes y gel dentífrico en un pack, dentro de un plástico. «Quieren tenerme mucho tiempo aquí», pensó. Todo el mobiliario presentaba las esquinas redondeadas y los extremos de los elementos eran de forma roma. «No quieren que

me haga daño, quieren mantenerme a salvo», reflexionó. La estancia no era nada parecido a una celda, sino más bien algo similar a la habitación de un hotel. Trató de dominar el miedo que se le extendía por el cuerpo como el picotazo de una alimaña venenosa. En una de las paredes, a unos tres metros de altura, había un ventanal enorme cercano al techo. Era de día y una luz tenue iluminaba toda la estancia. Había pasado allí una noche, al menos. «¿Habré dormido más noches seguidas?», pensó. Enseguida descartó la idea. No tenía tanta hambre, aunque la sensación de vacío ya comenzaba a invadirle el vientre. Encima de la mesa descubrió una libreta y un bolígrafo de color azul. Volvió a la cama. Era cómoda. El colchón grueso, las sábanas suaves, la almohada dura. Se tumbó y pensó en su padre. Se echó a llorar. Se detuvo. Tragó saliva. Se puso de nuevo de pie. Fue despacio hasta la puerta, agarró la manija y la bajó despacio. Tiró hacia él, pero no abrió. Tampoco empujando. No se sorprendió. Descubrió un interruptor. Estaba conectado con la lámpara del techo. La bombilla emitía un zumbido leve al encenderse, casi imperceptible en circunstancias normales, pero intenso en mitad de aquel silencio permanente y aterrador. Tragó saliva de nuevo. Su mente no paraba de trazar posibilidades, de analizar, de buscar conexiones, de descartar ideas. No estaba en una habitación de hotel ni en un hospital. Pero tampoco le daba la impresión de encontrarse en una celda. Volvió a la cama y se sentó en el borde. Un escalofrío le subió por la espalda y le sacudió todo el cuerpo. El miedo era su dueño ahora. Un impulso brotado de lo más profundo de su ser le empujó a romper el silencio.

—¿Me oye alguien? —gritó.

La quietud era total. Se levantó y volvió a la puerta. El impacto de sus puños apenas resonó sobre la superficie, que le devolvió un eco amortiguado, como si el material con que estaba hecha fuera algún tipo de tejido duro y absorbente. Gritó con más fuerza. No hubo respuesta. Decidido, cogió la silla y la subió a la mesa, apoyándola contra la pared bajo el ventanal. Se puso de pie en el asiento y se encaramó al borde del respaldo, tratando de alzarse para poder contemplar las vistas al exterior. Al tercer intento, el pie se le resbaló y cayó al suelo. Las lágrimas de rabia asomaron a su rostro, que ardía rojo de ira. Volvió a colocar la silla sobre la mesa y trepó de nuevo, esta vez con mayor decisión, apoyando la punta de su zapato de forma más estable. Tras resoplar varias veces, se alzó, sintiendo temblor en los hombros. Todos los músculos de su cuerpo se unieron para extraer la energía acumulada tras el descanso. Sus ojos se asomaron para contemplar el mundo a través del cristal: la nada. Absolutamente desolador: una maraña de ramas de árboles que apenas dejaba adivinar una carretera mal asfaltada. Ni rastro de otras viviendas, solo campo yermo alrededor. Gonzalo saltó al suelo, cayó de lado y se arrastró hasta una esquina. Se agarró las piernas y comenzó a balancearse adelante y atrás intentando calmarse. Si estaba allí, significaba que alguien lo quería con vida, se repitió. A menos que quisieran borrarle de la faz de la tierra sin dejar rastro. Allí, en aquel lugar que parecía estar completamente alejado del mundo, no había nadie para consolarle. Echó de menos su hogar, a su padre. ¿Qué iban a hacer con él? Con la cabeza atrapada entre las rodillas, las lágrimas volvieron a sus ojos. ¿Tratarían de hacerles daño a sus padres a través de él? Pensó que nadie le encontraría jamás en aquel lugar remoto. Quienquiera que le hubiera dejado allí

parecía haber acondicionado específicamente esa habitación para aislar a personas secuestradas. ¿Se trataría de algún tipo de experimento? Un miedo aún más fuerte que los anteriores se aproximó a su pecho y llegó inundando su cuerpo por completo, como aguas torrenciales que hubieran reventado una presa. Pensó que nadie iba a sacarle de allí. Entonces oyó unos pasos acercarse hasta la puerta. La llave girando. Se deslizó hasta llegar debajo del escritorio, se acurrucó y cerró los ojos con fuerza. El miedo se le agarró al pecho como una bestia.

11

Tracy

Día 4

Alarcón llevaba tres noches sin apenas pegar ojo y sentía que su instinto comenzaba a hacer agua. No oyó el despertador y cuando abrió los ojos se descubrió vestida, con solo una bota puesta. En la mesa reposaban los restos de una pizza congelada, una copa y una botella de vino vacía. Fue consciente de que se había despertado por el dolor que le latía en el pie descalzo; de no haber sido por aquel maldito esguince mal curado que no se quiso operar para no perderse la convocatoria de las pruebas físicas del cuerpo, aún estaría vagando por el críptico mundo de los sueños. Aquella lesión era una deuda pendiente que tenía consigo misma. Podría haber esperado un par de años más, a la siguiente convocatoria, haberse recuperado de forma adecuada y así ahora no tendría que convivir con esa molestia permanente. En el móvil tenía dos llamadas perdidas de su compañero. Se levantó y, al pisar, le crujió el ligamento. Cojeó hasta el baño. Se dio una ducha rápida.

Su media de sueño no superaba las cinco horas. Normalmente se acostaba hacia la medianoche, pero el maldito caso la despertaba en

mitad de la madrugada y, fuera la hora que fuera, ya no volvía a dormirse. La cama tamaño *king size* se le quedaba pequeña dando vueltas de un lado al otro. Trataba de ordenar las piezas en su cabeza, una y otra vez, sospechando de todos, dudando de todos. Entonces, sin venir a cuento, de pronto pensaba en Suances. Apenas sabía nada de él, pero los rumores recorrían la comisaría con la tenacidad insurgente de la carcoma y, tras pasar los días codo con codo, todo apuntaba a que las oídas que le habían llegado acerca de que atravesaba un divorcio traumático eran ciertas. Ella no se había divorciado, aunque su hermana pequeña sí lo había hecho, y además había visto en ella las huellas de ese mal trago. Especialmente si la experiencia deja marcas que persisten, en el interior y en el exterior. Alarcón solo había tenido dos novios en toda su vida. El primero fue Patricio, a los diecisiete años, en su Villarreal natal. Un gilipollas de manual visto ahora a través de los cristales de la madurez, pero del que se enamoró hasta el mismísimo tuétano de cada hueso. Había sido una niña con un desarrollo precoz, que aún arrastraba un complejo enorme debido a la forma de su nariz. Aunque la dotaba de personalidad, tenía nariz de boxeadora, chata y aguileña. Con el paso de los años había llegado a comprender que ese puente ligeramente arqueado le aportaba un aspecto singular, y ahora estaba convencida de que ese rasgo fisonómico había ayudado a que desarrollara un carácter decidido y resistente. En el instituto hubo etapas en que la llamaban Muhammad Ali, hasta que un día le calzó un directo a la mandíbula al gracioso de turno y todo el mundo comenzó a respetarla. Patricio era el típico idiota de pendiente y chupa de cuero que fumaba sin parar. Él tenía veintiuno y ella diecisiete. Se conocieron una noche en un bar, se hicieron

gracia y se enrollaron. Alarcón se dejó hacer por primera vez, pero a las pocas semanas él le dijo que no conectaban, que las amigas de ella eran demasiado jóvenes para ir con los amigos de él. Que estaban hechos de otra pasta y que ella no podría adaptarse a lo que él buscaba en una mujer. Y era verdad, Alarcón no bebía, pero bebió; no fumaba porros, pero fumó; nunca había pasado al sexo real y accedió para complacer a aquel macarra de pacotilla con aires de James Dean. Al final todo terminó como era de esperar, coincidiendo los dos en el mismo bar y él liándose con otra chica a dos metros de Alarcón y ella hundida en una tristeza que, por entonces, a nadie le pareció tan grave como para considerarla una depresión. No volvió a tener novio hasta ocho años después, cuando su hermana Lola y ella se desplazaron hasta Valencia para estudiar juntas. Allí conoció a Jon, un chico navarro que se estaba preparando para bombero, con el que coincidía en algunas sesiones de entrenamiento con un preparador físico. Jon era de espaldas anchas y sonrisa de niño. Poco a poco se fueron conociendo hasta que él se decidió a invitarla a tomar algo. La cosa funcionaba relativamente bien. Alarcón compartía piso con su hermana y cuando se estaba planteando irse a vivir con él, Jon le dijo que tenía posibilidad de conseguir un trabajo en Pamplona, que se fuera con él; vivirían en mitad de la naturaleza, lejos del ruido de la ciudad. Una promesa de familia, paz y mascota que Alarcón no terminaba de creerse. Ella tenía espíritu urbano, otras aspiraciones; deseaba comenzar a patrullar, entrar de una vez por todas en contacto con el asfalto, con las sombras que se alargan y se deshacen en los callejones. Jon se marchó y ella se concentró en sí misma, en su carrera, lo que se tradujo en un desarrollo profesional meteórico. En

la comisaría de Valencia comenzaron apodándola la Poli Díaz. Cuando lo descubrió volvió aquel complejo, que había permanecido escondido siempre tras la puerta con un arma en la espalda. El lastre de su peculiar nariz nunca había dejado de acechar su confianza. También le pasaba a su hermana, que al final acudió a un cirujano plástico y se la operó. Ahora no parecía la misma persona; de hecho, la primera vez que la vio le costó reconocerla a unos veinte metros de distancia. «Es que también me he quitado arrugas y me he puesto un poco de labios, ya que estaba», le dijo Lola. «Casi no se te nota», mintió ella. «Deberías probar tú también». «No, Lola, no lo necesito», respondió. «Pero si desde siempre has estado muy acomplejada por eso, ¿por qué no vas y te asesoras?». «Porque me acepto tal y como soy, no hay más». «¿Insinúas que yo no?». «No, Lola, yo no te juzgo por lo que haces, ni lo haré nunca».

Alarcón había renunciado a tener pareja desde que Jon le anunció que su decisión de alejarse del mundanal ruido era firme. Claro que a veces surgía algo, pero ella se sabía demasiado complicada. El trabajo de policía no facilitaba las cosas. Sabía que con un chasquido de dedos podría tener a muchos hombres bajo sus sábanas. Tenía un cuerpo imponente. De hecho, recién llegadas a Valencia, Lola y ella salían de juerga y de vez en cuando acababan con un par de chicos disfrutando de la noche hasta las últimas consecuencias. Sin embargo, cada vez fue sintiéndose más cohibida. Así, para dar salida a sus necesidades físicas, sin obligarse a verse comprometida, decidió usar una aplicación de citas. Subió únicamente dos fotos, nada sensuales, simplemente en ropa deportiva: unas mallas y un top. Una de frente y otra de espaldas. Su nombre era Tracy. Las notificaciones de hombres que querían conocerla llovían a decenas,

atraídos por las curvas de una anatomía que parecía haber esculpido un maestro renacentista en estado de gracia. Por un lado, se sentía como carne expuesta en un escaparate, pero, por otro, tenía claro que esa era la decisión más justa consigo misma. Prefería un polvo por esta vía a una relación a medio plazo basada en la hipocresía, horas y horas desechadas en la cafetería de una plaza en busca de un amor que no necesitaba. Era sexo, simplemente, lo asumía como tal y le gustaba. Aquella noche, cuando volvió del gimnasio, entró en la aplicación y vio un perfil. «Mark, 37». Tenía varias fotos, algunas de ellas practicando deportes al aire libre, pero ella se había entrenado a sí misma para separar la atracción física de la emocional. Mark tenía el torso musculado, aunque no excesivamente; el cabello castaño claro, con un poco de entradas, y unos ojos azules y sinceros. Confió en su instinto. A los quince minutos de conversación, Tracy y Mark ya habían quedado en el Hotel Mare Nostrum. Se encontrarían a las diez y cuarto de esa noche en el vestíbulo. El *modus operandi* que ejecutaba Alarcón siempre era el mismo. Reservaba una habitación doble. Después se citaba con el chico en el hall del hotel. Siempre elegía hoteles con asientos que le ofrecieran una buena perspectiva para, desde un lugar adecuado, observar al hombre y, dependiendo de la sensación que le inspirara, enviarle un nuevo mensaje con el número de habitación o, si no le daba buena espina, dejarlo colgado allí mismo. Sin miramientos, sin remordimientos. Bloqueaba el número y el perfil en la app, cogía su moto de vuelta a casa y todo acabado. Asepsia como filosofía de vida. Pragmatismo en estado puro. Alarcón contaba con tres teléfonos diferentes: uno para el trabajo, otro para su uso personal y un tercero específicamente para estos escarceos.

Además, siempre firme en sus convicciones y obsesionada hasta la paranoia por controlar cualquier riesgo que pudiera acontecer, había establecido una serie de normas que garantizaban su propio anonimato. Siempre elegía chicos cuyo rostro fuera claramente identificable en las fotografías de la aplicación, hacía una captura de su imagen y las guardaba en una carpeta específica del ordenador, junto a la fecha del encuentro, el hotel y la información general que hubiera obtenido del hombre. A veces lograba sonsacarle el nombre completo y la profesión, y, al volver a casa, lo adjuntaba a la carpeta en un modelo de informe. Nunca repetía el mismo hotel. No permitía el uso de juguetes eróticos y dejaba claro desde un principio que no aceptaba propuestas de prácticas sexuales como *bondage*, dominación, sadismo o masoquismo. Cuando concertó la cita aquella noche, como siempre, acudió para hacer la reserva un buen rato antes de la hora acordada, el suficiente para subir a la habitación y ventilarla, guardar en un armario una mochila con una muda limpia y esconder en el lado derecho de la cama, bajó el colchón, su pistola reglamentaria. Cuando apareció Mark, a cierta distancia, le pareció un chico más atractivo que en las imágenes. Llevaba un jersey de cuello blanco y unos pantalones chinos beige, conjunto que le estilizaba la figura. En la mano sujetaba la chaqueta y, con la otra, miraba de forma insistente el móvil. Alarcón subió en el ascensor y le envió un mensaje: «656». A los pocos minutos el hombre llamó a la puerta. Al abrir, los ojos del muchacho se dirigieron directamente hacia su nariz. Analizó su gesto y le gustó la reacción que interpretó en aquella mirada. «Hola, Mark». «¿Tracy?». «Sí, tienes que dejar aquí tu móvil», dijo Alarcón abriendo un bolso negro. «¿Por qué?». «Porque es la única manera de que podamos ir a la siguiente fase».

El hombre dio un paso adelante y metió el móvil en el bolso. Tracy le dio dos besos y cerró la puerta a su espalda.

12

Fortaleza

Día 4

Suances se tumbó en el sofá. Era de segunda mano. Aunque todavía conservaba cierta comodidad, tuvo que cubrir con un cojín la zona en la que los tablones se le clavan en el coxis. Esa zona maldita, su talón de Aquiles desde que veinte años atrás su compañero se salió de la carretera en una emergencia. Dos vueltas de campana, un esguince de rodilla y una luxación del coxis. Como consecuencia había ido modificando su forma de caminar para amortiguar el dolor, sobrecargando otras zonas. Era incapaz de permanecer en la misma postura durante más de diez o quince minutos. Pese a que la idea de desembalar todas esas cajas le machacaba el pensamiento, rellenó la copa de vino. No podía permitirse demasiado tiempo libre, lo sabía, pero necesitaba un par de horas. El tiempo corría en su contra. Alarcón no iba a parar y, además, confiaba en él. Al pensar en su compañera, no como policía, sino como mujer, redirigió su monólogo interno hacia Claudia. Volvió esa sensación de vacío provocado por tantos años de frustración. Cada nuevo tratamiento, cada visita a un nuevo especialista había supuesto una palada más

hacia el fondo. Desesperanza. Un agujero. Vacío. Vacío era la palabra. La relación fue resquebrajándose poco a poco, como una barca a la deriva agrietada por la que van filtrándose las oscuras aguas del rencor. Vacío al despertar y encontrarse a su mujer en la cocina e intercambiar apenas un par de palabras muertas ya antes de salir por su boca. Vacías las noches, con sus cuerpos orientados hacia puntos cardinales opuestos sobre la cama. Hasta que no hubo nada que decir, porque sentían ya que sus pieles eran tan finas y transparentes como las alas de un insecto. Cualquier palabra se transforma en granada de mano cuando la culpa apresa la conciencia. Entonces solo queda el silencio.

Al principio, veía aquel lugar al que se había mudado como un refugio. Aunque solo llevaba allí algunos días, poco a poco empezaba a sentirlo como un hogar. Pero aún no del todo. Se recostó y cerró los ojos. La ciudad elevaba sus ruidos de zoológico robotizado hasta la ventana y fue arrullándole hasta que se durmió.

Por primera vez desde la ruptura, su mente no recreó en primer término la imagen del cuerpo desnudo de su exmujer junto al de otro hombre. Necesitó unos segundos para tomar conciencia de ello. Cuando esa visión asaltaba su pensamiento, sentía que un rayo lo atravesaba como si resquebrajara un tronco seco. No había despertado con esa sensación de fracaso dominadora, de pérdida, enredada en la mente como un abrazo de espinas. Era una primera victoria clave en la larga batalla contra la baja autoestima, una yarda ganada que significaba mucho.

Decidió ir al despacho y aprovechar las primeras horas de la mañana para poner cierto orden en las decenas de expedientes que se le acumulaban desde que se había volcado en el caso del

secuestro. La visita con el equipo directivo en el colegio de Gonzalo sería a mediodía. De Bustos había sido clara: «Que un caso tenga prioridad no significa que tengamos que dejar de lado el resto». Inmerso en los archivos, Suances lograba escapar del laberinto emocional en cuyo centro le había colocado su nuevo estado civil. La notificación de divorcio había llegado el día anterior. Ya no había vuelta atrás. Puso el trámite en manos de un abogado de confianza, amigo de los tiempos de instituto. Ya no estaba por la labor de pelear más. La amaba demasiado. ¿O tal vez la había amado demasiado? En ese preciso instante tomó conciencia plena de que no sentía rabia ni rencor hacia ella, los sentimientos se iban acomodando en su interior a medida que los días se convertían en semanas. Ahora, con todos aquellos expedientes en la mano supo que la vida no se detiene, que los criminales siguen con su faena en el fango, que los maltratadores salpican con sangre ajena la loza de los cuartos de baño, que la mentira y el fraude avanzan expandiendo a sus anchas tentáculos mohosos mientras hombres de corbata les van abriendo el paso entre puertas dobles y pasillos de mármol. Y, dadas las circunstancias, tenía la oportunidad de vislumbrar un futuro con cierta esperanza. Él servía para detener todo aquello, y que no pudiera tener descendencia no le restaba un ápice de valor ni hombría. Tal vez esa era precisamente su función en esta vida. Debía afrontarla así. Solo. Con su fortaleza restituida.

Dejó que aquellas reflexiones permearan durante horas en su cabeza mientras bebía dos cafés de máquina y estudiaba los casos recién impresos, y los archivaba o derivaba al departamento oportuno. De pronto, inesperadamente, la memoria a corto plazo (esa que maneja los datos que pueden olvidarse o pasar a

convertirse en memoria a largo plazo, como si fuera un concursante que logra mantenerse en un programa de preguntas de la televisión) viajó a un recuerdo vívido y reciente: la carcajada de Alarcón al salir de la visita de César Quintero, una risotada impetuosa y llena de energía que pareció devorar como un agujero negro todo el oxígeno que contenía el habitáculo del coche. Sintió un sobresalto al pensar en aquel gesto espontáneo y salvaje de su compañera. Se detuvo, con un folio en una mano y la taza de café en la otra, y se quedó mirando la pared. Sonrió, terminó con aquel expediente y se puso en pie.

13

Zugzwang

Día 4

La arquitectura del colegio privado, con su fachada de ladrillo rojo y detalles de piedra blanca, imitando las academias de la cultura clásica, despedía prepotencia y anacronismo a partes iguales. En la entrada lucían estatuas de piedra en cuidados jardines, con setos minuciosamente recortados. En el ambiente se respiraba exclusividad y tradición de rancio abolengo.

Les hicieron esperar en el vestíbulo del edificio. En el muro de uno de los amplios pasillos se encontraron con una enorme réplica de *El Cristo de San Juan de la Cruz*, de Salvador Dalí. Al verlo, Suances recordó el viaje con Claudia a Londres, en 2017. Estaban pletóricos por los resultados de la última prueba. El tratamiento de fecundación *in vitro* había sido un éxito y el embarazo parecía ser un hecho. Guardaba con profundo amor el recuerdo de aquel paseo bajo la suave lluvia que comenzaron en Buckingham Palace porque ella quería ver el cambio de turno de la Guardia Real desde que era pequeña. En ese viaje pidieron a un japonés que les hiciera una fotografía dándose un beso con el Big Ben de fondo. La imagen

quedó perfecta, con esa luz apagada de la tarde reflejándose en la torre y el cielo gris preñado de cúmulos plateados. Esa foto que imprimió en un tamaño enorme y le regaló a Claudia para su siguiente cumpleaños, y que quizá ya no seguiría en la pared del salón de su antigua casa. Recordaba a la perfección la ruta que terminaron en Picadilly, en la Royal Academy, donde estaba expuesta de manera temporal el original de aquel majestuoso Cristo. Aquel que ahora tenía delante y que le acababa de agarrar del pecho para hundirle en un pozo de oscura nostalgia. A los pocos días de ese viaje, oyó aquella negación desgarrada procedente del baño. Claudia en ropa interior sentada en el váter. El desconsuelo, el abrazo helado, el llanto compartido.

—Suances.

Fue consciente de pronto de que Alarcón ya había pronunciado su apellido varias veces. Sintió los ojos empañados.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Perdona —respondió con una sonrisa forzada—, es este cuadro, que me recuerda a mi abuela. Tenía una copia encima de la cama y me pasaba horas mirándolo de pequeño.

—Parecía que estabas rezando. ¿Eres creyente?

—No. Creo que no… —matizó—, pero cuando veo esta imagen me parece como si este Cristo fuera el centro de todo.

—Sí —dijo Alarcón—, hay algo en las imágenes, en el arte, en la naturaleza…, incluso en el silencio, que a veces me invita a pensar que existe algo más grande. A veces me gustaría creer…

—Y a mí, a veces. Pero solo me fío de lo que se puede explicar o de lo que conozco. La belleza, el amor, el dolor… Todo tiene una raíz científica, una justificación.

—Qué profundo —dijo Alarcón sonriendo, tratando de restarle solemnidad a la conversación—, ¿estabas muy unido a ella?

—¿Cómo? —respondió Suances, algo desconcertado—. Ah, sí. Era una gran mujer. Aún la echo de menos.

Una voz llegó desde el fondo del pasillo.

—Agentes, por favor, acompáñenme.

El conserje les dio paso a la biblioteca, que simulaba el estilo de las antiguas salas de lectura inglesas, con altas estanterías de madera y una segunda planta a la que se ascendía por una ampulosa escalera de caracol. Suances acertó a ver algunos lomos de cuero con letras doradas en la parte más elevada y se preguntó si serían de decoración. Todo en aquel lugar, de hecho, parecía como construido en cartón piedra. Se le antojaba como un falso decorado tras cuya fachada no brotara en realidad el más mínimo contenido de valor.

Esta sensación de falsedad entraba en consonancia con el aspecto del equipo directivo que ahora estaba sentado frente a ellos, cuya vestimenta era un desafío a la discreción. Parecían vestir para tratar de impresionar a los visitantes. El director, la jefa de estudios, el tutor de Gonzalo y un par de profesores veteranos más se habían dedicado durante casi tres cuartos de hora a alabar la trayectoria del chico: introvertido pero educado, brillante y poco sociable. Uno de los profesores narró que cuando propuso a Gonzalo participar en la Olimpiada Matemática, el chico lo rechazó con una indiferencia y rotundidad impropias de un niño de once años. Era una invitación a la gloria precoz, pero él la recibió ausente y casi aburrido, como si hubiera escuchado una noticia cualquiera. Según contó el profesor, mientras que otros habrían luchado con uñas y dientes por asistir a

esa competición, para él todo aquello no era más que ruido vacío. No necesitaba la aprobación ni el aplauso de nadie, ni en privado, ni mucho menos en público. Aunque a menudo era objeto de pequeñas burlas por su carácter antisocial, existía en el colegio un acuerdo tácito por el que los chicos de su naturaleza, los de «altas capacidades», eran en parte respetados, en parte temidos. Los demás sabían que cruzar ciertos límites podía acarrear consecuencias por parte del colegio. Para el prestigio del centro educativo esos alumnos eran fundamentales. Sus calificaciones elevaban la nota media de los grupos —ya hinchada de por sí—, lo que servía de reclamo para atraer al público más pudiente de la comarca. Padres dispuestos a pagar por la excelencia de sus hijos. Una excelencia que a menudo era un frontispicio artificial.

Tras casi una hora de auténtica pérdida de tiempo, la cosa parecía ponerse interesante. Por la puerta apareció el profesor de ajedrez. Paco Sarabia llegaba más de media hora tarde y desentonaba con el resto del grupo docente: llevaba el pelo desordenado, una chaqueta de pana fina con coderas gastadas y una corbata que parecía demasiado larga, con el nudo algo suelto. Se mostraba nervioso mientras hablaba, jugueteando con un bolígrafo que movía entre las manos ante la mirada inquisidora de los dos policías y del director del colegio, el único miembro del equipo directivo que permanecía en la reunión. El responsable del centro miraba de forma insistente su reloj, con aire ocupado. Había algo en la figura torpe de Sarabia que irradiaba respeto, esa autoridad que reside en la elegancia desganada.

—En quince años enseñando ajedrez, nunca he visto a alguien como él —dijo, mirando a los policías a través de sus gruesas gafas

—. El chico tiene una mente como pocas veces se encuentran, y no exagero. He dado clases a muchos jóvenes talentosos y mayores que Gonzalo. Con buenas estrategias, algunos incluso potencialmente mejores que yo. Pero él… Bueno, tiene algo distinto.

Alarcón tomaba notas en su cuaderno, pese a que la grabadora de Suances mostraba el pilotito rojo encendido sobre la mesa. El maestro de ajedrez hizo una pausa breve y siguió, como dudando sobre si sería apropiado exponer lo que estaba a punto de decir.

—¿Podría ponernos un ejemplo de en qué es distinto? —preguntó Alarcón.

El hombre pensó durante un par de segundos.

—¿Saben lo que es el *Zugzwang*? —dijo—. En alemán significa «obligación de mover». Es una situación del ajedrez en la que cualquier movimiento que haga tu oponente empeora su situación y lo conduce frecuentemente a la derrota. Bien, Gonzalo no necesita esperar a ese punto, a que el otro esté acorralado. Con él, sientes que cada pieza está ahí con una intención tan precisa, tan calculada, que a los pocos movimientos ya sabes que estás perdido.

Alarcón frunció el ceño y le dirigió una mirada tajante a Suances cuando a este se le escapó un pequeño bostezo. El profesor no se percató de ello, o no le importó.

—Profesor —intervino Suances, echando su enorme anatomía hacia delante para sacudirse la modorra—, no nos interesan tanto las aptitudes técnicas de Gonzalo como su relación con usted y con los demás alumnos. Estuvo en sus clases todo el año pasado; sin embargo, en este curso no se ha inscrito en esta actividad.

—No me extraña, sinceramente —dijo Sarabia mientras se miraba los dedos manchados de tinta—. Yo creo que se aburría, ni siquiera

yo podía ofrecerle una competencia a su nivel de juego si no estaba plenamente inspirado.

—En cualquier caso —intervino el director, en parte para justificar su presencia de convidado de piedra en aquella conversación—, es oportuno indicar que el alumno se inscribió en esta actividad en el mes de diciembre, por lo que en estas fechas el año pasado todavía no había comenzado las clases con el señor Sarabia.

Los otros tres se quedaron mirando al director sin saber muy bien qué decir, conscientes de que esa información carecía de relevancia para el caso que los ocupaba.

—Sabemos que Gonzalo juega con una aplicación digital —dijo Alarcón.

—Sí, bueno —convino Sarabia—, imagino que es algo normal, hay muchas aplicaciones de ajedrez. Es muy frecuente que los chicos usen apps. El ajedrez es un deporte adictivo.

Suances siempre había dudado acerca de esa clasificación del ajedrez como deporte. Para él, estar sentado moviendo piezas, sin correr ni sudar, no requería ningún esfuerzo. Cuando pensaba en deporte, imaginaba a gente saltando, empujándose, dándose patadas…, pero llamar deportistas a unos tipos que miran un tablero como si estuvieran a punto de resolver el misterio del universo era algo que nunca llegaría a entender.

—Sí, esta aplicación en concreto es poco conocida —dijo Alarcón.

—¿Cómo se llama?

—Darkbishop.

El hombre se colocó las gafas con una mano y miró unos segundos al techo, negando con la cabeza.

—Ni siquiera me suena. Él nunca mencionó ninguna aplicación. Yo solamente enseño sobre el tablero —dijo Sarabia aclarándose la garganta—, a veces recomiendo algún libro de ajedrez adaptado al nivel de cada alumno, pero en el caso de Gonzalo no le recomendé ninguno, tampoco lo necesita. Juega con un tipo de intuición que no se aprende en los libros; se nace con ella o no se tiene nunca.

Sarabia se quedó en silencio, como atrapado por el eco de lo que acababa de decir. El brillo natural de sus ojos pareció disiparse por un momento, como si tomara conciencia de pronto de la gravedad de la situación, de que el talento de aquel chico podía haber desaparecido con él.

—¿Notó algo inusual antes de que dejara las clases? —preguntó Suances.

—No, en absoluto —dijo rápidamente el profesor, y luego añadió —: bueno, a menudo dejaba las partidas a medias. Solo había una niña, una alumna del colegio, con la que solía llegar hasta el final. En realidad —se sonrió—, yo creo que jugaba con ella, más que contra ella. Quiero decir que era como un gato que se dedica a golpear con las zarpas al ratón antes de comérselo. Le daba esperanzas, pero sabía cuál era el momento para ponerse serio y que la partida no se le escapara.

—¿Cómo se llama esa alumna? —dijo Alarcón, apenas dejando tiempo a que Sarabia terminara de hablar.

—Alicia Prados —dijo el profesor.

—Es una alumna de sexto curso, pero no va a la misma clase que Gonzalo —aclaró el director—, por suerte, tenemos cinco líneas de sexto de primaria este año. Los padres confían cada vez más en nuestra educación y hemos ampliado…

—Tenemos prisa, director —cortó tajante Alarcón—, diga a Alicia que venga, por favor.

—Tendré que llamar a sus padres para que estén presentes —respondió el director, claramente contrariado.

—Muy bien, llámelos y que vengan —dijo Alarcón.

El director soltó una risa corta.

—No estoy bromeando —insistió la policía.

—No es tan sencillo, me temo. Nuestro protocolo es muy estricto —soltó el hombre, con aires de superioridad—, pueden demorarse.

—Esperaremos —dijo Alarcón.

—Creía que tenía prisa…

—Depende de para qué.

El silencio se quedó flotando sobre ellos como un manto de granito.

—Bien, voy a llamar a los padres para concertar la cita —dijo el director, incorporándose y despidiéndose del profesor.

—Gracias, señor Sarabia —dijo Suances—, si recuerda algo que crea que puede ser de ayuda, no dude en contactar con nosotros.

—Claro, lo haré —dijo Sarabia, poniéndose en pie mientras trataba de aplanar las arrugas de la corbata—, a menudo estos cerebritos son bastante prepotentes, pero no es el caso de Gonzalo. Sinceramente, el chico me cae bien.

Mientras esperaban, Alarcón y Suances aprovecharon para dar un paseo por el entorno del centro educativo. En contraste con las molduras exageradas del complejo, que parecían obedecer más a un propósito decorativo que funcional, los alrededores ofrecían la paz sencilla de la naturaleza. Un aire denso y recargado traía aromas de tierra húmeda y de los cítricos. Alarcón cogió una naranja de uno de

los árboles y la peló lentamente, concentrada en sus dedos. Las acequias estrechas serpenteaban entre los campos de hortalizas, brindando el sonido suave y constante del agua. El mismo murmullo que siglos atrás escucharan los genios musulmanes que implantaron aquella compleja red de riego. Unos doscientos metros antes de llegar al colegio, un cartel dirigía al club de hípica. Desde aquella posición se distinguía una finca enorme de establos blancos con tejados rojizos. El picadero cubierto sobresalía entre el paisaje. En él, algunos caballos trotaban y otros, quietos y elegantes, mordisqueaban la hierba bajo el calor suave del sol, entre los olivos.

—Todos estos críos acaban trabajando en las empresas de sus padres o enchufados en algún lado —dijo Alarcón—; aquí lo único que hacen es pastar y esperar.

Pasados unos minutos, el director los llamó para informarles de que los padres de Alicia Prados no podrían atenderlos hasta la mañana siguiente.

—¿Crees que nos va a servir de algo hablar con esa cría, jefa?

—Tenemos que agarrarnos a todos los cabos sueltos que nos encontremos, Suances —dijo Alarcón—. Lo que creo es que este caso tiene mala pinta desde el primer momento.

La inspectora se metió un trozo de naranja a la boca y ofreció el resto a su compañero. Suances aceptó.

14

Palo

Día 5

César se presentó al día siguiente en la comisaría, dispuesto a prestar declaración de nuevo. Se sentó ante Suances y Alarcón, y dijo haber estado reflexionando y escribiendo todo lo que no había sido capaz de expresar verbalmente en el interrogatorio anterior. La compleja sensibilidad emocional de Gonzalo, unida a su dificultad para expresarse ante los demás, había convertido la conexión entre ellos en una relación de complicidad única y singular. Llevaban años luchando contra todo tipo de desafíos, más aún tras el divorcio de César y Virginia, hecho que fortaleció ese vínculo de manera inesperada. Pese a que no era su hijo biológico, Gonzalo había ido esculpiendo su carácter poco a poco, tomando como referencia la idealizada figura paterna gracias a un amor que iba más allá de las palabras o los gestos. En general, Gonzalo siempre prefería la compañía de su padre a la de otras personas de su edad. Había sido su referente, su cómplice, su compañero más cercano. César llevaba años de lucha y aprendizaje, había renunciado en ocasiones a su propio desarrollo profesional y personal, también aislándose del

resto de su familia, comprendiendo que su hijo requería toda la atención posible para componer su propio mundo, un universo extraño y puntiagudo en el que necesitaba encontrarse plenamente cómodo.

Para el chico fue difícil al principio aceptar la ruptura de sus padres y una sombra de culpabilidad envolvió su carácter durante los meses siguientes; sin embargo, gracias a los esfuerzos de César, nunca llegó a sentirse juzgado. Aunque el vínculo entre Virginia y su hijo se debilitó, César jamás había alimentado esa circunstancia, ni hablando mal de Virginia ni proyectando una imagen negativa de ella; bien es cierto que la separación se había producido por iniciativa de César.

El hombre solicitó la custodia del chico y Virginia no se opuso. En realidad, Gonzalo suponía un quebradero de cabeza para ella en muchos aspectos, dada su estresante vida de empresaria. César, por el contrario, gozaba de flexibilidad laboral en su puesto de profesor universitario en la Facultad de Matemáticas, lo que sumado a su naturaleza reflexiva y paciente se amoldaba a la perfección a las necesidades de Gonzalo. Además, la creciente evolución del chico en matemáticas y ajedrez, dos de las grandes pasiones de César, había fortalecido su conexión progresivamente. El juez otorgó la custodia a César reconociendo la madurez de Gonzalo, quien, pese a su edad, demostró ante la psicóloga judicial una conciencia perfecta de qué era lo que prefería. Tras la evaluación del caso, resultó evidente que el niño se sentía cómodo y seguro junto a César. Se sentaban en la mesa del comedor ante el tablero de ajedrez o a resolver juegos de cálculo. Bach siempre de fondo acunando los atardeceres. César se sentía profundamente orgulloso de las habilidades de Gonzalo para

resolver problemas matemáticos, algunos tan complejos que los niños de su edad no alcanzaban siquiera a entender su planteamiento. Contemplar a su hijo concentrado sobre el tablero era una de las mayores recompensas a su trabajo como padre. En su interior, tenía la sensación de que estaba esculpiendo a un genio. El niño no se mostraba angustiado o estresado ante retos cada vez más difíciles; al contrario, disfrutaba de ello y lo expresaba a su manera, no siempre mediante gestos o palabras, sino expandiéndose por el tablero de ajedrez o sintiendo cómo de la punta de su lápiz brotaban combinaciones de números, letras y símbolos que obedecían a las divinas reglas del lenguaje algebraico.

Por supuesto, aunque esos instantes eran especialmente hermosos, su relación iba más allá. César sabía cuándo establecer pausas para verbalizar la empatía y ayudar a su hijo a expresar los sentimientos que tanto le costaba compartir fuera de ese ámbito especial. Escuchaba con paciencia en su doble labor de amigo y confidente. A veces percibía ese dolor que intuía en Gonzalo al no haber sido capaz de relacionarse con otros o al sentirse rechazado en algún sentido por los demás. El hombre había tenido algunas reuniones con el equipo directivo del colegio y con el tutor de Gonzalo, tratando de buscar un mejor acomodo para el particular universo interior del chico en aquel mundo recto, cuadriculado y regulado hasta la extenuación. Siempre con suavidad y sin presión, invitaba a Gonzalo a compartir sus emociones. El chico a veces solo sonreía y decía: «No importa, papá. Todo está bien». Otras, simplemente bastaba con estar ahí. Con un abrazo.

Durante la conversación con los agentes, César tuvo que detenerse en varias ocasiones, roído por una tristeza que parecía

profunda y sincera. El hombre no dejaba de dar vueltas a las circunstancias en las que Gonzalo había desaparecido. ¿Respondían a una cruel casualidad o había algo más? Llevaba dos años sin participar en los congresos a los que le invitaban para no alejarse demasiado de su hijo, pero empezó a hacerlo con más frecuencia dada la madurez que demostraba el chico. Virginia aceptaba a regañadientes, pero ambos creían que a Gonzalo no le vendría mal adquirir algo de independencia respecto a su padre. «No te preocupes, papá; a fin de cuentas, ese ha sido mi hogar durante muchos años», le dijo cuando César le contó que le habían invitado a pasar una semana en Alemania. El hombre recibió esas palabras con un alivio que no exteriorizó. Lo necesitaba. Necesitaba respirar. En otras ocasiones se había ausentado un par de jornadas para participar en conferencias dentro del territorio español, pero en este caso la invitación era para dos fines de semana consecutivos, sumando los días laborables que quedaban en medio. Estela, ya a punto de terminar el instituto, era del todo independiente. El novio de Virginia se mostró predispuesto a llevar a Gonzalo al colegio cada día, así como a recogerlo después del comedor y al terminar el entrenamiento de hockey. Al fin y al cabo, contaba con una gran flexibilidad al dedicarse a controlar las finanzas de la empresa familiar.

César no se lo podía perdonar. Años siendo el ancla que daba firmeza a la vida del chico para ahora dejarlo a la deriva. Cuando más le necesitaba, él no estaba allí para reforzarle. Una tormenta perfecta de sentimientos negativos se le enmarañaban en el pecho. Impotencia por no poder rescatarle. Furia porque el puto Sergio no había cumplido su parte del trato. Arrepentimiento porque, si él no

se hubiera ido a Alemania, aquello no habría sucedido. Un agujero negro de rabia engullía cualquier sentimiento positivo al instante.

César pidió un café y, mirando con severidad a los ojos de Suances y de Alarcón, alternativamente, dijo:

—Hay algo más. Algo que ha pasado desapercibido y que tal vez tenga que ver con el caso.

—Adelante —dijo Suances.

El aroma del café de máquina invadía todo el habitáculo. Dio un trago a aquella bebida diabólica, torció el gesto disimuladamente y comenzó a hablar.

—Fue un viernes, hace unos seis meses… —empezó César—, Gonzalo ya se había ido a la cama y yo estaba en el sofá viendo una película. Cerca de la medianoche, recibí la llamada de Virginia. Parecía muy alterada. Me dijo que alguien había entrado en casa.

—¿Un robo en la casa de La Arboleja?

César afirmó con la cabeza.

—Habían reventado la caja fuerte, que estaba oculta tras un cuadro en la pared.

—¿Y la seguridad de la casa?

—Habían logrado desactivar la alarma y las cámaras. Fue lo primero que Virginia comprobó.

—¿Y qué se llevaron?

—Algunas joyas de poco valor y, sobre todo, dinero. Pero… —el hombre hizo una pausa—, es algo delicado…

—Nos tiene en ascuas —dijo Suances sonriente, sospechando lo que estaba por venir.

—No quisiera poner en un aprieto a mi exmujer, de verdad.

—¿Dinero sin declarar?

—Sí, procedente de la empresa de mi exsuegro. Virginia no me dijo cuánto en ese momento, pero sin duda era mucho…

—¿No tiene una idea aproximada?

—No, pero habíamos hablado en alguna ocasión de comprar una vivienda para cuando Estela decidiera independizarse y Virginia me había insinuado que ella podría hacerse cargo de la entrada y de algo más…

—Por supuesto, no denunciaron el palo —dijo Suances.

—Yo le insistí en que lo hiciera —dijo el hombre, tratando de justificarse—. Podría haber dicho que tenía algunos de sus ahorros ahí, lo que en parte era cierto. Le propuse que denunciara una cantidad creíble y, al menos, las joyas. Pero no quiso. No sé si fue una decisión suya o si alguien se lo recomendó. Dijo que quería evitar complicaciones mayores.

—¿Cree que alguien pudo recomendar a su exmujer que mantuviera el asunto en secreto?

—No lo sé, es probable.

—¿Sergio, tal vez? A fin de cuentas, él es el contable de la empresa…

César dio un trago al café y se echó el pelo hacia atrás con ambas manos, después puso esa mirada de actor de Hollywood que a Suances le parecía mitad natural, mitad intencionada.

—No revolvieron la casa. Fueron directos a la caja fuerte —dijo el hombre—. Había muy pocas personas que pudieran conocer cuál era su ubicación.

—Usted, su exmujer, sus hijos, Sergio… ¿y Marion? —propuso Alarcón, tomando notas en su pequeña Moleskine.

—Sinceramente, no creo que fuera ella. Aunque no le niego que estuvimos barajando la posibilidad. Marion había dejado de trabajar ese día a las diez de la noche. Es una mujer muy puntual y metódica, siempre cumple su horario a rajatabla. Para cuando terminó la jornada, las cámaras de seguridad de la finca funcionaban perfectamente. Virginia podía acceder a ellas a través de una aplicación. En las imágenes se la apreciaba cerrando todas las puertas y conectando la alarma antes de salir del recinto.

—¿No notaron nada raro en ella durante los días siguientes? —preguntó Alarcón.

—Bueno, yo no vivía en esa casa ya… Acababa de mudarme al domicilio donde ustedes me visitaron —dijo César, dejando asomar un hilo de vergüenza al ser consciente de que los tres recordaban perfectamente el descubrimiento de la habitación secreta—, pero, según Virginia, cuando Marion llegó el lunes de nuevo, a su hora, se comportó como siempre. Le pregunté si quería que fuera yo también, para hablar los dos con ella, pero me dijo que no, que ya estaba también Sergio.

—Y usted se quedó con la sospecha… —dijo Alarcón, que no apartaba los ojos de la boca del hombre. Miraba esos labios como un depredador que acecha a la salida de una cueva. Cada palabra era una posible presa.

—Supongo que sí… —dijo César.

—Es extraño —reconoció Suances— imaginar una mujer en su posición, ya de cierta edad, arriesgándose de forma tan clara. Una mujer sin familia en España, tan religiosa…

—Bueno, sin familia a excepción de un sobrino que estuvo un tiempo buscando trabajo por Murcia.

—Vaya, eso es algo que no sabíamos.

—Nosotros nunca llegamos a conocerle. Creo recordar que, tras pedir trabajo en Almoratrix y no conseguirlo, estuvo dando vueltas hasta que se fue a Madrid.

—¿Y qué contaba Marion sobre su sobrino?

—Pues ya sabe, que tenía problemas en Perú y que estaba tratando de conseguir los papeles, pero que no le estaba resultando fácil.

—¿Qué tipo de problemas?

—No lo mencionó. En ese momento nos pareció una simple anécdota, pero ahora… le doy muchas vueltas a todo. Tal vez se quedó en España… No lo sé —dijo el hombre. Y con tono de disculpa añadió—: No quiero parecer racista ni nada parecido. Es solo una suposición. Gonzalo era un chico muy inteligente. Se me ocurrió que quizá la persona que cometió el robo pudo sospechar que mi hijo había descubierto algo y…

El hombre apretó los labios y miró hacia abajo. Parecía a punto de derrumbarse.

—Tranquilo. Es una posibilidad, por supuesto. Por desgracia, hasta el momento no podemos descartar ningún móvil, ya que no han pedido rescate por su liberación.

—¿Conoce algún dato del sobrino de Marion?

—No, solo lo que les he contado. Tendrían que hablarlo con ella.

A los agentes no les pareció descabellada aquella teoría. Existían pruebas suficientes para pensar que Gonzalo, con su meticulosa capacidad analítica y esa peculiar forma de procesar la información, hubiera descubierto algo relacionado con el robo. Una conversación suelta, una percepción extraña en el comportamiento de Marion…

No había dudas acerca de que el niño era capaz de haber apreciado algún detalle que su madre, absorbida por el estrés y la amargura del mal trago, hubiera pasado por alto. Tal vez estaban a punto de dar con la pieza que faltaba.

15

Descensos y ascensos

Día 5

El teléfono tembló sobre el conglomerado de la mesa. Al principio pensó que el ruido venía de la vivienda de su vecino. Las paredes del apartamento eran como papel de fumar. Pero el zumbido persistía, así que miró a la pantalla y vio el nombre. Cogió el móvil, se puso de pie y se acercó a la ventana, respiró hondo y se llevó el teléfono a la oreja. El corazón le latía con fuerza y se echó la mano libre al bolsillo del chándal, de forma automática, buscando un paquete de tabaco inexistente.

—Hola.

—Hola —respondió Claudia—, ¿cómo estás?

Aquella voz suave le atravesó. Cerró los ojos y la imaginó con tanta claridad como si estuviera en esa misma habitación de pie ante él.

—Bien —respondió—, estoy… bien.

Al decirlo, supo que ella habría percibido el peso de la mentira aplastando cada sílaba. Claudia le preguntó si ya había terminado de instalarse y él respondió que casi, pero que aún le quedaba. Miró

alrededor y la imagen de aquel apartamento pequeño y frío que le rodeaba le hizo sentirse avergonzado.

—¿Cómo estás tú? —preguntó Suances.

Claudia respondió con asuntos triviales: cambios en el trabajo, un nuevo restaurante cerca de la escuela, los avances en la enfermedad de su madre. Las palabras los sobrevolaban sin atreverse a profundizar en la nueva intimidad que ambos luchaban por construir. Para ir acostumbrándose a sobrevivir separados, poco a poco. Suances sentía que se había ocultado en una cueva donde cobijarse hasta que pasara la tempestad del duelo. Escuchaba deseando que aquella conversación finalizase cuanto antes, así que guardó silencio cuando ella terminó de hablar. Escuchó disparos al otro lado de la pared. El vecino estaba viendo una película de acción.

—Bueno, cuídate —dijo ella.

—Tú también —respondió Suances.

En aquella despedida había un punto final, pero necesitaba matizarlo.

—Claudia…

—Sí, dime.

—Esto… esto me hace mucho daño. Yo prefiero que no hablemos…

Se arrepintió al momento de dejar escapar la última palabra.

—Ah…, vale. No te preocupes. No te llamaré más. Yo no quería molestarte…

—Tranquila, no me molestas —dijo Suances con suavidad—. Si me necesitas para algo, aquí estoy. Pero solo si me necesitas.

—Entiendo. Adiós.

—Adiós.

La llamada se cortó y Suances siguió mirando la vida transcurrir a través del cristal. El cielo estaba cubierto de nubes. Había empezado a llover suavemente, pero los coches ya colapsaban el tráfico de su calle. «En esta puta ciudad no sabemos sobrevivir a cuatro gotas», se dijo. Todo se movía despacio, como si sucediera en un fondo abisal. Abrió la ventana y sintió el aire fresco entrar limpiando la densidad acumulada en el salón. Al otro lado de la pared alguien le gritó a otra persona que se detuviera. Que se detuviera o disparaba. Y parecía decirlo muy en serio.

Aprendía a vivir con el dolor de la ruptura, un proceso que hay que ir quitándose por capas, como el montañero que desciende exhausto y entra en un bar del valle con la calefacción por las nubes. Dentro, el cuerpo, el núcleo, permanece cálido y latente, con las marcas de los golpes, los dedos del pie amoratados, los brazos arañados, tal vez alguna que otra cicatriz que tardará un tiempo en descubrirse. De eso se trata, de superar obstáculos y descansar de cuando en cuando. No hay ases en la manga, solo vivir y avanzar. Le pareció extraño aquel estado de calma que llevaba largo tiempo sin experimentar.

Se duchó y buscó en algunas cajas aún sin desembalar. Al fin dio con su vieja Canon. Bajo ella se encontraban varias carpetas anilladas. Contenían la teoría de los cursos de fotografía a los que había asistido de joven. Le pareció que los recuerdos vinculados a aquella cámara pertenecían en realidad a otra persona. Pero no. Vestigios de su antigua vida. Era él. Ahora toda esa información estaba disponible en la red, en tutoriales de YouTube, en archivos

pirateados y descargables, cursos por suscripción al ochenta por ciento de descuento…, pero una cámara analógica como aquella merecía documentación en papel. La sujetó entre las manos y se quedó observándola, como si se tratara de un objeto sagrado. Aquel artefacto pertenecía a otro tiempo y exigía un respeto acorde a su época de esplendor. En una bolsa halló tres carretes Kodak. Habían permanecido durante décadas a oscuras, esperando su oportunidad como la monja que se arranca el hábito en la madurez. Intactos y sin velar. Pasó un paño humedecido por todos los recovecos de la máquina, extrajo el teleobjetivo del estuche y lo colocó. Introdujo uno de los carretes vírgenes en el compartimento del arcaico aparato. Lo giró. Asomó la cámara por la ventana y apoyó los codos en el borde del marco, mirando por el objetivo. Permaneció así un par de minutos, esperando que sucediera algo memorable. Dirigió la máquina hacia el edificio de enfrente y estudió las viviendas que quedaban al otro lado de la avenida. Observó a aquella gente doblando la ropa, sentada frente a una pantalla, moviéndose por sus habitaciones… Viviendo, avanzando. Pulsó el disparador.

Copos de tiempo

Se encontraba en la pista de hockey, mirando defectuosamente el mundo a través de los huecos de su máscara de portero. Pero no podía correr porque tenía los pies sumergidos hasta los tobillos en una capa de líquido negro y viscoso. Sentía frío y, alrededor, los focos del campo de juego trazaban siluetas grotescas que se aproximaban hacia él. El traje le pesaba, el casco le apretaba la cabeza. Intentaba quitárselo, pero no podía. Necesitaba soltar el *stick* para poder hacerlo, pero ese palo de madera era la única herramienta con la que podía defenderse, la única arma que podía usar. El aire se le escapaba del pecho, el líquido le trepaba hasta las rodillas y una multitud de voces le gritaban que corriera, que huyera, que escapara de allí. Voces que no le eran familiares; no estaba seguro de poder fiarse de ellas, pero toda esa agua turbia y densa ya le alcanzaba el cuello. Tenía que mantener la cabeza fuera, ante todo, seguir respirando.

La desesperación le invadió al despertar de la pesadilla. Le había parecido oír un golpe dentro del sueño, algo similar a un portazo. Miró hacia la abertura que había en la parte inferior de la puerta y vio que ya le habían dejado el desayuno. Estaba sudando sobre la sábana. «Han debido de subir el termostato que regula la temperatura de la habitación», pensó. En la libreta anotaba los días.

Era el tercero. Ya sabía que le cuidaban al menos un par de personas. Mujeres. Había escuchado el rumor de dos voces. También el ruido de un motor aproximarse y alejarse en el entorno. A veces anocheciendo, otras a primera hora de la mañana. No fue capaz de identificar un patrón para ese sonido. La primera vez que oyó las voces fue antes de que le dejaran una de las comidas. Lo hacían a través de un ventanuco que se abría en la parte inferior de la puerta, casi a ras de suelo. Algo parecido al hueco que hay en algunas viviendas para que entren y salgan los gatos. Era imposible que su anatomía cupiera por aquel hueco. El día anterior oyó un clic y después vio unos guantes de látex azules introducir la bandeja metálica con un vaso de leche, un sobre con cacao en polvo, dos magdalenas industriales embolsadas y una manzana. Lo mismo que ahora descansaba en el suelo. Entonces oyó susurros nerviosos, pero no fue capaz de entender qué decían. Por la intensidad de la luz, debía de ser media mañana. Debió de quedarse hasta muy tarde haciendo operaciones matemáticas la noche anterior. Había pasado la tarde observando la velocidad de las nubes, una obsesión que arrastraba desde niño. La bandeja con el desayuno ya estaba allí. Al lado de la bandeja encontró una camiseta, unos calzoncillos y dos pantalones de deporte. Todo de color blanco. Una talla más grande que la suya, pero podía usarlo. «Ropa de hospital —pensó—. Ropa de psiquiátrico». No tenía ni pizca de hambre. Otra vez sintió que el silencio alrededor era terrible. Dependiendo de su estado de ánimo, la ausencia de sonidos se tornaba tranquilizadora o siniestra. Miró a la mesa. Había dejado la partida a medias.

El primer día había creado un tablero de ajedrez y un conjunto de piezas. Coloreó en una hoja las sesenta y cuatro cuadrículas y

recortó un trozo para cada una de las fichas. Bastaba con escribir las iniciales de las figuras. Peón negro: PN; alfil blanco: AB… El rey era la K y la reina era la Q. Jugar solo durante demasiado tiempo acababa por desesperarle. Echó de menos a su padre. Aquellas partidas largas y trepidantes contra él. Pensó que incluso habría dado cualquier cosa por jugar contra su profesor de ajedrez.

La tarde anterior, cuando oyó el ruido del motor, se apostó junto a la puerta, esperando que se abriera la trampilla por donde le iban a dejar la cena. Oyó el clic y se asomó, desde un lateral. Acertó a ver un pasillo largo y angosto. Al fondo, una puerta negra. La perspectiva le permitió observar un tramo del techo. Buscó cámaras de vigilancia, pero no vio ninguna. El día que escapara tendría que alcanzar la puerta negra. La primera parte de su plan consistía en no dar problemas a los secuestradores, para que pensaran que no iba a intentar ningún tipo de evasión, que sería un chico sumiso sin los huevos suficientes para retarlos. Oyó de nuevo las voces lejanas y ecoicas. Una de ellas le pareció familiar. Reconocible. El pecho se le hinchaba y se le deshinchaba precipitadamente, en una respiración rápida y entrecortada, pero lejana a la ansiedad del principio. El miedo ya no le inundaba como en los dos primeros días. No es que lo hubiera superado, simplemente su cerebro lo había archivado. El desayuno seguía en el mismo lugar. El calor permanecía en la habitación. Cogió la camiseta limpia, la ropa interior y los pantalones. Se dirigió hacia la ducha, se desnudó y se refrescó con el agua. Se secó y se vistió. Cogió la bandeja y la llevó a la mesa. Dio un bocado a una magdalena y retomó la partida. Blancas; reina; C4 a B5. Jaque al rey negro. Cuando se zambullía en el ajedrez imaginaba los segundos cayendo como lentos copos hechos de un

material transparente. Cayendo sobre él. Alrededor de él. Acumulándose y creciendo. Llenando el espacio de aquella habitación. Todo blanco. Hasta el techo. Movió otra pieza y el mundo alrededor comenzó a desaparecer.

16

La textura de la soledad

Día 6

Se levantó de la cama de un impulso. Eran casi las seis y media de la mañana. Se quitó el pijama y se puso el chándal que tenía hecho un ovillo en la silla del escritorio. Tomó la cámara y las llaves, y salió a la calle. Aún faltaba una hora para que amaneciera, pero sabía que es en los minutos previos al alba, antes de que el mundo que se ha deshecho durante la madrugada recomponga la crudeza de sus formas, cuando se puede captar la magia de la ciudad. Ese estado único entre la tiniebla y la nueva luz. Ese instante similar a la vigilia, donde los locos y los genios se confunden y el silencio se hace denso, tanto que casi puede quedar plasmado sobre la película fotográfica. Atravesó el barrio de Vistalegre, donde se encontraba su nuevo apartamento, y captó el trasiego moroso de los primeros trabajadores. Un obrero migrante que arrastraba los pies sobre las aceras; el barrendero que bosteza cepillando el vacío con el escobón y un solo auricular incrustado en la oreja; la limpiadora de escaleras que lucha por mantener erguida la espalda destrozada y curvilínea. Estaba recuperando el ojo para apreciar el juego de luces y sombras

que se proyectaban en las paredes, sobre las aceras. La textura de la soledad, del vacío, de esa paz intangible que se refugia en el silencio. Llegó hasta la calle Abenarabi y contempló, con paciencia casi mística, cómo el sol reflejaba sus primeros bostezos en el mosaico cristalino del edificio de Servicios Municipales, que hacía rebotar los haces multiplicados como un frontón de ilusionismo. Suances llegó hasta la avenida de Europa para captar escondido, cómplice de la tiniebla serena que aún pertenecía a la noche, un momento memorable que perseguía desde hacía tiempo. Algo le brotó en el pecho, como el germinar de una flor eléctrica, cuando pulsó el disparador para guardar en la memoria de su cámara la silueta de Claudia, pequeña y coqueta, que caminaba ya con ese paso decidido, algo torpe y somnolienta, en dirección a la escuela infantil. El nuevo día ya estaba ahí, envuelto en la frescura nocturna. Suances deshizo el camino hasta su barrio. Subió al apartamento y puso una cafetera. Se dio una ducha caliente y disfrutó, por primera vez en mucho tiempo, de la sensación purificadora que proyecta el agua al golpear contra el cuerpo.

17

Papeles amarillos

Día 6

Marion estaba sentada de nuevo a la mesa de interrogatorios. Suances se frotó la frente antes de pulsar la grabadora. Aquel caso se estaba convirtiendo en el día de la marmota. Tuvo que reprimir su flujo de pensamiento para que no desembocara de nuevo en las horas que llevaban malgastadas persiguiendo sombras, muchas de ellas encerrado entre aquellas cuatro paredes. Mientras interrogaban a uno y a otro, Gonzalo seguía en algún lugar desconocido, tal vez sufriendo aberraciones que su mente prefería no imaginar.

—Señora Murriarte, gracias por volver a atendernos.

—De nada, señor —dijo la mujer, con evidente inquietud—, no sé muy bien por qué me han llamado de nuevo, pero todo lo que pueda hacer para ayudar a encontrar a Gonzalo lo haré.

—No sé si sabe que, hace unos meses, la señora Sierra sufrió un robo en su vivienda.

—¿En la casa? —dijo Marion.

—Sí, en la casa donde usted sirve…

—¡Dios mío! —Se llevó una de las manos al rosario e hizo girar el crucifijo sobre su abdomen—. No sabía. Es la primera noticia que tengo sobre eso.

—Sabemos que ha pasado algún tiempo, pero debemos preguntarle si recuerda haber visto algo extraño últimamente. Alguna persona ajena a la familia que apareciera por la vivienda o algo inesperado que sucediera…

—No sé, ¿cómo qué? No sé a qué se refiere.

—Tal vez alguien que fuera a ofrecer algún servicio a la casa, alguien de una empresa de reparto… Cualquier cosa.

—Bueno, la niña tuvo una época, hacia el final del curso, en la que a veces traía a casa a amigos. Para hacer trabajos… o eso me decía… Se encerraban en la habitación, ponían música y se pasaban ahí algunas horas.

—¿La madre estaba al corriente?

—Sí, claro, pero la señora le permite hacer todo —dijo Marion, maliciosamente—. Como siempre estaba ausente, no se preocupaba de eso…

—¿Y usted los vio? ¿Podría reconocerlos?

—Ay, no lo sé. Puede ser. A veces venían unos y otras veces otros. La niña iba mucho con un chico que se llama Mateo, a ese sí le puedo reconocer. Creo que eran novietes, pero dejé de verlo un día, de pronto —dijo Marion—. Los otros ya no lo sé… Normalmente entraban por la puerta trasera del chalet, y yo no me los cruzaba. Sabía que estaban en la habitación cuando los escuchaba riendo o por la música.

—¿Está segura de que eran compañeros del instituto?

—Yo… no sé. Mateo sí —dijo la mujer, encogiéndose de hombros —, su padre es un empresario muy influyente. De los demás ya no estoy segura…

Alarcón anotaba en la libreta todos los datos con diligencia mientras Suances continuaba el interrogatorio.

—Vale… ¿algo más que recuerde?

—Ahora que lo dicen, sí recuerdo que durante un tiempo llamaban al teléfono fijo de la casa, pero no contestaba nadie al otro lado. Supuse que era publicidad. Ya sabe, esos pesados que están llamando a cada hora… También pensé que podría ser Joana, la hermana de la señora.

—Ya, ¿y recuerda si esas llamadas se producían en algún momento concreto del día?

—Ay —la mujer dudó—, ahora yo no sé… Bueno, sí. Recuerdo que una vez me enfadé mucho porque estaba preparando un asado para dejarle a la hija de la señora la comida del día siguiente lista y llamaron como dos o tres veces seguidas.

—No nos referimos a llamadas de publicidad, señora —dijo Suances, irritado—, no estamos aquí para perder el tiempo.

—Ay, señor. Pero no se enfade, yo es que no sé lo que…

La mujer pareció a punto de desmoronarse por un instante, pero se rehízo.

—Oigan, yo no tengo ni idea de lo que me están hablando sobre ese hurto. Ya se lo he dicho.

—Señora Murriarte —dijo de pronto Alarcón—, ¿sabe usted algo de su sobrino?

La mujer hizo una mueca y enarcó las cejas. No cabía duda de que aquella pregunta había contrariado a Marion.

—¿De mi sobrino? ¿A qué se refieren?

—Tiene usted sobrinos, ¿no? —dijo Alarcón.

—Ay, sí, pero están todos en el Perú.

—¿Todos?

—Que yo sepa, sí. Pero no lo sé… —dijo la mujer, y el Cristo desgastado comenzó a girar entre sus dedos veloces—, tampoco es que tenga tanto contacto con la familia.

—Me sorprende que diga eso, porque… —el agente abrió una carpeta y extrajo de ella un documento— ha solicitado usted un permiso para viajar a Perú. Motivo de la solicitud: «Visitar a un familiar enfermo».

—Ay, sí, señor. —Marion se santiguó—. Así es, mi hermanita Liliana está bastante enferma y me gustaría ir a verla.

—Pero ¿usted es consciente de que hasta que no se resuelva el caso de Gonzalo no puede salir del país?

—Bueno, por eso pedí el permiso y no me fui directamente —dijo la mujer con seguridad.

—Entiendo… —dijo Suances—, ¿y no tiene un sobrino en Madrid?

La mujer suspiró profundamente.

—Ya sé, ustedes se refieren a Edgar. Sí…, pobre —dijo la mujer—, yo no tengo ni idea de su vida, nunca me llama ni me escribe. Solo contactó conmigo cuando me necesitó, al llegar a España. Pero ya no he sabido más de él.

—Por favor, díganos su nombre completo —dijo Alarcón, sin desviar la mirada de su libreta.

—Edgar Bellatín.

—¿A qué se dedica?

—Él toda la vida se dedicó a los motores. Trabajaba en un taller, allá en Lima. Pero la empresa cerró y decidió probar suerte en España.

—¿Le visitó? —preguntó Suances—, ¿alguna vez vino a Murcia?

—Sí, vino en una ocasión.

—¿Y dónde se alojó?

—En mi apartamento, claro —dijo Marion—. Pero solo estuvo dos semanas aquí. Yo se lo dije a la señora Virginia, por si tenía algún empleo para él en la empresa, siendo una compañía tan grande… Pero me dijo que en ese momento no había nada para ofrecerle. Edgar decía que conocía a un amigo en el sector de los coches, alguien que a lo mejor le conseguía trabajo, pero finalmente acabó en el campo, por la zona de Cartagena. En cuanto comprobó lo duro que era, se fue para Madrid. Y ya no he vuelto a saber de él.

—¿Su sobrino nunca visitó la casa de Gonzalo?

—Ay, no. Por supuesto que no —dijo Marion con firmeza.

Mientras Alarcón anotaba los datos más significativos con trazo veloz, Marion volvió a hablar. Lo hizo llena de decisión, como si llevara un tiempo valorando la idea, pero no se hubiera atrevido.

—Agentes, hay algo…, aunque no sé si será algo importante. Es algo sobre el chico, sobre Gonzalo…

—Sí, díganos.

—El otro día me acordé de una cosa y pensé en llamarles, pero no quería entorpecer y molestar, porque es posible que no sea nada importante.

—Diga, señora —dijo Alarcón, sin disimular la impaciencia.

—Una de las tardes que el señor César trabajaba en la universidad, el chico se encontraba en casa esperándolo para que

fuera a recogerlo. Estábamos los dos solos en la casa. Se mostró huidizo, como siempre —dijo la mujer con un ritmo de voz lento que desesperaba a los agentes cada vez más—. Yo andaba haciendo mis tareas y pensaba que Gonzalo se encontraría en su habitación leyendo, así que entré en el despacho, donde el señor Sergio trabaja, para colgar unas camisas planchadas en el armario. Entonces vi que Gonzalo tenía muchos papeles esparcidos sobre la mesa y un bolígrafo en la mano.

—¿Estaba haciendo los deberes?

—No, no. —Entonces la mujer habló casi susurrando, como si estuviera compartiendo un secreto—. Eran papeles del señor Sergio. Había uno de esos archivadores gruesos sobre la mesa, abierto. Papeles de la empresa familiar. Papeles amarillos. Estoy segura. El chico se sobresaltó y cubrió la mesa con su cuerpo. Si no hubiera reaccionado así, yo no le habría dado importancia. Ya saben que el chico estaba loco con los números…, pero eso me llamó la atención.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Fue hace poco, en las últimas semanas de septiembre o así. El chico acababa de comenzar las clases.

Los tres se quedaron en silencio. Marion parecía satisfecha con la evolución que había adquirido el interrogatorio. Así lo demostraba su respiración, que había recuperado un ritmo normal, a ojos de Suances.

—Bien, señora Murriarte. Por el momento esto es todo —dijo Alarcón.

—Bien, gracias —dijo la mujer, poniéndose en pie—. Entonces, no puedo ir a visitar a mi hermana, ¿verdad?

—No, señora. De momento ese permiso está bloqueado.

—Qué pena. Bueno, gracias.

La mujer se fue, casi arrastrando los pies, guiada por el agente que había esperado durante el interrogatorio junto a la puerta.

—Cada paso que damos, esto se enmaraña más —protestó Alarcón—. Ahora tenemos acusaciones cruzadas…

—Y seguramente información oculta —dijo el subinspector—. Y mientras el pobre crío por ahí, encerrado.

—En el mejor de los casos…

—Joder, no quiero ni pensarlo.

—No podemos descartar ninguna opción, Suances. Debemos estar preparados para lo peor —dijo Alarcón, hojeando su libreta—. Bien, recapitulemos.

Suances echó su enorme cuerpo hacia atrás en la silla, estirando la zona lumbar dolorida. Se cruzó de brazos y cerró los ojos. Alarcón se había percatado de que esa era la posición que siempre adoptaba su compañero cuando se disponía a poner sus pensamientos en orden, pero lo que no sabía era que se trataba de la postura que le ayudaba a calmar sus molestias físicas.

—Comencemos por Marion, que lo tenemos fresco, si te parece —propuso Suances.

Alarcón asintió con la cabeza e hizo un gesto con la mano para que su compañero se detuviera. Se levantó y salió al pasillo para pedir dos botellines de agua al primer agente que encontró. Después volvió a sentarse.

—El sobrino puede estar aún por Murcia. Marion ha reconocido que trató de encontrarle empleo en Almoratrix, así que Edgar pudo deducir que en la casa donde servía su tía podría haber dinero. Eso si no se lo dijo ella directamente.

—¿Tú crees que una mujer que prácticamente vive en el chalet de una persona tan exigente como debe de ser Virginia no ha limpiado hasta el más mínimo rincón de la casa?

—Incluyendo detrás de los cuadros…

—Por supuesto, lo he pensado. Podría haberle dicho a su sobrino dónde se encontraba la caja fuerte e incluso haberle facilitado información sobre las medidas de seguridad.

—¿La ves haciendo eso?

—No lo sé. Estamos trazando hipótesis, que es lo único que tenemos hasta el momento. Además, lo de que justo ahora quiera volver a Perú de visita…, qué casualidad, ¿no? Sería la segunda vez que vuelve en más de treinta años.

Alarcón abrió una carpeta y revisaron la solicitud de autorización de salida que Marion había llevado a la comisaría. Todos los datos se habían cumplimentado correctamente, incluyendo la declaración donde se comprometía a regresar a España cuando el juez se lo solicitara para cumplir con su rol de testigo, llegado el momento, así como la explicación detallada del motivo del viaje, junto a la documentación que respaldaba la emergencia con el informe del médico que estaba tratando al familiar enfermo.

—Pues parece que sí, es una casualidad. Tal vez estamos errando el tiro —dijo Alarcón.

—Por otro lado —dijo Suances—, lo de los papeles de Sergio sobre los que estaba trabajando Gonzalo…

—¿Crees que miente?

—No lo sé… Me da la sensación de que aquí todos se dedican a echarle la mierda al que tienen al lado. César nos pone tras la pista de Marion y de su sobrino; ahora Marion nos dirige hacia Sergio…

—Es cierto que llevar las cuentas de un mastodonte como Almoratrix te puede invitar a saltarte las normas —observó Alarcón —, pero que un chico de once años sea capaz de identificar los desvíos…

—Ojo, que este no parece un crío normal; si le pilló un desfalco, a Sergio podría convenirle que Gonzalo no dijera nada…

—Y podría ser algo orquestado con Virginia, fijo que ella estaba al corriente. Tiene pinta de que no se le escapa una en lo referente al funcionamiento de la empresa.

—O con César…

—Eso ya, no lo veo tan claro… —dijo la agente.

—¿Y qué opinas de lo que ha contado sobre los amigos de la joven que iban por casa?

—Pues es otra posibilidad —contestó Alarcón—. Estaría bien volver a hablar con Estela para conocer qué momento atraviesa con esas amistades. La adolescencia es una etapa en la que algunos son muy pavos y otros muy zorros.

Mientras hablaba, Alarcón levantó el auricular y pulsó una combinación numérica.

—Luisa, búscame información sobre Edgar Bellatín. De origen peruano. Estuvo en Madrid con un permiso de trabajo, es posible que se quedara de forma ilegal. —La inspectora esperó una respuesta y se despidió de su interlocutora.

Todo apuntaba a que el robo en el domicilio había sido un «trabajo interno», lo que en términos de la policía significaba que habría sido perpetrado por alguien conocido por el entorno familiar o incluso

perteneciente a la propia familia. Tal vez Edgar, el sobrino de Marion, estuviera implicado, pero también podría haberlo hecho Sergio o alguno de los amigos de Estela. En cualquier caso, debió de ser alguien que conociera los horarios de la familia, que supiera dónde estaba la caja fuerte y que pudiera bloquear las cámaras y desactivar la alarma. Por si no tenían suficientes marrones encima, el hecho de que este robo pudiera estar relacionado con el móvil de la desaparición amenazaba con sepultarlos en una enorme montaña de mierda. Debían actuar a toda prisa.

Virginia cogió la llamada al tercer intento. Contestó con el timbre nervioso habitual, cargado de emergencia.

—No lo denuncié por temor… —acabó diciendo.

—¿No valoró usted la posibilidad de que ese robo estuviera relacionado con la desaparición de su hijo?

—Sinceramente, no.

—¿Qué recuerda de aquello?

Al otro lado de la línea, Alarcón percibía un ruido enlatado de voces y maquinaria.

—Entraron mientras estábamos fuera de casa y forzaron la caja fuerte. Olía todo a quemado. Un operario vino a echar un vistazo y dijo que la debieron de abrir con una radial. Aún está como la dejaron. No hemos vuelto a usarla. Si quieren verla…

—Es posible, aunque ha pasado demasiado tiempo. ¿Y qué les robaron?

—Pues… dinero.

—¿Cuánto?

La mujer guardó silencio durante unos segundos antes de responder.

—Bastante…

—Vamos a ver, Virginia —dijo Alarcón—. ¿Podría, por esta vez, olvidarse de usted misma y de sus problemas y concentrarse en lo que le estoy preguntando? Necesitamos dar con el móvil del secuestro de Gonzalo. El dinero podría ser la pieza que puede ayudarnos a obtener una imagen total del caso. Le recuerdo que no han pedido rescate, así que la hipótesis de que Gonzalo descubriera algo sobre el robo es…

—Vale, vale. No siga por ahí, por favor —interrumpió Virginia—. Habría unos cincuenta mil euros, aproximadamente.

—Bien, dígame —dijo Alarcón, anotando la cantidad—. No hay tiempo que perder. ¿Quién conocía la existencia de esa caja fuerte?

—Un momento…

El ruido de ambiente que rodeaba a Virginia se fue disipando hasta que se oyó una puerta cerrarse y despareció por completo.

—¿Me oye? —dijo la mujer.

—Sí, ¿quién sabía lo de la caja?

—Mi exmarido, Sergio y Estela. Que yo sepa, nadie más.

—¿Marion?

—Bueno —dijo Virginia—, supongo que ella alguna vez movería ese cuadro… Pero nunca lo mencionamos.

—¿Y Gonzalo?

—No lo sé —respondió la mujer—, sinceramente. Eso tal vez lo sepa César.

—De acuerdo. ¿Algo más que nos pueda decir sobre esto?

—Bueno… —la mujer suspiró—, yo a veces contaba el dinero y siempre faltaba algo. A ver, sé que Estela cogía algunos billetes de vez en cuando, pero no mucho… Cien o doscientos euros. Lleva

haciéndolo años. Yo no le decía nada, pero estoy segura de que era ella.

—¿Por qué está tan segura?

—Bueno, era… —la mujer suavizó el tono— un poco torpe. A veces llevaba un perfume nuevo y luego yo se lo encontraba en su habitación… No creo que ningún chico se lo regalara. Eran demasiado caros.

—¿Había algún chico que pudiera hacerle un regalo así? Tiene novio, ¿no?

—Bueno, ha tenido el mismo noviete desde hace tiempo. Se llama Mateo Olivares, va con ella al instituto. Pero hace unos meses que lo dejaron…

—¿Lo conocen ustedes bien?

—Sí —dijo Virginia—, bueno, no…, pero su padre es un empresario con bastante reputación en Murcia. Es gente de fiar.

—De acuerdo, ¿cómo se llama?

—Isidro Olivares. Pero ya le digo que no creo que el chico… —empezó a decir Virginia.

—De acuerdo, muchas gracias. Necesitamos hablar con Estela de nuevo.

—Hoy está en casa. Se encontraba mal del estómago. Desde lo de su hermano está muy decaída.

—Entiendo —dijo Alarcón, mordiéndose la lengua—, es normal. Buenos días.

18

Alicia

Día 6

El día anterior, justo siete minutos antes de esa hora, Suances sentía cómo el mismo pedazo de madera de la misma silla de la biblioteca del colegio se le clavaba de forma idéntica en el mismo lugar del espinazo. Los agentes saludaron a un hombre y a una niña vestida con el uniforme del centro educativo. La estudiante ocupaba el lugar en el que se había sentado el profesor de ajedrez veinticuatro horas antes.

—Hola, Alicia —comenzó Alarcón con suavidad.

—Hola —dijo la niña.

Con la espalda completamente estirada, presentaba un aire adulto que contrastaba con la inmadurez de su voz.

—Imagino que el director te habrá contado lo que sucede. En realidad, esto no tiene nada que ver contigo.

—Comprendo. No se preocupen —dijo Alicia, forzando una sonrisa.

—Alicia nos habló de Gonzalo alguna vez —intervino el padre de la alumna, mirando a su hija para que se sintiera segura.

—Yo… —dijo Alicia— yo admiro mucho a Gonzalo. Es el mejor jugando al ajedrez. Es algo impresionante.

—Ya veo —dijo Alarcón—, ¿sueles hablar con él?

—Sí, bueno, un poco… Nos conocemos porque coincidimos en cuarto curso. Es diferente a los demás —dijo la niña, desviando la mirada hacia las pulseras de sus muñecas—. Es inteligente, pero no le gusta que lo sepan.

—Parece que le tienes cariño.

Alicia se sonrojó, pero no apartó la vista.

—Espero que le encuentren pronto.

—¿Y de qué habláis?

—Es casi imposible sacarle una palabra de algo que no sea el ajedrez. Pero sí, me ha contado algunas cosas, aunque sobre todo hablamos de ajedrez.

—¿Qué cosas?

—Un día le pregunté qué quería estudiar y me dijo que le gustaría ser matemático o ingeniero…

—¿Tú qué quieres ser, Alicia? —preguntó Suances.

—Yo quiero ser arquitecta, como mi padre.

La niña giró la cabeza a su derecha encontrando el rostro de aprobación de su progenitor. Alarcón y Suances intercambiaron una mirada cómplice.

—Muy bien, es una buena profesión —dijo Suances.

—¿No te dijo nada especial? ¿Algo que recuerdes que te llamara la atención?

—No, bueno… Este curso, al principio me acerqué a él para preguntarle si se iba a apuntar a ajedrez. Pero me dijo que no, porque se aburría.

—Un poco chulito, ¿no? —dijo Alarcón con una mueca, buscando la conexión.

—No, no. Lo decía de verdad. Yo le entendí perfectamente.

—Claro, porque él practicaba mucho, ¿verdad?

—Sí, yo es que tampoco tengo mucho tiempo… Entre las clases de inglés, la hípica…

—¿Practicas hípica? Me encantan los caballos —dijo Alarcón.

—A mí también.

—¿Tienes un caballo?

—Sí, se llama Carboncillo. Está en el club de aquí al lado.

—Es un nombre precioso —dijo Alarcón—. Y dime, Alicia, ¿Gonzalo practicaba con otros compañeros?

—Bueno, sobre todo con una aplicación…

—Anda —reaccionó Alarcón—, ¿y sabes su nombre?

—Sí, Darkbishop —respondió la niña con una pronunciación impecable—. Significa «alfil oscuro», en inglés… Yo me la descargué, pero tiene una sala de chat y mis padres no me dejan usar aplicaciones en las que se pueda conversar con otras personas.

La niña volvió a mirar a su padre.

—Es una buena medida —dijo Suances, sonriendo—. Explícanos algo más, ¿cómo funciona la aplicación?

—Pues es rara —dijo la niña—, porque está todo escrito en ruso. Pero cuando la instalas solo tienes que pulsar OK todo el rato, y vas avanzando hasta que llegas a la pantalla de elegir contrincante. Y tienes tres opciones: puedes jugar contra la máquina, puedes jugar online con otra persona al azar o introducir el código de un usuario y jugar contra él.

—Qué interesante —siguió Suances, recolocando la espalda—, ¿y jugaste alguna vez contra Gonzalo en esa aplicación?

—No, no llegué a jugar nunca con nadie. Solo un par de partidas contra la máquina, y cuando vi que tenía la opción de chat, me la desinstalé.

La niña comenzó a mover las manos sobre la mesa.

—¿Y sabes si él jugaba con alguien conocido en la aplicación?

—En la aplicación no lo sé… —la niña miró al director—, sé que fuera de las clases jugaba con una de las cuidadoras del comedor.

Suances y Alarcón reaccionaron relajando el cuerpo y acomodando la espalda en el respaldo, como una pareja de gimnasia sincronizada. Alicia lo percibió y sus mejillas enrojecieron, consciente de que estaba poniendo el foco sobre esa persona.

—¿Te acuerdas de cómo se llama esa cuidadora?

—Sí, Encarna —dijo la niña—. Pero este año ya no está.

El director intervino:

—Sabíamos que Gonzalo se quedaba a veces después del comedor haciendo deberes o estudiando en una de las mesas del comedor, porque no le gustaba estar en el patio con los demás, pero desconocíamos que tuviera relación con los empleados de la empresa del servicio de restauración.

—¿Se trata de una empresa externa? —preguntó Suances.

—Sí, se llama NaturAll —respondió el director—, aunque hemos cambiado de proveedor este año.

—Ya —siguió Alarcón, anotando el nombre de la empresa—, ¿así que Gonzalo jugaba con Encarna?

—Sí. Cuando terminábamos de comer, yo los veía a veces jugando al ajedrez a través de la ventana —dijo Alicia avergonzada—.

Encarna traía en la mochila un tablero con piezas y se ponían a jugar. Parecía bastante buena, porque jugaba mientras iba de aquí para allá, terminando de limpiar las bandejas o de recoger los platos sucios. A mí la verdad es que… me daba un poco de envidia, porque se notaba que Gonzalo disfrutaba en esas partidas. Pero yo no estaba a su nivel.

—¿Qué tal te llevabas con ella?

—¿Con Encarna? Normal… —dijo la niña, cuyas mejillas se habían tornado rosáceas—, a veces me preguntaba por mi caballo. Un día me llevé el móvil al colegio, aunque sé que no se podía —miró a su padre, con un gesto de disculpa—, para enseñarle una foto de Carboncillo.

—Bueno, tampoco es una cosa tan grave, ¿verdad? —dijo Alarcón, mirando al padre y suavizando la tensión.

El hombre sonrió a su hija con cariño y negó con la cabeza.

—Dime, Alicia, ¿dirías que Encarna y Gonzalo eran amigos?

—Bueno, amigos, amigos, no sé… Pero se llevaban bien, eso seguro. De hecho, el último día de comedor ella le regaló su tablero de ajedrez. Uno de madera.

—Pues sí que se llevaban bien, entonces…

—Ya le he dicho que… tampoco sé si eran muy amigos.

La niña comenzó a agitarse y su padre le puso la mano sobre el brazo para tranquilizarla.

—Gracias, Alicia. No te preocupes, tal vez nos hayas ayudado, y a Gonzalo también.

—¿Puedo irme ya? —preguntó la niña.

Recibieron con alivio el oxígeno campestre cuando salieron al aparcamiento en silencio. El tiempo había cambiado y el cielo se

había cubierto de nubes. Compartían un resquicio de optimismo que ninguno se atrevía a formular en voz alta, como si al hacerlo fueran a romper el hechizo de la esperanza.

—NaturAll S. L., aquí está —dijo de pronto Suances, mirando la pantalla en su teléfono y caminando con su calma habitual—, tenemos que llamar ya.

—Parece que, quitando a su padre, esa cuidadora es la persona con la que Gonzalo más se relacionaba del universo —dijo Alarcón—; iremos a verlos directamente.

Pasaron por delante de la escuela de hípica. El blanco impoluto de sus establos contrastaba con las nubes ennegrecidas que prometían por fin la llegada del temporal.

19

Cararrata

Día 6

La lluvia que el parte del tiempo llevaba varios días anunciando por fin llegó. Caía como un manto suave sobre la ciudad. La tarde era fresca. Suances miró por la ventana de la oficina de la comisaría y se perdió en el recorrido de una gota al deslizarse por el cristal, embebido en sus pensamientos. «Aquí hay una buena foto —pensó cuando un gorrión se posó en el alféizar para sacudirse el agua—, así, con el color de los semáforos desenfocado». Alarcón, que había permanecido absorta entre un montón de informes perfectamente ordenados, se levantó de pronto, se puso la chaqueta y musitó:

—Vamos.

Suances dio dos golpes con los nudillos en la ventana y el pájaro se espantó retornando a la odisea líquida.

La lluvia embotellaba casi cada intersección de Murcia, la ciudad que nunca se termina de acostumbrar a que el agua caiga del cielo.

—Estos hijos de puta que no ponen los intermitentes también votan…

—Suances…

—Lo siento, jefa, es que no puedo con ellos. Cuando patrullaba perdoné muchas multas a conductores por saltarse semáforos rojos al límite, pero hubo una época en que no dejaba pasar ni uno que no pusiera el intermitente.

La dirección de NaturAll se encontraba en un polígono industrial de las afueras. Se apreciaba poco movimiento en aquellas naves. La empresa estaba situada en un bajo. El logotipo era una hoja verde que eclipsaba parcialmente un sol. A su lado, lucía un enorme cartel de «Se alquila» y otro más de «Se vende», algo que se repetía en varias ventanas del edificio. Los recibió un hombre que apenas superaría el metro y medio de altura, obeso y con el pelo largo cogido en una coleta. Llevaba un collar de surfista fuera de contexto por edad y época del año. A Suances le pareció que tenía cara de rata.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles?

—Soy la inspectora Alarcón, somos de la policía —dijo la mujer identificándose—, ¿es usted Lucas Redondo?

—Sí —dijo el hombrecillo, con gesto alarmado—, ¿qué es lo que sucede? Si es por la inspección de Hacienda yo…

Suances dio un paso al interior de la oficina, medio vacía y desolada, como si se encontrara en mitad de una mudanza o de una evacuación. La atmósfera le recordó a la frialdad de su propio apartamento.

—Podría ser —dijo Alarcón—, pero de momento solo buscamos a una persona que estuvo trabajando para NaturAll, señor Redondo.

El hombre resopló y se aplastó el pelo contra la cabeza varias veces.

—Pasen, pasen… —dijo, encaminándose al único puesto de trabajo que había en la oficina—, no sé si podré ayudarles, en realidad. La empresa ha cerrado. Bueno, me pillan justo en mitad de los trámites para ello, así que tenemos la mayoría de la documentación en manos de nuestros gestores y de nuestros abogados.

—¿Por qué ha cerrado? —dijo Suances, que se había colocado al final de la habitación, buscando de forma instintiva el mejor enfoque para su fotografía imaginaria.

—Bueno…, resumiendo mucho: nuestra empresa se dedicaba al sector de la alimentación, especialmente dábamos servicio a centros educativos. Una empresa de la competencia nos denunció porque habíamos conseguido varias licitaciones y el contable de mi empresa tuvo dificultades para demostrar la transparencia de los contratos…

—Entiendo —dijo Alarcón, con tono impaciente—, la persona a la que buscamos se llama Encarna Orcina. Trabajó como monitora de comedor para el colegio privado Brightful durante el curso pasado.

—No me suena, pero debo tener en el ordenador una copia de los expedientes de todos los trabajadores.

El *cararrata* tecleó algo. Más que respirar, parecía que roncara. De pronto añadió:

—No, no hay ninguna persona con ese nombre. Es muy probable que perteneciera a una de nuestras empresas subcontratadas. Deme un minuto.

A Alarcón le dio un escalofrío, mitad por la temperatura del espacio, mitad por la desesperación que comenzaba a dominar su ánimo. El tipo siguió clicando en el ratón y deslizando su mirada por la pantalla.

—Aquí está, sí: Encarna Orcina Piñero. Pero no tengo más información sobre ella en este documento, por la Ley de Protección de Datos deberían dirigirse a la empresa Hollyroy, que es la que la tenía de alta en la Seguridad Social. Nosotros…

Suances se había aproximado hasta la mesa de escritorio y dejó caer sobre ella con estruendo sus dos manos, grandes como palas.

—Mire, ¿qué le parece si llama usted directamente desde aquí? Estamos ya un pelín cansados de perder el tiempo…

El hombre se quedó mirando fijamente a Suances durante unos segundos.

—¿Esto es por el niño desaparecido? He visto en las noticias que estudiaba en el Brightful.

—Usted llame —gritó Suances.

El hombre movió los dientes, acomodándolos con dificultad en la boca, y después pulsó varias teclas en un teléfono gris que parecía de otro siglo, situado sobre la mesa.

—¿Gabriel? —dijo a los pocos segundos—. Soy Lucas, oye…, no, no. No es sobre eso…

Alarcón arrancó el auricular de la mano del hombre y habló con firmeza.

—Soy Eva Alarcón Vélez, inspectora de la Policía Nacional. Necesito que me proporcione de forma urgente los datos de una trabajadora llamada Encarna Orcina Piñero. Se trata de un caso prioritario y, si se niega a hacerlo, muy probablemente será acusado de ocultación de pruebas y obstrucción a la justicia. ¿Queda claro?

Se hizo un silencio en la oficina. El hombre rata parecía aún más pequeño, sentado en aquella silla de escritorio descolorida. La gabardina de la inspectora estaba dejando un pequeño charco de

agua sobre las baldosas sucias. Pasó el brazo por entre la pantalla y el rostro del hombrecillo, cogió un folio en blanco de la bandeja de la impresora y, con un gesto nervioso, pidió un bolígrafo. Estuvo un par de minutos al teléfono, tomando notas. Al final, escribió una dirección y un número de teléfono. Dio las gracias y colgó.

—Suerte con el proceso de fraude —dijo Alarcón, dirigiéndose a la puerta con paso firme.

Suances la siguió y, al llegar a la puerta, pulsó un interruptor. Tres fluorescentes de techo que habían estado apagados todo el rato parpadearon antes de encenderse.

—Mejor así, hombre —dijo antes de salir a la calle—. Que parece esto una morgue.

En el coche, repasando las anotaciones, Alarcón le contó a Suances la conversación que había mantenido con el dueño de Hollyroy. Al parecer, las quejas de los padres sobre la trabajadora se acumularon. Tenía cambios bruscos de humor, murmuraba para sí misma mientras servía la comida y, en ocasiones, parecía perderse en pensamientos lejanos en pleno servicio. La empresa, en lugar de despedirla de inmediato, la envió a la psicóloga Helena Zapico, una profesional reputada con la que llevaban años trabajando y que conocía bien el tipo de exigencias y presiones del ambiente escolar. Tras varias semanas de terapia, la empresa decidió trasladarla a otro colegio, el Brightful, con la esperanza de que, en un entorno elitista y más controlado, la trabajadora pudiera estabilizarse.

—Quizá nos convendría hablar con esa psicóloga.

—Estoy buscando su dirección en internet —dijo Alarcón, después puso la dirección en el GPS—, vamos para allá directamente.

20

Terapia

Día 6

La consulta en la que Helena Zapico recibió a los agentes era amplia y luminosa. En una mesa baja había un pequeño bonsái y las paredes estaban decoradas con delicados motivos vegetales. Situada en la tercera planta de una calle peatonal, poco transitada, el silencio era total. Sin duda, el espacio se había concebido para transmitir sosiego a los pacientes. Suances puso en marcha la grabadora antes de que Alarcón comenzara a hablar.

—Gracias por recibirnos, señora Zapico —dijo la agente, cruzando una pierna sobre la otra.

—He tenido que retrasar la cita con un paciente que no se lo ha tomado muy bien —respondió la psicóloga, forzando una sonrisa y manteniendo un tono tranquilo—, pero, en fin… Díganme, ¿en qué puedo ayudarles?

—Veníamos a hablar sobre Encarna Orcino —intervino Suances—. Creemos que es su paciente…

—Encarna, sí, la recuerdo —asintió Helena—. Fue una derivada de la empresa Hollyroy. La traté, pero ya hace un tiempo de eso.

—Sabemos que para que nos facilite información sobre sus pacientes deberíamos haber venido con una orden judicial, pero estoy segura de que no será necesario —dijo Alarcón—. Únicamente nos gustaría saber cuál fue la evaluación profesional que hizo sobre ella…

Helena se recostó ligeramente en su silla apoyando los codos y uniendo las yemas de los dedos de ambas manos. Parecía buscar las palabras con precisión. Era una mujer atractiva. Llevaba un elegante vestido verde, complementado con pulseras y un collar dorado, a juego con las gafas de metal fino, que aportaban a su semblante un toque sofisticado.

—Entiendo la situación, no se preocupen. Puedo decirles que Encarna estaba atravesando un momento de ánimo bajo debido a la pérdida de un familiar cercano, presentaba ciertas dificultades para gestionar el estrés. Me la derivaron tras recibir algunas quejas sobre su comportamiento en un colegio en el que trabajaba. Eso hizo que actuara de forma más tensa, quizá algo distante, pero no representaba ningún trastorno grave. Recomendé a la empresa que la recolocaran en otro centro escolar menos saturado.

—¿Durante cuánto tiempo la trató?

—Fueron unos pocos meses. Le di el alta hace más de un año. Cuando terminamos las sesiones su estado emocional había mejorado considerablemente.

—Y desde entonces —preguntó Suances—, ¿ha mantenido algún tipo de contacto con ella?

—No, no he vuelto a tener noticias sobre ella. Imagino que eso es buena señal.

Helena volvió a mostrar esa sonrisa cautivadora.

—Como saben, la información compartida por un paciente a su psicólogo es confidencial. Si quieren profundizar en el caso de Encarna, deberían venir ustedes con esa orden judicial. No puedo darles más datos. Me expongo a una demanda por violación de la privacidad, incluso a la pérdida de mi licencia para ejercer.

Suances tenía la mirada fija en los ojos enormes de Helena.

—Dígame —dijo el agente, con un tono suave que no parecía encajar bien en su voz ronca y profunda—, si le dijéramos que alguien ha comunicado un comportamiento preocupante en Encarna en los últimos días, ¿qué pensaría?

Helena mantuvo la calma y respondió.

—¿Qué quiere decir con preocupante?

—Una actitud agresiva o descontrolada.

La psicóloga miró al techo durante unos segundos.

—Bueno, muchos pacientes pueden sufrir recaídas. No pienso que fuera algo muy grave, creo que Encarna responde al tipo de paciente que podría reconducirse sin demasiado problema. Las personas pueden atravesar episodios de estrés, todos tenemos un pasado y el peso de los años se acumula en la mochila. Todos estamos expuestos a un desequilibrio emocional, ¿no creen?

Suances se tomó aquella observación como algo personal. Él había asistido con anterioridad a terapia de pareja por los problemas que surgieron con Claudia durante la etapa más oscura de su relación, pero nunca de forma individual. Se imaginó yendo una vez por semana a esa misma consulta para abrirse ante aquella mujer de mirada limpia y voz delicada. Sus pensamientos comenzaban a ir más allá cuando Alarcón los interrumpió con una nueva pregunta.

—Si se pusiera en contacto de nuevo con usted, ¿nos lo haría saber?

—Por supuesto —respondió Helena—. En todo caso, si alguien ha reportado algún comportamiento extraño sobre Encarna, quizá lo más inteligente sería hablar con ella directamente.

Alarcón soltó una risa corta. Se pusieron de pie y estrecharon la mano suave de la psicóloga.

—Gracias por su colaboración —dijo Alarcón.

—Si necesitan algo más y traen la orden —dijo Helena, acompañándolos con la mirada hasta la puerta— estaré encantada de proporcionarles los informes de mi paciente.

—Quizá volvamos, sí —dijo Alarcón.

21

Una Gruber

Día 7

La ducha fría no logró arrancar los restos de la difenhidramina, agarrados a las neuronas de Suances como cientos de gatos colgando de una azotea. El apartamento olía a café. Se volcó el líquido de la taza en la boca, ya frío, de un trago. Llevaba un par de días sin que le entrara nada sólido en el desayuno. Comenzaba a habituarse a esa quietud que acompaña a la rutina solitaria (no más «buenos días» de fogueo ni esperas incómodas en la puerta del cuarto de baño), aunque crecía en él la sensación de que era ese mismo silencio el que lo iba royendo por dentro, como un loco que agujerea la pared con las uñas. Lo aceptaba. O, mejor, iba aprendiendo cómo aceptarlo.

Llegó pronto a la comisaría. El sonido de sus suelas de goma sobre las baldosas enceradas se retorcía en un eco casi cómico. Con cada paso atraía las miradas de los compañeros más madrugadores, que salpicaban la oficina como fantasmas en vela. Él mismo había echado cientos de horas intempestivas actualizando informes, pasando a limpio anotaciones, ordenando archivos. Allí estaban los

que sienten la espada de De Bustos pendiendo sobre la cabeza, los recién llegados que tratan de sumar puntos a la desesperada, los que se arrastran en el cieno de los departamentos atascados. Suances los saludó con aplomo. «Seguramente la voz ya se ha corrido —pensó—; Suances, el divorciado; Suances, el que está a punto de fracasar en el caso del crío desaparecido; Suances, el perrillo de la inspectora valenciana». Los demás le respondieron con una camaradería cotidiana y automática. La rutina. La puta rutina que lo absorbe todo y que empuja la vida por una cuenta atrás sin fin, hacia un abismo irremediable e imperativo.

Más tarde, Alarcón se encaminó directamente a su despacho para comunicarle la última hora acerca del robo. Había estado a primera hora en el domicilio familiar hablando con Estela, acompañada por la psicóloga forense, para volver a interrogarla. También estuvo presente Virginia. La joven se había mostrado nerviosa, pero muy segura de lo que testificaba. Lo que había declarado Marion era cierto: el novio se movía por el domicilio familiar con total confianza, bajaba a la cocina a por comida y se desplazaba por las habitaciones como si fuera su propia casa. A veces se quedaban solos en la vivienda porque Marion salía a comprar o a algún recado que le encargaban Sergio o Virginia.

—¿Reconoció que cogía dinero? —preguntó Suances.

—Sí, dice que no mucho, pero vamos… ¿cuánto es mucho para una niña pija de ese estatus?

—¿Viste la caja fuerte?

—Sí, me la enseñaron. Una Gruber, de lo más básico.

—¿El novio sabía de su existencia?

—Sí. Cuando se lo mencioné se puso muy nerviosa, miraba a su madre todo el rato. Es como si ya supiera que iba a preguntárselo. Pero no solo eso: Estela le había contado a Mateo que tenía el código de la caja. Lo había encontrado en un archivo del ordenador de su madre. Pero vamos, no creas que Virginia se alarmó. Le pareció de lo más normal.

—¿Y crees que unos chicos de buena familia, con pasta…? ¿Para qué se iban a meter en eso?

—No, no, a ver… Ella no estaba muy contenta con la relación porque Mateo había empezado a salir de fiesta con compañeros del equipo de fútbol. Pero nada *light*… —siguió Alarcón.

—Le pegaba fuego a la noche.

—Claro, y de pronto Estela empezó a notarlo raro. Se olía algo, pero un día a Mateo se le cayó un sobre con cocaína de los vaqueros.

—Y la madre no tenía ni idea de todo aquello…

—Qué va, menudo drama de interrogatorio. Las fachadas de las mejores familias, ya sabes… —dijo Alarcón, mirando los papeles que tenía ante ella—. Bueno, el caso es que Estela le oyó una conversación a Mateo en la que pedía tiempo para pagar un dinero que debía… Dice que el tipo que le vendía la coca a Mateo se llama Ginés, que al parecer es un bicho de los buenos. Trabaja en un taller mecánico del Polígono Industrial Oeste.

—En Alcantarilla, sí. Pues vamos a verlo…

—No, eso lo vamos a externalizar. De Bustos preguntó por un detective que tuviera experiencia en ese mundillo y le recomendaron a uno. Así nosotros podemos seguir investigando otras vías. Se ha

comprometido a darnos información cuanto antes. Está al corriente de la urgencia de la situación.

—¿Cómo se llama ese detective?

—Robles, Juan Carlos Robles.

—Joder, claro. Ese es el de la hija que desapareció en una fiesta *rave*. ¿No lo oíste?

—Ah, sí, el caso aquel mezclado con la muerte de un trabajador de un desguace.

—Sí, fue hace un par de años —dijo Suances—, ¿y tú qué opinas sobre todo el asunto del robo, jefa?

—Pues hay varias posibilidades.

Suances se preparó para escuchar atentamente. Cuando a Alarcón se le activaba el mecanismo de la deducción hablaba tan deprisa que a veces era complicado seguir sus explicaciones.

—¿Quiénes tenían las aplicaciones de la empresa de seguridad para activar y desactivar las cámaras y la alarma desde el móvil? —dijo Alarcón, respondiéndose a sí misma al instante antes de que Suances pudiera abrir la boca—: Estela, Virginia, Sergio y Marion. Además de César, claro. Entonces, tanto Mateo como Marion y su sobrino pudieron planear el robo. Para ello tuvieron que hackear el sistema de seguridad. Suena complicado, pero pregunté a Markhoff y me dijo que no es nada difícil si sabes cómo hacerlo. Consiste en usar una aplicación espejo. Básicamente, hay que modificar el software del teléfono que tiene las claves de las cámaras y las alarmas, para que permita compartir la ejecución de las aplicaciones. Viendo la personalidad de Estela, no me parece complicado que Mateo lograra acceder a su móvil con alguna excusa. Es algo muy parecido a lo que suelen hacer los estafadores mediante los virus

spyware. Una especie de «reflejo» digital que te permite hacer uso de la información del teléfono hackeado a tu antojo. En la red existen foros con tutoriales que te explican cómo hacerlo.

Suances abrió los ojos de par en par. No cabía duda de que, por muy sencillo que pareciera, era un plan que requería preparación y que, además, conllevaba un riesgo penal muy elevado.

—Muy grave tiene que ser tu problema para que no haya un tutorial en Youtube que te explique cómo resolverlo —dijo Suances.

—Exactamente —respondió Alarcón tras una carcajada—, en todo caso, no olvidemos que lo que nos interesa aquí es saber si esto tiene algo que ver con la desaparición de Gonzalo.

Alarcón se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó una tableta de medicamentos. Se echó dos pastillas a la boca, cogió el botellín de agua que había sobre la mesa y se lo volcó en la boca. Tragó con esfuerzo.

—Vamos a buscar a Encarna —dijo, poniéndose la chaqueta de cuero.

22

Robles

Día 7

A unos pocos metros, frente a Robles, los barcos se balanceaban con suavidad en el puerto de Cabo de Palos. Se metió en la boca la última gamba recién pelada. Se entretuvo en colocar la media docenas de cabezas de crustáceos sobre el plato, mirando hacia fuera, imitando una estrella similar a las que forman los equipos de natación sincronizada. La idea le dibujó una sonrisa en la cara y se terminó la copa de vino blanco de un trago. Era la tercera, y ya comenzaba a invadirle cierta sensación de modorra. Se imaginó en su cama, con los brazos cruzados y dejándose llevar por el sueño, por el sonido de las olas entrando por la ventana, la manta echada sobre los pies… Le apetecía. Eran las doce menos cuarto de la mañana y el sol de la costa se esforzaba por calentar, díscolo, ajeno a la ley de las estaciones. Levantó la mano con la intención de pedir la cuenta, pero el camarero no le vio. No importaba, no tenía prisa. Se fijó en los nombres pintados sobre las proas de las embarcaciones. Las había humildes y también lujosas. Se dispuso a jugar tratando de relacionar los nombres con la suntuosidad de las

naves y con la prepotencia de sus propietarios. A Mi Susana le hacía buena falta un repaso, pensó; tenía la madera desconchada y las redes de arrastre se amontonaban resecas bajo el sol, seguramente a una distancia corta apestaban a peces muertos. Era la típica de un pescador próximo a la jubilación, concluyó. Nereida y Lightning parecían recién restauradas, cuidadas con mimo. La primera debía de pertenecer a alguien con afán de poeta, un pijo de oficina que se sintiera el puto Jack Sparrow los domingos por la mañana, mientras la otra, imaginó, sería propiedad de un guiri jubilado, fan del Fulham y adicto a las apuestas de la Premier League, con la piel más reseca que el balón de cuero que reside en el museo de su equipo del alma. El nombre que más le gustó de cuantos tenía delante era el de Error 404. Le descolocaba, era el nombre menos apropiado para una barca que podría haber imaginado. Tenía que ser de alguien joven, relacionado con la informática, tal vez un hacker treintañero. «Se lo ha montado bien, el cabrón», se dijo. Se echó a la boca la copa vacía, rescatando la última gota. Dudó si pedir otra, pero «mejor no». El camarero iba directo a él cuando el móvil comenzó a sonarle. Lo tenía con el volumen demasiado alto, tanto que una pareja de la mesa de al lado se giró, con gesto de desprecio. Ella llevaba un vestido blanco, tipo ibicenco, y un collar de piedras de colores, mientras él lucía un sombrero de explorador, un chaleco caqui y una camisa de lino verde pistacho. Miró la pantalla, el número estaba oculto.

—¿Diga?

—Robles, soy el subinspector Romero, de la comisaría de Murcia.

—Hola, Romero. ¿Qué tal va todo?

—Bien, bueno, no sé si sabes que tenemos una nueva inspectora jefa. Se llama Águeda de Bustos.

—No, no lo sabía…

—Preguntó por alguien de confianza para algo urgente y salió tu nombre.

—Bueno, Romero, la verdad es que me pillas en mitad de un caso muy complicado —dijo Robles echando el cuerpo atrás y levantando la mano para llamar la atención del camarero—, pero si es urgente… ¿De qué se trata?

Era evidente que el policía estaba percibiendo la modorra al otro lado de la línea, porque trató de ser lo más específico que pudo a la hora de resumir la situación.

—Un robo en un chalet, hace ya un tiempo que sucedió. Se llevaron unos cincuenta mil en efectivo de una caja fuerte. La abrieron con una radial. La víctima no lo había denunciado hasta ahora por miedo a represalias con Hacienda, pero… —Romero hizo una pausa— puede estar relacionado con algo más gordo.

—¿Algo más gordo como qué?

—Con la desaparición de un niño.

—¿El superdotado? —preguntó Robles.

—Sí, ese.

El detective había oído hablar del caso, por supuesto. Sin embargo, se había prometido levantar una muralla perimetral contra todo lo que pudiera removerle heridas del pasado, aún sin cicatrizar, de modo que no había seguido el proceso de la investigación ni se había interesado en hacerlo desde que escuchó la noticia.

—¿Por eso habéis pensado en mí? ¿Porque creéis que voy a implicarme emocionalmente?

El guiri disfrazado de Indiana Jones le miraba por encima de los cristales de sus gafas de sol. Robles sabía que estaba levantando demasiado la voz, pero le daba igual. Le mantuvo la mirada, desafiante, y el hombre comentó algo a su mujer y pidió la cuenta.

—No, Robles. Es porque uno de los sospechosos trabaja en el Polígono Industrial Oeste y me han puesto al frente. Sé que nadie se mueve en esos fangos como tú, así que he pensado que podrías echarme una mano. Necesitamos alguna prueba que confirme que Ginés Molina es la persona que buscamos.

Robles ya había extraído del bolsillo interior de la chaqueta vaquera su libreta. Apenas le quedaban unas páginas limpias de datos y palabras.

—Vale, Ginés Molina —escribió—. ¿Qué tipo de mecánico es?

Romero dudó por un instante, parecía buscar información en algún lugar.

—Es un técnico especializado en sistemas eléctricos, pero trabaja para un taller que ofrece todo tipo de servicios.

—¿Tenemos la dirección?

—Sí, claro.

Robles la anotó. El sol de invierno le pegaba de frente. Se esforzó para que su caligrafía fuera legible.

—Vale, ¿y qué relación tiene con la víctima?

—Entiendo que estás aceptando el caso…

—Bien, Romero. Veo que sigues tan despierto como siempre.

El subinspector dejó escapar una risa corta difícil de interpretar.

—A ver, según la hija de la víctima del robo, este Ginés se relacionó por un tiempo con su novio. Era el camello que le vendía la

coca y parece que el novio le debía pasta. Aún no hemos interrogado a este…, pero tenemos que agilizar el caso.

—Entiendo.

—Tenemos el teléfono del tal Ginés. En su estado de WhatsApp sale con una moto de alta gama. Es una Ducati de 1.000 centímetros cúbicos.

—Un modelo muy caro para un mecánico de polígono —observó Robles—, ¿habéis hablado ya con él?

—No, todavía no —respondió Romero—. Por eso te llamo, porque la nueva jefa quiere que sea algo sutil. No quiere espantar al sospechoso. Pero eso sí, necesitamos que sea rápido.

—Vale, me pongo en marcha. Estaré cerca del taller en menos de una hora. Tenme al tanto de cualquier novedad que surja.

—Descuida —dijo Romero—. Por cierto, ¿qué sabes de Frías?

—Ese cabrón está mejor que nunca.

—Me alegra oír eso, dale recuerdos si lo ves.

—Claro, cuenta con ello.

Colgó y, mientras levantaba la mano para llamar la atención del camarero, que movía el cuello hacia todos lados, como un periscopio, excepto hacia donde se encontraba Robles, pensó en el tiempo que llevaba sin llamar a Frías. Se sintió mal por ello y el camarero pagó las consecuencias. No le dejó ni un céntimo de propina.

El medio centenar de kilómetros desde La Manga hasta Alcantarilla se le hizo eterno. A la somnolencia que le atacaba en cabezadas se sumaba el calor provocado por la calefacción del coche. Pese a que no estaba en condiciones óptimas para conducir, la sensación de urgencia que le había transmitido Romero le había despertado ese

impulso salvaje e incontenible. Uno que no sentía desde hacía demasiado tiempo. Y supo que lo había echado de menos.

Robles llevaba en La Manga desde mediados de noviembre, pendiente de un caso que no avanzaba. Estaba alojado en el piso que le había prestado la mujer que le había contratado, una agente inmobiliaria especializada en casas de lujo, convencida de que el entorno en el que se desenvolvía su marido, del que se estaba divorciando, no era el adecuado para el hijo de ambos. La mujer tenía a su disposición varios apartamentos de la agencia y había asignado a Robles uno próximo a la vivienda del hombre, desde donde tenía una panorámica ideal de las ventanas de los dormitorios y del espacio exterior. Aunque solo tendría que investigar durante los fines de semana, la mujer le permitió residir de forma permanente, para que registrara cualquier anormalidad significativa sobre la vida personal del exmarido. Pero en el tiempo que llevaba allí instalado no había percibido nada raro.

El polígono era un enjambre de enormes naves, un tejido industrial desarrollado en manzanas idénticas, en las que los vehículos y las personas se movían a un ritmo frenético. Cuando localizó el taller Laorden, en el que trabajaba Ginés, el detective aparcó, pidió un café para llevar en un bar próximo y se sentó en el coche, sin perder de vista a los trabajadores. Enseguida reconoció la motocicleta roja, aparcada en la acera, justo en una de las entradas al taller. A su alrededor, los ruidos de las descargas del material, los motores de las maquinarias y los gritos tan pronto relajados como sobresaltados componían una sinfonía metálica única que a Robles le resultaba de lo más familiar.

Se terminó el café y se bajó del coche. Caminó con paso lento hacia la puerta del taller y entró, levantando la mirada como si buscara a alguien conocido. Tuvo tiempo de apreciar algunos detalles antes de que le salieran al paso. Era un hangar enorme y profundo. En el lado opuesto se abría otro gran portón por donde entraba la luz, recortando las siluetas de una docena de personas, las herramientas y los vehículos en reparación. Robles volvió afuera y se acercó hasta la Ducati. Se quedó mirándola. La rodeó durante medio minuto, agachándose y observando con interés aquellas piezas de las que desconocía tanto el funcionamiento como el propio nombre. Un hombre no tardó en acercarse.

—Qué pasa, jefe —le dijo el tipo, limpiándose las manos de grasa en los laterales del mono gris.

—Nada, esta moto…

—¿Te gustan las motos?

—No, la verdad es que no.

—Ah —dijo el hombre desconcertado—, ¿entonces? ¿Qué haces?

—A mi hijo sí le gustan las motos. La he visto y he pensado que tal vez estaba en venta.

—No, jefe. No está en venta.

—¿Cuánto puede costar una moto de estas?

—Depende de lo trillada que esté. Puedes encontrar un buen precio en el mercado de segunda mano —dijo el mecánico—. Dile a tu hijo que mire en las aplicaciones y en las webs. Ahí la encontré yo.

—Ya, ¿tú eres Ginés Molina?

El tipo dio un paso hacia delante. Ambos estaban apenas a un metro y medio de distancia, solo separados por la motocicleta

deportiva.

—Depende de quién lo pregunte.

—Me han encargado localizar una moto como esta. Es una Ducati GT 1.000, ¿no?

—Ya te he dicho que esta no se vende —dijo el tipo, con tono impaciente.

—Soy detective.

Ginés se echó a reír.

—¿Detective? ¿En serio?

Al cabo de unos segundos, una voz se oyó desde el interior de la nave; llamaba al chico por su nombre.

—Vale, ya veo que sí eres Ginés —dijo Robles con parsimonia—. Mira, vengo para hablar sobre el robo de la caja fuerte en el chalet de La Arboleja. Imagino que sabes por dónde voy.

Robles percibió cómo los ojos de Ginés cambiaban de brillo. Esa combinación de palabras le había afectado.

—¿Tienes algo que decirme sobre eso? —insistió.

—No tengo ni idea de lo que me estás diciendo, jefe.

—¿No? ¿Ya no te acuerdas de la casa de la niña pija y de su novio al que le pasabas coca? ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Mateo…

—Mira, yo trabajo haciendo instalaciones eléctricas en negocios, y en domicilios también, porque con lo que gano aquí no me da para caprichos como este. Así que es posible que alguien me haya visto en algún domicilio haciendo un trabajo o que me hayan confundido con otra persona, pero no tengo ni idea de lo que dices. Ahora, tengo que volver al trabajo…

—Por lo que he visto en esas aplicaciones de las que hablas, con esta matrícula no bajará de los ocho o diez mil pavos.

—Qué va, la saqué mucho más barata. Pillé una buena oferta.

—¿Hiciste transferencia bancaria? ¿Podrías demostrar eso? Mira —dijo Robles—, yo soy el primer eslabón de la cadena. Los que vienen después hacen las preguntas de forma menos relajada que yo. Si colaboras conmigo, a lo mejor te escapas un poco de la tormenta que está a punto de descargarte encima.

—Pero ¿qué pasa, que ahora es un delito comprarse un capricho caro? ¿Tú sabes las horas de curro que echo yo para pillarme una moto así?

La voz ronca de antes volvió a gritar, esta vez con mayor inquina.

—Imagino que muchas. ¿Tienes los papeles?

—Si viene la policía a pedírmelos, se los doy, pero a ti no, que no tengo ni idea de quién coño eres. Lo tengo todo en regla, están en casa. Tengo los documentos de pago, los papeles… Todo.

—Vale, ¿a qué hora sales? —de inmediato, Robles dirigió la mirada a un cartel en el que aparecía el horario del taller—, ah, mira. Ahí lo pone. Llamaré a una patrulla, entonces te acompañaremos hasta casa y así podremos ver esos documentos. ¿Vale?

El detective notó que la expresión del mecánico se tensaba un poco, pero tras un respiro, volvió a responder, esta vez con una actitud más defensiva.

—Que vengan, no hay problema —dijo Ginés.

Robles le miró fijamente, aunque percibió un haz de desconfianza en los ojos del chico, le pareció que no estaba dispuesto a parecer demasiado evasivo. Estaba jugando sus cartas.

Ginés estaba a punto de decir algo más cuando un tipo se acercó hasta ellos. Era enorme y vestía un mono aún más sucio que el de su compañero. Una colilla casi consumida le colgaba de la boca, en

mitad de una barba gris y larga. Robles pensó que era un milagro que aquellos dos elementos no hubieran hecho combustión. El rostro del tipo grande reflejaba una mezcla de cansancio y duda.

—Buenas tardes, ¿qué quiere?

Robles reconoció en la voz que era el mismo hombre que había estado llamando a Ginés desde dentro.

—Bah, no quería nada —se apresuró a decir Ginés—, ya se iba.

—Colaboro con la policía en el caso de un robo. Estaba hablando con su empleado, si no le importa dejármelo un segundo.

—Este no es mi empleado, es mi compañero. Y mientras que usted lo tiene aquí despistado, yo me estoy tragando el trabajo de los dos. Así que, si quiere hablar con él, venga a las dos de la tarde, que es cuando cerramos. Tú, ayúdame con esa puerta… —dijo, refiriéndose al otro.

El gigantón se dio media vuelta y volvió al interior del taller. Ginés no dijo nada más y se dispuso a seguir la sombra de su compañero, aún más desmesurada por la inclinación del sol. Se quedó en silencio un momento y antes de irse dijo:

—Que vengan, que vengan. No tengo nada que ocultar.

Robles volvió a su coche. Se subió en él y lo arrancó para cambiarlo de lugar. Se situó más lejos, parapetado tras una furgoneta. Abrió la guantera y sacó los prismáticos. Desde su posición, a través de los cristales de la furgoneta, podía ver casi toda la zona del taller dedicada a la recepción de los vehículos.

—¿A quién estás llamando, rata? —dijo en voz baja.

Vio a Ginés hablando por teléfono con evidentes gestos de nerviosismo: se rascaba la cabeza y se movía de un lado a otro, gesticulando y palmeando el aire con la mano libre. Cuando colgó,

se dirigió hacia donde estaba su enorme compañero y al poco rato se asomó al exterior, disimuladamente, antes de acercarse al lugar en el que había estado hablando con Robles. Faltaba más de media hora para las dos de la tarde, pero Ginés cogió la moto y, sin arrancarla, la empujó hacia el interior de la nave. El portón metálico elevado recordaba a la mandíbula de una colosal ballena. Robles intuyó la extraña maniobra del mecánico y arrancó su coche. Condujo bordeando la manzana hasta llegar a una posición desde donde contemplaba la otra salida del taller. Mientras seguía vigilando llamó a Romero para pedirle que buscara la dirección vinculada a la matrícula.

Robles escribió la dirección en su libreta amarilla. Con lápiz, como siempre.

No había perdido de vista el movimiento de la empresa. No había ni rastro de la motocicleta. ¿La habría dejado dentro para tratar de esconderla? Pensó que eso sería absurdo. A los pocos minutos llegó una furgoneta Citroën Berlingo verde con letras blancas que aparcó en la puerta del taller Laorden.

—A ver quién eres tú —verbalizó Robles, echando de nuevo mano a los binoculares.

Sus sospechas se confirmaron cuando leyó Construcciones Metálicas Soriano en la serigrafía del vehículo. Un tipo pequeño y delgadísimo, con el pelo tan engominado que le brillaba en la distancia, salió de la furgoneta y se adentró en la oscuridad de la nave. Robles cogió su teléfono y buscó un modelo de caja fuerte estándar. En el rótulo de la furgoneta recién llegada, bajo el nombre de la empresa, aparecían dos números: un teléfono fijo y otro móvil.

Marcó #31# para ocultar la llamada y después el primer número. A los dos tonos, una voz respondió.

—Cerrajería Soriano, dígame.

Era una voz de mujer joven, aguda y cantarina.

—Hola, buenas tardes —dijo Robles—. Mire… tengo una caja fuerte Gruber. La llave la tengo, pero la combinación…, nada. El dial está dañado, los discos no giran bien, y no hay forma de abrirla.

—Vale, ¿y quiere reventarla?

—Sí.

—¿Está empotrada en algún muro o está suelta?

—En un muro de mi casa.

—Muy bien, ¿es un muro de estructura o un muro de tipo tabique?

—Pues de estructura, creo.

—Vale, dígame, por favor, el modelo completo de la…

Robles colgó. Anotó la dirección de la empresa de cerrajería. Se ubicaba en una pedanía al otro lado de la ciudad. El trasiego de vehículos por la zona era infinito. Se aproximaba la hora de comer y los obreros de las decenas de empresas del polígono abandonaban el lugar a toda prisa, como si se hubiera recibido una amenaza de bomba en el complejo industrial. En la parte superior de los talleres Laorden se encontraban las oficinas. Robles se agachó dentro del vehículo y acertó a ver a una mujer mayor asomada a una de las ventanas. Miraba hacia él y se echó hacia atrás en cuanto establecieron contacto visual. A los pocos minutos, el cerrajero engominado apareció de nuevo, se montó en la Citroën y salió derrapando. Poco después, por esa misma puerta trasera vio la Ducati abandonar el hangar. Robles arrancó y se dispuso a seguirla. Entre ambos había tres vehículos. Ginés pilotaba lento por la avenida

principal del polígono, siguiendo la procesión. El motor rugía propagando el eco en el interior de las naves. Al girar la última esquina, el piloto aceleró y se largó como una flecha. Robles se lo esperaba, así que se metió en el carril izquierdo, jugándosela a que no aparecería nadie en sentido contrario. Error. Un camión de carga apareció por la esquina y el claxon reverberó como el llanto de un monstruo.

—Mierda —musitó Robles, dando un volantazo y subiéndose a la acera.

El tráiler pasó lentamente por su lado, manteniendo la queja atronadora de la bocina. En cuanto el camión le dejó vía libre, siguió su persecución. Era consciente de que nunca llegaría antes que Ginés, así que decidió cambiar de planes. El manos libres se activó y pronto escuchó la voz del subinspector Romero:

—¿Qué pasa, Robles? ¿Cómo va la cosa?

—Es posible que Ginés esté yendo hacia su domicilio. Está claro que oculta algo.

—Vale, mando una patrulla —dijo el policía.

—Y otra cosa. Por un lado, echaría un vistazo a fondo en la empresa donde trabaja y, por otro, inspeccionaría una cerrajería llamada Soriano. Está en Sangonera. Yo voy para allá ahora…

—Me fío de tu olfato. Como siempre.

—Gracias Romero. Ah, y mándame una foto de la caja fuerte que reventaron.

La nave de la cerrajería Soriano era enorme. Se encontraba en una larga avenida poblada de pabellones industriales, la mayoría en

desuso, aunque a su alrededor solo había descampados con vallas oxidadas y rotas que custodiaban la nada. Robles pensó que aquel podría ser un buen enclave para esconder a alguien con vida. La fachada del negocio, toda pintada de color verde oscuro, se componía de dos partes, una para la tienda y otra, más grande, destinada al taller metálico. Las campanillas alertaron de su entrada a la dependienta, que apareció tras la vitrina. En los estantes se almacenaban candados y diversas herramientas, así como un muestrario bastante completo de cajas fuertes. Reconoció la voz de la joven en cuanto le preguntó con amabilidad si podía ayudarle.

—Buenas tardes, sí, he llamado hace un rato. Se ha cortado y como me pillaba cerca…

—Ah, sí. Usted era el de la caja fuerte averiada, ¿no?

—Eso es, sí.

Robles se aproximó al mostrador con una amplia sonrisa, buscando relajar la respiración.

—Me dijo que era una Gruber empotrada en un muro… Las Gruber son fuertes, ¿eh? —dijo la mujer, sonriente y orgullosa de su sapiencia en el producto.

—He pensado que, tal vez, con la herramienta adecuada podría intentar abrirla yo mismo.

—Bueno, si tiene experiencia, puede ser… Pero es un trabajo duro.

—Tengo un cuñado que es bastante manitas… Ya sabe, el típico cuñado que se las sabe todas —dijo.

La dependienta se rio.

—Ya sé de qué me habla, sí. Por aquí vienen muchos cuñados…

—Bueno, él me dice que con una radial fuerte podría abrirla. Mire, tengo una foto del modelo aquí.

Robles le mostró la pantalla de su móvil.

—Pues lo mejor va a ser que vaya usted al taller, que está aquí a lado, y que hable con mis compañeros. Están trabajando ahora.

—De acuerdo, muchas gracias.

Robles salió de la tienda y se adentró en el espacio oscuro del taller. Barrió con la mirada el lugar, pero no localizó al tipo delgado que había visto hablando con Ginés. Un chaval chepudo y con el pelo gris se acercó a él y le preguntó qué quería.

—Me manda tu compañera —dijo Robles—. Tengo una caja fuerte atrancada y quería comprar alguna herramienta para abrirla.

—¿Eres del sector?

—¿Cerrajero? No, qué va.

—No, me refería… —dijo el chepudo—, bueno, da igual. A ver, ¿qué caja es? ¿Sabes la marca y el modelo?

Robles no sabría decir si fue debido a aquel acento murciano tan cerrado o por las piezas dentales de las que carecía el interlocutor, pero tuvo que pedirle que repitiera la pregunta.

—Ah, sí, sí —dijo Robles—. Es una Gruber.

—¿Desde hace cuánto la tienes?

Robles se echó las manos a los bolsillos y miró al suelo, improvisando.

—Uf, pues ahí me pillas… Yo creo que unos ocho o diez años. Tengo una foto de la caja aquí.

Le enseñó la imagen que le había mandado Romero mientras aún saboreaba el regustillo de la última gamba. Era tremendo cómo viraba su vida: de contemplar una gaviota balancearse en un mástil a estar charlando con aquel ratero jorobado en el culo del mundo. El

olor a metal incandescente se le metía por las narices y le llegaba hasta el tuétano.

—Hostias, una R768, ¡esta es un clásico! —El tipo le dedicó una sonrisa que parecía esconder mil anécdotas—. Pero abrir esa no es fácil, ¿eh? Porque es de las que tienen la palanca de doble paletón, así que una ganzúa no te va a servir. Ya tenemos que meternos en radiales o en una lanza térmica, pero eso ya te va a costar mil quinientos pavos. ¿Tiene mucho valor lo que guardas ahí?

—Sí, mucho. Mi cuñado dice que con una radial igual me apaño…

—Ya, ya. Los cuñados… —Todo lo que decía el chepudo parecía esconder una segunda lectura—. Mira, aquí está mi jefe. Este sí que te va a decir lo que necesitas.

Justo en ese momento, en la puerta, aparcaba una furgoneta similar a la que conducía el hombre enclenque que había hablado con Ginés, pero más moderna. Robles se fijó en que se bajó del vehículo sin echar el seguro. El típico despiste provocado por un exceso de confianza al dejar el vehículo donde siempre.

—Soriano —dijo el chepudo dirigiéndose al jefe—, este hombre dice que necesita abrir una Gruber R768, ¿qué le va a ir mejor? Eso con un disco de radial diamantado no lo abre, ¿o qué?

El apretón de manos duró apenas un segundo, Robles necesitaba terminar aquella operación antes de que apareciera el trabajador engominado. Soriano tenía los ojos tan azules que casi parecían transparentes.

—Pues… habría que verla primero. ¿Empotrada?

—Sí, empotrada —dijo Robles.

—Hostias, pues entonces aún peor —soltó el de la coleta, riendo; estaba disfrutando de lo lindo con aquel enigma.

—Pues el problema lo vas a tener con el tablero de partición de vidrio templado —dijo Soriano con grandilocuencia—, pero vamos, con un soplete de oxicorte o con una radial podrías abrirla, sí. Aunque no es sencillo, ¿eh? Igual necesitas más cosas.

—Ya se lo he dicho yo —dijo el otro dándose con un puño en la palma de la otra mano—, pero dice que tiene un cuñado que sabe…

—¿Podéis enseñarme alguna radial que me sirviera —dijo Robles— o acompañarme a la tienda para decirme cuál me tengo que llevar?

—Es que cerramos ya —dijo Soriano mirándose la muñeca, en la que no había nada, y alzando luego la vista a un reloj de pared enorme.

Los tres hombres dirigieron la vista hacia las agujas, que daban un margen de seis minutos hasta las dos.

—Venga, ven —dijo el dueño.

Robles entró junto a los dos hombres al taller hasta una mesa de trabajo rodeada de estanterías con herramientas. El ruido próximo le taladraba los tímpanos.

—Esta es de 125 milímetros —le gritó Soriano—, con una así no fallarías. Creo que esta solo la han usado una vez…

—Vale —dijo Robles—, pues me llevo una.

Soriano le indicó al de la coleta que acompañara al cliente a la tienda y se despidió. Robles echó a andar hacia la tienda al lado del cerrajero, cuando se paró de pronto.

—Oye, ¿tenéis baño aquí?

—Sí, puedes usar el del taller, está ahí mismo —dijo el coletas, que tenía pinta de hacerse amigo, en un par de minutos, de cualquier persona, animal o cosa que se cruzara en su camino.

Le señaló una puerta pequeña al fondo de la nave.

—Si quieres adelántate tú y me la vas buscando —dijo Robles.

—Venga, pues sí, así ganamos tiempo —dijo el coletas, siempre feliz por todo.

Robles vio cómo Soriano subía por unas escaleras y se perdía en una planta superior. Uno de los trabajadores soldaba hierros con una enorme pantalla cubriéndole el rostro. Cuando estuvo completamente seguro de que nadie le veía, Robles se aproximó hasta la mesa de trabajo, se sacó del bolsillo lateral derecho una bolsa hermética de plástico y del izquierdo su navaja Victorinox. Rascó con la hoja el borde de los dientes de la radial que le había indicado el dueño. «Con esta no fallaron», se dijo. Una sonrisa se dibujó en su rostro cuando distinguió un tono azulado en las partículas residuales. Cogió la amoladora en brazos. Le sorprendió el peso. Anduvo con aquella máquina del demonio a paso rápido hasta llegar a su coche, aparcado al otro lado de la carretera, y echó la máquina en el maletero. Se sentó a esperar. A los pocos minutos llegó el carpintero engominado, que aparcó la furgoneta y fue directo al interior del taller. Después salió a paso rápido y se puso a hablar con el tipo de la coleta como pidiendo explicaciones mientras señalaba hacia la zona de las herramientas. El tipo de la coleta dejó de sonreír de repente.

Voces

Despertó de golpe. Tal vez la razón fue el sonido de un motor al apagarse o el ruido de una puerta al ceder. Su mente estaba alerta, el instinto de supervivencia permanentemente activo. Algo había roto el silencio, de eso estaba seguro. Alrededor todo era penumbra. Una luna enorme brillaba a través del ventanal derramando su luz lechosa sobre la habitación, creando sombras fantasmales en el suelo y en los muros. Un ruido. Después vino el susurro. Llegaba desde fuera. Al otro lado de la puerta, voces de mujer. Parecían las mismas que había escuchado otras veces. Voces agitadas. Palabras sueltas hiladas en fragmentos que no acertaba a entender. Se activó y bajó de la cama, gateando lento hasta acercarse a la portezuela. La empujó con cuidado y la compuerta cedió, apenas un centímetro. El hilo de voces se deslizaba ahora con mayor nitidez hasta su posición. Las sentía cerca, tal vez procedían de una habitación contigua. Tuvo la tentación de empujar más para tratar de observar, buscar a esas personas con la mirada. Pero se contuvo. Primero tenía que saber de qué hablaban.

—No podemos seguir así. Tenemos que hacerlo.

La primera voz parecía firme, pero también nerviosa.

—No, yo no lo voy a hacer. Ni hablar. Esto no estaba en los planes —respondió la otra mujer, la voz cantarina que le resultaba

vagamente familiar.

El niño sintió que todo el vello de su cuerpo se convertía en pequeños filamentos de hielo. ¿Hacer qué? Contuvo la respiración y apretó los párpados, como si de esa manera su oído pudiera aumentar la capacidad de percepción. El instinto le decía que algo podría estar a punto de cambiar.

—Estamos jodidas, ¿no lo ves? —insistió la primera voz—. Si no lo hacemos, nos delatará.

—¿A quién te refieres? —replicó la segunda—, ¿al chico? Él no nos ha visto.

—No sabemos lo que ha visto. Cada vez que vengo me siento más insegura… y además —siguió la primera— ella nos tiene en sus manos. Le bastará con deshacerse de los documentos para echarnos la culpa de todo… Tenemos que hacerlo.

Gonzalo sintió que una legión de caballos se le desataban en el pecho. Se referían a él. Estaban hablando de él. Hasta ese momento, se había hecho a la idea de que todo aquello tendría que ver con el dinero. Su madre era una empresaria de éxito, todo el mundo lo sabía. La voz de su conciencia le había estado tranquilizando, asegurándole que era víctima de un secuestro tradicional. Sus padres estarían reuniendo el dinero. La policía le estaría buscando. Se pagaría el rescate y le dejarían libre. Pero ahora, de pronto, sentía que su vida estaba en juego.

—No sabemos lo que piensa ni lo que sabe.

—Eso da igual, es muy inteligente —insistió la primera voz, con tono desesperado—. ¿Tienes idea de lo que puede hacer ese niño cuando crezca? Si ella no nos hunde, será él quien nos buscará…

Gonzalo quiso gritar que no. Que si le dejaban huir no diría nada. No las buscaría. Simplemente olvidaría todo aquello. Se imaginó llorando, rogando que le dejaran volver. Pero no hizo nada de eso. Se quedó en silencio, procesando su terror, asumiéndolo, alimentándose de él. Era una información útil. Todos sus proyectos de evasión debían comenzar a materializarse.

—Yo no voy a hacer eso —dijo la segunda voz en un hilo tembloroso—. No soy una asesina. No lo haré.

—¿Quieres pasarte los próximos veinte años en una celda?

Se hizo un silencio largo. Gonzalo apenas se atrevía a respirar. Le invadió una aterradora certeza. Querían matarle.

—Esto está mal —continuó la segunda voz—. El trato era mantenerlo aquí. Acordamos que no le pasaría nada.

Escuchó un sollozo.

—Los planes cambian —respondió la primera—. Y nosotras también tenemos que cambiar. Queramos o no…

Se descubrió a sí mismo temblando. Las lágrimas a punto de explotarle entre los párpados. Las voces se fueron alejando hasta desaparecer como un murmullo líquido. Se quedó quieto.

Durante toda esa noche esperó sentado en la silla. Cuando la puerta se abriera atacaría con ella a la persona que apareciera. Pero no sucedió nada de eso. Pasado un tiempo, la luz de la mañana fue haciendo acto de presencia, cubriendo la estancia como un manto dorado. En esos días había logrado convencerse de que su mente era su mejor arma. Que sucumbir al miedo era inútil. Pero aquello lo cambiaba todo. Miró el ajedrez de papel sobre la mesa. Las piezas

colocadas para una nueva partida. Oyó unos pasos aproximarse a la puerta. Todo su cuerpo se puso en tensión. Cogió la silla en peso y se acercó hasta la puerta. Oyó el silbido casi imperceptible de la trampilla al ceder y vio entrar la bandeja junto a sus pies. Los guantes de látex azul desaparecieron como un animal escondiéndose en la madriguera y la portezuela se cerró. El desayuno estaba en el suelo. La partida comenzaba. Tenía que aprovechar aquella información. Ahora él sabía cuáles eran las intenciones de sus captoras. No sabía cómo, no sabía cuándo, pero debía encontrar la manera de escapar. Debía idear algo que no esperaran. Porque si la primera de aquellas voces ganaba la discusión, si la segunda voz cedía al miedo… Sabía exactamente lo que sucedería. Miró la comida. Se agachó para oler la leche. No parecía tener nada raro. Pero ya no podía fiarse…

23

Adicción

Día 7

Mateo arrastraba problemas de adicción a la cocaína desde hacía casi dos años. La había probado en la fiesta de graduación del instituto y desde entonces no había pasado un fin de semana sin salir de juerga con su gramo de coca en el bolsillo. Como mínimo. Hijo único, Mateo no tenía ingresos propios, pero en casa el dinero nunca había sido un problema, y tampoco la manera de acceder a él. Sus padres, dueños de una empresa de alimentación que suministraba productos a las grandes cadenas nacionales, le dieron una tarjeta de crédito propia cuando cumplió los dieciocho años, con un saldo más que suficiente para los gastos de un chico de su edad. Esa era su manera de demostrarle amor. Impecable en los estudios hasta entonces, deportista y educado bajo los estrictos mandatos del Brightful College, tenían plena confianza en él. Su rendimiento académico en el primer año de universidad privada bajó considerablemente, pero estaban demasiado preocupados con sus reuniones sociales y atendiendo al derrumbe de la sociedad como para detectar el problema de salud de su hijo. Una noche, a las tres

de la mañana, en una de las discotecas de la zona de Atalayas, un amigo de un amigo se le acercó diciéndole que tenía que probar el nuevo material de un camello que conocía. «Coca rosa, vas a flipar». El rostro de aquel chaval no llevaba a equívocos, Mateo sintió una necesidad irrefrenable de experimentar con la nueva sustancia. Salió al cajero automático, pero la máquina le negó la transacción con una enorme aspa roja en la pantalla. Les pidió a sus amigos, pero nadie le podía prestar los setenta euros que necesitaba. El camello era Ginés, que se acercó a él en mitad de la masa sudorosa de cuerpos, y le dijo que era un poco más cara porque el subidón era completamente nuevo, que lo iba a flipar. Ya le había comprado drogas alguna noche anteriormente y le conocía, pero aquella fue la primera vez que le dejó dinero a fiar. El tusi o cocaína rosa era un brebaje de metanfetamina, MDMA, sales de baño, cafeína y opiáceos que adquiría esa tonalidad por el uso de un colorante. La droga se puso de moda durante unos meses, lo suficiente para atraer al mundo oscuro de la adicción a miles de chicas jóvenes para quienes el color rosa era casi una religión. En casa de Mateo las cosas no mejoraban y el grifo de la economía familiar había disminuido el caudal; sin embargo, la espiral de adicción ya llevaba tiempo en marcha y había alcanzado una inercia que él, por sí mismo, era imposible de detener. Estaba descubriendo en sus propias carnes que cuanta más cocaína se consume, mayor es el deseo de seguir consumiéndola, pero aún no era plenamente consciente del problema y además tampoco tenía nadie a quien contárselo. Estela era demasiado naíf para comprender aquel mundo. Ella odiaba las discotecas y cuando su novio salía de fiesta, supuestamente con los compañeros del equipo de fútbol o de la universidad, aunque había

comenzado a frecuentar otras amistades más propensas a la nocturnidad y el exceso, ella se quedaba en casa con amigas viendo una película o estudiando.

Aquella sala de interrogatorios era testigo de un auténtico carrusel de perfiles de todo pelaje social. En la misma silla en la que Ginés y el carpintero metálico habían estado sentados, ahora se encontraba Mateo. Era un chico rubio, de espaldas anchas y mirada huidiza. En cuanto sus padres se enteraron del torbellino de problemas que se le venía encima a su hijo, contrataron a un abogado que trabajaba para uno de los mejores despachos de la ciudad. Tal vez llegaban demasiado tarde. Mateo tenía el rostro desencajado. Las piernas le temblaban y tenía las manos cruzadas con fuerza sobre la mesa.

Alarcón lo observó en silencio durante unos segundos, pensando por dónde empezar para que el abogado no le interrumpiera de forma permanente. Suavizó la mirada y dijo con firmeza:

—Mateo, hemos hablado con Ginés. Ha estado aquí antes. Si colaboras con nosotros y lo cuentas todo, es posible que todo esto al final no sea tan grave.

El chico levantó la vista y luego miró a su abogado, quien le hizo un gesto de negación casi imperceptible con la cabeza. Suances vio en sus ojos el brillo de la esperanza.

—Mira —siguió Alarcón—, mis compañeros de Informática han encontrado restos digitales en tu móvil, entre ellos los de una aplicación con la que podrías ver en la pantalla de tu móvil todo lo que hacía Estela. ¿Es posible?

—Mi cliente no tiene por qué responder a esa pregunta —dijo el abogado.

—Vale. Mira, Mateo, sabemos que tu familia no atraviesa el mejor momento económico y te puedo asegurar que la presencia de este señor les está saliendo por un ojo de la cara —dijo Alarcón decidida —. No estoy aquí para perder el tiempo, porque el hermano pequeño de Estela está en algún sitio y tenemos que localizarle, solo queremos descartar el hecho de que su desaparición tenga que ver con la gentuza con la que te estabas relacionando. ¿Me sigues?

El chico asintió con el rostro.

—De acuerdo, te voy a contar lo que sabemos y cómo lo vemos nosotros. Tú estabas endeudado con Ginés hasta las cejas por tus problemas de adicción a la cocaína, según nos ha contado le debías más de tres mil euros. Te pedía el dinero, pero no podías conseguirlo. Te amenazó, no sabemos qué fue lo que te dijo, pero debiste de agobiarte bastante, porque instalaste una aplicación para poder ver en tu pantalla lo que hacía Estela con su móvil. ¿Tú sabías que ella cogía dinero de vez en cuando de la caja fuerte de sus padres?

—Sí —dijo el chico.

—Mateo, no tienes que respon…

—Cállate, ¡estoy harto! —gritó el joven de pronto—, ¡quiero contarlo todo!

Se hizo un silencio en la sala de interrogatorios que apenas duró unos segundos. Alarcón sabía que tenía a Mateo justo donde quería. En esos momentos, el chico confiaba más en la policía que en su abogado.

—Así que pensaste que podrías acceder a ese dinero para saldar tu deuda; sin embargo, no cogiste el dinero, ¿verdad?

—No, yo no cogí nada.

—Entiendo —dijo Alarcón con tono comprensivo—, pero conseguiste saber cómo se desactivaban las cámaras y la alarma.

—Sí, con la misma aplicación. Un compañero de la universidad me contó que sus padres la usaban con su hermano pequeño cuando le dejaban el móvil para que jugara online. Lo probé y vi que funcionaba perfectamente.

—¿Y la instalaste en el móvil de Estela?

—Sí, ella es una chica muy confiada. No teníamos secretos, bueno… más bien ella no los tenía. Yo… —Mateo miró a su abogado y después de nuevo a Alarcón—. Pero ella nunca me habría dado la clave de la caja fuerte. Así que un día, mientras estábamos en su habitación, nos pusimos a hablar. Como mis padres estaban atravesando un mal momento, le saqué el tema del dinero de los suyos y ella me dijo que tenían bastante guardado en la caja fuerte. Traté de convencerla para que la abriera delante de mí, pero no lo hizo. Lo que sí me dijo fue dónde estaba escondida.

—¿Y lo de las cámaras?

—La asistenta siempre estaba en casa, pero a veces salía a comprar o hacer algún recado. Estela tenía controlados sus horarios, así que, cuando sabíamos que iba a salir, nos acercábamos a su casa para estar más… —el chico parecía avergonzarse cuando abordaba el tema de su relación con Estela— más tranquilos. En una de esas ocasiones, con la aplicación, pude ver el código que desactivaba el sistema de seguridad.

—Y se lo facilitaste a Ginés.

Mateo se llevó las manos a la cabeza y agachó el rostro. Arrancó a llorar con un gemido que sobresaltó al abogado y a Alarcón.

—Creo que ya es suficiente, mi cliente ha estado sometido a mucha presión —dijo el abogado.

Pero, sin hacer caso a las palabras del hombre trajeado, Mateo siguió hablando.

—Yo no quería. Mi primera idea fue buscar la clave en el móvil de Estela o en los cajones de la casa para, en un despiste, mientras ella se duchara o algo, tratar de abrir la caja fuerte y coger yo mismo el dinero. Pero una noche me fui de la lengua… Ellos me dijeron que iban a hundir la vida de mis padres.

—¿Ginés y alguien más?

Mateo asintió. Dijo que al otro no lo había visto.

—Estábamos en la discoteca Marumba y se me fue la lengua… Les dije que ya tenía la manera de conseguir el dinero, que no se preocuparan.

—¿Les contaste lo de la caja fuerte?

—Sí. Estaba asustado. Me llevaron al cuarto de baño porque me dijeron que me iban a invitar a un tiro de coca. Entré con ellos y me cogieron de los hombros y me estamparon contra la pared. —El abogado miraba al chico con los ojos como platos, Alarcón se dio cuenta de que aquella información no estaba en poder del picapleitos—. Me dijeron que podrían poner un montón de droga en el maletero de mis padres y darían el chivatazo a la policía. Que los meterían en la cárcel… ¡Estaba desesperado!

El abogado escribía constantemente en una libreta de tamaño enorme.

—Esta información puede considerarse como atenuante. Mi cliente actuaba bajo amenazas, lo que le exime en parte de su responsabilidad penal como cómplice…

—Déjese sus milongas técnicas para el juicio —dijo Alarcón al abogado. Después, se dirigió de nuevo al chico—. Bien, Mateo. Lo estás haciendo muy bien. Ahora, dime —Alarcón le miró fijamente—: ¿Ginés llegó a tener alguna vez contacto con el hermano de Estela?

—Bueno, él estuvo una vez en la casa, me dijo que quería verla por dentro, así que le dije que se hiciera pasar por un compañero de equipo de fútbol. Y coló… Estuvo solo un rato, una tarde, pero no recuerdo si estaba Gonzalo. A veces le veía caminar de un sitio a otro, arrastrando los pies, pero ese día… No lo recuerdo.

24

Favores

Día 7

El edificio donde estaba empadronada Encarna Orcina era antiguo. Se encontraba al final de un callejón sin salida, en pleno barrio de San Andrés. La mayoría de las fachadas de alrededor evidenciaban la necesidad de una derrama para restaurar las paredes, que se deshacían con la lentitud irremediable de las pieles leprosas. Las aceras despedazadas, el asfalto hundido y el mobiliario urbano hecho polvo eran testimonio de que recorrían un barrio situado a la cola en los presupuestos del Ayuntamiento. Ritmos de música electrolatina llegaban de uno de los balcones próximos, retumbando con estruendo contra los muros del callejón. El portal se abrió apenas con empujarlo. Un aroma denso a especias de otras latitudes inundaba las escaleras del edificio sin ascensor. Subieron hasta la tercera planta y Alarcón golpeó la madera con los nudillos. Unos instantes más tarde, un rostro asomó por el hueco de la puerta.

Era una mujer casi tan alta como Suances. Alarcón calculó que sobrepasaría el metro ochenta. Tenía una presencia corpulenta y el cabello largo, rizado y abundante enmarcaba su rostro serio. Las

gafas de pasta la dotaban de un aire despistado y ampliaban el tamaño de sus ojos, que parecían arrastrar un cansancio de otro planeta.

—Hola, ¿qué desean?

—Buenos días, ¿es usted Encarna Orcina Piñero?

—Sí, soy yo, ¿qué sucede?

Alarcón se identificó y Suances hizo lo propio.

—Estamos trabajando en la desaparición de Gonzalo Quintero —dijo Alarcón— y nos consta que usted mantuvo contacto con él durante el curso pasado.

—Ay, sí —respondió la mujer en un lamento—. Escuché la noticia por la radio. En realidad, yo no sabía sus apellidos, solo que se llamaba Gonzalo. Recé para que no fuera él…

—Me temo que sí lo es —dijo Suances.

En ese momento, al otro lado del rellano se abrió una puerta y asomó una mujer de unos setenta años, con una bata azul y el pelo plateado.

—¿Todo bien, Encarnita? —dijo la anciana.

—Sí, sí, Genoveva —contestó la mujer sonriendo—, no pasa nada.

—Por favor, señora. Vuelva a su casa —dijo Alarcón—, no hay de qué preocuparse.

La señora cerró la puerta con gesto desaborido. Inmediatamente se oyó el roce de la mirilla deslizándose sobre la madera.

—Si no les importa, me gustaría que no habláramos aquí —susurró la mujer—. No quiero que mis vecinos se lleven una idea equivocada sobre esta conversación.

—Por supuesto.

—Por favor, denme un minuto para vestirme. Pueden esperar dentro, si lo prefieren…, para no… —dijo la mujer, señalando con el mentón a la puerta del domicilio de su vecina.

El apartamento era sencillo, con la decoración mínima imprescindible y un mobiliario que distaba de parecer cómodo. Los dos agentes se movieron por el salón en silencio.

—¿Qué te parece? —musitó Suances de pronto.

—Tiene un punto *cringe*, ¿no?

—No sé qué significa eso…

—Pues…, así… raruna —dijo Alarcón.

—Ah, sí, sí, ya te digo.

En una estantería había varias fotos en blanco y negro que Suances se acercó a mirar de cerca. Le llamó especialmente la atención una de ellas. Representaba una calle desierta bajo una lluvia ligera. Las estructuras grises de los edificios se reflejaban sobre el pavimento mojado creando una atmósfera melancólica. Encarna apareció unos minutos después y Suances se dirigió a ella:

—¿Es aficionada a la fotografía?

—¿Cómo? —La mujer reaccionó de inmediato, viendo que el policía se encontraba junto a las imágenes—. Oh, no. Son de mi tía, ella disfrutaba haciendo fotos.

La mujer se había recogido el pelo en una coleta. Se movía con seguridad, sin alardes, pero con determinación. Algunos gestos parecían ligeramente masculinos. Se echó un bolso ridículamente pequeño al hombro y esbozó una sonrisa amplia.

—Cuando quieran —dijo.

En la calle los esperaba un sol radiante. Suances miró al cielo. El azul había vuelto a tomar el control. Ni rastro de nubes.

Dejaron a Encarna en la sala de interrogatorios para hacer acopio de toda la información obtenida hasta la fecha sobre la mujer. Suances subió a la cuarta planta de la comisaría y llamó a la puerta de Marín, el jefe de Brigada de la Policía Judicial, quien le dio paso.

—Jefe, ¿cómo vamos? ¿Te pillo bien?

—Hombre, Suances. Siempre hay… —comenzó Marín, y ambos terminaron la frase a la vez— un momento mejor.

Sonrieron.

—¿Qué necesitas? —dijo Marín sin apartar la mirada del ordenador.

—¿Viste el correo que te envié sobre el caso del secuestro? Encarna, la tenemos aquí y me huele raro. ¿Has sacado algo?

Marín se quitó las gafas y las dejó caer sobre el pecho, colgando de un cordón elástico.

—¿Has pedido la orden? —suspiró el jefe de la Brigada Judicial.

—Es que no he tenido tiempo, tío…

—Joder, podías haberme puesto la excusa de que se la ha comido el perro.

Suances dejó escapar una carcajada.

—Además, es que no quiero calentar a De Bustos… ¿La has visto hoy?

—Sí —dijo Marín—, lleva toda la mañana encerrada en su despacho con un lío que tenemos por un expediente que ha desaparecido. Han llegado los gritos hasta aquí. Mira, Suances, sabes de sobra que no puedo darte la información sin esa orden. Están muy encima de nosotros cuando tratamos datos fiscales y De Bustos arrastra fama de que no le tiembla el pulso a la hora de cortar cabezas…

—Ya, si ya sé que te juegas mucho… Pero, escúchame, Marín. Tengo que sacarme este caso de la puta cabeza. Tengo la corazonada de que realmente Encarna tiene algo que ver. ¿Qué tal si…? Mira… —Suances sonrió y cerró los ojos, como haciendo un gran esfuerzo para dejar salir algo que guardaba en un lugar muy profundo de la memoria—. ¿Recuerdas aquello de tu hermano? ¿Qué fue? ¿Una licencia de armas?

Apoyó sus enormes manos en la mesa e inclinó su mole anatómica hacia su compañero. Marín le ofreció una sonrisa algo irónica. La relación de confianza y lealtad entre ambos se había forjado a fuego lento a lo largo de los años. Se conocieron en sus inicios en la Policía Nacional y, aunque Marín ascendió a jefe de la Brigada de Policía Judicial a toda velocidad, tuvieron tiempo para compartir experiencias difíciles en las que se ayudaron mutuamente. Suances sabía que Marín se regía por el código ético más estricto, pero el vínculo de complicidad profesional jugaba a su favor.

—No me jodas, Suances. ¿De verdad me vas a salir con esas ahora…?

—Odio hacer esto, pero aún me debes aquel favor —el tono de Suances serpenteaba entre la confianza y la exigencia—; nadie se va a enterar, como tampoco se dieron cuenta de aquello. Oye, antes de que acabe esta semana vendré con la orden, te lo juro.

Marín se frotó los ojos apretándoselos con fuerza hacia adentro.

—Por los viejos tiempos… —insistió Suances.

—Mira —dijo al fin—, vamos a hacer una cosa. Te lo voy a cantar de viva voz, ¿vale? Pero ya, ahora mismo. Lo que pillas, lo pillas y lo que no, pues no.

—Venga. Soy todo oídos.

Marín se puso de nuevo las gafas y clicó varias veces el ratón. Suances seguía el movimiento de los ojos de su compañero, que saltaban recorriendo la pantalla.

—De antecedentes no hay nada. Está completamente limpia. Fue funcionaria docente interina: profesora de instituto, justo hasta el año en que falleció su tía, en 2015. Entonces heredó un patrimonio considerable.

—Hace ocho años —dijo Suances, tratando de memorizar toda la información.

—Sí. Heredó dos fincas rústicas y tres urbanas. Además de bastante dinero en fondos. —Marín hablaba deprisa, a trompicones, resumiendo lo que iba leyendo en la pantalla—. Pero, según los registros, actualmente solo paga dos impuestos de IBI. Esto habría que cruzarlo con la Agencia Tributaria, pero ya te adelanto que ahí no voy a meter las zarpas sin que me traigas la orden.

—Vale. ¿No hay nada más?

—No, esto es todo. —Marín clavó la mirada en Suances—.Esto no puede salir de aquí. Si alguien pregunta, nada de favores ni de movidas. Simplemente será un expediente en marcha.

—Te aseguro que no se va a saber nada. Gracias, Marín.

Suances se dio la vuelta para salir del despacho cuando el jefe de la Brigada Judicial habló de nuevo.

—Oye, no digas nada, que me la juego. También hay un auto de adopción.

Suances miró al techo. De los seis tubos fluorescentes de aquella habitación, solo la mitad estaban encendidos. Uno de ellos parpadeaba.

—Voy a hablar con Julián, de mantenimiento, para que te instale tubos de led aquí. Me debe una.

—¿Quién no te debe una a ti?

—Menos gente de la que imaginas…

Suances se detuvo junto a una columna y apoyó el cuerpo contra ella. A su alrededor bullía un revuelo de conversaciones y ruidos tecnológicos. Vio a De Bustos a través de las persianas de metal del despacho, gesticulando con vehemencia durante una conversación telefónica.

—Está teniendo una mañana caótica…, yo ni me acercaba —le dijo un compañero que volvía a su escritorio con unos folios en la mano.

Al otro lado del cristal, la inspectora jefa, rodeada de papeles esparcidos sobre el escritorio, elevaba la voz por momentos. Todos los policías llevaban horas escuchando cómo los gritos agudos de la mujer descargaban la tensión acumulada contra sus interlocutores. Tenía el rostro serio, clavado en la pantalla del ordenador. Vio cómo colgaba el auricular con fuerza, abría una carpeta amarilla y clavaba los codos, aplastándose el pelo con ambas manos.

—El teléfono no ha dejado de sonar —dijo el compañero.

Suances se lanzó hacia la puerta de la inspectora jefa de pronto, con paso firme, como quien salta desde un acantilado sin valorar la posibilidad de un resbalón en el borde, de una coordinación mal medida de los músculos, consciente de que un mínimo fallo llevará al sonido sordo del choque, del ruido del cuerpo despedazado al golpearse contra las rocas afiladas sobresalientes. ¿Qué riesgo real había?, pensó mientras echaba la mano al pomo. ¿Una bronca

delante del resto de los compañeros? ¿Y qué? La urgencia de la situación lo merecía. Entró tras apenas golpear la puerta.

—Jefa…, ¿tiene un momento? —Trató de modular la voz, suave pero cargada de emergencia.

La mujer levantó la cabeza y le miró con los ojos totalmente abiertos.

—¡¿Un momento?! Suances, ya puede ser urgente para entrar así, sin llamar. ¿No ves que estoy hasta el cuello de trabajo?

—Lo sé, lo sé, lo sé, lo sé —dijo Suances mezclando comicidad y disculpa—, perdón por interrumpir. Sé que tiene mucho que hacer, pero no habría entrado si no fuera algo urgente de verdad. Es sobre la orden judicial que necesitamos para acceder a la información fiscal de la cuidadora del colegio.

—Pero… ¿tú cuándo me has pedido eso? —dijo De Bustos, con el cuerpo congelado.

—Se lo estoy pidiendo ahora.

—¡No me vengas con historias, Suances! —dijo la inspectora jefa al borde de la erupción—. Todo se está retrasando, yo no puedo estar…

—La necesitamos.

De Bustos puso las manos sobre el escritorio y elevó el cuerpo, restableciendo la jerarquía del plano físico entre ambos.

—Entiendo que se enfade, jefa, lo entiendo perfectamente. Pero necesitamos la orden judicial para contrastar unos datos. El tiempo corre en nuestra contra y con esto podemos avanzar.

De Bustos suspiró y se pasó la mano por el rostro.

—Podemos encontrar a Gonzalo, jefa —apretó Suances.

La mujer respiró hondo, cerró los ojos durante un segundo y luego le miró con dureza.

—Suances, no es el único marrón que tengo encima hoy. De hecho, no habéis avanzado en varios días. He solicitado órdenes judiciales para tres informes de tráfico de drogas y dos casos de violencia de género. El sistema está colapsado y todo se está retrasando…

El policía le habló con una calma que rozaba la condescendencia:

—Le juro que lo comprendo, jefa. Le aseguro que Alarcón y yo estamos dándolo todo en este caso. Esta pista puede ser crucial. Es un niño.

De Bustos torció el cuello y sonó un crujido. Miró el reloj de la pared y luego echó un vistazo al montón de papeles que tenía delante. Volvió a dejar caer el cuerpo en la enorme silla de escay.

—Joder… Ahí fuera hay compañeros que llevan casi una semana esperando una orden, Suances… Voy a quemar todas las naves en esta llamada con la jueza Ordóñez. Espero que sirva para algo, porque esto me va a empantanar…

—Sí, jefa. En serio. Rara vez me…

—Cállate y déjame trabajar ya, coño —soltó de pronto—, ya te he dicho que lo voy a hacer. Ahora vete.

—No es por meter presión, jefa, pero tenemos a Encarna en la sala de interrogatorios.

De Bustos soltó una carcajada que resonó en la comisaría como el rugido de un saurio.

—Qué jeta tienes, tío —dijo, pisoteando su autocontrol y todo respeto al protocolo—. Vete. Ahora, que esta historia no acaba aquí. Después de esto, ya te veré con calma.

De Bustos levantó el auricular del teléfono mientras pasaba hojas de su agenda de mesa, aquel enorme objeto precario que dominaba la parte lateral de su escritorio desde el día en que se instaló.

Suances giró sobre los talones y sonrió de espaldas a ella.

—Claro, claro. La dejo trabajar, jefa —dijo atravesando la puerta.

25

Encarna

Día 7

Alarcón esperaba en el habitáculo contiguo a la sala de interrogatorios.

—¿Dónde coño estabas?

—Ahora te cuento. ¿Cómo está?

Ambos miraban una pantalla en la que se veía a Encarna tamborileando con los dedos en la mesa blanca. Cambió de postura un par de veces hasta quedarse con las piernas cruzadas. Por su imponente estatura, tenía pinta de que las sillas rara vez le quedaban del todo cómodas. En una de las esquinas había un agente realizando labores de vigilancia.

—Parece bastante tranquila. Ha pedido un café descafeinado y un botellín de agua. Después ha preguntado dos veces si faltaba mucho para prestar declaración.

—He estado hablando con Marín, el jefe de la Judicial. Tengo información sobre ella.

—¿Algo interesante?

—Puede ser… Tiene dos bienes inmuebles a su nombre. Otra cosa que me ha dicho —dijo Suances, que escribía en un papel mientras hablaba— es que fue profesora de instituto. Me he acordado de la denuncia que le puso a César aquella alumna, pero las edades no encajan. No fue ella.

—Joder, ¿y te ha dado la información sin más? Si aún no habíamos pedido la orden.

—No, ya lo sé. Acabo de meterme en la cueva oscura de De Bustos y he salido con cuatro zarpazos y con la promesa de que me la consigue hoy mismo.

—Ni se te ocurra mencionar nada de lo que te ha dicho Marín. Si tiene algo que ver con el caso, la información podría declararse nula en el proceso judicial.

—Ya, jefa. Sé cómo funciona esto. Tranquila.

—Y a Marín se lo funden, pero así —dijo chasqueando los dedos.

—Ya, y a mí. —Suances soltó una risa idiota—. ¿Tenemos algo de Informática Forense?

—No, aún nada.

Alarcón respiró hondo y volvió a mirar a la pantalla.

—La hemos dejado demasiado tiempo tranquila, ha podido pensar lo que tiene que decir —dijo Alarcón—. Voy a entrar yo primero. Seguimos lo acordado.

—Sí, jefa. Tranquila.

—No me digas más «tranquila», que me pones nerviosa, Suances, coño.

Alarcón abandonó la sala de espera. Suances encendió los altavoces y vio a su compañera aparecer en la imagen y sentarse frente a Encarna.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? —dijo Encarna.

—Aún no hemos empezado.

—Ya, pero yo tengo una vida…

Encarna mantenía la calma. En sus ojos no asomaba nada parecido al miedo, solo un brillo de curiosidad y orgullo. El ambiente era tenso, aunque ambas se mostraban educadas.

—¿La vivienda en la que reside es suya?

—Así es.

—¿Está pagando la hipoteca?

—No tiene hipoteca. Es un piso que heredé de mi tía.

—Vaya, ¿y cuándo falleció?

—Hace ya años…

—¿Y se quedó a vivir en ese barrio…?

—No entiendo a qué se refiere…

—He oído que no es el mejor barrio de la ciudad.

—Se nota que usted no es de aquí, no crea todo lo que le dicen —dijo Encarna—. Yo me crie en esa casa, conozco a todos los vecinos. Sé que el Ayuntamiento tiene la intención de gentrificar la zona. Quieren ir echando a los pobres hacia las afueras, pero a mí aún me queda cuerda. Si tengo que ser la única, lo seré. Lucharé con uñas y dientes. Ese barrio representa la realidad de nuestra sociedad. Hay inmigrantes, sí, y también tiendas de toda la vida, comercios de proximidad… El que quiera vivir en el centro, rodeado de multinacionales y tiendas donde venden lo mismo, que se mude a ese mundo de plástico. Yo me quedo ahí.

—Veo que lo tienes muy claro…

—Le ruego que me siga hablando de usted.

—Bien. No vamos a perder mucho tiempo —dijo Alarcón—. Necesito que me cuente todo lo que recuerde sobre Gonzalo.

Encarna recibió la pregunta con una ligera sonrisa.

—Estuve trabajando en el colegio Brightful como monitora de comedor el año pasado. Pero eso ya lo saben. Sí, traté con él. Como con tantos otros niños.

—Tenemos constancia de que usted pasaba más tiempo con él que con los demás niños.

—Era un chico especial, se quedaba solo y a veces me acercaba para ver si necesitaba alguna cosa. Era parte de mi trabajo.

—Ya… Nos han dicho que no hablaba con casi nadie. ¿Con usted sí?

—A veces no hay por qué hablar con todo el mundo. Sí, hablábamos, pero tampoco mucho…

Encarna mantenía la mirada fija, sin parpadeos, lo que a Alarcón le pareció desconcertante.

—¿Y qué hacían? ¿Jugar al ajedrez?

—Sí, principalmente. Gonzalo era un niño tranquilo —dijo Encarna con la entonación de quien comienza a narrar un relato—, no le gustaba jugar al fútbol ni perder el tiempo con otras estupideces en el patio, así que cuando terminaba de comer se solía quedar en un rincón del comedor. El resto de mis compañeras de turno le trataban como a un bicho raro, le dejaban estar ahí.

—Pero eso iba contra las normas, ¿no?

—Hacíamos la vista gorda; al fin y al cabo, no daba problemas. Limpiábamos la mesa de la esquina y le dejábamos que se colocara ahí a terminar de hacer sus deberes o a leer. Un día me acerqué a barrer y estaba tratando de resolver un problema de matemáticas.

Parecía atascado, así que le ayudé a que lo entendiera. Era un problema de expresiones algebraicas. Me extrañó, porque es una materia propia de Educación Secundaria, pero él iba a quinto de primaria. Así que imaginé que era un niño especial.

—¿En qué sentido?

—Inteligente. Diferente.

—¿Y le propuso usted jugar al ajedrez?

—No, un día le vi dibujando un tablero en una libreta, así que le pregunté si le gustaba el ajedrez y me respondió que sí. Practicaba jugadas, aperturas, jaques…; dibujaba las piezas y las borraba. Con un lápiz y una goma se valía. Mis compañeras estaban deseando irse a casa, pero yo me quedaba hasta el final, recogía las bandejas, tiraba la basura al contenedor…, esas cosas. Así que aprovechábamos para jugar.

—¿En la libreta?

—No —dijo Encarna soltando una risotada—, al principio me llevaba un tablero y fichas…

A Alarcón le pareció evidente que aquella mujer de mirada huidiza tras los gruesos cristales acababa de llamarla idiota en la cara.

—… después empezamos a jugar en una aplicación —siguió la mujer.

—Ah, ¿y cómo se llama esa aplicación?

—Darkbishop. Lo bueno de esa aplicación es que permite colocar las fichas en la posición que quieras, así que cuando alguna partida se quedaba a medias, podíamos seguirla al día siguiente.

—¿Duraban mucho esas partidas? Porque estuvimos hablando con el profesor de ajedrez de Gonzalo y nos dijo que era un chico prodigioso…

La mujer soltó una nueva carcajada y de inmediato adoptó una expresión facial rígida.

—Ahora cualquiera es profesor. No existe el más mínimo decoro en este mundo. El chico es bueno, pero tampoco podemos decir que sea el nuevo Kaspárov. Con un buen entrenamiento tal vez podrá llegar a convertirse en un jugador brillante.

—Vaya… ¿Y no hablaban de nada? ¿No recuerda nada relevante que le contara?

—El ajedrez es un juego que requiere concentración. No hay necesidad de hablar. Además, durante un juego se produce mucha comunicación, no solo lo verbal es comunicación. Movimientos particulares, patrones de defensa y ataque… Todo puede desencadenar emociones, porque los oponentes saben que en cada jugada se esconde una intención.

—Ya —dijo Alarcón.

—Es como en esta conversación —dijo Encarna con aire prepotente—. Si, de pronto, yo respondo algo que no se espera, usted arquea las cejas. Si usted me hace una pregunta directa que esconde una segunda intención, yo sonrío. En el ajedrez sucede igual. Si tengo un jaque claro o una pieza que puedo comer y no lo hago, puede interpretarse como una burla o un acto de bondad… y generar una sonrisa en ambos jugadores. El ajedrez es una manera más de comunicarse.

Era evidente que Encarna se estaba recreando en la conversación. Alarcón volvió a buscar el modo de mantener latente la tensión.

—Así que ambos compartían el gusto por las matemáticas.

La expresión de la mujer cambió, fue apenas durante un instante, el tiempo que duró el gesto casi imperceptible de recolocar el trasero

en la silla. Suances percibió el movimiento a través de la pantalla, aunque la mujer recuperara rápidamente la compostura.

—No estoy segura de si a él le gustaban mucho, pero hacía ejercicios de matemáticas con frecuencia.

—Vimos en el currículo de la empresa en la que trabajó que es licenciada en esa materia.

—Sí. También fui profesora de matemáticas —dijo Encarna dejando aflorar el orgullo—, pero no creo que sea algo relevante ahora.

En ese instante Suances entró en la sala. Hizo que sus pasos retumbaran en las paredes de forma intencionada. Colocó la carpeta en la mesa, arrastró la silla y se sentó.

—Hola —dijo entonces—; sigan, por favor…

—¿Por qué dejó esa profesión? —siguió Alarcón—, ¿no le gustaba enseñar?

—No es tan sencillo. La vida cambia. —En ese instante la mirada de la mujer pareció vaciarse, como si por un instante hubiera desconectado de la realidad—. Era interina, y la vida del docente sin una plaza fija es sacrificada y dura. Baja remuneración, siempre de acá para allá, inestabilidad laboral y personal… Además, en esa etapa necesitaba cuidar de mi tía, así que busqué algo más estable. En todo caso —puntualizó la mujer, volviendo de algún lugar remoto —, no veo por qué eso puede ser relevante en este momento.

Suances había mantenido la mirada fija en los ojos de Encarna, estudiando sus movimientos, sus párpados fijos como toldos.

—¿Llegó usted a conocer a los padres de Gonzalo? —preguntó Suances con firmeza.

—No, los monitores no tenemos línea directa con la familia de los alumnos. Únicamente podemos transmitir información a través de la dirección o de los profesores encargados. Solo sucede si algún chico tiene que ser amonestado por un problema de convivencia o hay alguna emergencia. Por lo general, no teníamos contacto con los padres.

—¿Tiene usted familia?

—No, mi tía me cuidó sola. Vivimos las dos siempre juntas, ella… —Encarna hizo una pausa para beber agua.

Por primera vez los agentes percibieron en ella un instante de vulnerabilidad.

—Ella me lo dio todo —terminó de decir Encarna—. Me salvó.

—¿Por qué?

—Ella me acogió cuando mis padres fallecieron.

—¿Así que ella la adoptó?

—Sí —Encarna pareció ofenderse—, ¿por qué lo pregunta?

—¿El qué?

—Si ya les he dicho que me acogió, ¿para qué me pregunta si soy adoptada?

—Limítese a responder, señora Orcina —dijo Suances.

—¿Sabía que Gonzalo también lo es? —siguió Alarcón.

—No, no tenía ni idea. Nosotros no hablábamos de nuestra vida, ya le he dicho que simplemente jugábamos al ajedrez.

—Pero ¿en todas esas partidas no intimaron?

—No en ese sentido… Es una simple coincidencia.

—¿De qué vive ahora? —preguntó Suances.

—Estoy cobrando la prestación por desempleo. Desde que mi tía murió he trabajado en algunas cosas. Me gusta estar con niños,

pero… en realidad ya no necesito el dinero. —La mujer se rascó la nariz con una uña—. Ella me dejó bien cubierta. Ya le he dicho que se lo debo todo.

—¿Tiene usted pareja o algún otro familiar? —atacó Alarcón.

—No, estoy sola.

—¿Y queda con amigos?

—Yo…, no, no los necesito. —La mujer se cruzó de brazos—. Miren, creo que ya es suficiente, están invadiendo mi intimidad. ¿Se me acusa de algo exactamente? ¿De haber jugado unas partidas al ajedrez con un menor de edad?

Se hizo un silencio. Alarcón cruzó los dedos y endureció el tono.

—Mire, Encarna —dijo—. Sabemos que en la aplicación Darkbishop hay una sala de chat. Alguien habló con Gonzalo por esa vía y estamos tratando de recuperar esos mensajes.

—Muy bien. Yo nunca usé el chat de esa aplicación, pero cuando juegas con usuarios de forma aleatoria, a veces te hablan —dijo Encarna—. Es muy posible que Gonzalo jugara para practicar y que alguien le dijera algo, que simplemente le saludara, le felicitara por un movimiento o le buscara las cosquillas ante una situación crítica de la partida… Sucede con bastante frecuencia.

Suances se mordía la lengua. Aunque su experiencia le indicaba que, a veces, los patrones se cargan de significados emocionales y subjetivos y que a menudo la urgencia por encontrar una respuesta o una solución rápida puede llevar a encajar datos de forma precipitada, le parecía claro que en aquella conversación se estaban acumulando demasiadas coincidencias.

—¿Es cierto que le regaló usted un juego de ajedrez de madera a Gonzalo?

—Sí. Es cierto. Al final del curso los alumnos hacen regalos a los cuidadores: pulseras, dibujos… Y los monitores también suelen tener detalles con los chicos. Así que el último día de curso le dije que podía quedarse con el tablero. —Encarna suspiró profundamente—. Miren, yo siento mucho que el chico haya desaparecido, de verdad. Ojalá lo encuentren. Pero ya les he dicho todo lo que sé. Y ahora me gustaría irme. —Hizo una pausa—. Ya.

Los dos agentes se quedaron en silencio, rumiando el hecho incontestable de que habían llegado a un punto final en aquel interrogatorio.

—Gracias, Encarna —dijo Alarcón.

Los tres se pusieron de pie. El agente abrió la puerta de sala. Antes de salir, Encarna se giró hacia los policías.

—Necesito que me lleven a casa. No he venido hasta aquí andando y me duele una rodilla.

—Agente, acompáñela a la salida y diga a un compañero que lleve a la señora Orcina a su domicilio.

—Adiós —se despidió Encarna.

A Suances le pareció percibir en aquel tono un retintín de victoria.

A última hora de la tarde, los agentes escuchaban con atención a la psicóloga forense, quien había supervisado el interrogatorio a través de una pantalla. La experta les explicó que cuando le preguntaron a Encarna si tenía familia o amigos, alguien además de sus vecinos y de sus compañeros de trabajo temporales, sus pupilas se habían dilatado y había mirado levemente hacia la derecha. Claramente estaba buscando una salida o una excusa, aseguró la psicóloga.

—Pero vamos, esta mujer está fatal. Va medicada hasta las cejas —aclaró la técnica—, aunque no muestra la actitud propia de una psicópata. Estos suelen mantener un control absoluto de sus emociones, incluso bajo presión. Estaba nerviosa y, aunque lo disimula bien escudándose en las palabras, los gestos son más visibles. Se frota las espinillas con fuerza, como tratando de liberar la tensión acumulada; se aprieta las uñas en las muñecas; se cruza de brazos… Son signos evidentes de incomodidad, y una psicópata no suele tener estos deslices; proyectaría una calma intacta, casi inhumana. No sentiría nervios ni miedo.

Habían pasado casi dos horas desde que Encarna prestara declaración y los dos policías coincidían en que había suficientes indicios para relacionar los factores que tenían sobre la mesa: la adopción común, el gusto compartido por las matemáticas, el chat desaparecido de la aplicación, el hecho de que un niño tan poco sociable pasara tantas horas con una desconocida… La psicóloga forense les estaba mostrando más pruebas de la comunicación kinésica de la sospechosa, ciertas acciones que consideraba dirigidas a liberar la tensión acumulada, cuando recibieron la llamada de De Bustos. Debían acudir a la sala de reuniones al día siguiente a primera hora. Parecía que al fin todo echaba a rodar.

26

Transcripciones

Día 8

Suances estiró los brazos y las piernas todo lo que pudo y sintió que los talones le asomaban por el pie de la cama, colgando como al borde de un precipicio. Por un momento le vino el impulso de echar la mano a su derecha para palpar el vacío del cuerpo de Claudia, pero prefirió no hacerlo. Además, aquella ya no era la cama de Claudia. Era *su* cama. Suya, comprada por él, en exclusiva, para su nuevo apartamento. En las semanas previas a la ruptura, la comunicación entre ambos había ido decayendo poco a poco. «Creo que no va a funcionar, lo mejor es que uno de los dos se vaya», había dicho ella un día, mirando a través de la ventana. Y Suances supo que en esos ojos perdidos en los ladrillos del edificio de enfrente había tanta verdad como en los veintitrés años anteriores.

Se encontraron a la inspectora jefa en el centro de la mesa, flanqueada por el agente Markhoff, jefe del Departamento de Informática, y por Marín, de la Judicial.

—Tomad asiento, por favor —les dijo, deslizándoles un montón de folios grapados a cada uno—, hay que actuar deprisa. En primer

lugar, Marion ha solicitado un permiso para viajar a su país porque dice que su única hermana está hospitalizada.

—Se la tenemos que denegar —dijo Alarcón—, no podemos permitir que salga de España hasta que cerremos el caso. Quiero decir hasta que encontremos a Gonzalo.

—Ya se lo hemos denegado, inspectora —dijo De Bustos—, tranquilidad. Solo informaba. Bien, en la primera página de este documento tenemos la transcripción de las conversaciones de la aplicación Darkbi…

—En realidad —interrumpió Markhoff—, solo de una parte, señora.

De Bustos se echó hacia atrás en su silla y cruzó los dedos bajo el pecho.

—Pues venga, habla tú…

—No, señora, yo solo…

—Que sí, en serio —dijo De Bustos—, cuéntanoslo tú.

—Con permiso, señora —dijo Markhoff, recomponiéndose en la silla—, hemos podido desencriptar una parte de la conversación que se había borrado. No es toda la charla, hemos puesto una *X* delante de las frases que creemos que emitió el desconocido y una G en las que pensamos que enviaba Gonzalo.

Markhoff extendió los brazos y cogió los folios por los flancos moviendo sus dedos rápidamente. Presentaba una mirada afilada que transmitía calma y seguridad. Una leve cicatriz en la ceja derecha y el vestigio de su acento original lo dotaban de un toque misterioso.

—Con permiso —dijo Markhoff, y leyó en voz alta el documento mientras los demás seguían con los ojos la lectura; por un instante todos retrocedieron a la hermosa etapa del aula escolar.

X: Deberías proteger más tu rey. Si mueves esa torre a c5, me das una buena oportunidad para atacar. Piensa bien tu próximo movimiento.

X: Estás ahí?

G: Sí, estoy pensando… déjame tiempo, no soy tan…

—¿Rápido? ¿Idiota? —dijo el informático—, no tenemos más información de ese fragmento.

—No podemos deducir el tono de esta conversación —observó Alarcón.

Markhoff se tomó un segundo para colocarse un mechón rebelde, rubio ceniza, huido de su impecable peinado hacia atrás.

X: Tu rey en h7 es un buen movimiento defensivo. Mi siguiente jugada va a ser colocar mi peón en d5 y así abrir más líneas para mis piezas.

G: Te he dicho mil veces que no me avises de lo que vas a hacer.

X: El tablero está más equilibrado de lo que parece. Terminaremos en tablas si no arriesgas más. El control del centro sigue siendo mío. Vamos a ver si logras defenderte.

G: No me agobies, joder, que ya…

—Yo creo que podrían intercambiarse los papeles perfectamente —dijo De Bustos.

—No sé —respondió Suances—. Encarna pareció muy soberbia cuando le dijimos que el profesor de ajedrez había alabado el nivel de Gonzalo. Dijo que no era para tanto.

—Tal vez era un farol —puntualizó Alarcón.

—¿No hay IP? —preguntó Suances.

—Nada. Imposible. La han eliminado a conciencia; quien lo haya hecho desde luego tiene conocimientos de ciberseguridad muy avanzados.

—Tampoco podemos estar seguros del todo de que la persona con la que habla sea Encarna —dijo Alarcón.

—Creo que sí, inspectora. Sigamos —dijo De Bustos—. Esta es la parte importante.

X: Buen movimiento. Y sobre eso que te ha contado tu hermana… lo vas a ir entendiendo con el tiempo. Con el tiempo lo aceptarás poco a poco.

G: No tenía que haber…

—Tiene que ser Encarna —dijo Suances—. Varios testimonios coinciden en que la hermana le había contado recientemente que era adoptado.

—Sí, además Estela se lo reconoció a la psicóloga —dijo De Bustos —, parecía arrepentida.

—El padre nos dijo que se lo habían ocultado a Gonzalo —dijo Alarcón—, pero que desde que lo sabía, el chico se había vuelto más reservado y había cambiado su relación con él.

—Seguimos con la aplicación abierta en la sesión de Gonzalo, por si alguien interactuara con él de nuevo —concluyó Markhoff—. Pero parece improbable.

—Marín, ¿cuál era el contenido del auto de adopción? —dijo Suances.

Un silencio helado invadió la sala.

—¿Cómo tienes conocimiento de que existe ese expediente? —le preguntó De Bustos.

Suances negó con la cabeza y abrió la boca buscando alguna palabra que emitir.

—Ya hablaremos de eso —dijo De Bustos—, jefe Marín, ¿qué puede contarnos?

—Se trata del expediente que reúne toda la información sobre la adopción de Encarna por parte de su tía, así como la resolución judicial. En este sentido —dijo Marín, abriendo el documento por una página concreta—, resulta llamativo el apartado sobre su evolución psicológica, en el que señala que tuvo dificultades emocionales asociadas a su pasado, aunque estableció vínculos afectivos profundos con su madre adoptiva. Su desarrollo fue positivo a nivel académico, pero el informe psicológico indica que había experimentado dificultades para sociabilizar durante la adolescencia.

—Como una regadera… —observó Suances.

—¿Y lo de los IBI? —dijo De Bustos.

—Sí —dijo Marín—, ahora iba con eso. Hemos cruzado los datos fiscales de Encarna con Hacienda y hemos encontrado dos recibos del IBI a su nombre. Ambos pagos se realizan de forma recurrente y están domiciliados en cuentas distintas…

—Perfecto, ¿tenemos las direcciones exactas de esas propiedades?

—Sí, según los datos de Hacienda, una de las propiedades se encuentra en la calle Copérnico, 13…

—Esa es la dirección donde la recogimos —dijo Alarcón.

—… y la otra está localizada en Alhama, en una zona aislada. Según nuestros registros, esta propiedad corresponde a una finca industrial.

—¿Has podido confirmar si, efectivamente, la finca industrial está abandonada?

—Sí, inspectora. Según los registros, la propiedad llevaba años sin actividad, pero desde hace unos meses han reactivado el suministro de electricidad y agua, aunque sin dar de alta ninguna licencia de funcionamiento.

—Necesitamos una orden de registro de esas propiedades de Encarna, jefa —dijo Suances.

—Ya las tenemos, subinspector, ya las tenemos. A veces no llego a todo, pero yo nunca tomo atajos —respondió De Bustos elevando el tono gradualmente y clavando la mirada en los ojos del hombre—. Cuando me comprometo a algo lo cumplo siempre dentro de la legalidad y de la ética profesional. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, señora —respondió Suances.

—No sé qué estáis haciendo aquí todavía —sentenció De Bustos.

27

Juntaletras

Día 8

—¿Suances?

—Qué pasa, Coloma, ¿cómo vas?

—¿Cómo vas tú? Me debes algo, ¿no? Últimamente no he visto ninguna llamada tuya.

—Bueno, la investigación no está yendo demasiado bien, como te puedes imaginar.

—Pero algunos medios ya están hablando de una posible sospechosa… Esta mañana lo he oído en la radio. Una antigua trabajadora del colegio…

—No te creas todo lo que escuchas, Coloma. Ya sabes cómo funcionan las hienas…

—Ya —se rio—, podrías pasarme algo de información, tío.

—Bueno, te puedo decir que no era una profesora, como se está diciendo por ahí. Pero no te puedo dar nada más, por ahora…

—Con eso no me vale, tío, necesito algo más.

—Mira, hay algo en lo que me puedes ayudar.

—¿Yo a ti? Creía que el que me debía el favor eras tú.

—Te daré la información si me ayudas con esto.

—Soy todo oídos.

—Necesito que busques en los archivos, en notas de prensa, en las noticias de los últimos veinte o veinticinco años, donde sea, algún artículo sobre el padre del chico.

—Vale, pero eso ya lo he investigado. ¿Qué te piensas, que soy un becario o qué? Ahí no se puede rascar nada.

—Sí, pero tienes que hilar más fino. Hablo de noticias relacionadas con profesores de instituto. Él tuvo una historia hace ya mucho tiempo que no sé si llegaría a salir en la prensa, pero es lo que tienes que investigar en las noticias de sucesos, de tribunales. Una alumna le acusó de haberse acercado a ella de forma rara durante la época en la que César daba clases en los institutos. El caso es que las edades no coinciden con esa sospechosa de la que están hablando, pero es posible que haya algo que rascar por ahí.

—Bueno, déjame que mire. ¿A qué se dedica él? ¿No era profesor de universidad?

—Sí, ahora sí, pero durante muchos años estuvo dedicado a la docencia en Educación Secundaria. Llegó a ser jefe de estudios de un instituto, en el que tenía la plaza. Pero esto le pasó cuando todavía era interino.

—De acuerdo, lo miraré. Pero otra vez estamos en deuda.

—Cabrón juntaletras…, eso será si encuentras algo.

—¿Acaso lo dudas?

Coloma se dispuso a investigar el caso de inmediato. Era consciente de que cada año aparecen un par de casos de acusaciones de alumnas contra profesores en España, pero que normalmente no saltan a la primera página porque crean demasiado

revuelo. Los directores de los medios suelen frenar esas noticias antes de que salgan a la luz si no hay pruebas concluyentes. Sin evidencias sólidas o sentencias firmes, ese tipo de información suele quedarse guardada en un cajón. Sin embargo, las fechas apuntaban al año 2005, una época en la que la sociedad no era tan sensible como ahora. Tras casi una hora escarbando en los discos duros del Departamento de Documentación del periódico, encontró al fin una noticia en la que aparecían las iniciales C. Q. V., pero no trataba sobre abusos. Pinchó el documento y leyó la noticia en silencio.

Lleva su caso al Tribunal Supremo tras quedarse sin la plaza de profesora por una décima

Murcia, julio de 2015

Una opositora de secundaria perteneciente a la convocatoria de este año en la Región de Murcia ha elevado su caso hasta el Tribunal Supremo tras quedarse sin plaza por una décima. E. O. P., que se presentó junto a otros mil doscientos aspirantes a las oposiciones de Matemáticas, señala directamente la actuación del presidente del tribunal calificador, C. Q. V., a quien acusa de falta de imparcialidad en la evaluación de su examen.

Encarna asegura que su calificación no refleja su desempeño real y sostiene que el presidente del tribunal podría haber actuado con prejuicios en su contra. Según declara la afectada, «no solo la nota fue injusta, sino que sospecho que existió algún tipo de animadversión hacia mí. Hay pruebas de que otros exámenes con errores similares al mío obtuvieron calificaciones más altas». La opositora lleva meses luchando por la revisión de su examen y presentó un recurso administrativo que fue rechazado sin una explicación clara sobre los criterios utilizados en la corrección. La decisión de acudir al Tribunal Supremo, según explicó, no fue fácil, pero considera que es su única vía para que se haga justicia.

«He dedicado muchos años a prepararme para este momento. Era mi última oportunidad, no me quedaban fuerzas físicas ni mentales. Que una décima me deje sin plaza me ha sumido en una profunda depresión», confesó la mujer a esta agencia, visiblemente afectada. Su abogado, Luis Quilmes, señala también al presidente del tribunal como responsable de una corrección subjetiva: «No se respetaron los principios de objetividad e igualdad que rigen los procesos selectivos. Además, el tribunal, y en particular su presidente, no ha ofrecido respuestas claras sobre los criterios aplicados ni sobre las notorias diferencias en las calificaciones otorgadas a otros opositores», confirma el abogado.

La Consejería de Educación ha evitado hacer declaraciones sobre las acusaciones contra el presidente del tribunal, pero fuentes internas defienden que los procesos actuales cumplen con la normativa vigente.

El resultado de este caso en el Supremo podría no solo determinar el futuro profesional de esta opositora, sino también poner en el centro del debate la necesidad de un mayor control y transparencia en los procesos selectivos. «No lucho solo por mí —concluye la afectada—, espero que ningún otro opositor tenga que atravesar el infierno que yo estoy viviendo».

Ese mismo documento estaba enlazado en la base de datos a otro: una entrevista a la opositora que denunció. El titular rezaba: «He pasado un auténtico infierno. Estoy hundida». El retrato a tres columnas de una mujer ocupaba la parte central de la página. Coloma hizo una foto con su móvil a la pantalla del ordenador y llamó por teléfono a Suances.

—¿Qué pasa, Coloma?

—Tengo algo que te va a interesar —dijo el periodista.

—¿Ya?

—Claro, tío. ¿Con quién te crees que estás hablando? Pero lo que tengo no está relacionado con el caso de los abusos. De eso no he encontrado nada. O bien no hubo pruebas suficientes, o bien las

circunstancias jugaron a favor de Quintero, pero no hay rastro de eso.

—Entonces ¿qué tienes?

—¿La persona a la que investigas se llama Encarna Orcina Piñero?

—Coloma —dijo Suances, llevándose los dedos de la mano libre a ambos lados de la frente para masajearse las sienes—, no lo publiques todavía, por favor.

El periodista soltó una carcajada.

—Tío. Esto es demasiado jugoso… Tengo delante de mí la prueba que relaciona a esa mujer con el padre del niño.

Suances se sentó en la silla de su escritorio y se dobló hacia delante, con una mano en la cara. La lumbalgia llevaba toda la mañana amenazando con soltarle un buen latigazo.

—Si lo sacas, se puede ir todo a la mierda, tío. Si no… —El policía guardó silencio.

—¿Estás ahí? —dijo Coloma.

—Mira —dijo Suances—, cuando resuelva esto te juro que te doy en exclusiva todos los datos para que hagas el reportaje de tu vida sobre este caso. Pero ahora solo dime lo que has encontrado. Piensa en el niño, tío…

—Eres un cabrón, tirando de mi lado emocional, ¿eh?

—Si tú no tienes de eso, capullo…

Coloma se carcajeó.

—Te mando una foto.

Bestia

Desde que se supo en peligro, todo el tiempo transcurría como un bloque. Como un único segundo, largo e idéntico. Tenía pocas opciones para perpetrar un plan de escape. Analizó la situación. Sabía de la existencia de una habitación a la derecha, desde donde le llegaron las voces, y que el pasillo se encontraba a la izquierda. Al fondo de este, la puerta negra. Recordó las discusiones. Apenas había ingerido la comida mínima para subsistir, pero no parecía que el alimento le estuviera provocando malestar. Si querían acabar con él, no sería con veneno. Tal vez todavía no lo habían decidido. O esa tercera persona, la que representaba la amenaza real, se había arrepentido. En todo caso, se sabía en peligro. Llevaría a cabo el plan esa noche.

Necesitaba algo que pudiera usar como herramienta, de modo que desenroscó una parte del gusanillo de alambre con el que estaba encuadernada la libreta. Lo dobló hasta que partió una porción. Unos veinte centímetros de metal, al estirarlo. Calculó que todo el gusanillo, extendido, mediría unos tres metros.

Por su lado de la habitación la cerradura era ciega, por lo que la opción de fabricar una ganzúa era inútil. Tratar de golpear el ventanal con alguno de los objetos que tenía a mano tampoco parecía una opción potencialmente efectiva, ni tampoco discreta. Así,

barajó dos posibilidades de huida. La primera consistía en no tocar la comida en absoluto durante varios turnos, dejarla intacta, para fingir un desfallecimiento, esperar después a que las captoras se acercaran a él y tratar de enfrentarse a ellas físicamente. Sin embargo, ese plan requería estar en el suelo en el momento del contacto, por lo que perdería ventaja. La segunda opción le pareció más inteligente.

En mitad de la noche, el corazón le latía con tanta fuerza que la sangre le bombeaba en las sienes como un tambor de guerra. No sentía cansancio, pese a llevar varias noches durmiendo mal. En distintas ocasiones, durante el verano, había probado a quedarse despierto algunos días seguidos para comprobar la capacidad de resistencia de su cuerpo y cómo se fatigaba su concentración, convencido de que el sueño es solo una limitación que puede superarse con disciplina. En su fuero interno, Gonzalo pensaba que ese entrenamiento le podría servir si alguna vez precisaba extraer todo su potencial en condiciones extremas de cansancio. Sintió que aquel experimento del pasado había sido una especie de premonición que le ayudaría a abordar el plan con mayor seguridad. Nada le haría echarse atrás. Reconoció esa fuerza interna, poderosa, que a menudo le dominaba. Un impulso obsesivo que se escapaba a su control. Era lo que le sucedía cuando algo se le metía en la cabeza. Como cuando, con ocho años, salió de la playa en Los Alcázares para saltar al agua desde aquella cala, situada a una altura terrible, desde donde solo los adultos experimentados se atrevían a volar. Como cuando su fascinación por la historia le llevó a pedalear hasta las trincheras de la Guerra Civil, en el Valle Perdido de Murcia, sin prever que la noche caería antes de su regreso.

Era el momento. Miró por debajo de la puerta. Había luz. Casi a tientas, empujó el escritorio, despacio, milímetro a milímetro, en un silencio casi perfecto, hasta situarlo bajo la lámpara. Luego colocó la silla sobre la mesa y trepó a ella, con un trozo de alambre entre los dientes y el vaso de plástico lleno de agua en una mano. No había encontrado ningún enchufe visible, pero sí el cable desde el que la lámpara caía del techo. A menudo la luz parpadeaba, señal inequívoca de la antigüedad del cableado. Respiró hondo. Esperaba que el cortocircuito fundiera la caja de fusibles y la vieja instalación se viniera abajo. Bastaba una chispa. Guardando el equilibrio sobre la silla, se quitó el alambre de la boca y lo intercambió por el vaso. Con ambas manos libres, tomó el cable y lo rajó con el metal hasta encontrar las tripas de cobre. Con el conducto completamente expuesto había muchas posibilidades de crear el cortocircuito. Al atravesar los hilos dorados con el alambre sintió una leve vibración, que le hizo sacudir la mano. A continuación, inclinó el vaso y dejó caer el agua por el cable, poco a poco, asegurándose de que los materiales quedaran humedecidos. El líquido provocaba un ruido delicado y constante al gotear sobre los muebles, como de lluvia. Con el vaso de nuevo en la boca, bajó el primer pie, que resbaló por un instante. Se agarró con las dos manos al respaldo de la silla, conservando el equilibrio. Respiró hondo varias veces y terminó el descenso hasta alcanzar el suelo. Colocó un trozo de papel para ahogar el sonido del goteo. Después, con tranquilidad, se secó las plantas de los pies y se calzó. Cuando pulsó el interruptor, la bombilla parpadeó un par de veces. Luego llegó un zumbido, que anticipó el chasquido seco. Miró por debajo de la puerta. La luz se había apagado. Ahora solo quedaba esperar.

Sintió su propio aliento en mitad del silencio. Oyó una puerta abrirse. Un cuchicheo. Una respuesta. Pasos en el exterior. Agarró con fuerza el pincho que había elaborado manipulando el gusanillo de alambre. Estaba convencido de que, si lo clavaba con la fuerza suficiente en una persona, podría atravesar la piel y alcanzar los órganos. Se concentró en los pasos. Rápidos. Dubitativos. Oyó el pestillo de la cerradura ceder y todos los músculos se le tensaron. La puerta se abrió con un ruido metálico y un haz de luz apareció, dando saltos como una alimaña asustada. Tras la linterna, una silueta se adentró en la habitación. El arma blanca improvisada temblaba en la mano de Gonzalo. Su instinto había transmutado hasta convertirse en el de un animal salvaje llevado al límite ante la necesidad de sobrevivir. En la otra mano, sostenía un metro de alambre recto, estirado y tenso, con un extremo enrollado entre sus dedos. Esperó el momento justo y, cuando la sombra pasó junto a él, dio un paso adelante. Con un gesto seguro y rápido hundió el punzón de alambre en el costado de la mujer, que emitió un gruñido de pavor, apaciguado por la tela del pasamontañas. La linterna cayó al suelo, apuntando hacia una pared e iluminando escasamente el espacio. Gonzalo recibió un primer golpe en el hombro que le lanzó despedido. La segunda figura entró en la habitación, susurrando algo. Confundida. Era alta y corpulenta, pero el chico no lo dudó y con un grito desesperado se lanzó sobre ella, alzando el alambre, anudado en ambas palmas, y pasándolo alrededor del cuello. Después, se tiró al suelo de espaldas y trató de apresar con sus piernas el cuerpo de su víctima. Todo estaba saliendo como lo había planeado en su cabeza. Sentía euforia. Apretaba los dientes y gritaba. No era un humano, era una bestia. El jadeo sofocado de la

segunda mujer llenó el aire. Identificó ambas voces con claridad. Eran las de sus verdugas. Una de ellas le sonó más familiar que nunca, pero, aunque el cerebro rebuscaba deprisa en los compartimentos de su memoria, no era capaz de identificarla. En la penumbra, Gonzalo recibió un golpe seco en la cara y una serie de patadas en el costado que casi le hicieron soltar el alambre. Pero continuó apretando hasta que un nuevo impacto le sacó de pronto todo el aire de los pulmones. Sintió que sus manos perdían fuerza. El alambre se deslizó finalmente entre sus dedos. Las dos sombras se movieron frente a él. Una de ellas tosía, respirando fuerte. Gonzalo lloraba en el suelo.

—¿Lo matamos? —preguntó la primera voz, entrecortada.

—¡No! —chilló el chico aterrado—, ¡socorro!

—¡Calla! —gritó la primera.

—No, no…, espera —respondió la otra, masajeándose el cuello—. Átale las muñecas con el alambre. ¿Estás herida?

—Sí, pero es superficial…

Gonzalo se revolvió cuando se acercaron a él, pero le retuvieron por los hombros y lograron reducirle. En mitad de la penumbra, sintió que perdía el control. La adrenalina desaparecía. Las fuerzas le fallaban.

28

Décimas

Día 8

Las pruebas recabadas no dejaban lugar a dudas: había existido algún tipo de relación previa entre César y Encarna. Alarcón tenía en la mano un folio con dos columnas: en una aparecían unos cincuenta nombres y, junto a cada uno, una nota. Dos líneas estaban marcadas con subrayador amarillo: la correspondiente a Encarna, que tenía una calificación de 16,89, y la de la persona justo por encima de ella, con una puntuación de 16,90. Esa segunda marca señalaba el último puesto que accedía a una plaza de funcionaria en el cuerpo de profesores de Educación Secundaria. La persona que había conseguido el puesto se llamaba Estíbaliz Sáez Juárez.

—Hemos logrado acceder a la denuncia que Encarna presentó, a través del despacho de Quilmes —dijo Alarcón—. Se quejaba de que le habían bajado cinco décimas por el criterio «Presentación y orden», uno de los criterios de valoración más subjetivos que existen en este tipo de pruebas. ¿Hasta qué punto se está dejando margen

suficiente en los bordes de un folio o cuántos tachones se necesitan para que te bajen medio punto?

—¿Hay tachones o algo similar? —preguntó De Bustos.

—Nada. Es cierto que en el cuarto folio hay un ejercicio con fórmulas que casi llegan al borde…

—Habría que ser muy estricto para dejar a alguien sin plaza por eso —observó la inspectora jefa.

—A no ser que el tribunal tenga un interés especial en que una persona concreta obtenga la plaza —dijo Suances.

—Estíbaliz Sáez fue compañera interina de César Quintero durante un curso. Es bastante frecuente que los interinos de larga duración coincidan con funcionarios de carrera en los departamentos de los institutos, así que hasta ahí todo normal. Pero hay más aspectos sospechosos en todo esto —dijo Alarcón—: fue la estudiante que denunció a César por abusos en 2005.

—¿La que fue su alumna? —dijo De Bustos.

—Sí —dijo Alarcón, mostrando el expediente de la denuncia—. En todo caso, no debemos perder el foco. Lo que nos interesa es vincular a Encarna con el caso de Gonzalo…

—¿Estamos barajando la hipótesis de que Encarna ha secuestrado al niño para que César sufra? —preguntó la inspectora jefa.

—Todo lleva a pensar que ese ha podido ser el móvil del rapto —dijo Suances—. Cuando una persona se encuentra bajo los síntomas de la depresión, si dirige su culpa hacia alguien, es capaz de hacer casi cualquier cosa…

—Has dicho que había más aspectos llamativos respecto a Estíbaliz… —dijo De Bustos.

—Sí, hay algo que… puede parecer realmente siniestro.

César se había comunicado con Alarcón para informar de que había recibido una llamada desde un número oculto y que un hombre, con la voz alterada con algún tipo de modulador, le había advertido, con lentitud y claridad: «Solo quedan dos días. Todo es culpa tuya». Al rato, el padre de Gonzalo se había plantado con el teléfono en la comisaría, pero no hubo manera de rastrear el origen de aquella llamada. Alarcón aprovechó para charlar con él acerca de Encarna.

—¿Creen que ha sido ella?

—No lo sabemos, señor Quintero, pero es posible. Necesitamos que nos cuente lo que recuerda de aquel caso y si mantuvo algún tipo de contacto con Encarna Orcina después de que se anunciara la sentencia.

La noticia sobre el caso de Encarna y César era de 2015. No había pasado demasiado tiempo, pero César decía no recordarlo como un hecho que le hubiera afectado de forma especial. Aseguró que simplemente se lo había tomado como la pataleta de una desequilibrada. Además, en aquella época estaba en pleno divorcio con Virginia, lo que definió como un torbellino de emociones de lo más estresantes, meses y meses de conflictos, peleas y documentos para que la mujer accediera a que César obtuviera la custodia de Gonzalo. Aunque era evidente que la relación entre el niño adoptado y su madre no era tan buena como la que mantenía con César, el hecho de ceder la custodia completa suponía para Virginia un fracaso personal. Y si algo odiaba aquella mujer era fracasar, en cualquier plano de su vida. Además, añadió César, él tenía claro que dejaría la Educación Secundaria para saltar a la universidad. Llevaban años ofreciéndole un buen puesto y era cuestión de tiempo

que lo aceptara. Estaba cansado de aguantar a adolescentes impertinentes, mimados y sobreprotegidos.

—Que te toque ser presidente de un tribunal de oposición es una faena —declaró César—, estamos sometidos a una presión enorme. Yo he conocido compañeros que solicitan, *motu proprio*, formar parte del tribunal, e incluso ser presidente. Suelen ser perfiles con mucha experiencia, cansados de ver cómo los departamentos se llenan de incompetentes sin vocación, que caen en la docencia porque es una manera cómoda de ganarse la vida: buen sueldo, buenas vacaciones y un trabajo fijo para siempre. Esos normalmente tiran a degüello, suspenden a más de la mitad de los opositores y se quedan tan tranquilos. Pero yo no soy así. Mire, estuve desde 1993 hasta 2016 dando clase en institutos. He formado parte de un tribunal de oposición varias veces. Veintitrés años dedicado a la docencia y le puedo asegurar que en ese tiempo he visto de todo, bueno y malo, y acabé harto. Me cansé de tanta burocracia, de tanto politiqueo. Perdí la vocación. Simplemente, la perdí. Estaba cansado de todo aquello. Así que aquel año, precisamente en 2015, estaba ya en la puerta de salida de la educación pública. En fin, que lo que me cuenta de esta mujer, sinceramente, para mí es solo una anécdota.

Si bien es cierto que los tribunales de las oposiciones se encuentran sometidos a una gran presión, tal vez mayor sea la que sufren los opositores, especialmente aquellos que llevan años y años de preparación y sacrificio constantes. Parecía que ese había sido el caso de Encarna, según rezaba el artículo. La primera vez que se presentó a los exámenes fue en 2008, por lo que cuando se enfrentó al proceso ante el equipo de jueces liderado por César, era ya la cuarta vez que asumía el reto.

—Entiendo que se frustrara —continuó César—, comprendo que sea difícil asimilar que te quedas sin una plaza de funcionario por una décima, pero les puedo asegurar que he visto casos mucho peores. Yo conozco a compañeros que se quedaron a centésimas de conseguirla. Pero siguieron peleando. Esto es una carrera de fondo, siempre se ha dicho. ¿Que si aquella nota realmente era injusta? Le puedo asegurar que no, la persona que quedó por encima de ella no tuvo ningún trato de favor por parte de ninguno de los miembros de aquel tribunal.

Alarcón sabía perfectamente, por su experiencia como opositora a un puesto de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, que los presidentes de los tribunales con frecuencia marcan la pauta de la nota del resto de los miembros, en especial cuando estos son inexpertos o es la primera vez que se les asigna ese cometido. Cuando, tras la corrección de un examen o tras una prueba oral, el máximo representante establece una nota, el resto de los vocales, con frecuencia, se dejan llevar por ese baremo señalado en un inicio. Los casos en los que la calificación sube o baja mucho de ese listón ya marcado son infrecuentes. César aclaró que fue requerido por la inspección de la Consejería de Educación para revisar el expediente académico de Encarna y que la conclusión a la que se llegó en aquella vista fue que si la aspirante no había logrado obtener la plaza, había sido por sus propios errores.

—Sí —concedió César—, recuerdo la mañana en la que aquella mujer vino a verme, nerviosa y angustiada, para solicitar la revisión de una de sus calificaciones. Me llamó el conserje del instituto donde se estaban celebrando las pruebas y me dijo que había llegado una opositora y parecía muy alterada. Se presentó ante mí de muy malos

modos. Yo la recordaba bien del proceso oral porque ofreció una exposición brillante. Tuve que salir al pasillo a su encuentro, pues se había presentado dos horas antes de que se abriera el plazo para las reclamaciones y se nos metía en el aula, directamente, hablando de injusticias y levantando el tono de forma descontrolada. Haciendo memoria —dijo César, presionándose con una mano la frente—, recuerdo que apretaba tanto los puños que tenía sangre en una mano. Llevaba un pañuelo de papel manchado de rojo en ella. Miren, cuando alguien trata de imponerse de esa manera, uno no puede ceder. Si no, todo sería un circo. Ustedes lo saben bien, las oposiciones son un concurso en el que compiten cientos, miles de personas por el mismo ansiado objetivo. La gente es capaz de hacer casi cualquier cosa por ese premio. En este tipo de pruebas, la subjetividad también juega un papel importante. No son exámenes tipo test, ni los que estamos al otro lado de la mesa somos robots. Mire… —el hombre paró en seco y suspiró—, yo dejé el asunto en manos de un abogado y traté de hacer oídos sordos sobre todo aquel ruido. ¡Bastante tenía con mi situación familiar! En alguna ocasión, me llegaron comentarios sobre cómo avanzaba el proceso, pero no quise interesarme por nada de aquello hasta que salió la sentencia firme. Hasta hoy, nunca me había arrepentido, pero ahora, al pensar que mi hijo pueda hallarse en manos de esa enferma… Cuando uno está en un tribunal de este tipo, ve decenas y decenas de exámenes, algunos mejores, otros peores, pero muchos de ellos con un nivel parecido. Establecer cuál queda por encima de otro a menudo es algo muy complicado. En el caso de las matemáticas, además, un simple error en el planteamiento, algo tan sencillo como olvidar la clarificación de un dato, puede suponer que la nota se

mueva unas décimas arriba o abajo. Además, esa calificación del examen hace nota media con otras fases de la oposición, con los méritos, la experiencia acumulada… Uno no logra la plaza por un simple examen. ¿Saben? No sé por qué tengo que justificarme tanto. ¡Solo hice mi trabajo y el caso ya está cerrado! No puedo creer que sepan que esa loca tiene a mi hijo y usted siga aquí, como si nada.

—Solo trato de comprender lo que está sucediendo, señor Quintero —respondió Alarcón con firmeza—. Dígame, ¿conoce usted a la persona que quedó por encima de Encarna en la lista definitiva?

—Pues ahora mismo no lo recuerdo… —El hombre titubeó.

—Ya le refresco yo la memoria. Fue Estíbaliz Sáez Juárez, una alumna suya. Usted le impartió Matemáticas entre los años 2002 y 2005. ¿Le suena de algo?

—Espere, espere —dijo el hombre, sonriendo con amargura—, ¿me está interrogando ahora a mí? ¿Sobre algo que sucedió hace veinte años?

—Oiga —dijo Alarcón, abriendo una carpeta y girándola hacia César—, hemos mirado en su expediente y hemos encontrado esta denuncia por abusos que le presentó una menor, una alumna suya. ¿Adivina el nombre?

—Eso es una simple casualidad. Esta aspirante tuvo la oportunidad de impugnar el tribunal, atendiendo a la causa de amistad íntima o enemistad manifiesta, al ver que yo formaba de parte de él, pero no lo hizo. Nosotros corregimos todos los exámenes de una manera completamente anónima. Primero se puntúan las pruebas y luego se abre un sobre en el que aparece el nombre del opositor. Nunca sabemos realmente quién es la persona a la que estamos corrigiendo. En todo caso, si sospechan que hubo fraude por mi

parte, deberían interrogar también al resto de los vocales que me acompañaron, ¿no creen?

—Tal vez lo hagamos —dijo Alarcón.

—Mire, tienen a su disposición el expediente de la Consejería de Educación, respaldado por la Audiencia Provincial, que avaló mi desempeño como presidente del tribunal. Además de la sentencia firme del Tribunal Supremo, que me daba la razón. Así que por ahí no queda nada que rascar. Como he dicho, se trata de una simple coincidencia. ¿Algo más?

—Sí —dijo Alarcón—, hay algo más. Tal vez le interese saber que Estíbaliz Sáez murió el verano pasado.

El hombre se removió en su silla.

—Vaya…, ¿qué le pasó?

—Un accidente. Estaba de vacaciones en Asturias. Se saltó un STOP. Un camión se la llevó por delante.

—¿Y qué tiene que ver conmigo esto? —dijo César—, ¿está insinuando algo?

—No, en absoluto. Solamente le informamos.

Suances tomó la palabra.

—Mire, señor Quintero. Estamos ya un poco cansados de tragarnos todos los sapos. En este caso las coincidencias ya nos salen por las orejas. No sabemos si tenía una aventura con Estíbaliz Sáez o ella le estaba chantajeando de alguna manera, tal vez con sacar a la luz de nuevo aquella historia del abuso, pero parece evidente que usted cometió fraude para que Estíbaliz consiguiera la plaza en detrimento de Encarna. —El subinspector se echó hacia delante y miró fijamente a César, como ensartándolo con la mirada

—. Ahora que el juez puede encontrar una relación entre Encarna y usted, podría reabrir el caso… Lo mejor será que lo reconozca.

César se echó hacia atrás en su asiento y guardó silencio durante unos segundos, conteniendo la respiración.

—Sí —dijo, exhalando el aire—, eso es cierto. Pero no tuve nada que ver con su muerte. Yo ni siquiera sabía…

—Por favor, cállese. De acuerdo, por el momento, necesitaremos que justifique dónde se encontraba usted durante la segunda semana de agosto del año pasado. No tenemos prisa, le enviaremos un requerimiento para que venga a presentar formalmente la documentación —dijo Alarcón, cerrando las dos carpetas y poniendo una encima de la otra—, y, ahora, dígame, ¿entendería que Encarna se esté vengando de usted haciendo daño a su hijo?

El hombre apretó los dientes.

—No entiendo cómo puede hablarme con tanta frialdad, ahí sentada, sin salir a buscar a Gonzalo —respondió el hombre—. Y sí, puedo comprender que esa enajenada esté tratando de joderme la vida. ¿Se queda más tranquila ahora? ¿Acaso están buscando cómo justificar a esa loca?

—Lárguese de aquí.

Suances hizo un gesto al agente que custodiaba la salida de la sala de interrogatorios. César se levantó.

—Encuentren a mi hijo de una puta vez —dijo el hombre antes de abandonar la habitación.

La inspectora se quedó observando una mancha amarillenta en la pared. Después se puso en pie con tanto ímpetu que la silla en la que estaba sentada salió disparada contra el suelo.

29

Operaciones

Día 9

Aún no había amanecido cuando el primer operativo ya estaba listo para entrar en acción en el barrio de San Andrés. Cuatro agentes subieron por las escaleras del edificio donde se encontraba la vivienda de Encarna. La vecina cotilla se asomó para preguntar lo que pasaba.

—Vuelva dentro, señora —instó el agente al mando.

Llamaron a la puerta. No abrió nadie. Los indicios de que Encarna pudiera tener oculto al niño en aquella vivienda no tenían demasiado fundamento, pero el tiempo corría en contra de la investigación y posiblemente también de la vida de Gonzalo, si aquellas advertencias de ultimátum iban en serio. Según la amenaza recibida por César el día anterior, ya solo quedaba un día, pero ¿un día para qué? Aún no tenían respuesta para eso y la solicitud de rescate no se había producido. Todo el caso seguía envuelto en el mismo vórtice de misterio.

La puerta del apartamento era de otro tiempo, con un doble cerrojo de seguridad y un refuerzo metálico, típico de finales de los

setenta, una época en que las familias pudientes se acorazaban en sus fortalezas domésticas. Por fin, la puerta cedió y los agentes registraron la vivienda a fondo. A primera vista no encontraron nada sospechoso que pudiera vincular directamente a Encarna con Gonzalo, tampoco dispositivos electrónicos o documentos relevantes. Solo les llamó la atención la presencia de un tablero de ajedrez en mitad de la mesa del salón, con una partida ya iniciada.

A cuarenta kilómetros de distancia, el segundo operativo atravesó varias aldeas rodeadas de campo seco hasta alcanzar la ubicación donde se encontraba el segundo de los inmuebles de Encarna, según la información obtenida en Hacienda y contrastada con el catastro. De Bustos se había esforzado por acelerar todas las órdenes judiciales; de hecho, acababa de aterrizar en la comisaría de Murcia y en una semana ya estaba quemando más cartuchos de los que hubiera deseado malgastar en el primer año de servicio al frente de su nuevo cargo. Se jugaba mucho en aquella investigación. Los medios de comunicación nacionales llevaban días rellenando sus programas matinales con detalles sobre la familia del niño desaparecido, usándolo como cebo para mantener a la audiencia atenta a cada novedad. Tanto Alarcón como Suances tenían claro que si ella recibía las reprimendas derivadas de un posible fracaso, ellos durarían en su puesto tanto como unas piezas de dominó colocadas de pie y en fila sobre la mesa de un escolar.

Al superar un risco, se encontraron con una pinada densa, atravesada por un sendero de apenas dos metros de anchura. Los todoterrenos levantaban nubes de polvo que se mantenían en el aire

quieto. Romero encabezaba el convoy, designado por su experiencia en operaciones de riesgo. Se dio cuenta de que aún se veían huellas de neumáticos en el camino. Ordenó a su subordinado que detuviera el vehículo y tomaron fotografías de las marcas sobre el terreno arenoso. A simple vista, algunas huellas parecían más recientes, mientras que otras estaban más desgastadas. Tras la vegetación se alzaba una edificación casi en ruinas. Lo primero que se encontraron fue un muro enorme, blanco y desconchado, en el que apenas se percibían las letras de pintura en tipografía cursiva: *Almazara Padilla*. Según habían podido descubrir, se trataba de una de las dos almazaras de aquellos parajes que habían producido antaño el mejor aceite de la zona; pero llevaba varias décadas cerrada. Junto al lagar había corrido el agua del Boquinegro, un riachuelo que durante siglos alimentó los campos de los alrededores y sirvió al proceso de producción del oro líquido. Pero el cauce terminó por quedarse del todo seco y, junto a la agricultura, la almazara se fue apagando como la respiración de un viejo.

El lugar, que parecía completamente abandonado, coincidía con las imágenes que habían extraído vía satélite. Pudieron identificar las tejas desgastadas y los grandes portones metálicos de un verde ya deslucido. En los alrededores se amontonaban restos de cristales, botellas y escombros.

Había un coche blanco, solo, aparcado frente a la almazara. Un Ford Focus. Uno de los agentes rodeó el vehículo con precaución. Estaba vacío. No había rastro de su dueño. Otro de los policías tecleó la matrícula en el dispositivo de comprobación e informó por radio del hallazgo. Estaba a nombre de Encarna. Debía de encontrarse dentro.

No cabía lugar a dudas de que vagabundos o trabajadores ilegales habían estado ocupando aquel edificio con anterioridad; sin embargo, ahora unas gruesas cadenas enganchadas a enormes candados brillaban en cada una de las puertas. A la derecha, el páramo se extendía hasta el horizonte, como un océano de agua turbia y endurecida.

Romero sacó el walkie-talkie para comunicarse con el equipo que esperaba sobre una loma, al otro lado de la almazara. Desde aquella posición controlaban un dron que sobrevolaba el edificio para enviar imágenes en tiempo real de lo que recogía con la cámara. Prestaron especial atención al patio abierto y a una serie de ventanas tapiadas. Algunas partes del edificio parecían haber sufrido una reforma reciente. No se había enlucido la pared y los materiales de la obra seguían junto al muro.

—De Bravo para Tango. Según vimos en los planos, el edificio tiene un sótano. Era el antiguo espacio de almacenamiento de la fábrica. El objetivo es llegar ahí. Avanzad.

El agente Quiroga, que dirigía el segundo equipo, respondió:

—Recibido. De Tango para Bravo. Descendemos desde la pinada. Seguimos instrucciones. Procedemos a acceder por la vía más directa: a través de patio.

Quiroga hizo un gesto a sus cuatro hombres, que caminaron despacio rodeando el flanco este de la almazara. Uno de los agentes especiales forzó la cadena del portón verde con una cizalla. El metal cedió con un crujido inicial, para después deslizarse con suavidad. Los cinco agentes accedieron al patio amplio y de suelo de tierra, rodeado de paredes en ruinas llenas de grafitis. Restos de antiguas tinajas rotas se amontonaban por todas partes. El espacio aún

guardaba el aroma concentrado propio de otros tiempos, tiempos de sudor y artesanía, tiempos devorados por la asepsia que iguala los procesos alimentarios y los quirúrgicos, del mismo modo que la muerte iguala a todos los hombres. Decenas de ventanucos los rodeaban, amenazantes, negros, como ojos sin vida. Los policías avanzaban alerta, con el cuerpo pegado a la pared y elevando de forma persistente el cañón de las armas. Quiroga era consciente de que un tirador experto situado en la planta superior podría acabar con todos ellos en menos de diez segundos. Alcanzaron una nueva puerta también cerrada, esta vez con llave.

—De Bravo para Tango. Ya dentro. El patio está despejado. Tenemos un nuevo obstáculo. Una puerta con bisagras recientes. Entramos al edificio.

Romero seguía a través de una tablet el avance del otro grupo. En ese instante, llamó a sus cuatro hombres y bordearon la construcción para reunirse con el comando de Quiroga en el patio de la almazara. Al llegar, el policía ya había desbloqueado la cerradura doble.

Romero tomó el mando y dividió las dos secciones de la operación. El plano que habían estudiado por la mañana podría haberse visto modificado en algunas partes interiores, pero la estructura del edificio permanecía intacta. Desde la sala dedicada a la molienda de la oliva, se abrían dos alas, cada una de ellas con una planta baja y una superior. El ala izquierda se había destinado a las oficinas, mientras toda la fase derecha contenía las estancias del proceso de producción. Romero encabezó a sus hombres a través del área de prensado mientras Quiroga se movía por las habitaciones del lado izquierdo. Habló.

—De Bravo para Tango. Esto tiene pinta de estar abandonado, no percibo riesgos.

—Recibido. De Tango para Bravo. Por aquí ha habido movimiento reciente, seguro. Terminad de explorar la planta superior y reuníos con nosotros al fondo del corredor derecho.

—Recibido, Tango.

Romero siguió los movimientos de su compañero a través del dispositivo móvil. Vio cómo peinaban todas las habitaciones, colmadas de inmundicia y desvalijadas. Mantas y restos de basura salpicaban el espacio. Una vez abajo, Quiroga avanzó por el pasillo del flanco derecho hasta reunirse con Romero. Los hombres se alineaban a ambos lados del corredor. Los dos jefes organizaron la operación bajo la atenta escucha del equipo. Estaban a las puertas de una primera habitación.

—Adentro, Bravo.

Los hombres de Quiroga accedieron a la primera habitación, de obra reciente. Allí encontraron una cocina antigua que parecía haber sido usada hacía poco. También una nevera con comida en buen estado y una papelera con restos de alimentos aún en proceso de descomposición. Los fogones de la cocina estaban conectados a una bombona de butano. Había una pequeña mesa blanca con tres sillas de diferentes estilos alrededor.

—Cuidado con el gas —dijo Quiroga.

Uno de los agentes se acercó para inspeccionar la bombona y, tras recorrer el tubo con la mano, alzó un pulgar. En el plano original, esa habitación no existía de forma independiente. El silencio solo lo rompían los golpes de las botas sobre el suelo de losa y el zumbido

incesante del viejo frigorífico. Romero y sus hombres ocuparon el espacio y se situaron frente a la nueva puerta.

—Puede que aún sigan aquí —dijo Romero.

Otra de las estancias albergaba dos camas, una pequeña ventana y una bombilla colgando del techo. Eso era todo. Los muros grises parecían levantados hacía poco tiempo. En una esquina, dentro de un saco blanco, se acumulaban herramientas y materiales de construcción sobrantes. El aire parecía haber desaparecido ahí dentro. Romero sacó el plano y dibujó sobre él un diagrama para ubicarse. Las escaleras para descender a la zona de almacenamiento y maduración del aceite estaban conectadas con la siguiente habitación. Dos hombres se colocaron a ambos lados de la vía de acceso, a la espera de que el policía al mando diera la orden para entrar. Cuando Romero bajó el brazo que tenía elevado junto a la cabeza, irrumpieron y hallaron la escena inesperada: en mitad de la habitación yacían dos cuerpos, en apariencia sin vida. Romero orientó la cámara hacia los cadáveres y estableció conexión con la comisaría.

—De Tango para Base. ¿Me recibe?

Alarcón y Suances habían estado siguiendo toda la operación a través de una pantalla, en el despacho de De Bustos.

—Recibido, Tango. Adelante —respondió De Bustos.

—Los dos cuerpos parecen sin vida.

—Los estamos viendo.

Uno de los cadáveres estaba boca arriba, pero el otro se encontraba en posición decúbito prono, lo que imposibilitaba identificarlo a simple vista.

—Por el tamaño, uno de ellos parece el cuerpo de Encarna Orcina —dijo Romero.

Eran dos mujeres. Junto al cabello de ambas se habían formado sendos afluentes de sangre. Uno de los agentes se aproximó al primer cuerpo para estudiar el origen de la herida. La sangre no estaba del todo seca. Puso los dedos sobre el cuello de Encarna y negó con la cabeza.

—Recibido Tango. Sí, es ella —confirmó De Bustos.

—Parece que ha sido un golpe —dijo el agente—, ha fallecido.

El café sobre la mesa de Águeda de Bustos se había quedado frío. Desde que había comenzado la operación de rescate no había dado un solo sorbo a la bebida, atenta a cada paso del equipo. Junto a ella, en todo momento habían permanecido el comisario Cánovas, Suances y Alarcón, igual de expectantes.

—Que giren el segundo cuerpo —dijo Cánovas, con tono sereno.

Águeda pulsó el botón del intercomunicador y transmitió la orden a Romero.

—Recibido, Base.

En la enorme pantalla contemplaron cómo las manos de Romero giraban el segundo cuerpo. La cámara frontal que el agente llevaba en el pecho grabó un plano corto del rostro de una mujer, que presentaba los ojos cerrados y la boca entreabierta.

—Parece Joana Sierra, la hermana de Virginia —observó Alarcón.

El agente se arrodilló junto al conjunto anatómico. Como Encarna, presentaba un golpe visible en la cabeza, a la altura de la sien. Romero se quitó el guante derecho y colocó dos dedos en el cuello, sobre la arteria carótida. Aguardó. Un segundo. Dos. Y entonces lo sintió: un pulso casi imperceptible pero presente. Con nervios de

acero, el agente inclinó con cuidado la cabeza de la mujer y acercó su rostro a la boca. Escuchó y esperó la exhalación irregular y débil, aunque suficiente. Después tomó su linterna táctica y, con un gesto firme, abrió un párpado haciendo que la luz impactara en la pupila. Vio el ojo reaccionar. Un reflejo mínimo.

—De Tango para Base —dijo a través del intercomunicador—. Segundo cuerpo con vida, aunque inconsciente. Pulso débil. Necesitamos su extracción inmediata.

—Recibido, Tango —dijo De Bustos—; compruebe si porta algún dispositivo encima.

El policía obedeció. Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y palpó los de los pantalones de la mujer malherida.

—Negativo, Base.

—Recibido, Tango. Gracias, puede proseguir.

Dio indicaciones a dos de sus hombres para que prepararan el traslado de la persona herida. El equipo médico esperaba fuera. Aún había tiempo.

La presencia de la muerte es capaz de despertar el terror en el corazón del guerrero más valiente. Cuando ella ronda cerca, los humanos se sienten tan vulnerables como cachorros perdidos en un bosque. Uno de los miembros del equipo de asalto lanzó un grito que llenó la sala y resonó en las paredes.

—¡Gonzalo!

Los dos equipos conservaban su posición, con la mirada puesta en la última puerta, la que quedaba al final de un largo pasillo. El temor a que una trampa los sorprendiera en cualquier lugar era inherente a su oficio. Romero había oído decenas de casos sobre artefactos explosivos ocultos o camuflados en hornos microondas, pomos

convertidos en gatillos que disparan proyectiles, trozos de madera contrachapada con cientos de clavos colocados hacia arriba, baldosas que activan la salida de un gas nocivo… Cuando uno se enfrenta a lo desconocido es imposible saber a ciencia cierta si se encuentra a salvo.

Romero era el agente más curtido en misiones peligrosas similares. Alzó el puño, Quiroga asintió y le imitó. A continuación, el subinspector hizo un gesto con los dedos para que varios miembros de su equipo se aproximaran hasta la puerta verde de metal, al fondo del corredor. Trataron de abrirla, pero estaba cerrada con llave. Una de las agentes se aproximó y extrajo de uno de sus bolsillos una cámara de fibra óptica lo bastante delgada para introducirla por debajo de la puerta.

—Parece una habitación. Hay luz —dijo la mujer.

Romero se aproximó, con el cuerpo pegado a la pared del pasillo, y se situó junto a su compañera.

—¿Gonzalo? —gritó alguien.

No hubo respuesta al otro lado de la puerta.

—No se aprecia movimiento —dijo Romero—. Tenemos dos opciones: podemos colocar una carga explosiva o intentar abrir el candado con una ganzúa. En el primer caso tenemos que medir bien la cantidad para no herir al niño, si estuviera dentro. Además, podría causarle un fuerte impacto emocional. La segunda opción supone el riesgo de que hayan puesto una trampa. ¿Cómo lo ves?

—Yo mismo lo haré —dijo Quiroga, y tomó el kit de ganzúas.

La coordinación del equipo era tal que hasta los pechos parecían crecer y desinflarse al mismo compás. Romero se arrodilló ante la puerta e inspeccionó el candado con una linterna. Quiroga

seleccionó la ganzúa y fue haciendo pequeños movimientos. En el silencio todos oyeron cómo los dientes del candado cedían a la presión.

En la comisaría seguían la operación a través de la cámara instalada en el pecho de Romero.

—Espero que esa puerta no esconda sorpresas… —comenzó a decir el comisario, frotándose el rostro con ambas manos, cuando el sonido de un clic metálico le heló la respiración.

—¿Listos? —preguntó Romero.

Todos asintieron y el agente giró la manilla con cuidado. El operativo entró en bloque con las armas alzadas, apuntando en todas direcciones dentro de la habitación en penumbra.

—¿Gonzalo?

Las linternas de las armas iluminaron cada rincón de la estancia. Esperaban un cuerpo vivo, alguien que reptara desde debajo de la cama. Pero no había ningún cautivo que liberar.

Inspeccionaron la habitación en profundidad. En la mesa del escritorio encontraron hojas dispersas llenas de anotaciones, dibujos de tableros de ajedrez, un océano de números y símbolos, ecuaciones y secuencias de números primos, cálculos de probabilidades, frases dispersas en los márgenes… Romero entregó los documentos a uno de sus compañeros y salió de la habitación.

El operativo se dispuso a desalojar la vieja almazara con la misma precisión con la que había entrado apenas media hora antes.

—Movimiento en el exterior —dijo uno de los miembros del dispositivo especial—. El Águila ha captado a una persona en una de las colinas próximas a la almazara huyendo hacia el bosque. Ya tenemos un equipo tras su pista.

30

Santiaguín

Día 9

Santiago Abenza Abenza tenía un coeficiente intelectual límite. Jamás le habían hecho ningún tipo de prueba, pero no era necesario diagnóstico alguno. De haber nacido en el siglo XXI, su historial psicológico habría estado plagado de iniciales y síntomas, medidas correctivas y recomendaciones pedagógicas. Pero Santiaguín, como todavía le llamaban los vecinos de los pueblos colindantes, ya tenía cuarenta y tres años. Sus padres habían cargado con el peso de la deficiencia de su único hijo como penitentes condenados a soportar su castigo; su pecado no fue otro que el de haberse enamorado siendo primos.

Su aspecto era desaliñado y presentaba una mirada huidiza tras las gafas de pasta reparadas con cinta adhesiva por diversos sitios. Miraba todo el tiempo hacia abajo, como si una mano imaginaria le tuviera agarrado por la nuca y le empujara la cabeza contra el suelo de la sala de interrogatorios.

—Es *asín*; es que es retraído. Es por la vergüenza —sentenció Pedro, el padre.

El subinspector Romero contemplaba con paciencia a aquella figura de complexión delgada que tenía ante él. Santiago tenía las manos en el regazo, ocultas bajo la mesa. De vez en cuando sonaba un pitido corto procedente de esa zona.

—Deja que te vea las manos, Santiago.

El hombre obedeció y siguió manipulando el reloj que llevaba en una muñeca. Era un Casio antiguo. La pantalla se encontraba en la función de cronómetro. Santiago presionaba el pulsador una y otra vez con la punta del dedo, intentando atrapar las centésimas del cronómetro justo en el doble cero. Romero se fijó en aquellas uñas negras. Tanto el hijo como el padre, viudo desde hacía un par de años, vestían una ropa sencilla y desgastada que subrayaba su aislamiento social. Pedro vivía en una casa de campo, a las afueras de Alhama. Poco a poco había ido agrandando sus tierras, comprando las de sus vecinos, de modo que en los últimos tiempos había podido vivir de lo que le daba la agricultura. Pero Santiago nunca había servido ni siquiera para arrancar las frutas de los árboles. Así que, simplemente, se dedicaba a deambular de aquí para allá, por los campos y las aldeas de los alrededores. Todo el mundo le conocía como Santiaguín. A veces, se dejaba caer por la vieja almazara, donde últimamente nunca había movimiento. Años atrás, cuando las tierras de Pedro Abenza habían aumentado la producción, los temporeros se acercaban a su casa durante las épocas de recogida para pedirle trabajo y ganarse un jornal. La mayoría de ellos eran inmigrantes ilegales. Abenza sabía que el trujal en ruinas pertenecía a una mujer que vivía en la capital y estaba seguro de que no entraba en los planes de la señora darle uso, restaurarlo o demolerlo, así que un día echó abajo la puerta de la

fábrica de aceite, extendió unos cuantos colchones viejos en las habitaciones e indicó a los trabajadores que durmieran allí. Eran prácticas muy habituales en las zonas de interior de los campos murcianos, como todavía hoy lo siguen siendo. Santiaguín era el encargado de guiar a los trabajadores desde la huerta hasta la almazara para enseñarles el camino. Pero desde hacía poco tiempo Pedro ya no podía destinar aquel lugar a dormitorio. En el pueblo se sabía que la dueña había muerto y que lo había heredado su sobrina, quien mandó que se colocaran cadenas y unos enormes candados en las puertas de acceso. Cuando Santiaguín descubrió lo sucedido se lo contó a su padre.

—Yo le dije que de vez en cuando se dejara caer por allí —declaró el padre—. A veces, los que heredan se ponen muy recelosos al principio, pero luego no les sale a cuenta ir a controlar las ruinas cada dos por tres. Así que pensé que si pasaba mucho tiempo sin que apareciera nadie por allí, volveríamos a poder usarlo para dar cobijo a los jornaleros.

Romero casi no daba crédito a las palabras que brotaban de la boca de aquel hombre, que parecía haber salido del medievo.

—Señor Abenza, usted es consciente de que alojar a aquella gente en ese lugar, sin unas condiciones mínimas de salubridad, es completamente ilegal, ¿verdad?

—¿De qué? —respondió el hombre.

—De higiene, de limpieza —contestó Romero, cargado de paciencia.

—Mire usted, si no tenemos ni donde caernos muertos… Esa gente viene y yo le pago por horas. Yo simplemente les indico que hay un sitio en el que se pueden meter a dormir. ¿Qué quiere? ¿Que

me los meta en mi casa? ¿Que les pague un albergue? ¿Usted sabe lo que me dan a mí por los *albercoques*? Miseria. ¡Miseria! —El hombre alzó la voz—. Nos cuesta mucho salir adelante. Allí por lo menos tenían un sitio donde acostarse y para almorzar. Estoy seguro de que muchos de ellos lo agradecían. A saber de dónde viene esa pobre gente… Los colchones estaban limpios. Los lavaba yo mismo y los llevábamos nosotros, entre los dos.

El padre se golpeó el pecho y después hizo lo propio con el hombro de su hijo, con una fuerza desmedida.

—Le tengo que pedir que se tranquilice, Pedro, por favor.

—Yo lo único que hice fue decirle a este que les enseñara el sitio. *Na* más —siguió el hombre—, pero ¿y yo qué sabía *deque* la almazara iba a tener nada que ver con *toa* la desgracia esa? Y menos mi hijo, ¿qué iba a saber él?

—Santiago, ¿me oyes? —dijo Romero dirigiéndose al hombre cabizbajo.

—Yo no voy a decir *na*, yo no voy a decir *na* —respondió Santiaguín.

—Santiago, escucha al policía. Que quiere… —intervino el padre.

Pero Santiaguín, con la barbilla pegada al pecho, movía la cabeza sin parar de un lado a otro. Sus gestos, casi salvajes, reflejaban los efectos psicológicos de un pasado traumático.

—No voy a decir *na*, papá. No voy a decir *na*…

—Hijo, que no te va a pasar nada. No tienes nada que ver con todo esto, no es peligroso. Este hombre te quiere ayudar. Dile lo que me contaste a mí y dejará que nos vayamos.

—¡Que no! —gritó Santiago, levantando la cabeza y golpeando con las manos en la mesa—. ¡Mucha policía allí! ¡Había mucha

policía! No he visto *na*.

Se hizo el silencio durante más de diez segundos. Pedro comenzó a acariciar el pelo grasiento de su hijo, como quien trata de domar a una res asustada.

—Santiago —dijo Romero, con tono suave—, esto es muy importante. Puedes ayudarnos a atrapar a una persona muy mala. Si tú has visto…

—No, no… —Santiago parecía más tranquilo—. Yo no he hecho nada. Yo no me he *chivao* de nada…

—Santiago, tranquilo —dijo Romero—, ¿has visto a alguien por allí últimamente?

—Cuéntaselo, Santiaguín —dijo el padre.

—Yo no he visto ningún coche. No he visto coches.

—¿Y cómo era la matrícula del coche ese que dices que no has visto? —Pedro miró a Romero y añadió—: De pequeño se sabía todas las matrículas de todos los coches de Alhama. Era una cosa increíble.

Romero percibió la forma en que el hombre hablaba y cómo acariciaba el cuello de su hijo. Había en aquella voz y en aquellos gestos un amor inmenso. Un amor lleno de sufrimiento, difícil de comprender.

—Santiago, ¿sabes qué? —siguió Romero, cambiando el tono, como si tuviera delante de él a un niño de ocho años—, que cuando fuimos los policías allí, vimos unas huellas de coche en el camino. Yo creo que eran de un todoterreno o un coche grande, ¿tú qué crees?

—Yo no quiero que me hagan nada —dijo Santiago—. ¡Yo no quiero que me hagan nada!

Romero se puso las manos detrás del cuello, echó el cuerpo hacia atrás y clavó la mirada en el techo, resoplando.

—Si colaboras no te va a pasar nada —dijo de nuevo Romero—, pero si no nos ayudas, tienes que entender que puede haber problemas. Si sabes algo, lo tienes que decir.

—Él no está bien de la cabeza, ¿eh? —intervino Pedro—. No se le puede tratar como a las demás personas, que yo conozco nuestros derechos.

—Mire, señor Abenza —dijo Romero—, estamos hablando del secuestro de un menor y de un homicidio. Y es posible que su hijo sea la única persona que pueda ofrecernos alguna pista sobre…

—Hoy ha venido otro coche —dijo de pronto Santiaguín.

—¿Otro aparte del Ford Focus blanco? —dijo Romero.

Santiaguín afirmó con la cabeza.

—El Focus ya había estado otras veces. Lo llevaban dos mujeres. Entraban y salían mucho. —Hizo un gesto con ambas manos y dijo una matrícula. Coincidía con la del vehículo registrado a nombre de Encarna.

El padre tenía el brazo de su hijo agarrado contra su cuerpo, como si una fuerza diabólica estuviera a punto de arrebatárselo para siempre. Santiaguín parpadeó rápido y volvió a bajar la vista. Su padre le apretó el brazo, instándolo a hablar.

—El de hoy, Santiago. ¿El de hoy cómo era, hijo?

—El de hoy era gris. Un Lexus —dijo, casi en un susurro.

—¿Y la matrícula?

—No, no la vi bien… No me la sé bien… —dijo Santiaguín.

Romero asintió con paciencia.

—Bueno. ¿Y quién bajó del coche?

Santiaguín tragó saliva. Sus dedos apretaban el reloj, pulsando el botón cada vez con mayor fuerza.

—Un hombre.

—Muchas gracias, Santiago. Estás siendo muy valiente —dijo Romero—. Dime, ¿cómo era ese hombre?

—Yo no sé…

—La policía te va a proteger, ahora ya casi eres de los nuestros, ¿eh? —le dijo Romero—, ¿quieres que te demos una pegatina de la policía? Tengo algunas por aquí.

El agente se levantó y abrió la puerta de un armario bajo que había en una de las paredes. Sacó una carpeta con el material que solían llevar a los colegios para las charlas divulgativas y las exhibiciones. Santiago levantó la mirada, siguiendo el trayecto del policía, y después continuó pulsando el botón, tratando de cazar el doble cero.

—Era… fuerte —con cada palabra, pulsaba una vez— y… bajito, como… un… jabalí. Llevaba…

Santiago imitó un gesto, como si se tapara la cabeza.

—¿Pasamontañas? ¿Llevaba la cabeza cubierta? —dijo Romero mientras extraía de la carpeta varios adhesivos con el logotipo de la Policía Nacional.

Santiago asintió. Miró los obsequios, los cogió y se los guardó en el bolsillo del pantalón de pana, con la rapidez de un animal hambriento.

—Continúa —dijo Romero.

—Se bajó y entró en el lagar, al rato…, después…, salió de la casa. Con otro que yo no había visto nunca. Parecía que ese no quería irse con él.

—¿Era joven? ¿Era un zagal, eh?

Santiago asintió.

—Tenía los brazos atrás, *asín* —dijo, llevándose las dos manos a la espalda—, y la boca tapada. Con una cinta negra.

El subinspector Romero entrecerró los ojos. Pedro, el padre de Santiago, se removió en su asiento.

—¿Y el hombre fuerte lo metió en el coche? —preguntó el subinspector, aunque ya conocía la respuesta.

—Sí. Y después arrancó y se fueron.

Santiaguín se estremeció y se abrazó a sí mismo. Su padre volvió a acariciarle la cabeza con suavidad, como si así pudiera borrarle el miedo. Romero se reclinó en su asiento, se pasó una mano por la cara y dejó escapar un largo suspiro.

—Santiago, ¿te fijaste en algo más?

Santiaguín volvió a agitar las manos sobre su regazo. Le temblaba el labio inferior.

—Yo no he dicho nada. Yo no he visto nada más…

Romero observó a aquel hombre en silencio durante un momento. Sintió un nudo en la garganta al contemplarlo: era un adulto atrapado en la mente de un niño, con aquellos gestos torpes y el miedo de quien nunca lograría entender el caos de este maldito mundo. Su mirada permanecía fija en aquellos números que se movían como insectos en una acelerada metamorfosis.

—Es muy importante que, si recuerdas algo más, algún detalle, lo que sea, se lo digas a tu padre para que nos llame, ¿vale? —dijo el subinspector con ternura.

—Yo no sé nada más. Yo no sé nada del niño —dijo Santiago.

—No te preocupes, lo has hecho muy bien.

Entonces, a Romero le pareció que todas las plantas de la comisaría se abrían en canal, como si se partieran para dejar paso a un haz de origen divino, una luz que descendía hasta la tierra para pronunciarse a través de aquel pobre desgraciado.

—Siete, cuatro, ocho, dos, efe… —Santiago completó la matrícula.

—¿Es la matrícula del Lexus?

El hombre asintió, pulsando el reloj.

—Muy bien —dijo Romero anotando los datos—, nos has ayudado mucho.

—¿Hay más pegatinas? —preguntó el testigo.

—Pegatinas no, pero mira… —Romero volvió al armario, lo abrió y sacó un coche patrulla en miniatura, dentro de una caja.

Santiaguín recibió el regalo con los ojos brillantes. No acertó ni a dar las gracias, aunque su padre lo hizo por él. Romero los despidió y se dispuso a transcribir los datos en el informe. Hacía más de un minuto que los Abenza habían salido cuando el agente que custodiaba la puerta llamó de pronto con los nudillos. Asomó la cabeza.

—Jefe —dijo el agente—, viene el hijo otra vez. Parece que quiere decirle algo más.

—Claro, claro, que pase —dijo Romero, esperando un nuevo dato relevante.

—¡Ya! —dijo Santiaguín, y se acercó enseñándole muy de cerca el reloj a Romero—. ¡Los he atrapado en el cero cero!

El policía percibió un hedor fuerte y contempló la sonrisa amarilla y feliz dibujada en aquel rostro desdichado.

31

Temarios

De Bustos pidió a Romero que hiciera un segundo registro en la vivienda habitual de Encarna, aunque la primera vez no se hubiera hallado nada relevante. Según indicaban los datos, la fallecida había pasado toda su vida en aquel piso del barrio de San Andrés donde, desde que quedó huérfana a los seis años, había vivido primero con su tía y después sola. Romero no sabía exactamente qué estaba buscando, pero sí todas las preguntas para las que todavía no tenían respuesta. ¿Por qué Encarna había participado en el secuestro junto a Joana? ¿Habría sido una coaccionada o forzada por la otra? ¿Existía alguna conexión entre ellas? ¿Se debía simplemente a un ajuste de cuentas relacionado con la noticia que había descubierto Coloma o aquel caso escondía algo más? Y, sobre todo, ¿quién había tratado de eliminarlas a ambas y por qué?

Era una vivienda mucho más amplia de lo que aparentaba desde el exterior. Tenía cuatro habitaciones, aunque solo dos de ellas disponían de cama. Mientras que el resto de la casa se había pintado y reformado, y contaba con muebles y electrodomésticos modernos, uno de los dormitorios parecía sacado de una obra teatral decimonónica. La cama era de madera negra y sobre el cabecero

lucía un enorme Cristo crucificado bañado en oro. La colcha, con motivos florales, había perdido parte del color. Había un armario de tres cuerpos también oscuro, con asideros dorados, y en las paredes, decoradas con papel pintado antiguo, cuadros de paisajes románticos y fotografías familiares, la mayoría en blanco y negro. Romero pensó que Encarna debió de dejar intacta la habitación de su tía; imaginó a la mujer falleciendo allí mismo, acostada y con los brazos cruzados.

Mientras el resto de los agentes registraban cada rincón de la vivienda, Romero se concentró en aquella habitación. Abrió los cajones y le golpeó un fuerte olor a alcanfor. Encontró ropa de señora mayor, algunas cartas viejas y una caja con piezas de joyería. En el armario colgaba una interminable variedad de vestidos y chaquetas, junto a bolsas que contenían complementos. Todo parecía de alta calidad. En una de las cajas, Romero leyó la palabra «Oposiciones». Cuando destapó aquel baúl de cartón, encontró una enorme cantidad de folios. Algunos estaban perfectamente encuadernados y otros embutidos en gruesas carpetas. Los oficiales que participaban en el registro se acercaban de vez en cuando para informarle de que no habían encontrado nada de valor. Solo un teléfono móvil antiguo, sin batería, en uno de los cajones de la sala de estar, y algunos libros de ajedrez que, tal vez, merecían una revisión detallada en busca de marcas o anotaciones significativas. Romero respiró hondo, dio las gracias a sus hombres y los instó a que continuaran registrando con rigor. Después volcó todos aquellos papeles encima de la colcha medio raída. Hojeó los temarios encuadernados, los boletines oficiales de las convocatorias, los apuntes a mano y los folios llenos de fórmulas matemáticas,

kilómetros de símbolos que cubrían el papel como sombras de una plaga de insectos. Entonces, en medio de toda aquella maraña de documentos, vio una tarjeta de visita. Tenía un dorso plateado y un símbolo tribal: una silueta humana de color negro que emitía rayos a su alrededor. Le dio la vuelta y, por la parte blanca, encontró la dirección de una página web, un correo electrónico y un número de teléfono. Al lado, en letras verdes de mayor tamaño: «Helena Zapico - Psicóloga».

32

Sunnytech

Aunque en pleno diciembre la temperatura en la calle era de unos veinticinco grados, las secciones del ala sur de la comisaría apenas recibían luz directa, así que la calefacción central estaba encendida. Dependiendo de por donde se moviera uno, podía tener la sensación de hallarse en el interior de una incineradora o necesitar un plumífero. El ascensor estaba averiado y Suances tuvo que subir los tres pisos por las escaleras. Tenía el presentimiento de que aquel iba a ser un día de locos, de esos en que los pájaros pierden el rumbo de su flujo migratorio o el carpintero más experimentado de la ciudad se atraviesa el pulgar con un clavo. Todos sabían que el caso del secuestro del niño se había complicado. Dentro de la comisaría se respiraba un ambiente cargado de nerviosismo. Los medios no dejaban de hablar del asunto, las redes sociales ardían y en las terrazas era el principal tema de conversación. En la tercera planta, el sonido de los teléfonos fijos no cesaba y el tecleo constante de los ordenadores llenaba el aire denso. Suances se detuvo al llegar al rellano y tuvo un acceso de tos, fuerte pero breve.

Cuando la policía introdujo en la base de datos la matrícula facilitada por Santiago Abenza, el resultado apareció en pocos

segundos. Tras las comprobaciones pertinentes, se constató que correspondía a un vehículo perteneciente a una empresa de *renting*. Los responsables facilitaron la información con rapidez, lo que permitió acceder al contrato de arrendamiento del Lexus. En el documento aparecían tres nombres: Joaquín Arranz, Laura Morata y Mikel Navarro. Los tres eran socios de Sunnytech, una empresa dedicada a las energías renovables.

Suances se pasó la mano por el rostro y sintió como la barba de varios días le arañaba la palma. Dio un trago al café que había dejado allí mismo unas horas atrás. Estaba helado. Solo la adrenalina le mantenía la mente despierta, porque físicamente se sentía exhausto. Aquel caso habría podido dejar en la estacada a los más persistentes investigadores, pero él tenía la sensación de que andaban próximos a resolverlo y esa emoción era su mayor aliciente. Una búsqueda rápida en Google le dio la pista sobre la situación financiera que atravesaba Sunnytech: «quiebra», «pérdidas», «acreedores», «agujero»… Esos eran los términos que se repetían en la mayor parte de los titulares de prensa. En otras palabras: ruina. Los tres socios podían disponer del vehículo, según se establecía en una de las cláusulas del contrato, de modo que cualquiera de ellos pudo haberse hallado al volante del Lexus cuando se llevaron a Gonzalo. Los tres estaban en el radar de la policía, pero solo uno de ellos tenía un apellido reconocible: Mikel Navarro. Suances llamó a Alarcón.

—Dime, Suances.

—Jefa, el abogado de la familia Sierra se apellidaba Navarro, ¿verdad?

—Sí, está todo en el informe. Parece mentira que me lo preguntes.

—Perdona, jefa. Era una forma de hablar —dijo Suances—, es que me he emocionado. Resulta que el Lexus es de *renting* y lo tiene alquilado una empresa dedicada a energías renovables. Uno de los socios es un tal Mikel Navarro. Pensé que podría ser casualidad, pero… —hablaba mientras tecleaba en su ordenador—, estoy visitando ahora mismo la web de Navarro & Millán, el bufete en el que trabaja Jacobo Navarro, y ¿adivinas a quién he encontrado en el Departamento de Transformación Digital e Innovación?

—¿A Mikel?

—O es su hijo o es su sobrino, pero puede que aquí tengamos algo —dijo Suances—. Además, la compañía de la que Mikel es socio está en quiebra.

—Buen trabajo, compañero. Jacobo me mencionó que tenía hijos. Recuerdo que me dio a entender que no estaba muy orgulloso de ellos —le animó Alarcón—. Por cierto, ¿sabemos algo de cómo evoluciona Joana?

—No, todavía no me he podido acercar al hospital, pero salgo para allá enseguida —Suances miró el reloj del ordenador—, antes quiero comprobar si Mikel ha pasado las últimas horas en el despacho del padre o en la empresa de renovables.

—Ojalá no sepan nada de él desde esta mañana.

—Ojalá, jefa. Pero aún nos queda dar con su paradero.

—Si es listo, seguramente ya habrá dejado la ciudad.

—No sé si será muy inteligente —replicó Suances, tamborileando los dedos sobre la mesa—. Si fuera un genio del crimen no habría cogido el coche de la empresa para cometer el secuestro.

—Tal vez se cree intocable —dijo Alarcón—, te tengo que dejar. Me llama Virginia. Tenme al tanto de todo.

—Descuida, jefa.

Suances descolgó el teléfono fijo y llamó a Sunnytech. Una voz neutra le respondió al otro lado. Cuando preguntó por Mikel Navarro, el recepcionista se quedó en silencio. Después le informó de que no había pasado por la empresa desde la tarde anterior. Aun así, Suances dedujo que Mikel no visitaba demasiado la oficina, por lo que su ausencia no habría resultado extraña ni fuera de lo común.

Buscó entre la documentación del caso hasta dar con el teléfono de Jacobo Navarro. El móvil que aparecía en la tarjeta estaba apagado o fuera de cobertura. A continuación, marcó el número del despacho Navarro & Millán. Apestaba a kilómetros que Jacobo tenía a Mikel enchufado en un departamento de relleno del bufete. A la vista estaba que la pericia de Mikel como empresario no era su mayor virtud, o al menos no lo era su habilidad para elegir buenos socios. Marcó y esperó la respuesta. Tras media docena de tonos, cuando ya estaba a punto de darse por vencido, contestó una voz seca y cansada.

—Despacho Navarro & Millán, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, llamo de la Policía Nacional. Soy el subinspector Gustavo Suances, ¿podría hablar con Mikel Navarro?

Se hizo un silencio incómodo en la línea, como el cuerpo de una cabra atascada en la digestión de una boa. Suances tuvo la sensación de que aquella mujer estaba comunicándose con alguien. La voz volvió a hablar.

—Mikel no está aquí ya…

—¿Se refiere a que ya no trabaja para el despacho?

—No, no. Me dicen que ya no está aquí…

—Pero ¿ha ido al trabajo hoy?

—Pues la verdad es que no lo sé. —La voz de la mujer sonaba apurada—. No queda mucha gente a la que preguntar. Si quiere llamar mañana por la mañana…, pero vamos, el hijo del señor Navarro no viene desde hace varios días. Suele trabajar desde casa…

Suances se reclinó en la silla.

—¿Y su padre? ¿Está disponible el señor Jacobo Navarro?

—No, me temo que el señor Navarro ya no vendrá al despacho hasta el lunes. Si quiere, puede concertar una cita o puedo dejarle un recado.

—No, no es necesario. Simplemente, dígales a ambos que es importante que me devuelvan la llamada cuanto antes. Subinspector Suances. Apúntelo.

33

To the jail

En la terraza del Arco de San Juan, Suances esperaba su café solo, largo, sin hielo ni azúcar. Eran casi las diez de la mañana y varios de los funcionarios y trabajadores de la zona ya estaban aprovechando para hacer la primera de sus tres escapaditas dentro del horario matutino. El murmullo ameno de las conversaciones y el tintineo de las tazas contrastaban con la inquietud que se acumulaba en el pecho del policía.

A los pocos minutos llegó Alarcón y se dejó caer en una silla, frente a él. Traía el gesto torcido, más de lo habitual.

—Buenos días, jefa.

—Hola —dijo ella.

Suances asintió ante la respuesta cortante, seca en exceso. Se fijó en el rostro de su compañera. En la tensión de la mandíbula.

—¿Una mala noche?

—Hasta las tantas actualizando el expediente del caso… —soltó, con un suspiro cansado, alzando la mano para llamar la atención de la única camarera del bar, que corría de un lado a otro, vestida de blanco impecable, como un fantasma, atrapada en el jaleo de mesas que tenía por atender.

—Leí esta mañana la transcripción del interrogatorio a César Quintero… Joder, lo de Estíbaliz, la opositora, fue brutal. ¿Crees que le chantajeó para conseguir la plaza?

—No lo sé, la verdad. Pero César es una caja de sorpresas. Y no precisamente buenas.

—¿Cuándo supimos que estaba muerta?

—En realidad, fue cosa de Robles, el detective al que Romero encargó el tema de la caja fuerte.

—¿Sí? Joder, menudo sabueso.

En la mesa de al lado, tres chicos extranjeros llevaban todo el rato riendo a carcajada limpia y llamaban a la joven camarera a gritos, de malos modos.

—El otro día, cuando vino a presentar la documentación, tuve ocasión de charlar un rato con él y… —Alarcón hizo una pausa y pidió a la mujer un café con leche— se ofreció a ayudar si lo necesitábamos.

—Claro, él también sufrió la desaparición de su hija…

—Sí, eso he oído —dijo Alarcón—. Le pasé una copia completa del caso y ayer por la tarde me escribió un email facilitándome la información sobre el accidente de Estíbaliz. Todo altruistamente.

—Ya no quedan profesionales así.

—¿Y a ese de dónde lo habéis sacado?

—¿A Robles? —dijo Suances—. Colaboró durante muchos años con el padre de Romero, que también era de la Nacional. Pero vamos, hace ya mucho tiempo de eso. En los ochenta. Participaron en un caso que tuvo bastante repercusión a nivel interno, aunque no trascendió públicamente.

—¿Cuál?

Suances le contó que, a finales de 1988, el padre de Romero pidió ayuda a Robles para un caso que había causado revuelo en toda la zona del Levante. Un empresario, que por entonces se postulaba como alcalde en una localidad con cierto peso demográfico, había recibido un sobre blanco, sin remitente, enviado desde una oficina de correos de Valencia. En su interior, una carta le exigía abandonar su carrera política; de lo contrario, la organización terrorista ETA se vería «obligada a tomar las medidas de represalia oportunas contra sus bienes y su persona». Eran tiempos duros, con la banda mostrando su cara más sórdida y cruel en todo el país. Ese mismo año, los funcionarios de la prisión provincial de Murcia se habían manifestado tras recibir amenazas, ya que cuatro etarras se encontraban ingresados en esa cárcel. Aun así, resultaba extraño que los terroristas se hubieran fijado en aquel politicucho, aunque perteneciera a un partido considerado objetivo habitual de la banda. La carta, mecanografiada, llevaba al pie un sello con las siglas de ETA y el emblema fatídico de la serpiente enrollada en el hacha: parecía oficial. Aunque no había indicios de actividad terrorista en la zona, el empresario se alarmó y acudió a sus contactos en Comandancia, donde acababa de aterrizar el padre de Romero. Robles examinó la carta y comenzó a investigar acerca de los enemigos, públicos y privados, del aspirante político. No encontró ningún vínculo que indicara un riesgo real. Se sabía que el empresario mantenía una disputa abierta con varios rivales de la localidad, entre ellos un funcionario del Ayuntamiento que había sufrido un accidente doméstico, el cual le afectó a nivel nervioso, dejándole secuelas en los dedos meñique y anular de la mano izquierda. Al estudiar el documento con mayor atención, Robles notó

que algunas letras impresas aparecían con muy poca tinta, dificultando su lectura. El detective acudió a la comisaría y, junto al padre de Romero, verificó que las letras más débiles correspondían a las teclas situadas en el extremo izquierdo de la máquina de escribir. Bastó cotejar el documento con otros firmados por el funcionario lisiado para confirmar que la carta era falsa.

—Joder, qué crack —observó Alarcón.

—Ya te lo he dicho, de los que ya no quedan.

Suances se puso en pie de pronto.

Mientras le había estado contando aquella historia, los tres ingleses seguían burlándose de la camarera. Incluso uno de ellos se había levantado y había bromeado con disponerse a abrazarla para bailar.

—Suances, ¿qué haces?

—Espera, jefa.

El policía se dirigió hacia los turistas y les habló en español. Pese al tamaño de Suances, ninguno de los tres pareció sentirse intimidado. Uno de ellos se colocó las gafas de sol y respondió algo en inglés que provocó la carcajada de sus amigos. Los clientes de la terraza atendían a la escena.

—*You* —dijo Suances, señalando al chistoso—, *you with cocaine in the bathroom. I see your nose. Your nose is white*.

El inglés de Suances era rudimentario, pero los extranjeros le entendieron perfectamente. Las mofas continuaron. Entonces, el policía se abrió la chaqueta y les mostró la placa. Los tres turistas pararon de reírse al momento.

—*You with me to the jail, yes o no*?

—No, no —dijo uno de ellos, sacando un billete de cincuenta euros, dejándolo sobre la mesa y poniéndose de pie.

En pocos segundos ya habían abandonado la plaza por el flanco de la iglesia de San Juan Bautista y se perdían por una de las esquinas de la calle San José. Suances volvió a su silla.

—Ya va siendo hora de que esta gente deje de creer que somos su puto parque de atracciones. Hay unas normas que no se pueden traspasar. Putos turistas de mierda.

—Tranquilo —dijo Alarcón.

—Estoy tranquilo, jefa. Estoy tranquilo. —Suances se terminó el poco café que le quedaba en la taza—. Es este maldito caso, que me tiene nervioso. No sé, jefa, yo solo veo sombras. Todo es muy raro, ya no me fío de nadie.

—Romero está haciendo un buen trabajo —dijo Alarcón—, le ha sacado la información al muchacho de Alhama.

—Estará haciendo méritos para quedarse con el puesto de inspector —dijo Suances, y estiró las piernas, que atravesaron por debajo de la mesa y salieron por el otro lado.

—¿Qué te pasa con Romero? Parece un buen policía.

—¿Con Romero? Ya te lo contaré —dijo Suances, poniéndose de pie y dejando cinco euros sobre la mesa.

Caminaban por el Arco de San Juan cuando Suances dijo:

—Tres, dos, uno…

Las campanas de la iglesia marcaban las diez cuando entraron a la comisaría.

34

Rescate

Cuando Virginia abrió la puerta de su casa, Alarcón percibió un silencio cargado de angustia. La madre de Gonzalo tenía el rostro descompuesto y los ojos enrojecidos, aún hinchados. En la mano derecha portaba el móvil, como un apéndice del que no quería separarse ni un solo segundo. El cuerpo le temblaba.

—Pensábamos que la pesadilla iba a terminar, pero… —La mujer se echó a llorar—. Ya no puedo más con todo esto, de verdad.

—Calma, Virginia, sí que puede. Por favor, entre y charlamos —dijo Alarcón, tratando de hallar el tono más tranquilizador posible.

La decepción por el rescate fallido de Gonzalo había sumido a la familia Sierra en un abismo de sufrimiento. Los medios de comunicación no cesaban de lanzar posibles hipótesis en relación al caso. En los programas de tertulias sensacionalistas se vertían las acusaciones más peregrinas, sembrando sospechas sobre todos los miembros de la familia y alimentando teorías acerca de la desaparición del chico.

A Alarcón le sorprendió encontrar en el hogar también a César, que caminaba de un lado a otro con los puños y la mandíbula apretados, como un animal enjaulado contra su voluntad. No cabía

duda de que el nuevo giro de los acontecimientos había servido para enterrar hachas de guerra familiares. En el sofá se encontraba Estela, que apenas levantó la vista para saludar, sumergida en el universo contenido en su teléfono. Sergio, en una de las sillas que rodeaban la mesa, saludó y se acercó para poner una mano sobre el hombro de su pareja. Parecía tan agotado como los demás.

Alarcón se quedó de pie en mitad de aquel silencio desolador.

—Bien, mantengamos la calma. Tenemos indicios sobre quién puede haberse llevado a Gonzalo. Mi compañero Gustavo Suances está sobre la pista. Ahora, Virginia, cuénteme exactamente qué es lo que ha pasado.

La mujer tragó saliva, intentando organizar sus pensamientos antes de dejarlos escapar por la garganta.

—No sé si he hecho lo correcto… —comenzó a sollozar.

—Tranquila, cariño —dijo Sergio, animándola a que tomara asiento en el sofá.

—Me… me llamaron hace una hora. Era un número oculto. Respondí. Habló una voz de hombre, no la reconocí, estaba distorsionada. Me dijo que tenían a Gonzalo y que si quería volver a verle tendría que pagarles quinientos mil euros. Dijo que me enviaría instrucciones por SMS.

—¿Habló en plural? —preguntó Alarcón.

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—¿Solo le dijo eso?

—Sí, colgó de inmediato —respondió Virginia—, y luego… luego me enviaron este mensaje.

Alarcón extendió la mano hacia la mujer.

—¿Me deja verlo, por favor?

Virginia le entregó el móvil. La mano le temblaba. Alarcón se acercó la pantalla al rostro y leyó el texto. Había un número de cuenta y una advertencia: «Tienes 24 horas. No avises a la policía».

Alarcón observó a todos los presentes. Sabía que quien había enviado ese mensaje conocía bien el terreno que pisaba. Probablemente se trataba de una cuenta mula, de un tercero, robada o creada con identidad falsa, y en cuanto el dinero cayera en ella se transferiría de inmediato a otras cuentas en el extranjero. En cuestión de minutos, sería prácticamente imposible rastrearlo.

—¿Nadie más ha recibido llamadas desde un número extraño, ni mensajes anónimos?

—No —dijeron todos de manera desacompasada.

—No sé quién estará detrás de esto, pero, si yo lo encuentro antes que ustedes, juro que lo mataré con mis propias manos —dijo César.

—Eso no servirá de nada —intervino Sergio con voz tensa—. Ahora mismo lo importante…

—¡No necesito que me digas lo que tengo que hacer! Es mi hijo… —dijo César en un grito de ira que le desfiguró el rostro—, ¡mi hijo!

—¡No es momento de discutir! —explotó Virginia, con los ojos llenos de lágrimas.

El silencio cayó como un telón. La inspectora aprovechó el momento para intentar retomar el control.

—Veamos… Virginia, en esa llamada ¿escuchó algo más que fuera reconocible? Tal vez un sonido de ambiente, otras voces…, cualquier cosa podría servir.

La mujer negó con la cabeza.

—Bueno, intenten mantener la calma —dijo Alarcón—. Voy a enviar el número de cuenta a Investigación Tecnológica.

—Es una cuenta extranjera. Sé que no pertenece a la Unión Europea por las letras del inicio —dijo Sergio.

—Tal vez podamos rastrear la información de su propietario —dijo Alarcón.

—Pero no pueden enterarse los secuestradores —sollozó Virginia —; si ven algún movimiento que les indique que he contactado con la policía, ellos…

—Tranquila. No lo sabrán. Vamos a hacer todo lo posible por traerle de vuelta con ustedes, sano y salvo —respondió Alarcón, llevándose la mano al bolsillo para sacar su teléfono, que había comenzado a vibrar—. Pero necesito que cooperen. Nada de pagos, ¿de acuerdo? Nada de decisiones impulsivas. Disculpen.

La agente se ausentó del salón y respondió la llamada.

—Dime, Suances.

—Jefa, es Joana. Ha despertado…, está bajo observación, pero el doctor dice que está consciente y que podremos interrogarla pronto.

—Perfecto, voy para allá.

—¿Qué tal con la familia?

—Pinta feo. No les he trasladado la identidad del sospechoso porque están muy alterados. Temo que César pueda cometer alguna barbaridad…

—Vale, estoy haciendo guardia en el hospital. No hablaré con ella hasta que llegues.

—De acuerdo, en cuanto pueda voy para allá.

Alarcón volvió a entrar en el salón y se encontró de nuevo con los rostros desgastados de la familia. Parecía como si una energía oscura tirara de aquellas personas para arrastrarlas bajo la tierra. El peso del miedo.

35

Extirpar

Los medios de comunicación informaban sobre dos personas halladas sin vida en la almazara. Dos mujeres. Tal vez un crimen pasional. Las circunstancias eran confusas, decían los periodistas. Pero la realidad era que Joana se encontraba ingresada, en observación, en la séptima planta del hospital de La Arrixaca. La filtración había sido intencionada.

Las luces del pasillo parpadeaban con un zumbido casi imperceptible. Fuera, el sol de invierno refulgía y parecía burlarse del ritmo ancestral de las estaciones estrellando su calor contra las ventanas. Los alrededores de la habitación 704 estaban en silencio, interrumpido puntualmente por los murmullos del equipo médico, el traqueteo de algún material y el eco lejano de los zuecos sanitarios al rebotar contra el suelo. Suances se había asomado varias veces para observar a aquella mujer que respiraba con dificultad; los ojos cerrados, el pecho subiendo y bajando con una levedad casi imperceptible. El médico había entrado unos minutos antes y había dejado la puerta entreabierta. El agente llevaba horas esperando en aquel pasillo. Apoyado contra la pared, tenía los brazos caídos a los lados; hacía girar un vaso de plástico con los restos de un triste café

de máquina. Alarcón apareció por el pasillo con paso ligero y preguntó si había novedades. Suances iba a abrir la boca cuando el médico salió de la habitación.

—Ha despertado —dijo—, pero vayan con calma. Puede estar confundida.

—Claro, claro —respondió Suances y se adentró en la habitación, rozando al doctor con el hombro al pasar.

Alarcón miró al médico, forzó una sonrisa y asintió, siguiendo a su compañero.

—Si las constantes varían —advirtió el hombre—, les tendré que pedir que salgan.

Alarcón no respondió. Suances se acercó a la cama y dejó el vaso de café en la mesa. Se inclinó un poco sobre la paciente. Joana tenía la mirada clavada en el techo. A su lado, una línea oscilaba levemente en la pantalla del monitor, que emitía un pitido rítmico y tranquilizador. A Alarcón le pareció que Joana estaba aún más delgada que el día en que se entrevistó con ella. Tal vez el hecho de que le hubieran rapado la cabeza influía en esa percepción. Presentaba los labios agrietados y la piel parecía anaranjada bajo aquella luz artificial. El hematoma en la parte lateral de la cabeza evidenciaba la fuerza con la que la habían golpeado, seguramente con una barra metálica. Alarcón arrastró una silla y se inclinó hacia la mujer.

—Joana —dijo.

La paciente pestañeó un par de veces, tratando de mover el cuello para dirigir el rostro hacia la voz.

—Sabes que estás en el hospital, ¿verdad? —continuó la agente.

—Sí —musitó.

—Ayer te encontramos en un edificio viejo, una antigua fábrica de aceite. Te habían golpeado en la cabeza.

Joana frunció el ceño, como tratando de comprender, y dio un ligero espasmo. Un gesto involuntario del cuerpo.

—No…

—Sí —dijo Suances cortante—. Y sabemos lo que hiciste. El niño sigue desaparecido.

Joana cerró los ojos con fuerza. Los labios secos se entreabrieron para soltar una voz quebrada.

—Todo salió mal…

—¿Qué es todo? Joana, necesitamos que nos cuentes lo que ha pasado. Gonzalo está en peligro.

Joana respiró hondo, tratando de llenar los pulmones, buscando la fuerza necesaria para confesar.

—Yo participé porque lo creí justo. Ustedes no lo entienden —murmuró.

Alarcón se levantó de la silla y se echó hacia delante para que Joana pudiera verle bien la cara. Descubrió un derrame ocular.

—¿Justo? ¿Dices que secuestrar a un niño te parece justo? —dijo Alarcón con dureza.

—Nosotras no queríamos hacerle daño —susurró—. Solo… solo necesitábamos que entendieran nuestros sentimientos.

—Que entendieran, ¿quiénes?

—Virginia, mi hermana. Y también César…

Alarcón intercambió una mirada con su compañero.

—Virginia… Ella me robó lo que era mío, me engañaron como a una niña. Me hicieron firmar aquel maldito papel y se lo quedó todo. Todo.

La voz de Joana se quebró. Se pasó la lengua por los labios secos.

—¿Y Encarna buscaba vengarse de César? —preguntó Suances.

—César le jodió la vida. Ella había puesto todo su esfuerzo en esas oposiciones y él la hundió. A conciencia. Le costó mucho salir adelante.

—Pero ¿por qué secuestrar a Gonzalo? ¿Qué tiene que ver el niño en todo esto?

Joana apretó los ojos antes de hablar. Torció el gesto, parecía avergonzada de lo que estaba a punto de decir.

—Al principio no queríamos hacerlo, pero fue Helena quien nos convenció.

—¿Helena Zapico, la psicóloga?

Joana asintió lentamente.

—Nos convenció de que la venganza era la única forma de sanar. Ella tiene una… teoría. Cree que los pacientes con traumas deben afrontar la causa de los problemas desde el origen. Su método se basa en apagar el dolor infligiendo un dolor aún mayor a quien lo provocó en primer lugar.

Joana pronunciaba las palabras con seguridad. Era evidente que aquellas ideas habían ido abriéndose paso en su interior durante mucho tiempo, extendiendo unas raíces negras que estrangulaban la conciencia.

Suances se acercó a la camilla y habló con firmeza. Había que acotar el interrogatorio.

—Pero Helena quería más.

Joana recolocó sutilmente su cuerpo en la cama y emitió un quejido.

—Sí —dijo al fin—, ella quería que lo matáramos. Pero no lo hicimos…

—Explícate mejor —inquirió Alarcón.

La piel de Joana, pálida, comenzó a sudar. Suances miraba de vez en cuando la línea del monitor, que no varió su dibujo ni su ritmo sonoro de metrónomo.

—Esa teoría —Joana soltó una risa corta, con la que parecía darse cuenta ahora de lo absurdo de todo aquello— dice que el dolor no desaparece sin más. Que eso de que el tiempo lo cura todo es una patraña. No basta con hacer terapias innovadoras. Todos los años de lamentos, de medicación y depresión… Nada de eso ayuda en realidad a superar el daño. Solo son parches. Cuando el dolor es profundo, la única manera de superarlo es atacándolo de forma drástica. Hay gente que se quita la vida porque ya no puede soportar más tanto sufrimiento, tanta rabia… Encarna y yo pasamos por eso. Estuvimos cerca. Helena nos decía que todo ese odio que sufríamos, toda la ira acumulada eran heridas abiertas que nunca se cerrarían si no nos vengábamos.

Los agentes permanecían en silencio. Suances comprobó que la grabadora del móvil estaba funcionando correctamente.

—Nos convenció de que el resentimiento es como el cáncer —siguió Joana—, no basta con esperar a que desaparezca. Hay que ir a por él. Extirparlo.

—¿Devolviendo el daño? —dijo Alarcón.

Joana tragó saliva.

—Devolviendo el daño, sí, pero yendo incluso más allá. Tienes que quedar por encima, en una posición de superioridad.

—Pero ¿y qué ganaba Helena llevando a sus pacientes a ese extremo?

—Quería demostrar que su teoría era correcta. Fuimos cobayas de su experimento.

—Os lavó bien el cerebro —dijo Suances.

Joana pidió que le acercaran un vaso con agua que había en la mesilla. Bebió con una pajita. Se la veía cada vez más desahogada. La declaración parecía estar quitándole un peso enorme de encima.

—Fue un proceso largo —siguió Joana—. Al principio Encarna y yo íbamos a terapia por separado. La casualidad nos hizo coincidir en la misma especialista. No es tan extraño porque Helena es una de las psicólogas más prestigiosas de la ciudad. Cuando descubrió que las dos sufríamos por un origen común, nos propuso que comenzáramos a ir a terapia juntas. No nos pareció mala idea. Nos podríamos apoyar la una en la otra. Poco a poco, nos fue creando la necesidad de actuar. Nos hizo sentir fuertes, alimentó nuestro odio contra César y Virginia, hasta que un día nos invitó a que visualizáramos la venganza. Algo definitivo. Lo tenía todo orquestado. Ya estábamos convencidas, nos dijo que con proyectar la idea no bastaba.

—¿Ella propuso lo del secuestro?

Suances sabía que habían llegado a ese punto en el que la declaración de un culpable se vuelve imparable, como el agua de una presa que revienta. Joana sabía que iba a caer y quería arrastrarlo todo con ella.

—Sí, Helena lo tenía todo planificado —continuó Joana—. Un día me preguntó: «¿Cómo te sentirías si de repente Virginia descubriera que su mundo perfecto se ha desmoronado?». Y a Encarna le pidió

que imaginara a César despertando con la sensación de que su hijo había desaparecido —dijo, girando el rostro hacia los agentes—. Pónganse en mi lugar. ¿Cómo se sentirían?

Hubo un silencio. Por supuesto, Alarcón y Suances se contuvieron, aunque les costó reprimir el impulso de escupir una respuesta. Ambos habrían respondido que todo aquello era una locura, pero, en el fondo, sabían que no podían ponerse en la piel de la mujer que se hallaba ante ellos. Tenían claro que la depresión no se juzga. Por su experiencia, habían escuchado decenas de historias sobre familias destrozadas tras la trágica muerte de un ser querido que había atravesado graves episodios de crisis emocionales.

—Entonces nos dimos cuenta de que, tal vez, sí necesitábamos experimentar esa catarsis. De hecho, la deseábamos. Y Helena fue un paso más allá —continuó Joana—. Nos convenció de que la justicia en la vida real no es más que un concepto abstracto, y también nos hizo creer que podía convertirse en algo tangible, que podíamos decidir tomar las riendas de nuestra vida. Es una persona muy convincente. No habla desde la ira, sino desde la lógica.

—Pero ¿cuándo os dijo que debíais matar a Gonzalo? —preguntó Suances impaciente.

—Lo llevamos en un coche hasta la almazara de Encarna. Era un lugar apartado y seguro. Íbamos a dejarlo libre a los diez días. Solo queríamos que lo pasaran mal, hacerles sufrir en unos pocos días todo el dolor que nos habían causado durante años. Pudimos imaginar su pánico —dijo Joana—, pero entonces Helena nos dijo que debíamos dar un paso. Que si de verdad queríamos sanar, la herida debía ser irreversible. No bastaba con hacer desaparecer al chico durante un tiempo.

La mujer meneó la cabeza de un lado a otro, con suavidad.

—¿Tú querías hacerlo?

—Dudamos, no crean, pero no estábamos dispuestas a dar ese paso.

Joana guardó silencio.

—No —dijo finalmente—, pero solo el hecho de haberlo considerado ya me asustó.

Suances intervino con dureza.

—¿Y Encarna?

—Estábamos las dos en el mismo punto. No sabíamos si Gonzalo había llegado a vernos. Es un chico inteligente y siempre existía la duda. Además, un día se enfrentó físicamente a nosotras… Había urdido un plan para escapar. Provocó un cortocircuito y, cuando entramos para comprobar si se encontraba bien, nos atacó. Nos costó mucho reducirle. Por suerte, Encarna era una mujer fuerte, porque el chico estaba decidido a matarnos. Fue entonces cuando comenzamos a tomarnos más en serio las palabras de Helena. Ella insistía en que soltarlo sería como firmar nuestra sentencia. Nos denunciaría y nos arruinaría la vida.

—Ha podido ser peor —dijo Alarcón—, aunque al menos sigues viva.

—Créanme, me cambiaría ahora mismo por Encarna sin dudarlo. No puedo…

Los ojos vidriosos de Joana rompieron en lágrimas. El monitor cardiaco pitó con más fuerza.

—… no puedo mover las piernas.

—Tranquila —dijo Alarcón. En realidad aquella palabra afectuosa perseguía evitar que los doctores acudieran e interrumpieran el

interrogatorio—. Lo estás haciendo bien, esta declaración puede ayudarte en el proceso judicial.

—Helena nos dijo que ya no había marcha atrás, pero las dos decidimos que íbamos a liberarlo. Ese día fuimos juntas a la almazara, nuestra intención era dejarlo libre. Sé que no tengo cómo demostrarlo, pero tienen que creerme —dijo la mujer con desesperación—. El plan era abrir la puerta e irnos. Él saldría por su cuenta y tarde o temprano llegaría a algún pueblo o alguien lo vería deambulando por las carreteras cercanas. Entonces, llegado el momento, asumiríamos las consecuencias.

—Pero apareció alguien más —dijo Suances—, ¿sabes quién?

Joana cerró los ojos y guardó silencio durante un tiempo prolongado.

—Mikel —dijo—, Mikel Navarro.

Suances y Alarcón cruzaron las miradas.

—¿El hijo del abogado de tu familia?

—Sí. Él apareció…

—¿Le viste el rostro? Un testigo nos ha dicho que la persona que entró en la almazara ese día llevaba la cabeza tapada.

—Sí, la llevaba cubierta con un pasamontañas. Pero créanme —Joana sonrió con amargura—, le reconocí.

—¿Y cómo podía estar relacionado con todo esto?

Joana convirtió su débil sonrisa en una expresión de culpa. Los agentes pudieron percibir la vergüenza detrás de aquel gesto frágil y vencido.

—Él no tenía que saber nada del secuestro; en realidad… fue todo culpa mía.

—Joana, ¿estás tratando de encubrirle?

—No, en absoluto. Mikel también es un manipulador, como todas las personas de las que me he rodeado… —La mujer tragó saliva y negó con la cabeza.

—De acuerdo, continúa. Sospechamos que Gonzalo está en sus manos y desconocemos sus intenciones. No tenemos tiempo que perder…

El doctor apareció brevemente para preguntar si todo estaba bien. Se acercó al monitor y comprobó los parámetros. Los tres contestaron que sí y el hombre salió de la habitación.

—Yo… —comenzó despacio Joana, tratando de ordenar las ideas en su mente—, un día llamé al despacho y pregunté por el señor Navarro; entonces me pasaron con Mikel. Tal vez se confundieron. No lo sé. Hablé con él y me dijo que estaba trabajando en el bufete, que se encargaba de asuntos importantes. Así que le conté que estaba dispuesta a reclamarle a mi hermana una parte de los beneficios de la empresa. Mikel me dijo que aunque hubiera sido su padre quien había mediado en la firma del contrato años atrás, él podría ayudarme a buscar algún resquicio legal por donde avanzar con la denuncia. Es una familia muy bien relacionada, Mikel ha estudiado en las mejores universidades y conoce a muchos abogados, así que pensé que tal vez podría echarme una mano con lo de la herencia.

La voz de Joana se volvió más frágil.

—Desde jóvenes —siguió—, Mikel siempre había querido acostarse conmigo. Nos conocemos desde hace muchos años. Coincidíamos en fiestas familiares. Ya saben, apellidos compuestos, sonrisas falsas, opulencia… Todo aquello de lo que yo siempre he renegado.

Los agentes no dijeron nada, solo esperaron a que continuara.

—Me citó en un restaurante, hablamos sobre las posibilidades legales que tenía y…, bueno, nos acabamos viendo varias veces. Supongo que en alguno de esos encuentros debió de escucharme…

Suances frunció el ceño.

—¿Escucharte qué? Sé más concreta.

—Pues no lo sé. Alguna conversación con Encarna. O quizá vio un mensaje en el móvil…, no lo sé. En los últimos días yo he estado muy nerviosa y soy bastante descuidada.

—No hemos encontrado tu móvil, ¿lo llevabas ayer?

—Sí, claro. Él debió de llevárselo.

—¿Estás segura de que no fuiste tú quien, en un momento de debilidad, tal vez bajo los efectos del alcohol o de alguna droga, le contó a Mikel el plan del secuestro?

—No, absolutamente no —dijo Joana, moviendo la cabeza despacio—. No pruebo el alcohol desde que me subieron la dosis para la depresión. Y de eso hace ya más de dos años.

—Así que crees que te siguió…

—Eso es. No se me ocurre otra manera de que pudiera llegar a la almazara. Durante los días del secuestro, Encarna y yo íbamos allí a diario para llevarle comida al chico y asegurarnos de que nadie rondaba por los alrededores. Aquel día supe que era él. Esos ojos azules, la complexión… No tengo ninguna duda. Iba vestido de negro, me dio tiempo a ver cómo… —los labios de Joana temblaban, cerró los ojos y siguió con la voz entrecortada— golpeaba a Encarna con un bate de metal. Y después vino hacia mí…

—¿Te golpeó a ti también con el bate?

—Sí, fue un golpe terrible. Caí al suelo. Me hice la muerta. Volvió a golpearme con el bate en la espalda. Ahora no puedo mover el

cuello… Creo que no podré volver a caminar.

Joana rompió a llorar. Sus manos temblorosas se aferraban con fuerza a las sábanas.

—Yo… —siguió hablando— no podía respirar. Lo veía todo borroso y oía su voz como si estuviera muy lejos. Gritaba que todo era culpa mía. Que yo lo había jodido todo… Entonces me pateó en la cabeza hasta que perdí el conocimiento.

Suances miró a Alarcón.

—Mikel debe de creer que Joana ha muerto —dijo.

—¿Se te ocurre algún lugar en el que Mikel haya podido esconder a Gonzalo?

Las lágrimas brillaban en el rostro de la mujer. Las señales del monitor habían comenzado a variar y el pitido aumentó la frecuencia, como un pájaro artificial e histérico.

—No… No lo sé.

—Piénsalo —dijo Suances.

—No lo sé, de verdad. Siempre nos veíamos en su casa. Desconozco si tiene más lugares a los que puede haberle llevado.

El médico entró en la habitación.

—Lo siento, agentes. Me temo que hay que terminar con este interrogatorio —dijo, manipulando el equipo técnico y comprobando los datos impresos en un documento que estaba situado a los pies de la camilla.

—Bien, volveremos mañana —dijo Alarcón.

Los agentes salieron. Suances resopló antes de hablar.

—Ya tenemos algo. No estamos tan lejos. Hay que ir a por la psicóloga y buscar a Mikel. ¿Qué tramará ese cabrón?

—Tengo la sensación de que lo sabremos pronto —dijo Alarcón, pulsando el botón del ascensor.

36

R. E. V.

Helena abrió la puerta y les ofreció una sonrisa amplia. Llevaba un vestido rojo que favorecía su silueta.

—Imaginaba que acabarían volviendo —dijo con seguridad.

—Traemos la orden judicial —anunció Alarcón sin rodeos—. Vamos a necesitar los informes de Encarna Orcina y de Joana Sierra.

La psicóloga suspiró teatralmente, sin perder la compostura.

—Síganme —añadió.

Aparentemente, la consulta de la psicóloga continuaba siendo un remanso de paz para quien la visitara. La luz, el silencio, los elementos naturales salpicados por cada rincón… Sin embargo, Suances y Alarcón sabían que la intención tranquilizadora de aquel escenario pulcro no era sino el primer paso de la psicóloga para manipular a los pacientes. Siguieron a Helena hasta una sala diferente a la del primer encuentro. Una vez allí, la mujer les pidió que tomaran asiento y se dirigió a una estantería de madera oscura. Deslizó los dedos por el lomo de varios archivadores y extrajo dos carpetas. Las colocó sobre la mesa y se acomodó en su asiento, frente a los agentes.

—Adelante, échenles un vistazo —comentó, cruzando las piernas con calma. Parecía expectante.

Suances tomó el expediente de Encarna y comenzó a hojearlo. En una de las páginas encontró las referencias a un tratamiento llamado R. E. V. Continuó leyendo hasta que empujó el documento para que lo viera Alarcón y señaló con el dedo un párrafo. En él se leía «venganza terapéutica como método de sanación» y «restauración del Yo mediante actos de represalia».

—Entonces ¿esta es su gran contribución a la ciencia? —dijo Alarcón, sin dejar de mirar el texto—. ¿Manipular a sus pacientes para empujarlos a cometer delitos?

Helena mantenía la sonrisa en el rostro.

—Ustedes no lo entienden —respondió, con tono condescendiente —. Pasan demasiado tiempo rodeados de este falso concepto de justicia, de esta dualidad simplista entre lo correcto y lo incorrecto. Pero la mente humana no funciona así. No entiende de binarismos. Somos mucho más complejos. Hay muchos casos en los que la curación real de un paciente no se logra con pastillas o con palabras vacías disfrazadas de empatía.

—Díganos usted cómo se logra entonces —dijo Suances, harto de esa mueca afable en el rostro de la psicóloga.

— El dolor se erradica si se equilibra la balanza.

—¿Equilibrarla cómo? —insistió Suances, frunciendo el ceño.

—Devolviendo el daño —respondió ella con naturalidad— o quedando por encima de quien lo causó. Es necesario que la persona que provoca el sufrimiento reciba en sus propias carnes un dolor similar o superior al que infligió. El único camino que tiene la

víctima para sanar es devolver la injusticia o la humillación a su verdugo.

—¿En esto consiste el tratamiento R. E. V.? —Alarcón la miró con frialdad.

Helena se apoyó en la mesa, con la calma de un ser celestial.

—Restauración Emocional mediante la Venganza —dijo, como si recitara un verso—. Es el tratamiento que he diseñado para quienes tienen el alma vacía, para quienes han perdido la luz y las ganas de vivir porque alguien les ha causado un daño irreparable. El sufrimiento no desaparece con terapia convencional, lo he estudiado. No basta con hablar, racionalizar o aceptar el dolor. El trauma se sana mediante la acción…

—¿Así que incita a sus pacientes a cometer crímenes? —interrumpió Suances.

—Yo no lo diría así. Los libero. Les ofrezco una oportunidad para recuperar el control de su vida. ¿Hay algo más importante que eso? La justicia tradicional no restaura. No sana. Eterniza el dolor de las víctimas. Mi R. E. V. ofrece una salida real.

—¿Eso justificaría el secuestro de Gonzalo Quintero? —dijo Alarcón—. ¿O su asesinato? Porque sabemos que el plan era matarlo…

—He visto en las noticias que han hallado dos cuerpos sin vida en una almazara abandonada. Supongo que será falso y que una de ellas continúa con vida.

—Así es, Joana lo ha confesado todo.

—¡Qué débil! —gritó Helena—. Al principio no dudó, ¿saben? No conocía al niño de nada, así que lo odiaba tanto como a su hermana. Sin embargo, Encarna fue la que comenzó a dudar y Joana demostró

no tener la fortaleza mental suficiente… Fallo mío, debí prepararlas mejor.

—Así que admite que usted fue quien diseñó todo el plan —intervino Suances.

—Por supuesto —dijo Helena con orgullo—. No se puede dejar un trabajo de esta magnitud en manos inexpertas. Yo fui quien las guio y las ayudó a encontrar el camino de la sanación. ¿Acaso es un crimen ayudar a la gente a liberarse de su sufrimiento?

—Lo que es un crimen, señora Zapico, es manipular a personas vulnerables para que cometan semejantes atrocidades —sentenció Alarcón—. De lo que usted habla no es de sanación, sino de un lavado de cerebro en toda regla.

Helena inclinó la cabeza, por un instante a Suances le pareció que su seguridad se desmoronaba, pero los ojos le brillaban con el mismo destello de confianza que desprendían sus palabras.

—Miren, sucedió algo maravilloso. Cuando recibí a Joana en mi consulta por primera vez y escuché su historia, comprendí que su sufrimiento tenía el mismo origen que el de Encarna. Ambas eran víctimas de la misma familia. A una la maltrató César, mientras que a Joana la engañó Virginia. ¿No les parece fascinante? —La voz de la psicóloga era melódica y suave, los ojos le centelleaban de emoción —. Dos almas heridas, moldeables, ávidas de justicia… Una coincidencia tan hermosa no podía desaprovecharse. Gonzalo era el punto en el que convergían ambos verdugos. Era la víctima perfecta. Entonces lo vi claro: podía llevar adelante mi experimento con ambas.

—¿Qué experimento? —preguntó Suances, con tono grave.

—Bueno, el plan estaba claro —respondió Helena, con total naturalidad—. Les propuse retener a Gonzalo durante unos días, hacer que César y Virginia sintieran desesperación, vacío, pánico. Sentimientos diferentes a la rabia o la envidia que ellas habían sentido, pero mucho más intensos. Ellas aceptaron ejecutar el secuestro. Pero, en realidad, yo quería ir mucho más allá. Era preciso sacrificarle. No por odio ni por crueldad sin sentido, sino como parte de un proceso: la última fase antes del experimento. Ellas serían mis muestras de estudio. Quería comprobar si la sanación total es posible; si, devolviendo el daño a una escala superior, las pacientes podían renacer y liberarse por fin del sufrimiento que las había llevado al borde del suicidio.

Los agentes intercambiaron una mirada fugaz, atónitos.

—¿Saben algo? —continuó Helena—, de pequeña fui a un colegio de monjas. Nos hacían leer la Biblia todos los días. Un texto demasiado denso para unas niñas aún por descubrir la vida, como se pueden imaginar. Lo curioso es que, aunque la Sagrada Escritura suele condenar la venganza y exaltar el perdón, hubo un pasaje de Isaías que se me quedó grabado: «El día de la venganza de nuestro Dios consolará a todos los enlutados».

—¿Ellas sabían lo que usted pretendía? —preguntó Alarcón.

—¿Joana y Encarna? Eran tan manipulables… —respondió Helena, con tono de desprecio—. Habían sufrido tanto, estaban tan rotas… Solo necesitaban encontrar a la persona que las comprendiera y les mostrara el camino correcto. Bueno…, y me encontraron. La libertad estaba al alcance de sus manos. Era cuestión de atreverse a tomarla.

—El resentimiento es como el cáncer —susurró Alarcón, evocando las palabras de Joana en el hospital—: no basta con esperar a que desaparezca, hay que extirparlo, ¿no es así?

—¡Exactamente! —exclamó Helena con entusiasmo—. Lo ha entendido al fin. Pero ustedes, con todos sus dogmas de legalidad y de moralidad, nunca lo permitirían. La sanación requiere sacrificios.

—¿El sacrificio de un niño? —dijo Suances, con desprecio.

—Agente, no se trata de una cuestión de edad —respondió Helena, llena de calma—, es necesario restituir el orden para alcanzar el equilibrio. En todo caso, no le mataron, ¿no? Aún siguen buscándole.

—¿Conoce usted a Mikel Navarro? —preguntó Suances.

—Sé que Joana estaba manteniendo una relación con un tal Mikel —respondió Helena—. Imagino que se referirá a ese hombre; no me sorprendería que le hubiera contado el plan. Es tan débil… Pero, vamos, él no es paciente mío, si es lo que quiere saber. Ni tampoco tengo ni idea de si está implicado. Quizá Joana le habló de mi terapia y él decidió continuar con el tratamiento R. E. V. Quién sabe…, tal vez también tenga cuentas que saldar con César o con Virginia.

La psicóloga se quedó en silencio, con un gesto divertido. Miró a los agentes de forma alternativa, directamente a los ojos, buscando en ellos una rabia que alimentaba su ego como la madera seca aviva una hoguera.

—Bien —dijo Alarcón, dejando caer la carpeta sobre la mesa con un golpe—, creo que ya es suficiente. Helena Zapico, queda usted detenida por conspiración para el secuestro y asesinato de Gonzalo

Quintero, manipulación psicológica con fines criminales y asociación ilegal.

La sonrisa seguía en el rostro de Helena, que permanecía sentada. Inmóvil.

—Sabía que vendrían a por mí —musitó, llevándose las manos a la espalda para dejarse esposar—. No importa. Yo ya he iniciado el camino. Tarde o temprano, la sociedad descubrirá que la venganza terapéutica es el futuro. Este mundo se hunde.

Mientras la escoltaban fuera de la consulta, Suances se detuvo un segundo, echó un vistazo al pequeño bonsái y a la hermosísima fotografía de los campos de cerezos en flor de la pared. Quiso estar allí.

37

¿Monstruos?

El psiquiatra Daniel Aristiaga se encontraba tras la mesa de interrogatorios. Parecía relajado. Había llamado para declarar voluntariamente al conocer el suceso a través de los medios de comunicación. La noticia había causado una conmoción brutal en la sociedad.

—Helena Zapico es un ser fascinante, pero al mismo tiempo transmite una frialdad aterradora. Muchos psicólogos suelen arrastrar unos conflictos mentales muy profundos…

—¿Durante cuánto tiempo la trató? —preguntó Alarcón.

—Durante casi tres años. He revisado su historial: desde 2018 hasta 2021. Lo he traído conmigo —dijo el hombre, señalando una carpeta—. Está todo detallado con precisión.

—De acuerdo. Lo miraremos. ¿Por qué acudió a usted?

—Es obvio que no estaba bien. El primer examen psiquiátrico reveló síntomas de ansiedad y un dolor confuso e intenso, que diagnostiqué como somatizado. Presentaba un cuadro de estrés postraumático severo, algo que llevaba años soportando en silencio.

—¿Qué le había sucedido?

—Sufrió maltrato en la adolescencia y nunca lo superó. Era una joven normal, aunque con cierto sobrepeso. Vi sus fotografías de joven, yo no diría que fuese obesa —el psiquiatra hablaba despacio, como si impartiera una conferencia—, aunque cuando vino a mi consulta el sobrepeso era evidente. En fin, tres personas le hicieron la vida imposible durante años.

Alarcón tomaba notas sin levantar la vista.

—¿Se refería a esas personas de manera agresiva? —preguntó Alarcón, señalando el expediente.

—Sí, Helena decía que tenía pesadillas con ellos. De hecho, esa fue la causa por la que vino a visitarme. Pero lo curioso era que en sus sueños no revivía el maltrato. Soñaba que los asesinaba y que luego se sentía en paz. Se despertaba sintiendo alivio, pero en cuanto tomaba conciencia de que solo había sido un sueño, volvía la angustia.

—¿Y usted permitió que ejerciera como psicóloga en ese estado? —preguntó Suances.

—Por supuesto que no —respondió el hombre, con una expresión de ofensa sobreactuada—. En cuanto detecté que estaba perdiendo el control, le receté antidepresivos: sertralina y paroxetina, combinadas con benzodiacepinas. Además, le exigí que se diera de baja como psicóloga colegiada. No podía ejercer en ese estado, de ninguna manera.

—Pues no le hizo caso —observó Alarcón.

—No lo sabía… —se disculpó el psiquiatra—, supongo que no tomaría la medicación, porque para terminar así… Es una persona muy inteligente.

—¿Le habló alguna vez a usted del tratamiento R. E. V.?

—No sé… —dijo el psiquiatra—, no me suena.

—Un método desarrollado por Zapico para sanar a través de la venganza.

—Ah, sí. Ya sé a qué se refieren. —El hombre pareció excitado—. Helena tenía una obsesión profunda con la venganza. Estaba convencida de que resarcir emociones como la injusticia, la humillación o la rabia podía generar una especie de catarsis, una vía para que la víctima recupere el control de su dolor emocional.

—Sí, lo llevó a cabo con algunos pacientes… —dijo Alarcón.

—Tenía una base psicológica sólida, muy bien fundamentada, aunque cuando me lo mencionó a mí, aún no le había puesto nombre. ¿Cómo dicen que se llama? ¿R. E. V.?

—Sí, Restauración Emocional mediante la Venganza —dijo Suances—. Una puta locura…

—Bueno, no crean —replicó el psiquiatra—. En el expediente reflejé las claves del tratamiento. Era realmente brillante. Constaba de varias fases: afirmación del poder, desactivación del rencor y el uso de la venganza como herramienta para sanar las heridas emocionales profundas.

—Entonces ¿a usted no le pareció una locura?

—Desde la perspectiva de la psicoterapia clásica, tal vez sí —dijo el hombre sonriendo—, pero su concepto de venganza como recurso terapéutico se basaba en transformar un impulso irracional y destructivo en un instrumento para restituir el equilibrio emocional tras un trauma grave.

—Debe saber que el plan de Zapico era convertir a esas personas en monstruos que canalizaran su rabia ejecutando venganzas repulsivas.

—¿Monstruos? ¿Quiénes? —reaccionó Aristiaga con una sonrisa complaciente—, ¿quienes cargan toda su vida con el peso del sufrimiento causado por otras personas? ¿Adultos que sufrieron abusos en la infancia? ¿Padres a quienes les arrebataron a sus hijos? Está claro que la teoría de Zapico plantea dilemas éticos susceptibles de debate, pero también esconde un derecho legítimo: el de sanar para restablecer el orden de nuestra propia vida.

Los dos policías se quedaron en silencio, preguntándose hasta qué punto aquel hombre de aspecto afable y mirada serena, con su barba blanca y su vestimenta impecable, podría estar vinculado al maquiavélico programa ideado por Zapico.

—No trato de defender a Helena —puntualizó el psiquiatra—, solo digo que… llegué a comprenderla.

38

N&M

El despacho de abogados abría a las nueve y media de la mañana. Estaba situado en el séptimo piso de un edificio moderno de grandes cristaleras, a las afueras de la ciudad. El bufete ocupaba toda la planta. En el recibidor, el logotipo y las letras N&M brillaban con luces LED sobre una pared de bambú. El espacio era diáfano y se distribuía en cubículos de cristal, donde los trabajadores tecleaban o charlaban de forma distendida por teléfono. El ambiente olía como suele hacerlo ese tipo de espacios: una mezcla de café de máquina y friegasuelos con aroma a pino. Marcos Millán, uno de los dos socios fundadores, recibió a Suances con premura. Miraba al subinspector con expresión agotada, la típica de un viernes a primera hora tras una semana de cansancio acumulado. A su espalda, una enorme cristalera reflejaba el cielo despejado de la ciudad.

—No hemos podido contactar todavía con su socio —dijo Suances con tono neutral.

—Ayer me dijo que hoy se tomaría el día libre —respondió Millán —. Este fin de semana vienen a visitarnos unos clientes británicos a quienes les llevamos varios asuntos. Tenemos una reunión el lunes con ellos y me dijo que quería preparar su barco para invitarlos a

navegar mañana. Seguramente aprovecharía para pasar la noche a bordo. Suele hacerlo.

—¿Y adónde suele ir? ¿Por esta zona? —preguntó Suances moviendo los dedos como dando vueltas a un líquido imaginario—. ¿O se aleja?

—A ningún sitio concreto… Suele navegar costeando. Sí, por aquí, normalmente. A lo mejor baja hasta Almería o sube hacia las playas de Alicante.

El hombre que tenía delante rondaría los sesenta años, pero parecía aferrarse a la juventud con uñas y dientes. Vestía un traje gris, oscuro y elegante. El despacho, amplio e impoluto, reflejaba una personalidad perfeccionista y exigente. Parecía el típico hombre de negocios al que le gusta tener todo bajo control. Las gruesas gafas de pasta negra le daban un aire intelectual. El cabello presentaba algunas canas y zonas despobladas, pero la gomina y el peinado a raya disimulaban con dignidad el paso del tiempo. Su expresión y su voz transmitían autoridad, la seguridad de quien está acostumbrado a llevar siempre la voz cantante.

—¿Sabe dónde tiene su barco el señor Navarro?

—Sí, claro, me ha invitado varias veces a pasar el día en familia —respondió Millán—, lo tiene en el puerto de Tomás Maestre, en La Manga.

—¿Usted no tiene barco?

El hombre soltó una carcajada. Los ojos de Millán, ampliados por las lentes, dejaron entrever cierta incomodidad pese a su pericia profesional.

—No, no. Yo tengo otros vicios. Lo mío son los caballos y el golf. Cada uno se divierte como puede —dijo Millán, tratando de buscar

cierta complicidad—. ¿Ha sucedido algo con alguno de los casos que lleva Jacobo? Tal vez yo pueda ayudarle; si me dice de qué caso se trata, igual yo…

—No, no se preocupe —interrumpió Suances—. En principio no debería salpicarle a usted.

—Oh, ya entiendo. Se trata del caso del niño…, de la familia Sierra, ¿verdad? La empresa de Virginia es un cliente importante para nosotros. Su padre ya lo era…

—Por favor, concéntrese en responder a mis preguntas. Nada de suposiciones —le cortó Suances—. ¿Y ayer?

—¿Ayer qué? —dijo Millán con una sonrisa forzada.

—¿Ayer dónde estaba Navarro? También intentamos localizarle, pero su móvil no daba señal.

Millán se encogió de hombros.

—Si se encontraba en el barco, es muy posible que no tuviera cobertura. Mire —dijo, abriendo los brazos como tratando de abarcar todo la sala—, Jacobo y yo llevamos más de veinte años como socios. Tenemos mucha flexibilidad. A veces nos tomamos varios días libres sin avisar. Lidiamos con casos muy delicados y trabajamos bajo un estrés constante, así que de vez en cuando necesitamos desconectar. Del todo.

El abogado miró su reloj de pulsera.

—¿Estrés? —dijo Suances, soltando una sonrisa irónica—, sé bien de lo que habla, créame… ¿Y su hijo?

Por primera vez, Millán tardó en responder.

—¿Se refiere a Mikel? ¿Qué pasa con él?

—Tampoco somos capaces de dar con su paradero…

El abogado se removió en la silla.

—Pues mire, no sé qué decirle. Mikel viene por aquí de vez en cuando. La verdad es que en el Departamento de Transformación Digital no tienen demasiado trabajo últimamente. Suele trabajar de forma remota. En realidad no tengo mucho trato con él. Somos un despacho muy grande…

—O sea —dijo Suances—, que está aquí trabajando porque su padre es uno de los socios.

El abogado le miró con frialdad y tamborileó con los dedos en la mesa.

—Bueno…, si hablo con ellos, les diré que les está buscando, agente…

—Subinspector Suances —dijo el policía dejando su tarjeta sobre la mesa—. Sí, hágalo. Es importante.

El hombre le acompañó hasta la puerta y se despidió con un apretón de manos. Cuando el ascensor se cerraba, Suances acertó a ver cómo Millán se dirigía a la recepcionista y le entregaba la tarjeta de visita del subinspector. La mujer miró el número y se dispuso a teclear algo en su ordenador. Millán alzó la vista y la cruzó con la de Suances una última vez. Durante una fracción mínima de tiempo.

39

Hondarribia

De camino a la costa atravesaron el campo de Cartagena, donde apenas se movía una leve brisa. El océano marrón se extendía sin fin hasta el horizonte. En pleno diciembre reinaba un calor autóctono, asentado como un dios cuyo derecho adquirido durante siglos para agrietar la tierra y deshacer cualquier gota de lluvia de forma fulminante fuera incuestionable. Por fin, el mar asomó a lo lejos como un espejo líquido. Eran las nueve y media de la mañana cuando Suances y Alarcón cruzaban la solitaria avenida de La Manga, seguidos por el convoy de una unidad especial. Apenas había tráfico. Solo algunas personas transitaban las mismas aceras que meses después se encontrarían a reventar de turistas esquivando expositores de chanclas, gorras, pelotas de plástico y gigantes flamencos hinchables.

En el kilómetro catorce se encontraba el puerto Tomás Maestre, lugar de referencia para los amantes de la navegación en el Mediterráneo, con casi dos mil puntos de amarre. Alarcón había telefoneado para obtener la ubicación exacta del barco de Jacobo Navarro. Al llegar, un operario les indicó por dónde debían dirigirse para hallar el Hondarribia. Vieron una hilera de veleros adormecidos

por el suave oleaje situados junto a elegantes yates. A Suances le pareció que aquel paraíso natural apartado, en aparente calma, era el lugar perfecto para ocultar asuntos oscuros como el que investigaban. El trasfondo de riqueza y opulencia que flotaba en el ambiente le inspiraba más desconfianza que envidia. El operativo se preparó para cortar las posibles vías de escape por tierra, mientras el servicio costero de la Guardia Civil estaba avisado ante una posible huida marítima. Al fin llegaron al lugar en que se encontraba amarrado el Hondarribia.

—Ahí están —murmuró Alarcón.

Dos figuras se movían sobre la cubierta del velero. Era un Jeanneau de unos trece metros de eslora. Jacobo, el padre, estaba agachado junto a la borda, con la camisa remangada, una gorra blanca y gafas de sol redondas. Frotaba el casco de la embarcación con una esponja. A su lado, un cubo rebosaba agua jabonosa. Unos metros más allá, Mikel parecía ajustar las poleas del mástil.

—¿Poniendo el barco a punto? —comentó Alarcón, a modo de saludo.

—Haciendo el paripé, más bien —musitó Suances sin detener el paso.

Jacobo observó a los agentes durante unos segundos, hasta que logró identificarlos. Suances y Alarcón comenzaron a subir por la pasarela que conectaba con el Hondarribia.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —dijo el padre, sin emoción, dejando la esponja en el cubo y secándose las manos con una toalla.

—Ya ve… —respondió Alarcón—, ¿tenemos permiso?

El abogado asintió y se giró hacia su hijo, que ya se había acercado y permanecía junto a su padre con los brazos cruzados.

—Llevamos desde ayer por la tarde tratando de localizarles, pero no ha habido manera —dijo Suances.

—Los jueves por la tarde desconecto pronto —respondió el padre —. Es uno de los pocos lujos que puedo permitirme a estas alturas de la vida: fines de semana de tres días.

—Muy progresista —ironizó Alarcón.

—No entiendo mucho de barcos —intervino Suances—. ¿Qué están haciendo exactamente? ¿Preparándolo para la visita de los clientes alemanes?

—Británicos —corrigió Jacobo.

—Estamos cambiando el aceite, puliendo la cubierta, limpiando los filtros… —dijo Mikel—, nada especial. Mantenimiento.

—Bueno, vayamos al grano —dijo Suances, apoyándose en la barandilla—. Estamos siguiendo el nuevo rastro de Gonzalo.

Una brisa fresca arreciaba a ráfagas, haciendo temblar algunas velas de las embarcaciones próximas y provocando un golpeteo desacompasado y molesto. Jacobo Navarro se quitó las gafas de sol y las colocó sobre la visera de la gorra. Luego sacó el móvil y lo consultó, protegiendo la pantalla con la sombra de una mano.

—Virginia no me ha llamado… No sé si necesitan algo de mí…

—Nos gustaría inspeccionar los camarotes de su barco.

Jacobo abrió los ojos con incredulidad.

—¿Me están acusando de algo? —dijo el abogado—. Me temo que, solo para poder estar sobre esta cubierta, ya deberían haber traído una orden judicial…

—¿No somos bienvenidos?

—Depende de las intenciones, subinspector.

—Traemos la orden —dijo Alarcón—, ¿quiere verla ahora o prefiere que se la enseñemos después, cuando verifiquemos que todo está correcto?

—Prefiero verla ahora —dijo el hombre con sequedad.

Alarcón sacó el móvil y dio aviso. A los pocos segundos, un agente se presentó con la orden judicial, seguido de otro que llevaba dos perros policía. Jacobo abrió los brazos y giró sobre sí mismo, con teatralidad.

—¿De verdad? —dijo el abogado—. Me temo que están cometiendo un grave error.

—Vamos a comprobarlo —dijo Alarcón—. Abran la puerta.

Mikel se acercó hasta la escalerilla y giró la manija. La puerta cedió con suavidad. Tras un clic, los perros subieron por la rampa y comenzaron a recorrer el interior, olfateando sin descanso. El ambiente olía a una mezcla de sal y madera húmeda, un aroma denso, aunque no del todo desagradable. Por dentro, el barco parecía más amplio de lo que aparentaba desde el exterior. Contaba con un saloncito en la cabina, un baño y una cocina basculante de dos fuegos, horno, fregadero y nevera. Había tres puertas cerradas.

—¿Esos son los camarotes?

—Sí —dijo Mikel.

—Nos gustaría verlos.

—Por supuesto.

Mikel caminó con determinación y abrió una a una las tres puertas. Las camas estaban hechas, equipadas con sábanas, almohadas y unas mantas de cuadros de estilo escocés. El camarote principal tenía un pequeño baño propio y un armario empotrado, justo para dos o tres maletas. Los perros recorrieron los

compartimentos, con el hocico pegado al suelo, olfateando cada rincón. Al cabo de unos minutos se sacudieron, inquietos, y emitieron un leve gruñido antes de mirar a su guía con la lengua fuera.

—La sal interfiere bastante en los olores y puede irritarles las fosas nasales —explicó el agente, aparte—. Aun así, es un espacio muy pequeño. Si hubiera algo reciente, habrían dado con ello.

En mitad del pasillo había un pequeño baúl. Alarcón lo abrió y revisó el contenido. Buscaba la pista que pudiera conectar definitivamente a los Navarro con el chico. Pero en su interior solo halló ropa doblada y algunas herramientas propias de la vida marina. Los perros metieron el hocico dentro, en balde.

La inspectora miró a Suances, quien le devolvió una expresión vacía. Comenzaban a dudar. Si Joana no había podido ver con claridad a Mikel, sumida en la tensión del ataque, la única conexión real con la que podrían acusar a aquellos dos hombres era el testimonio del infeliz Santiaguín Abenza. Y Alarcón sabía que un abogado diestro como Jacobo Navarro desenfundaría todo un arsenal de recursos contra la declaración balbuceada y confusa de un testigo tan vulnerable. Todas las certezas que antes parecían sólidas amenazaban con deshacerse como espuma al tocar la playa. Allí no había nada.

—¿Desde cuándo están aquí? —preguntó Alarcón.

—Yo vine ayer por la noche. Cuando llegué, Mikel ya estaba a bordo —dijo Jacobo—. Hemos dormido en los camarotes.

Subieron de nuevo a la cubierta y uno de los miembros del operativo llamó a Alarcón. La mujer descendió por la pasarela para conversar con su compañero.

—Jefa, ha llegado otro trabajador del puerto —dijo el agente—. Tiene algo que declarar, puede ser importante.

—¿Podemos continuar con nuestra tarea ya? —gritó Navarro, mirando su enorme reloj de muñeca.

—De momento, nos quedamos todos como estamos —respondió Suances con sequedad.

Jacobo se dirigió a su hijo para hablar con él, gesticulando de forma ostensible con los brazos.

El operario del puerto era un hombre de piel sonrosada, con múltiples lentigos solares repartidos por el rostro. Se acomodó la gorra de la Autoridad Portuaria con una solemnidad casi militar antes de hablar.

—Mire, yo no sé si tendrá algo que ver… —comenzó—, pero en la zona oeste del muelle hay un acceso alternativo. Se trata de una puerta metálica pequeña, peatonal, cerrada con un candado.

—¿Hay cámaras de vigilancia en esa zona? —preguntó ella, mirando hacia donde señalaba el hombre.

—No —respondió el empleado—. Hace años se usaba para entrar de manera…, bueno, ya sabe… Todo el mundo que pasa por el acceso principal queda registrado; si vienen en coche hay que levantar la valla de seguridad. Pero esa otra puerta permite entrar a pie. Casi nadie la conoce. La llave de la cerradura es la misma desde hace años. Ha pasado por tantas manos que es imposible saber cuántas copias habrá por ahí circulando.

—¿Se refiere a clientes, trabajadores de aquí…?

—Y también gente de fuera. Cualquier persona con una copia podría entrar sin problemas —dijo el hombre.

—¿Podría llevarme hasta allí?

—Por supuesto.

El operario echó a andar, atravesando unos arcos de ladrillo y bordeando un espacio con jardineras y varios olivos centenarios. Alarcón caminó a su lado. Cuando llegaron a la puerta, ella la observó.

—El caso es que… —el hombre suspiró con incomodidad—, no quisiera meter a nadie en problemas, pero estas semanas he notado algo extraño.

—Dígame, no tenemos demasiado tiempo —apremió la subinspectora.

—¿Ve aquel velero con una bandera de Suecia? —Señaló un barco amarrado al final del muelle—. Los dueños lo dejaron allí hace seis años y no han vuelto.

—¿Está abandonado?

—No, no. Siguen pagando la cuota de amarre… Es una práctica habitual. Muchos extranjeros dejan aquí sus barcos durante el invierno y luego vienen para navegar, algunos tardan un par de años, pero tanto tiempo… es raro. Pero vamos, que puede pasar.

El hombre se quitó la gorra y se frotó la calva con el puño de la camisa para secarse el sudor.

—Lo que me llamó la atención fue el cabo de amarre —siguió el hombre—. Cada vez que pasaba cerca, notaba que estaba hecho polvo…, deshilachado, a punto de romperse. Escribimos un correo a los propietarios hace unos meses para preguntarles si querían contratar nuestro servicio de mantenimiento para cambiarlo, pero no nos han respondido. Había riesgo de que el cabo se soltara…

—Entiendo.

—El caso es que hace tres días me encontré con que habían puesto un cabo nuevo. —El hombre hablaba deprisa, con tono nervioso—. Pensé que los suecos habrían leído el email y le habrían encargado a algún conocido que lo arreglara sin decirnos nada. Algunos clientes se conocen desde hace décadas, comparten información, contactos… Así que no le dimos importancia. Pero ahora, viendo todo este revuelo. Yo qué sé…

El operario guiñó un ojo y giró una tuerca imaginaria junto a una de sus sienes. Alarcón alzó la vista para localizar a Suances, que seguía frente al Hondarribia, con los brazos cruzados y la espalda recta, junto a varios agentes.

—Venga conmigo —dijo Alarcón al operario—. ¿Sabe quién ha estado usándolo?

—No. He preguntado a mis compañeros, pero no han visto a nadie manipulando el amarre, ni tampoco a bordo de ese barco…

Alarcón arrancó a andar con paso firme. El hombre la seguía con dificultad.

—¡Agente! —llamó, encaminándose hacia el grupo de policías que se encontraba a pie de muelle—, ¡los perros!

Pasó junto a Suances y le indicó que la siguiera. Caminaron hasta el final del paseo. Las lamas de madera crujían bajo las botas. El penúltimo barco era poco más que un casco, con un camarote pequeño, que bailaba sobre el agua oscura del puerto. Una mancha densa de gasoil lo rodeaba, atrapando suciedad como si fuera una tela de araña invisible. La pintura estaba descascarillada por heridas de salitre; el nombre casi ilegible y la bandera nórdica descolorida daban fe del tiempo que había pasado desde la última restauración del Väpnare. Solo tenía una puerta de acceso al habitáculo cerrada

con un candado y una cadena demasiado brillantes en comparación con el resto de la decadente estructura. El empleado señaló el amarre que le había dado la pista. El cabo, grueso y bien anudado, que unía el barco a tierra firme estaba menos desgastado que los del resto de embarcaciones. Ya desde el exterior, en cuanto olisquearon la puerta, los perros mostraron una inquietud distinta. La golpeaban con el hocico y miraban sin parar a su guía.

—Aquí hay algo —confirmó el agente, acariciando la cabeza de uno de los sabuesos.

No se perdió más tiempo. El candado cedió bajo la presión de la cizalla con un chasquido sordo. Alarcón abrió la puerta, Los perros se adelantaron ladrando con intensidad.

Cerca, un grupo de gaviotas graznaba lanzándose en picado contra el agua. Un sonido áspero y desesperado que arañaba el cerebro y que no parecía pertenecer al reino animal.

Los agentes entraron tras los perros. Las cortinas estaban bajadas y el aire apestaba a humedad y orina. En el suelo, junto a un colchón sucio, un cuerpo yacía inmóvil. Tenía las manos unidas entre las rodillas, atadas con un cabo. La boca, sellada con cinta americana. Alarcón se acercó a Gonzalo y le despegó con cautela el adhesivo de los labios, que sangraban agrietados por la deshidratación. Apenas cabían tres personas en aquel espacio. Se arrodilló junto a él y presionó con dos dedos en el cuello del chico. Asintió.

—¡Respira! —gritó Suances dirigiéndose al exterior—. ¡Rápido, llamad al médico!

El pecho de Gonzalo subía y bajaba con dificultad. Estaba inconsciente.

—Ve a detener a esos dos hijos de puta —bramó Alarcón, dirigiéndose a Suances— Ya nos han tomado demasiadas veces por gilipollas en muy pocos días.

Se inclinó hacia el chico y le dijo, con voz suave:

—Aguanta, chaval. Ya ha pasado todo. Estás a salvo.

40

Cabos sueltos

Mikel tenía las manos entrelazadas y la mirada perdida. En ningún momento había intentado huir. Parecía tranquilo. La sudadera roja presentaba algunas manchas oscuras por haber estado engrasando las poleas del velero. Era un hombre fornido y de escasa estatura, de unos cuarenta años, con mandíbulas marcadas que convertían su rostro en un bloque rectilíneo. Carne de gimnasio. Mostraba una sonrisa arrogante, de dientes fuertes y blanquísimos.

—Sabemos que fuiste tú —dijo Suances sin rodeos—, nos has hecho trabajar más de lo que habríamos deseado.

El hombre desvió la vista del vacío, la clavó en el agente y frunció el ceño. Tenía un ligero parecido a su padre, pero los ojos más vivos. Desafiantes.

—¿De qué me estás hablando?

Alarcón deslizó un documento sobre la mesa.

—Es la declaración de Joana Sierra. ¿La conoces?

—¿A Joana Sierra? Sí, claro. Pensé que había muerto…

—Eso te habría gustado a ti, cabrón. Pero al final se salvó. Será un milagro… —dijo Alarcón.

Mikel torció el gesto, pero pronto la sonrisa volvió a su rostro. Una mueca presuntuosa que Suances habría borrado con gusto de un puñetazo.

—Bueno, ella y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Nuestras familias han estado unidas durante años por asuntos de negocios. Pero cuando Joana se fue con el zumbado ese, yo le perdí la pista.

—Hasta hace un par de meses o así…, ¿no?

—Eso es.

—¿Le llamó ella?

—No directamente. Llamó al despacho preguntando por mi padre. Pero como él no estaba, para variar, le dije que yo podría ayudarla con todo el asunto ese del contrato familiar.

—¿No se hizo usted pasar por su padre para acercarse a ella?

—No, para nada. Ya de jóvenes ella siempre andaba detrás de mí. Es una mujer muy pesada. Pero no es mi tipo. —La sonrisa arrogante volvió a aparecer—. Joana me acosaba. Escriban eso, que quede constancia. Es la típica persona que se obsesiona y pierde el norte, siempre tenía que estar quitándomela de encima.

—Mikel, no nos interesa tu pasado. Céntrate en el caso —dijo Alarcón—. ¿Hiciste creer a Joana que tenía posibilidades de conseguir más dinero si impugnaba aquel contrato?

—Sí —Mikel se recostó y soltó una carcajada—, pero porque yo lo creía de verdad.

—Sabemos que mantuviste una relación sentimental con ella.

—¿Una relación sentimental? —Mikel se echó a reír—. Yo no lo llamaría de ese modo. Cuatro polvos, nada más. Por el morbo, simplemente.

Suances respiró hondo, después exhaló el aire envuelto en una tos seca.

—¿Y qué te contó durante esos encuentros? —siguió la subinspectora.

—Lo siento —respondió Mikel—, pero como empleado de un despacho de abogados, no estoy obligado a revelar información confidencial. Es secreto profesional.

Suances soltó una carcajada que se prolongó durante varios segundos.

—Mira, pijo enchufado de los cojones. Sabemos que durante toda tu vida has hecho lo que te ha dado la puta gana porque tu papá ha estado siempre ahí para sacarte las castañas del fuego —dijo Suances con un tono calmado al principio, que fue endureciéndose palabra a palabra—, pero parece que hay algo que no entiendes y yo te lo voy a explicar. Estamos hablando contigo porque eres sospechoso de homicidio, de intento de asesinato y secuestro de un menor con exigencia de rescate. Así que, aquí, en esta sala, tu supuesto secreto profesional vale lo mismo que una mierda de perro. ¿Te ha quedado claro?

—No tenéis nada contra mí, y lo sabéis. ¿Me ha identificado el chico como su secuestrador? No lo creo. ¿Acaso se han encontrado mis huellas en el barco donde dieron con él? Tampoco. Que esté amarrado en el mismo puerto deportivo que el Hondarribia es una coincidencia. Solo hay dieciocho puertos deportivos en toda la región. —El hombre bebió del vaso que tenía a su lado y siguió hablando con calma—. Muchas veces las coincidencias no significan nada, solo son caminos que no llevan a ninguna parte. En cuanto a Joana…, bueno…, esa tía está completamente loca. Se lo está

inventando todo porque le dije que iba a dejarla y ella no lo aceptó. Está despechada, tiene una mente frágil y es manipulable. Ella secuestró a Gonzalo. La han pillado y quiere arrastrarme con ella al pozo. Solo busca venganza. Esto no llegará muy lejos si me defiende un buen abogado, y conozco a algunos.

Mikel volvió a dibujar aquella sonrisa que derrochaba prepotencia. Suances se pasó la lengua por los dientes antes de hablar.

—Como tú mismo señalas, hay suficientes indicios que apuntan en tu dirección, Navarro Junior —dijo señalando con su enorme dedo índice hacia el acusado—, pero ¿y si te dijéramos que tenemos la matrícula de un coche?

La mirada del policía se afiló como una navaja.

—¿Qué coche? —dijo Mikel, desafiante.

—Uno de *renting*, alquilado concretamente por… —Suances rebuscando entre los papeles— Sunnytech. Empresa de energía solar al borde de la bancarrota, entre cuyos socios figura…

Suances mantuvo una pausa teatral y giró el documento para que el sospechoso pudiera leerlo.

—¡Vaya, qué sorpresa! Un tal Mikel Navarro.

—Un Lexus RX 450 gris —apuntaló Alarcón—. Justo el modelo que el testigo vio en la almazara el día del segundo secuestro.

El hombre tragó saliva.

—No… —titubeó— no puede ser.

—Pues lo es… —intervino Alarcón—. Es más, el testigo nos dio una descripción física que encaja contigo como un guante.

Mikel guardó silencio. Miró el vaso de plástico, ya vacío.

—Si quieres, podemos seguir —dijo Suances, alzando una ceja—. A estas alturas, nos da igual pasarnos sin dormir diez días que doce.

El niño está a salvo, y eso es lo único importante. Tú, tarde o temprano, vas a caer. Es cuestión de tiempo.

—Papi no te va a salvar el culo esta vez —ratificó Alarcón—. No te haces una idea del frío que hace en invierno en la cárcel. Te conviene confesar cuanto antes.

La agente cruzó los dedos y miró a los ojos a Mikel. Parecían haber oscurecido aún más y ahora temblaban como los de un cordero en dirección al matadero.

—Hablaste con Joana por teléfono —prosiguió— y pensaste que, si la ayudabas a agitar el asunto del contrato, podrías sacar tajada. Estás endeudado hasta las cejas con la empresa. Tuviste que pedirle dinero a tu padre para montarla, porque no has dado un palo al agua en tu vida. Fuiste ambicioso y el negocio se hundió. Estabas tan pelado que él mismo te tuvo que buscar un puesto en el bufete, uno de esos creados específicamente para inútiles: sin funciones reales pero con una buena nómina y Seguridad Social, ¿voy bien?

—Quiero más agua —fue la respuesta que dio el hombre.

Suances pidió a su compañero que le llenaran el vaso.

—Joana, cegada por el odio hacia su hermana —siguió Alarcón—, te contó que había secuestrado a Gonzalo con la ayuda de otra mujer, pero que su psicóloga las estaba manipulando para que lo mataran. Algo sencillo, una ejecución que estuviera dentro de sus posibilidades: veneno en la comida, seguramente. Las amenazó con denunciarlas. Le bastaba con eliminar sus historiales clínicos para salirse con la suya, así que Joana y Encarna dudaron. ¿Qué hacer?

El agua llegó. Mikel cogió el vaso con las manos esposadas y bebió sin mirar a los agentes.

—Entonces te pidió ayuda y tú pensaste que era la oportunidad ideal. El trabajo sucio ya estaba hecho. Solo tenías que trasladar a Gonzalo. Pero no podías dejar cabos sueltos. Joana te acusaría y como todo el mundo te importa una mierda, intentaste quitarte de en medio a las dos. Pero eres un cobarde y nunca has usado un arma. Creíste que con un bate de béisbol sería suficiente. Y casi lo logras. Si la hubiéramos encontrado una hora más tarde, Joana estaría muerta, pero fallaste. Porque eres un inútil.

—Pensaste que nadie te vería —remató Suances—, porque siempre te has sentido intocable. Pero alguien te vio. Alguien sencillo, humilde, invisible para ti cuyos ahorros seguramente no alcanzarían ni para pagar los náuticos que llevas puestos. Memorizó la matrícula y tu modo patizambo de caminar. Dijo que eras como un jabalí.

El agente se echó sobre la mesa.

—Y aquí estás. A punto de pasar el resto de tu vida en prisión.

—Yo… —balbuceó Mikel, apartando la mirada.

—¿Quién te facilitó la cuenta bancaria? —dijo Suances.

—¿Fue tu padre? —atacó Alarcón.

El joven levantó la vista. Su expresión era de súplica.

—No. Él no sabía nada de todo esto. Se la pedí diciéndole que era para recibir una transferencia de un cliente mexicano de Sunnytech. Lo juro —dijo Mikel—. Mi padre no tiene nada que ver con todo esto.

Suances estudió en silencio aquel rostro al que, de pronto, comenzaron a asomar las lágrimas. La desesperación reinaba en sus ojos.

Mikel se inclinó hacia delante y apoyó la frente entre los brazos. El sollozo silencioso fue convirtiéndose en un llanto profundo. El

lamento de un niño mimado al tomar consciencia de que su vida se desmoronaba.

—Mikel —dijo Alarcón, con serenidad—, ¿quieres contárselo tú mismo a tu padre? Porque si lo hacemos nosotros no tendremos piedad.

41

Empezar con negras

La verja del chalet se deslizó en silencio y el coche policial avanzó hasta la zona de aparcamiento. Dentro vieron el Toyota de Luisa Pazos, la psicóloga infantil. Se les había adelantado. Alarcón barrió con la mirada el suelo frente al amplio ventanal del salón, buscando tal vez el rastro de un pájaro muerto, la prueba de un vuelo libre interrumpido de pronto por una barrera invisible. «Así son los secuestros —pensó—, de pronto suceden. Inesperadamente». Nada en el entorno de la vivienda parecía fuera de lugar. Todo permanecía impecable, como la primera vez que visitaron el domicilio de Virginia Sierra.

Fue ella quien abrió la puerta antes de que llegaran a tocar el timbre. Su expresión denotaba cansancio, aunque la sonrisa parecía cargada de paz. A su lado, Sergio, rígido y con la mirada firme, asintió en señal de saludo.

—Pasen, por favor —dijo ella.

En el salón, César esperaba con un vaso de agua en la mano. Vestía informal, con un traje sin corbata. Estela, como siempre, apenas levantó la mirada del móvil para murmurar un saludo. En el ambiente flotaba un agradable olor a asado.

—Agradecemos mucho que todos se hayan reunido para recibirnos —dijo Alarcón—. Solo queremos asegurarnos de que todo va bien por aquí.

La inspectora miró alrededor.

—¿Dónde está el chico?

—En el porche de atrás —respondió la madre—, hablando con la psicóloga.

—Están jugando al ajedrez —intervino la hermana, sin apartar la mirada del móvil.

En ese instante, apareció Marion, limpiándose las manos en un trapo de cocina que colgaba de su cintura.

—Hola, agentes —dijo con timidez, llevando los dedos al Cristo colgante de su cuello.

—Señora Murriarte, ¿cómo se encuentra? —saludó Alarcón.

—Bien, bien, gracias. Estoy muy contenta de que el chico haya vuelto. —La mujer no pudo contener la emoción—. Gracias, Dios les bendiga.

—Solo hemos hecho nuestro trabajo, Marion.

La mujer les tomó de las manos durante unos segundos. Luego se disculpó y volvió a la cocina para atender el horno.

Junto a la piscina, bajo una pérgola, Gonzalo estaba erguido ante el tablero de ajedrez. Frente a él, la diminuta mujer rubia se mostraba pensativa, con una mano apoyada en el mentón. El día había despertado soleado, pero hacia el mediodía unos nubarrones como de algodón sucio habían comenzado a dominar el cielo. El viento racheaba y hacía temblar la lona de la pérgola.

—Hola —los saludó Pazos—, me he adelantado, espero que no os importe.

Los agentes hicieron un gesto acompasado restando importancia al hecho. Gonzalo no reparó en la visita hasta que Alarcón habló:

—¿Quién va ganando?

El niño tardó un par de segundos en reaccionar. Cuando la miró, parecía disgustado, como si le hubieran arrancado de un mundo mágico, alternativo. Luego volvió a mirar al tablero y, con un gesto rápido, movió un alfil.

—Hola. Por ahora ganan las negras, pero no sé cómo terminará… —dijo el chico.

—No creo que te remonte —dijo Pazos.

Gonzalo conocía a la psicóloga. El día de la reunificación familiar, ella y el mediador estuvieron presentes en el momento de los abrazos y las lágrimas. Previamente, habían sometido al niño a un examen médico y psicológico. Los resultados fueron positivos, dentro de las circunstancias. Por un lado, el chico se encontraba impecable físicamente, pese a que la alimentación durante el encierro no había sido ideal. En el plano mental, al principio mostró poco interés en verbalizar sus emociones y tuvo pesadillas con la habitación donde había estado recluido, pero poco a poco fue incorporando las técnicas facilitadas por los expertos. Dominar los sentimientos no fue tarea fácil para Gonzalo. Canalizar el dolor y el miedo previos junto a la explosión de alegría posterior resultaba abrumador. La efusividad, a menudo, desataba su enfado.

Desde el primer momento, tras su vuelta, Gonzalo dejó claro que quería quedarse en casa de César, lo que fue valorado positivamente por Pazos, ya que el niño había expresado que ese le parecía el lugar más agradable y seguro para retomar su vida. La psicóloga registró en su informe que, tal vez, Gonzalo no se mostró muy

sociable en esa última visita porque el entorno no era de su pleno agrado.

—Hace mucho que no juego —dijo Suances con nostalgia—. A mí me gustaba jugar con negras. Mi hermano decía que las negras parten con desventaja, pero casi siempre le ganaba yo.

El niño alzó la mirada. Su rostro se iluminó al reconocerlo.

—No importa si empiezas con negras. No depende de quién inicia la partida, sino de quién comete más errores —dijo.

Suances asintió.

—Eso mismo creo yo.

Era un niño guapo, de físico atlético. El pelo negro y brillante le caía a ambos lados del rostro. Vestía un chándal color burdeos y unas zapatillas de deporte blancas, impecables.

—Gonzalo —intervino la psicóloga—, ¿te apetece pasar y hablamos un poco más tranquilos? Está haciendo bastante aire. Será poco rato, podemos seguir con la partida más tarde…

El chico miró el tablero y se levantó con una mueca de desafección. Su mirada vagaba de un lugar a otro, sin detenerse en ningún sitio, hasta que se posó en el suelo que iba pisando. Caminaba recto y despacio, con los hombros ligeramente alzados.

—¿Cómo te sientes, Gonzalo? —le preguntó Pazos, ya en el interior.

Virginia, César y Estela observaban desde las sillas del comedor, cediendo el espacio a los profesionales. La joven había guardado el móvil y miraba a su hermano con ternura.

—Mejor, creo —respondió—, duermo más. Pero a veces todavía sueño que estoy encerrado, y eso me agobia.

César se levantó y se sentó junto a su hijo, en el sofá.

—Ya no estás allí, hijo. Estás en casa.

Le puso una mano en el muslo y el chico la apretó con la suya. Después parpadeó y miró alrededor.

—Estoy en casa —repitió.

Durante un buen rato, el niño expresó sus sentimientos. Era evidente que estaba mejorando. El proceso no sería fácil ni inmediato, pero volver a casa y ver a su familia reunida eran factores que ayudaban. Poco a poco hablaba más. Se mostraba ilusionado con volver al colegio y a los entrenamientos de hockey. Incluso llegó a verbalizar que todo le parecía distinto. Como si aquella experiencia dolorosa le hubiera abierto los ojos ante un mundo nuevo. Los informes psicológicos señalaban un aumento del afecto hacia el núcleo familiar. La percepción sobre su madre y sobre su hermana, y también sobre Sergio, había mejorado. No cambiaría su esencia, introvertida y compleja, pero su mirada reflejaba ahora una calma desconocida. Era como si, por primera vez en años, en aquella familia se volviera a respirar una paz perdida mucho antes del secuestro. Los cuchillos voladores que Alarcón y Suances imaginaron durante la investigación parecían haber caído, congelados, contra el suelo. Después de todo, la pesadilla había servido para algo.

—Nosotros tenemos que irnos —dijo Alarcón, poniéndose en pie.

El niño la miró y una sombra de sonrisa asomó en sus labios.

—Creo que estarás bien —dijo la inspectora.

Suances también se levantó.

—Me debes una partida, ¿eh? Algún día pasaré por aquí y la echamos.

Gonzalo asintió, esta vez la sonrisa fue plena.

—Vale, pero yo juego con negras.

Fuera, el día se había revuelto del todo. Las ráfagas de viento sacudían con severidad las copas de las palmeras y los setos que rodeaban la finca. En el aire, los pájaros hacían cabriolas, en apariencia fuera de control, una serie de piruetas que a Suances le parecieron demasiado arriesgadas. En cualquier momento podrían desembocar en un accidente. Tales son los designios de lo inesperado.

Agradecimientos

En toda historia hay personajes que apenas se dejan ver, pero sin quienes la trama no funcionaría. Este libro no existiría sin los míos.

Gracias a Ana, mi fiel compañera, por su ánimo incondicional, por su paciencia infinita y por estar siempre, también en los silencios.

A mis hijos, tan pequeños y tan grandes, por venir a abrazarme cuando esta enfermedad llamada escritura nos robaba espacio y tiempo que les pertenecían.

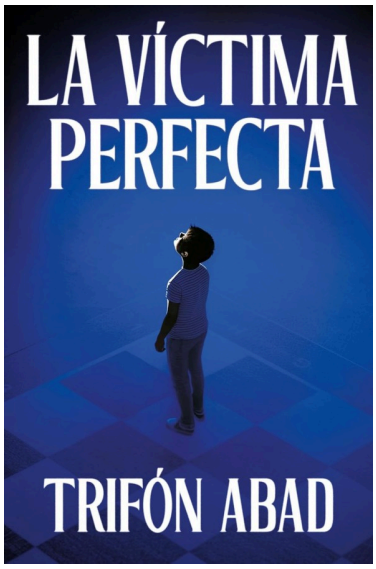
A José Carlos, mi lector beta de cabecera, por creer en mí incluso cuando yo dudaba.

A Toni Hill, mi editor, por confiar en mi palabra, saber mirar a través de mis ojos y ser mi brújula en este viaje apasionante.

A José Rabadán, amigo de los tiempos del colegio, por su generosidad al ayudarme con los pormenores del mundo policial. Si hay errores en ese terreno, son míos y solo míos.

Y, por supuesto, a ti por seguir al otro lado de la página. Gracias por abrir este libro y, sobre todo, por quedarte hasta el final.

Un secuestro inexplicable.
Una angustiosa cuenta atrás.
Un thriller inolvidable.



Para su familia adoptiva, Gonzalo es un niño especial y poco afectuoso que siempre anda inmerso en su mundo.

En la escuela lo definen como un alumno con altas capacidades, introvertido y solitario.

Su profesor de ajedrez está seguro de que le espera un futuro brillante.

Y, para alguien de su entorno, es la víctima perfecta. Por eso ha decidido secuestrarlo y enviar enigmáticos mensajes a su familia.

La vida de Gonzalo está en juego y, como en una partida de ajedrez, su destino depende de la inteligencia… y de la suerte.

Trifón Abad (Murcia, 1979). Licenciado en Periodismo y en Teoría de la literatura y Literatura comparada, actualmente ejerce como profesor de Lengua y Literatura. Ha publicado dos libros de relatos, *Que la ciudad se acabe de pronto* y *Quitamiedos*, ambos finalistas del Premio Setenil. Ha sido también finalista del Premio Cosecha Eñe y ganador del Premio Clarín de Cuento, entre otros reconocimientos. Además, sus relatos se han incluido en diversas antologías y revistas. Como periodista, ha coordinado múltiples proyectos editoriales.

En 2024 debutó en Grijalbo con su primera novela, *La noche de arena*. Gracias a este intenso thriller, que fue finalista del prestigioso premio Morella Negra, cosechó grandes elogios de la crítica especializada que destacaba la voz literaria y la profundidad psicológica de sus personajes. Un talento que ahora se confirma con *La víctima perfecta*.



Primera edición: julio de 2025

© 2025, Trifón Abad López
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño y retoque fotográfico de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Imagen de portada: © Valentino Sani / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-7106-6

Compuesto en Comptex & Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es

YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La víctima perfecta
Bruma
1. Leyes en piedra
2. Pájaros contra el cristal
3. Táctica de presión
4. Aguilucho
5. La Carlanca
6. Mierda de galgo
7. Mancha
8. Rusia
9. Anjali y Kavita
10. Secretos
Aislado
11. Tracy
12. Fortaleza
13. *Zugzwang*
14. Palo
15. Descensos y ascensos
Copos de tiempo
16. La textura de la soledad
17. Papeles amarillos
18. Alicia
19. Cararrata
20. Terapia
21. Una Gruber
22. Robles
Voces
23. Adicción
24. Favores
25. Encarna

26. Transcripciones
27. Juntaletras
Bestia
28. Décimas
29. Operaciones
30. Santiaguín
31. Temarios
32. Sunnytech
33. *To the jail*
34. Rescate
35. Extirpar
36. R. E. V.
37. ¿Monstruos?
38. N&M
39. Hondarribia
40. Cabos sueltos
41. Empezar con negras
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Trifón Abad
Créditos